

Mariposas

J. P. Navarro

*«Si no fuese duro, no seguiría vivo. Si no supiera
ser amable, no merecería seguir viviendo.»*

Raymond Chandler.

Prólogo.

Se ocultan bajo símbolos benevolentes, simples e inocentes. La mariposa fue el símbolo más popular, logrando mantener entre las sombras a la comunidad de pedófilos por demasiado tiempo. Las autoridades competentes le mostraron al mundo los símbolos utilizados por los pedófilos y estos, al ser expuestos, optaron por otros símbolos para reconocerse el uno con el otro y tener una feliz conversación, además de excitante. Quizás, hoy se ocultan bajo el símbolo de la bandera del arcoíris seguido de un unicornio; o, tal vez, bajo símbolos del zodiaco. No hay motivo para conjeturar al respecto, por ello solo nos quedaremos con las mariposas, cuyo significado representa la atracción de los niños sin importar el género al que pertenezcan.

Los pedófilos abundan, son una plaga de ratas de alcantarilla que se reproducen de forma exponencial y sobreviven a todo intento de erradicación. Hasta podría considerarse tal “fetiche” como una desviación “natural”, son demasiados y si nadie hace algo en un futuro cercano veremos a niñas de diez años casados con hombres, feos y gordos, de cuarenta años de edad. En otras palabras, volverían varias costumbres de antaño.

¿Enfermedad mental? Pueden estar perturbados de alguna manera, pero lo cierto es que son cuerdos e inteligentes, en su mayoría. Es probable que la prohibición y la condena los excite tanto que deciden caer en la tentación. Cada mente es un universo diferente, deben ser infinitas las razones que lleven al individuo a la decisión de sentir “atracción” por menores de edad, dulces inocentes. Descubrirlo es el trabajo de profesionales de la mente.

Un vecino, un amigo, un familiar, cualquier ser que veamos puede ser un pedófilo en potencia, o, quizás, solo un compulsivo consumidor de pornografía infantil. Puede ser una creencia paranoica, pero la dura realidad es que acceder a esa clase de contenido es tan fácil como ir a comprar pan a la panadería. Si, así de fácil. Bueno, al menos en países estables el pan abunda. La tecnología lo hace así de fácil. Las redes sociales, a su manera, facilitan la accesibilidad, así como la expansión, pues atraen la atención de los curiosos y los apresan en su tétrico mundo. Dicen que lo prohibido es más excitante. Lo peor del asunto, al menos desde una de las tantas perspectivas, es el alzamiento popular de estas personas para lograr incrustar en la mente de toda la sociedad que el amor consentido entre niños y adultos es natural y benevolente, espetando, además, la incomodidad de que son oprimidos por los prejuicios sexuales que dominan al ser ordinario con ideas ordinarias. Con alzamiento popular me refiero a organizaciones mundiales que defienden dicha causa. Exacto, la plaga es global. Y como lo que buscan es la “libertad sexual” y la “aceptación”, se los puede ver marchar, casi como incógnitos, con los gays, lesbianas y cualquier otro movimiento similar.

Quizás los perversos tengan razón cuando dicen: «Así como en la antigüedad ser homosexual era ilegal, lo mismo pasa con nosotros en la actualidad. Cuando entiendan que el amor entre un niño y un adulto es real y sano, dejaremos de ser perseguidos y condenados». Pero no, no la tienen. La comparación no es objetiva, los homosexuales y lesbianas son conscientes de lo que hacen, y no es una aberración, en cambio, un niño inocente es fácil de manipular, hasta pueden hacerle creer que la violación es normal y un acto de amor natural. Los niños y niñas, pobres criaturas, obedecerán al adulto, la persona de autoridad. Son maleables como el oro.

Ante que nada, se recomienda discreción, ya que el tema a tratar es crudo y sensible. En parte se recomienda conciencia, con el solo hecho de ignorar una problemática como esta solo por querer navegar en el océano de inmundicias mundanas y de placeres banales, a su manera los vuelve cómplices. Si fueran conscientes del problema las cosas podrían ser diferentes. Aunque debo admitir el miedo de que la sociedad termine aceptando a los pedófilos, pues las multitudes son como los niños inocentes, son maleables y fáciles de manipular. Es como si el sentido común fuese una virtud, o todo un privilegio.

La historia que he de contar es un testimonio disfrazado de ficción. Al final descubrirán que el mundo es un albergue de pervertidos. Aunque es probable que los pervertidos sean los que no quieren seguir a las multitudes.

Dante Zaiat estaba acostado en su humilde cama de una plaza con el teléfono celular en la mano, viendo videos en la plataforma de entretenimiento cuyo futuro es convertirse en el medio propagandista nacionalista por excelencia, YouTube. Dante era joven y el tiempo le sobraba, por ende, el aburrimiento era su gran amigo. Entre tanto contenido que la plataforma ofrecía, y ofrece, solo se vio interesado por lo misterioso, lo tétrico, lo diferente. Les ha de sonar: Dross Rotzank, por ejemplo. Se volvió un fiel seguidor de tal creador, cuyo contenido es perturbador. La maldición de Dante era ser curioso como un gato. El buen Dross siempre lo incitaba a indagar sobre diversos temas, todos sobre conspiraciones populares y/o asuntos reales y verídicos que parecen sacado de la ficción. Pero hubo un video que, en el sentido literal de la palabra, le cambió la vida por completo. Supongo que ya lo han deducido: Daisy's Destruction. En pocas palabras es un film morboso y petrificante. Se trata de un film Snuff (crímenes reales) donde torturan, violan y descuartizan a una niña. El video en cuestión fue tan viral que los internautas se ensimismaron en el asunto. “Leyenda urbana”. “Todo lo que pasa es falso”. “Seguro se trata de una película gore”. “Mierda, es real”. Se conjeturaba demasiado sobre al respecto, pero al final se supo que todo era real. Blogs, foros y diferentes canales de YouTube trataban el tema en profundidad. Era anonadante, al menos para una mente blanca y sana, pensar que existieran ese tipo de videos, y que, además, eran extremadamente lucrativos. El negocio era grande, así también como la cantidad de consumidores que pagaban por ello.

La primera impresión que se tiene es un gran suspiro de incredulidad. ¿Hasta dónde es capaz de llegar el ser humano? Entre la maldad, la perversión y el dinero, el límite es infinito.

El día que Dante vio el maldito video informativo de Dross tuvo que asistir al colegio. Llegó tarde, como cualquier día normal, y esperó con ansias poder conversar con sus compañeros que también seguían al creador de contenidos perturbadores. Supuso que sería una charla enriquecedora y repleta de conspiraciones y teorías para nada certeras. Jóvenes aburridos e imaginativos. Luego de una clase de historia aburrida, hastiante y asquerosa, cuya profesora era una perdición para la cordura juvenil, llegó la hora libre; un profesor decidió quedarse en su casa durmiendo la siesta o, tal vez, tuvo que asistir al funeral de su hijo. Lo importante es que se dio la ocasión para que Dante pudiera conversar con sus compañeros de clase. El día estaba frío, nublado y con precipitaciones leve de lluvia. Se quedaron en el aula, armaron una ronda con asientos de madera y aluminio. Comenzaron a hablar sandeces, claro está. Risa que iba, risa que venía. Las risas se volvieron venenosas cuando una compañera, una rubia corpulenta y divina, sacó el tema que tanto le interesaba a Dante.

— ¿Vieron el video de Dross? — preguntó la rubia que tanto hizo suspirar a Dante y a muchos adolescentes lujuriosos. Su nombre es Aylén Martinetti.

Los oyentes se exaltaron en un gran: «Si, estuvo buenísimo. Excesivamente perturbador».

— Creo que esta noche tendré pesadillas — comentó un compañero a modo de broma, dándole la escenografía necesaria a sus palabras para insertarle vehemencia y credibilidad. Este joven inverosímil se llama Julián.

— Muy turbio. Excesivamente turbio. Una locura, totalmente perturbador — este fue Dante Zaiat, el protagonista.

— Perturbador, en el sentido anglosajón de la palabra — espetó un compañero que a su manera era amigo, o el mejor compañero, de Dante. Este joven tenía el pelo largo, negro, con un rostro parecido a Eminem y se lo destacaba por ser metalero. Su nombre era Elías Pacifico Constantino.

— ¿Buscaron el video? — preguntó Aylén —. Yo lo busqué, pero no lo encontré. Al parecer es muy difícil de encontrar.

— No, y la verdad es que tampoco quiero verlo — dijo Julián, cobarde como siempre —. Igual creo que es mentira. No creo que algo así exista.

— ¿Mentira? — gritó Aylén, impactada —. ¡Es real! Busqué en internet y vi una noticia donde atraparon al creador de ese video. Encontraron la casa donde grababa los videos y, obviamente, encontraron discos duros que tenían esos videos. Todo es real. — la pasión en sus palabras la volvían encantadora.

Julián sabía que era real, pero su mente estaba acostumbrada al autoengaño. Si no lo creo no es real. Si lo ignoro no es real. Un espectro ordinario en un mundo fantasmal.

— Tengo entendido que hay que buscarlo en la Deep web — dijo Elías —. En el internet superficial nunca lo van a encontrar.

— ¿Deep web? — preguntó Dante —. ¿Y cómo se puede meter a eso?

— Búscalo en YouTube, ahí sale todo — respondió Aylén con certeza.

Dante quedó con la mirada perdida, imaginando que navegaba en esa web oscura como si fuera un hacker que roba dinero a los bancos.

— ¿Te vas a meter? — le preguntó Aylén a Dante al verlo pensativo e intrigado.

— Primero tengo que aprender cómo hacerlo. Debe ser muy interesante ver que se puede encontrar en ese lado del internet — respondió.

— No sé mucho sobre el tema, pero tengo entendido que la usan para vender drogas, armas y contratar sicarios, entre otras barbaridades ilegales — comentó Elías moviendo la muñeca como un refinado de alta alcurnia —. Pero, si somos razonables, seguramente el video de Daisy es uno de tantos. No sé si me animaría a meterme, debe ser tan tétrico que temo por mi cordura.

Mientras tanto Dante se decía a sí mismo: «Interesante. Hay que meterse para ver qué onda. Muy interesante. Tengo que buscar cómo puedo meterme.»

— Cuando me meta nos compramos a unos esclavos para que hagan las tareas por nosotros — comentó Dante, todo un bromista blasfemo.

Todos rieron.

— Y después los matamos y vendemos sus órganos — dijo Elías, ayudando a que las risas no se detuvieran.

— O los reproducimos para que nosotros vendamos a más esclavos, y cuando juntemos el dinero necesario nos vamos de Latinoamérica — Aylén siempre supo cómo impresionar a cualquier corazón latente.

Julián decidió abandonar la reunión. Un sensible como muchos.

— Ojalá te violen a vos y a tu mamá por cobarde, pelotudo — le espetó Dante entre risas, amable como un policía cuando pone una multa a un turista que hizo una mala maniobra con su vehículo de gama alta.

Rieron a carcajadas mientras Julián deseaba la perdición de Dante en su mente, quien no paraba de molestarlo.

— No seas turbio — dijo Elías entre carcajadas estridentes.

— Tenemos que descuartizarlo, grabarlo y subirlo a la Deep web — comentó Aylén. Ella lo entendió todo.

— ¡Si! — exclamó Dante —. Y cuando lo descuarticemos lo metemos a la parrilla e invitamos a nuestros compañeros a comer un asado humano con chimichurri y salsa criolla.

— No seas demente, no puedes insultar a nuestros compañeros invitándolos a comer un asado asqueroso. Ni los cerdos se lo comerían — fueron palabras de Elías.

Fue una lástima para el grupo que Julián ya no estuviera presente escuchando lo que tenían para decir.

— Es verdad. Bueno, les enviamos piezas del cuerpo a sus familiares para que tengan un recuerdo — dijo Dante entre risas.

Rieron y siguieron haciendo chistes no apto para sensibles. Tosieron, se ahogaron y lloraron. La risa deja consecuencias. Cuando pararon, se pusieron serios y volvieron al asunto que los unía en aquel momento.

— Yo me animo a meterme — aclaró Dante para erradicar las dudas.

— Igual tenés que tener cuidado, el FBI puede ir a buscarte a tu casa para encerrarte en el área 51 y prostituirte con los extraterrestres que nos visitan — Elías lanzó una risa fuerte y estridente como la de una hiena.

En los años de juventud, hay inocencia e insensibilidad. No hay que olvidar la ignorancia, que permite tener la sensación de que la vida es sencilla.

— Entonces me voy a meter yo para que me vengán a buscar — Aylén fingió su gran emoción —. Todo sea por escapar de Latinoamérica.

— Igual me voy a meter en la computadora del gobierno — dijo Dante sin darle importancia a los peligros de ese mundo extraño —. Si le entra un virus peligroso no me voy a preocupar.

— Te van a hackear y robar todos tus videos íntimos — dijo Elías, intimidante.

— Me van a hackear y se van a llenar de virus — la computadora de Dante tenía virus, troyanos y todo malware existente.

— Bueno, si es que logras meterte — comentó Aylén —, tenés que buscar el video de Daisy y, si es que lo encuentras, descargarlo para que podamos verlo.

— Me voy a meter solo para buscar ese video — aclaró Dante.

— Pero tenés que traerlo — la rubia siempre supo utilizar sus encantos.

— O pueden meterse ustedes, buscarlo también, y el que lo encuentra primero lo descarga y lo trae para que podamos verlo y vomitar juntos — replicó Dante.

— Cualquier cosa después vamos a la iglesia y nos confesamos — dijo Elías para finalizar el drama.

Dante, ya en su hogar, se sacó el transpirado guardapolvo gris, preparó una chocolatada y sintonizó en la televisión una serie que supo conmover a niveles irascibles a cualquier espectador, además de ser encantador. La serie era Pulseras rojas; trata sobre unos jóvenes con diversas enfermedades que forman una dramática amistad en un gran hospital.

Aquel día el capítulo que sintonizaron hizo suspirar de tristeza a Dante, tanto que le salió una lagrima del ojo izquierdo. Luego se tumbó en la cama mientras su madre lo regañaba por no limpiar la mesa después de haber merendado. Su rebeldía disfrutaba la situación, y, después de caer en el aburrimiento, conectó los auriculares al celular y se

perdió como cualquier internauta aburrido con ganas de descubrir nuevas cosas. Nuevas sinfonías. Como estaba cansado y con la cordura maltratada por el capítulo de «pulseras rojas», cerró los ojos y comenzó a escuchar música para relajarse y recuperar el equilibrio emocional. «Skid Row» era el nombre de la banda. El excelente vocalista de la banda, Sebastian Bach, deleitaba sus oídos con la canción «In a darkenem room». La escuchó repetidamente hasta que los oídos le dijeron «listo» y los ojos verdes se le abrieron como si hubieran encontrado la solución a una teoría científica, con gran frenesí y deleite.

Buscó en YouTube un documental sobre la segunda guerra mundial, pero cuando estaba por verlo recordó el acuerdo que hizo con sus compañeros. Hubo cambio de planes. Primero buscó videos informativos sobre el misterio del video Snuff para reencontrarse con el interés y la curiosidad. Obviamente divagó en diversos canales para obtener mayor información. Al final, todo fue más de lo mismo. El video fue tan viral que estaba en boca de la gran mayoría. Muchos contaban como se sintieron al ver el video, pero la mayoría eran unos farsantes o unos enfermos. El contenido desmoraliza. Quienes lo vieron eran fáciles de detectar, sus ojos delataban la pérdida de fe hacia la humanidad, y no en el aspecto bíblico. Dante dudó en querer buscarlo, ya que ello suponía un camino solo de ida. No quiso escuchar su sentido común, y lo siguiente que hizo fue indagar y asesorarse como entrar al mundo donde las personas tienen la libertad y el anonimato necesario para mostrar y satisfacer sus más íntimos deseos y placeres. La otra cara del internet, claro está.

Quedó anonadado al percatarse de lo fácil que es acceder a esa cara del internet. Solo había que descargar navegadores que no tienen fines de lucro, ya que los privados, como, por ejemplo, Google, además de no brindarle nada de privacidad al usuario, censura todo dominio que tenga la terminación «. onion», que es donde se alberga el hermano malo del internet. «TOR» es el nombre del navegador. Lo descargó de la web oficial y lo instaló. Cuando el navegador inició, junto con su buscador oficial, escribió el nombre del video que le interesaba y no encontró nada, además de blogs informativos o noticias sobre el arresto del creador del video. Era como estar navegando en el internet que se utiliza para buscar una receta de comida. Indagó para obtener mayor información al respecto y descubrió que para acceder a ciertos sitios sí o sí hay que tener un link. En ese momento imaginó a los hackers de las películas que se memorizan centenares de códigos y destrozan sus teclados con los dedos. Le pareció mucho y estuvo por abandonar la pequeña aventura.

En Google buscó lo siguiente: «links de la Deep web». Al principio le pareció una estupidez, algo inservible y sin sentido, pero terminó resultando ser todo lo contrario. Blogs, foros, páginas webs y etc., brindaban a usuarios curiosos barbaridad de links y consejos de como acceder al internet profundo. Siguió cada recomendación. Instaló un buen antivirus, un software especializado en cambiar la VPN y conoció los riesgos que implicaba meterse en páginas ilegales: ser hackeado, que las autoridades te bloqueen el aparato con el que se accede y etc.

Comenzó a copiar y pegar cada link en la barra del buscador. Unos no servían y otros eran de sitios tontos. Pero hubo uno que supuso la apertura a todo el infierno consiguiente: The Hidden Wiki. Es un sitio con un gran catálogo de links de diferentes contenidos. Drogas, armas, servicios de hackers, foros, falsificación de identidades, tarjetas de créditos robadas y etc. Toda la ilegalidad en una sola página. Escrutó cada link y tuvo sensaciones placenteras, un sentido de adrenalina delictiva. Los ojos le crisparon de

emoción. Luego se metió en páginas de adultos. Eran de pornografía de fetiches extraños, como el de personas que disfrutaban comer materia fecal, entre otras asquerosidades. Aún, nada extremo. Entró en un foro en español llamado CebollaChan, donde internautas interactúan para compartir información, o solo hablar y comentar sandeces. Lo primero que vio en el foro fue la petición de varios usuarios pidiendo cuentas de Netflix piratas y gratuitas. No indagó en el asunto porque ya tenía su propia cuenta. Tiempo después supo que todo era falso, las cuentas piratas funcionales se venden en cualquier lado, hasta en páginas de ventas convencionales.

«Deep web para novatos» era el título de una entrada muy informativa al que decidió dar click. Allí encontró otros directorios con cientos de links y páginas atroces. Abrió links de forma convulsiva sin saber bien en que se estaba metiendo. En su imaginación solo esperaba encontrar páginas de drogas y armas, como las más comunes. Su gran anhelo era encontrar información confidencial de gobiernos, milicias y cualquier tipo de infraestructura con gran poder. «Oh, archivos secretos del gobierno de Rusia», se dijo. En ese momento creyó que aquello era lado más profundo del internet, pobre inocente. Las páginas cargaban y las cerraba casi al instante, le eran insípidas. Un link en particular lo dejó absorto, anonadado, asqueado y estupefacto. Si, todo eso junto. Fue la primera vez que vio una web con contenido más que ilegal: Pornografía infantil. De la impresión no cerró la página de inmediato para continuar con su ardua búsqueda, sus ojos no creían lo que veían. La primera reacción que tuvo fue dirigirse a CebollaChan para aprender más sobre la DeepWeb. Advertían y pedían discreción a los curiosos en contenidos con las siglas «CP» (children porn), Snuff, Hardcore, gore y otras extrañeces. Obviamente los consumidores de ese tipo de contenido (CP) tienen sus palabras claves: Caldo de pollo, código postal, cartas de Pokémon, clases de política, entre otros tantos. Esto sin duda abruma a cualquiera. Quiso contarle aquello a sus compañeros de clase, pero no fue capaz. Sintió algo cercano al pánico, imaginó que unos policías lo apresaban por entrar a páginas con contenido explícito.

Claro está que páginas de ese tipo abundan. Pornografía infantil por doquier. Lo peor es que no tardó en encontrar ese contenido. Fue sencillo. Es sencillo. Perturbador en el sentido literal de la palabra. Maldijo su estupidez, ya que a pesar del deterioro mental que sufrió, siguió indagando. Link que abría, link donde vendían pornografía infantil. Hubo páginas donde vendían órganos, pero le dio igual. En casi veinte minutos creyó haber visto la peor mierda del mundo, pero solo había visto la punta del iceberg. Unas bofetadas amables.

Lo siguiente que descubrió fue el catálogo de contenido llamado Snuff (crímenes reales). Miles y miles de personas inocentes, cualquiera sea la edad, sexo o etnia, murieron para satisfacer a un público diabólico, carente de empatía y con falta de humanidad. No obstante, los creadores de estos contenidos son los que la pasan bien en verdad. Satisfacen sus íntimos deseos y, además, obtienen grandes ganancias a cambio. El negocio de sus sueños. Obviamente no reprodujo ningún video, no fue capaz, las miniaturas y los pantallazos le parecieron suficiente.

Estuvo horas y horas buscando nada en realidad, se olvidó por completo de la misión. En cierto punto decidió que sus ojos ya habían visto suficiente y abandonó la tétrica aventura de ese mundo desconocido. Por las dudas guardó los links de los directorios, y a la vez se prometió que no volvería a meterse nunca más. Por supuesto que fue una falsa promesa. En el instante que apagó la netbook recordó la misión y pensó en las páginas

web donde se albergaban centenares de videos Snuff, quizás allí estaba el video que estaba en boca de todo internauta. No obstante, ese día se durmió temprano, al otro día debía madrugar. El video de Daisy tuvo que esperar un poco más.

— ¿Buscaron el video? — preguntó Aylén después de dar los «buenos días».

Se reunieron cuando salieron al recreo. Esa mañana estaban en el laboratorio de química, en clases, memorizando la tabla periódica. En otras palabras, estaban perdiendo el tiempo.

— ¿Qué video? — replicó Elías, el metalero, consciente de la respuesta que iba a recibir.

— El de tu culo con mi fideo — contestó Dante a viva voz para que derive en una avalancha de risas bobaliconas. Es una broma tonta, pero nunca pierde la gracia.

— Yo intenté, pero el navegador TOR no me anduvo. No se podían conectar a ninguna IP o algo así, la verdad es que no me acuerdo — Aylén fue la primera en responder a su propia pregunta —. Igual tampoco es que me esforcé.

Instaló mal el programa y por eso no le anduvo.

Dante se mantuvo reticente, pero por dentro quería gritar y desahogar la traumática experiencia que tuvo.

— Yo ni me acordé — contestó Elías, mirando a Dante y mordiéndose el labio inferior. Siempre quiso seducir a Dante, pero este nunca cayó en la tentación.

Elías y Aylén miraron a Dante esperando su respuesta, quien no tuvo opción más que contar la verdad.

— Yo si pude meterme — dijo. Las sonrisas de entusiasmo de sus compañeros lo escandalizaron —. Solo encontré páginas donde venden droga, armas y esas cosas. Nada interesante.

— ¿O sea que no encontraste el video? — preguntó la rubia hermosa.

Pensó en la respuesta. «Si, pude haberlo encontrado.», quiso responder. Quizás estaba en las páginas webs que me ensombrecieron el alma, páginas que prefirió no escrutar.

— No, aún no. — respondió al fin.

— ¿Encontraste información clasificada del área 51? — fue la pregunta del metalero Elías. Obviamente fue una broma.

«Bueno, supongo que no soy el único que pensó en eso.», se dijo Dante, refiriéndose al antiguo credo de que lo más profundo del internet oscuro era ese tipo de contenido clasificado. Aunque a su manera lo es, activistas, personas comunes con sed de justicia y periodistas de riesgo utilizan ese medio para realizar actividades benevolentes y revolucionarias. WikiLeaks es un claro ejemplo de ello. Pero como todos sabemos, el ser humano sabe transformar las ideas revolucionarias para facilitar el crimen, el mal.

— Solo un poco — contestó Dante —. Estaba todo en inglés, pero leí que secuestran a inmigrantes bolivianos para hacer experimentos extraños. Creo que prueban armas fabricadas con tecnología extraterrestre. O, tal vez, les inyectan nuevos virus para ver que le hace al ser humano, ver si es factible que la liberen al mundo para iniciar una plaga y, como ya imaginarán, encontrar una cura que es exclusiva solo para las personas de poder.

— Lo normal — comentó Aylén con su sonrisa encantadora y, a su vez, resignada.

— ¡Magnifico! — exclamó Elías, celebrando el contenido de las palabras de Dante.

Guardaron silencio por unos reconfortantes segundos.

— Esta noche voy a buscarlo mejor — dijo Dante —. Ya tengo algunos links que seguro me serán de utilidad.

— Vi en internet que es muy difícil de encontrar — comentó Aylén —. La única manera de encontrarlo es que te pasen el video o un link totalmente exclusivo.

Dante estuvo por replicar y comentar el tipo de contenido que descubrió en un abrir y cerrar de ojos, aplicando la única habilidad informática que tenía en ese entonces, pulsar click derecho del mouse a diestra y siniestra. En su lugar dijo:

— Ya veremos si es tan difícil como dicen. ¿De verdad quieren verlo? — preguntó extrañado.

— Si les soy sincero no me agrada la idea de ver a una niña siendo torturada y mutilada, pero como todos hablan de eso no tengo otra opción más que verlo y quedar irasciblemente perturbado, en el sentido anglosajón de la palabra. — Elías fue sincero y bromista a la vez, nunca dejando la cordura a la suerte de otro.

— La curiosidad mató al gato, y nosotros somos los gatos — dijo Aylén, disminuyendo el volumen de la voz para dramatizar las palabras.

— ¿Tenés ganas de morir o qué? — inquirió Dante.

— Pero solo una vez — contestó —. Y el gato tiene siete vidas, querido Dante.

Aylén, con su voz aguda, sensual y tenebrosa, hacia palpar el corazón de Dante a niveles preocupantes. «Oh, Dante Zaiat, hazme tuya». No, nunca sucedió nada. Solo fue un deseo pasajero.

— Entonces deben ser demonios que nos tienen bajo estricta vigilancia. Siempre creí que eran monstruos con intenciones perversas. Deberían exterminarlos, son animales horribles — dijo Dante para alargar la conversación.

— Si no te gustan los gatos no pienso volver a dirigirte la palabra — fue el ultimátum de Aylén.

Dante recordó a su gata ronroneándole sobre el pecho cuando se acostaba a dormir. Son las mascotas perfectas. Independientes y cariñosos. Elías estaba al margen de todo lo bueno que brindan los gatos a las vidas de las personas.

— Te será imposible, sé que me amas — replicó Dante con arrogancia fingida.

— Has descubierto mi más íntimo secreto — dijo ella con sonrisa y mirada picarona.

Dante no pudo evitar sonrojarse y sus compañeros se burlaron de él con un par de risas que lo incomodaron.

— Ya, dense un beso ahora y déjense de demorar mi paciencia — intervino Elías para apaciguar la incipiente incomodidad del momento.

— Todos sabemos que te gusto y que te da celos que Aylén me coquettee — Dante logró su cometido. Elías se sonrojó como una copa menstrual usada.

Por supuesto se rieron de sus ocurrencias. Esa mañana no tuvieron demasiado contacto. Entre la fatiga y la aburrida clase todos se perdieron en el deseo de estar en sus cómodas camas, calentitos y durmiendo como Dios manda. No, no me refiero al sueño eterno. Es muy triste que la educación sea un martirio incandescente para la paz y la cordura. No por nada muchos deciden mantenerse en la ignorancia. Todo está sutilmente planeado.

La mañana fue eterna para Dante. Al llegar a su hogar lo primero que hizo fue acostarse, sin quitarse la ropa, por casi media hora para satisfacer sus íntimos deseos. Lo mismo que el resto de sus compañeros. Pasado el mediodía su madre lo despertó para que vaya a darse un baño. Se sacó el guardapolvo gris y olió la zona de la axila para verificar si el baño era necesario. Le dieron arcadas. El hedor era abismal. Esa mañana se olvidó colocar antitranspirante. Lo sé, son detalles que a nadie le interesa, pero el drama lo

amerita. Hizo todo lo que debía hacer, y una vez preparado para irse al turno tarde de la maldita escuela se acostó de nuevo y descansó la vista durante unos quince satisfactorios minutos.

— Dante, te buscan — gritó su madre.

Era Elías, en su bicicleta, que casi siempre pasaba a buscarlo para ir juntos al centro de adoctrinamiento.

En ese entonces Dante tenía una bicicleta playera casi destartalada, pero funcional. Fue una bicicleta que una vez usó como si fuera de montaña. Aguantó demasiado malos tratos. Como de costumbre, antes de salir verificó si las ruedas estaban infladas y si la cadena estaba donde correspondía. Salió apresurado. Saludó a Elías con un comentario improvisado en el momento: «Hola, cara de neandertal». Y como respuesta recibió: «Hola, violador de primates». Se dieron un golpe amistoso de manos y comenzaron a pedalear como si los estuviera persiguiendo la policía para pedirles el documento y verificar si no son delincuentes juveniles que roban chocolates en los quioscos.

En la esquina de la casa de Dante vieron a un niño que iba en una bicicleta con rueditas de ayuda que cayó a la acequia y la madre, en vez de preocuparse y ayudarlo, se enojó y le empezó a gritar. Una gran madre. Obviamente al ver aquella hilarante escena los dos jóvenes se ahogaron en carcajadas que duraron hasta que llegaron a la escuela.

Pasaron las horas hasta que llegó el primer recreo, el descanso que salva vidas, y por fin pudieron rearmar el grupo de curiosos con ansias de quedar perturbados. Elías, el metalero, era compañero de banco de Dante. Cuando tenían la oportunidad hablaban sandeces o algún tema de interés común, o sea, más sandeces. La juventud lo ameritaba, eran tiempos sencillos y la risa estaba en su auge de ser escuchada.

Los alumnos abandonaban las aulas, desesperados, deprimidos y con ansias de un poco de libertad. Lo irónico era que la gran mayoría salía para sentarse en el suelo y dejarse hipnotizar por sus celulares. Seres con nada de sentido de existencia y dignidad. Sedentarismo y falta de humanidad es lo que los hechiza. Salieron al patio exterior para recuperar la humanidad perdida en el aula. La institución se encuentra rodeada de árboles de todo tipo, ya que a unos pocos metros se encuentra el parque del pueblo. Hermoso, claro está. Se unieron a la ronda que hicieron otros amigos y pasaron el rato, como todo buen adolescente. Cuando sonó el timbre con la indicación de que debían volver a las aulas, todos reprocharon aquello y continuaron hablando como si no hubieran escuchado nada. El famoso «Yo Argentina». Por supuesto que las encargadas de la represión estudiantil, las preceptoras (al menos en ese colegio eran todas mujeres gestantes), comenzaron a dar las indicaciones correspondientes a los estudiantes «sordos». Los gritos y las reprimendas debieron dejarlas exhaustas. Claro está que verlas renegar supuso un entretenimiento para ellos. Cuando volvieron al aula recibieron la noticia de que el profesor de la siguiente materia, el mismo que faltó el día anterior, no pudo asistir a clases. Bendita sea la hora libre.

La euforia de Dante y sus compañeros fue contagiosa. Unos ya planeaban irse al gimnasio para jugar al fútbol, mientras otros prefirieron quedarse en el aula y compartir una buena conversación. Aylén, en cambio, estaba aislada de la multitud con su computadora del gobierno encendida, ansiosa por estar con Dante y Elías.

Dante se acercó a ella, acompañado por Elías, y le dedicó una sonrisa afable y cariñosa.

— ¿Tengo que adivinar? — preguntó Dante señalando la computadora de Aylén.

— ¿Sobre qué? — inquirió Aylén, confusa.

— ¿Te vas a meter a la Deep web? — preguntó Elías cuando se sentaron junto a su amada compañera.

— ¿Ah? — la tomaron por sorpresa —. No, la verdad es que no se me pasó por la cabeza. Estoy pasándome unas películas.

— ¿De terror? — inquirió Dante.

— Si, de terror. «Hereditary» se llama la película. Dicen que está muy buena.

— ¿Nos vas a invitar a verla? — preguntó Dante. Parecía un niño preguntón.

— No, ya tengo con quien verla — contestó levantando una de sus cejas, insinuando que alguien satisfacía sus necesidades íntimas.

— Si, conmigo — aclaró Dante.

— Exacto — afirmó ella con su aire seductor.

— ¿Quieren que intentemos meternos a la Deep web? — inquirió Aylén, absorbida por la curiosidad.

Elías asintió y Dante se limitó a encogerse de hombros.

— Dante, haz lo tuyo — dijo Aylén girando la netbook hacia él —. Vos dijiste que te metiste, así que ahora nos vas a ayudar a que nos metamos. ¿O nos mentiste?

Fue sorprendente para Dante. Solo quería conversar y contar chistes de humor negro.

— Yo nunca miento — replicó, aún receloso de querer hacer cumplir las demandas de sus compañeros —. Y bueno, supongo que no tengo otra opción. — se resignó rápido.

— ¿Eres un gallina, McFly? — parafraseó Elías.

En volver al futuro no se meten a la Deep web, pero esa insinuación cumple con su cometido en las personas prepotentes como Dante.

— Lo primero que tengo que hacer es descargar TOR — dijo al colocar los dedos sobre el teclado.

Mientras se instalaba el navegador comenzaron a hablar de teorías conspirativas. En realidad, mientras hablaban, conjeturaban y deliraban, y al mismo tiempo el silencio de Dante se acentuaba. Estaba absorto en sus pensamientos, preocupado, temiendo algo desconocido.

— ¿Qué te pasa, chico serio? — preguntó Aylén.

Dante la miró a los ojos. Su intensa mirada casi lo destruye.

— Acaba de instalarse el navegador — indicó saliendo de su ensimismamiento —. ¿Están listos?

— ¿Vamos a buscar el video de Daisy o qué? — Elías se estaba acobardando, al igual que Dante.

— Esa es la idea — contestó Aylén —. ¿Ya tienen miedo? Vamos, no sean cobardes.

Antes de iniciar el navegador verificaron si la netbook estaba protegida por un antivirus.

— Iniciando — dijo Dante, notando la morbosa curiosidad de sus compañeros, además de cierta incomodidad. Eran terrenos desconocidos y repletos de sorpresas, cuyas sorpresas ya había visualizado.

El silencio los abrazó a los tres con gran cariño. Estaban expectantes a todo lo que Dante hacía en la computadora, quien no pudo evitar creerse todo un informático sabelotodo. Una vez dentro buscó «The Hidden Wiki», el repertorio de links “interesantes”.

— ¿Qué es «Hidden Wiki»? — preguntó Elías.

— Es una página donde hay links básicos para conocer un poco que es lo que hay en la Deep web o dark net — respondió Dante, pensando, además, en la palabra «básico» — . Es para novatos como nosotros.

— ¿No podés buscar directamente en el navegador lo que te interesa encontrar? Ejemplo: Drogas. Y después te aparecen páginas donde venden drogas. — dijo Elías, terminando con un efecto de explosión.

— No es tan simple. Si o sí hay que tener los links. No es un mundo transparente. Aunque es probable que exista un buscador específico para ese tipo de cosas, algún Google ilegal. Supongo que lo descubriremos mientras indagamos.

— Nos vamos a ir al infierno — aludió Elías —. Nos vamos a encontrar con nuestro creador.

— El infierno no existe — corrigió Aylén —. Eso es solo un invento de la iglesia.

Elías y Dante se miraron de reojo y se hicieron los ofendidos.

— Por decir eso te vas a ir al infierno — replicó Elías, fingiendo ser un juez bíblico, un sacerdote asustando al fiel por sus pecados.

— Ya estamos en el infierno — dijo ella con tonalidad escalofriante y una sonrisa triste.

Guardaron silencio, solo asintieron y prosiguieron con lo suyo para no caer en un estado de pesimismo misántropo y planear un suicidio grupal para incitar a otros jóvenes a que lo hagan para que no sufran esta vida maliciosa, podrida y carente de sentido.

— Bueno, estos son los links — dijo Dante, y los invitó a ver la pantalla.

Comenzaron a leer y le indicaban a Dante que link les interesaban para que diese el click de apertura. Fue lo mismo que vio antes. Ventas de drogas, armas, falsificaciones falsas y etc. Ellos se emocionaban y él podía percibir el aura de malicia inocente que titilaba en sus corazones. No fue capaz de contagiarse. Se preguntó si debía mostrarles lo que vio cuando se metió, aquel tipo de contenido que corrompe el alma. La bondad y el respeto hacia con ellos le prohibió hacerlo. Quiso cuidarlos, y fue lo que hizo, al menos aquel día

— Fíjate en esos links que dicen que son para adultos — dijo Elías, el metalero morboso.

Era pornografía normal, y claro que abrieron la página de fetiches extraños, pero nada fuera del internet normal. Aunque, razonando un poco, en el internet “normal”, el accesible, también alberga contenido prohibido por las leyes gubernamentales, y también por ética humana. Solo hay que tener los links correspondientes, obviamente exclusivos.

— Nunca vamos a encontrar el video — comentó Elías al quedar decepcionado por la limitación de links.

Dante estuvo a solo un instante de contarles sobre los foros donde los internautas comparten gran variedad de links para los curiosos, o para un público interesado. En esos momentos le interesó saber qué pasaría si les compartía todo lo que había descubierto el día anterior. Quizás compartirían el trauma para hablar libremente y así poder despejar la mente. En cambio, decidió caminar solo por ese complicado camino desmoralizado donde todo lo que se observa es angustiante. Donde la mente maltrata constantemente, nos mantiene despierto y nos incita a saber más de nuestro mundo, de conocer lo horrible que es la especie humana y el sometimiento de mentes que predicán contra los vulnerables.

— ¿De verdad te vas a rendir tan rápido? — dijo Aylén, enarcando las cejas —. No llevamos ni 15 minutos. Tenemos que indagar muchísimo si queremos encontrar el video.

— Toda la razón. Hasta quizás encontremos información clasificada de los gobiernos. — se redimió Elías.

— Si quieres información clasificada de los gobiernos metete en WikiLeaks — espetó Dante con cordialidad —. Vas a encontrar barbaries.

— Igual creo que eso de información clasificada de gobiernos y demás es solo una leyenda urbana. Porque las personas como nosotros son las que suben contenido al internet. Y en la Deep web existe el anonimato, así que las personas deben subir cosas que nosotros nunca podremos imaginar. En pocas palabras este lado del internet desinhibe a la persona y le permite ser el espécimen más oscuro que pueda existir. Si a una persona le pones una máscara mostrará quien es en realidad. — fueron palabras de Aylén, mostrando una pequeña parte de su extensa sapiencia.

— El video que estamos buscando es un claro ejemplo. Es pornografía infantil, y además asesinan a un pobre infante. — dijo Elías.

Eran consciente de todo lo que podría encontrarse en el internet del “anonimato”.

— Si, un video Snuff — agregó Aylén.

Los creadores de contenido informaron demasiado sobre el tema.

— Ayer me metí y encontré páginas con ese tipo de contenido — se sinceró Dante.

— ¿Qué tipo de contenido? — preguntó ella, alarmada.

— Pornografía infantil y videos Snuff — contestó serio como un inglés cuando escucha que las Malvinas son argentinas —. Y no, no vi ningún video. No fui capaz. Y no sé si el video de Daisy estaba en esas páginas.

— Y fijémonos ahora — dijo Aylén.

— ¡No! — exclamó con vehemencia —. No vale la pena. Es por completo asqueroso, repugnante, vil, anonadante y todo lo que se te ocurra.

— ¿Quedaste traumatado? — preguntó Elías, acentuando la burla.

— Impactado — corrigió.

— El video de Daisy debe ser todo eso y aun así queremos verlo. — aludió Aylén con cierta ironía —. Pero entiendo, quieres cuidarnos.

— Es que estamos en la escuela, capaz estamos metido en una de esas páginas prohibidas y de la nada viene uno de estos tontos hacia nosotros— Dante señaló al resto de sus compañeros — y mira la computadora para ver que hacemos. Se va a escandalizar y, naturalmente, armará un escándalo.

La hizo entrar en razón.

— Bueno, cada quien intentará encontrar el video desde la comodidad del hogar. — dijo ella, sonriendo sin transmitir nada.

— El que se suicida primero pierde — comentó Elías.

— No, el que se suicida primero gana. Entonces los que quedan vivos se sentirán unos perdedores hasta que decidan suicidarse — replicó ella.

— Si, eso tiene más sentido — dijo Dante.

— ¿Seguimos la conversación afuera? — propuso ella.

— Con una condición, si me da frio me tenés que dar un abrazo. — Dante sabía que debía decirle a una dama para ir de a poco entrando en su corazón.

Recibió una cálida sonrisa de ella como respuesta.

Pasaron todo el tiempo de descanso hablando sandeces. Ese día el humor negro hizo un trato con ellos. Hubo un chiste que los hizo sentir muy mal porque les pareció gracioso a niveles peligrosos. Elías fue quien lo contó, imitando la tonalidad ficticia de los

personajes involucrados: «Mira Papá, tengo cuatro huevos», palabras de un niño. «No, hijo, los dos de atrás son míos». Dejo que sus mentes procesen el chiste.

Se despidieron de la escuela. Partieron a sus hogares. El cansancio, el aburrimiento, se notaba en sus ojos. Les quemaron las mentes con información innecesaria para su existencia. Se unieron, Elías y Dante, a un grupo de compañeros para disfrutar el camino y despejar la mente. Rieron a carcajadas, que ya resulta redundante, hasta por cosas y situaciones para nada graciosas. Ellos tenían un ritual imprescindible que se llevaba a cabo al terminar la jornada estudiantil: Jugar al Pool. Eran cuatros. Equipos de dos. El lugar donde jugaban era viejo, descuidado, con luces anaranjadas y algo triste. No obstante, a pesar de sus fachadas, era acogedor. Había una rocola donde ponían música. Escuchaban cualquier estilo de música: Rock, metal, cumbia villera, folklore, etc. No eran quisquillosos. Solían estar horas dentro de aquel nostálgico lugar. Risas y anécdotas. Olvido y angustia. Lo importante es que compartieron aquellos momentos con buenas personas. Ese día, Elías y Dante, perdieron porque metieron la bola negra en el agujero incorrecto. «Mañana vamos a ganar». Daban por hecho que iban a volver al día siguiente, y así era, pero hubo una última vez, siguiendo la naturaleza de la existencia. Es espontaneo, solo pasa y ya. Cada quien con su vida. Con el paso del tiempo las vivencias se convierten en recuerdos que se van olvidando.

La oscuridad los esperó a la salida de aquel lugar. El último tramo del largo camino era el mejor. Después de una larga caminata por una ciclovía que se encuentra junto al aeropuerto del pueblo, se desviaron por una calle que apunta al Oeste, hacia los altos picos de la cordillera de los Andes. La sensación que provoca la belleza incandescente de la montaña es sobrecogedora, y hace que uno se olvide de sus preocupaciones y recuerde lo pequeños e inverosímiles que somos para este mundo. En ese tramo el silencio siempre se presentaba. Se despedían y solo pensaban en merendar. La madre de Dante siempre le guardaba tortitas saladas o facturas dulces para que el estómago quede satisfecho. Lo ayudaba a engordar.

No le importó perderse el capítulo de la serie «Pulseras rojas», de todas formas, lo repiten en la mañana del siguiente día. Lo primero que vio fue a su familia sentados en la mesa a punto de cenar. No llegó tarde, solo tienen la costumbre de cenar temprano. Dante no se unió a ellos. Fue a la habitación y se tumbó dando suspiros de una agonía finalizada.

Al acostarse vio de reojo la netbook que descansaba sobre un mueble de ropa. No quería meterse en la Deep web, pero carajos, la curiosidad siempre gana. Descubrir nuevas cosas es simplemente seductor. Por suerte su cordura tuvo un día más de descanso, se quedó dormido como un niño que vuelve de un cumpleaños después de jugar en el pelotero.

Dante despertó en la madrugada, sorprendido porque su madre no lo despertó para ir a la escuela, costumbre de casi todos los días. Igual la alarma del celular hizo su trabajo. Se preparó para ir al colegio. Todo iba bien hasta que la madre le hizo una pregunta confusa:

— ¿A dónde vas?

— A la escuela — respondió todo somnoliento.

— Es sábado.

— Ah. — se sintió un tonto. Pero después recordó el refrán que espeta: «El que madruga dios lo ayuda».

Una vez que se despertaba no era capaz de volver a conciliar el sueño. Quedó resignado a someterse en el mundo del aburrimiento. Se preparó unos mates y encendió el televisor para sintonizar algo de interés. Puso el History Channel solo para reírse de un conspiranoico de los extraterrestres. Aprendió que toda construcción antigua fue hecha o inspirada por alienígenas. Al final lo tomó como un programa de comedia y sátira histórica. Lo siguiente que se preguntó fue: ¿Y ahora qué hago? Le esperaba una mañana interminable. Podría haber ido a visitar a algún familiar, salir a correr o jugar al GTA San Andreas en la computadora, pero, entre tantas opciones, decidió jugar con el perro de la casa. Le lanzaba una pelota y este la buscaba y la traía.

Salió afuera y los rayos del sol le penetraron las pupilas de manera que se humedecieron. Los ojos tuvieron un orgasmo de lágrimas para evitar el ardor. El perro, un ovejero alemán llamado Ringo, lo vio y corrió hacia él moviendo la cola con alegría. Lo acarició con todo el amor posible, le habló como si fuera un humano y le dio un par de palmadas en las costillas. Cuando sus padres fueron a comprar al perro, el nefasto del vendedor les comentó que era el cachorro “especial” de la manada. El primer día que estuvo con ellos, Dante lo acostó en su cama y le vomitó la almohada. Por centímetros no le vomitó el hermoso rostro. Luego de ese acontecimiento le puso una alfombra debajo de la cama, y cada mañana Ringo lo despertaba con sus arcadas y vómitos. Muchas mañanas fueron en las que se levantó y pisó el vómito. Ringo lo miraba con ojos tristes y Dante pudo ver el dolor en sus ojos, dolor que vio hasta el último de sus días. Sufrió demasiado su buen amigo, y se enorgullece de haber sido bueno con él.

Jugaron por un rato, hasta que en un momento la maldad lo dominó y asustó a Ringo con tirarle un baldazo de agua fría. El perro se escondió debajo de la camioneta y en ningún momento amagó con salir. Después de satisfacer su risa malévola lo dejó en paz para que el perro saliera del escondite y poder jugar a las luchas libres. Ringo le pegaba con sus patas y hacia el intento de morderlo. Nunca apretó la mandíbula cuando le agarraba brazo con el hocico. Dante lo tiraba al suelo y se levantaba de inmediato con ladridos de furia y se abalanzaba contra él. Se tiraba al suelo y Ringo sufría un ataque de felicidad absoluta. Al final, Dante le daba un abrazo y el perro se iba a beber agua para después recostarse bajo el sol. Dante, con hedor a perro, no tenía otra opción más que asearse. Y fue lo que hizo.

Ese día fueron a almorzar con la familia. Un poco de risa y una excelente comida. Dante se aburrió y se despidió de todos para volver a la paz del hogar. Llegó a casa dando grandes bostezos, y cuando estaba dispuesto a descansar, agarró la netbook del gobierno

y la encendió. Una vez acostado se la puso sobre el pecho, acto que provocó grandes celos en la gata con ganas de ronronearle.

Lo primero que hizo fue abrir el navegador para buscar videos en YouTube. El hámster del procesador no quería correr. Tardó una eternidad en abrirse, y otra eternidad más en cumplir con las demandas. Eran épocas oscuras, y lo primero que buscó fue un documental sobre la guerra de Siria. En las noticias casi no hablaban de eso, lo ignoraban o lo hacían un acontecimiento menor. Siempre fue un ser humano culto, solo que la personalidad, la forma de ser, no me acompañaban. Todo un ser extravagante. Y como adivinarán, al finalizar el documental recordó la Deep web y todos sus misterios. Fue reticente, pero la curiosidad siempre logró superponerse a su frágil razón.

Quedó ensimismado en aquel extraño mundo, de nuevo. Le sorprendió, y a la vez fue un alivio, por no encontrarse páginas web con pornografía explícita. Quizás fue porque entró con links nuevos. Fue por otro camino. Encontró archivos extraños y, según la apariencia, clasificados. Todos en inglés, y aquel idioma le era ajeno. Los descargó porque le parecieron interesantes. Fascinado por una página, se dejó absorber durante horas. Era una página oscura, terrorífica, conspiranoica y asquerosa. El contenido era variado. Había videos raros, sin sentido, con escenografía de terror. Un ejemplo es el video de una persona con una máscara aún más rara haciendo nada, solo mirando a la cámara. Otros eran de monstruos encontrados en bosques. Fantasma en hogares. Demonios, rituales satánicos, sacrificios humanos y de animales. Un lugar tétrico e interesante. Sin dudarlo guardó el link para luego mostrar aquello a sus compañeros de trauma.

Hizo una pausa para relajar la visión y consumir algún alimento. No había nadie de la familia en la casa, concluyó que la reunión familiar sobrepasó las conversaciones monótonas y aburridas que siempre se presentaban. Casi en un abrir y cerrar de ojos volvió a la netbook para visualizar el grotesco e interesante mundo virtual. Escrutó un link tras otro. Se topó con redes sociales del inframundo y otras páginas que requerían registrarse. Obvio que no mordió el anzuelo. Buscó otros directorios con mayor variedad de links. Click tras click. Algunas páginas abrían y otras marcaban error de red. «El FBI ya pasó por acá.», se decía cada vez que se presentaba la oportunidad. De hecho, en varios links a los que entró había un aviso del FBI explicando y advirtiendo las razones del porqué cerró la página web. Estaba en inglés, y en aquel entonces solo sabía saludar y despedirse en ese horrible idioma. Fue esperanzador ver que cerraban las páginas con contenido ilegal. La esperanza duró poco. Abrió otro directorio de links y estaba repleto de páginas ilegales funcionales. «Bueno, solo cierran las que se popularizan.», comentó.

¿Aman a los animales? ¿A las mascotas? Se afligió en la tristeza y la indignación cuando encontró una web repleta de videos donde personas disfrutaban torturar y matar a pobres e indefensos animales. Los perros y los gatos eran los animales preferidos para practicar ese tipo de contenido. Había de conejos, tortugas y algún que otro animal exótico. La maldad no tiene límites ni referencias. Hacer sufrir es el placer que buscan satisfacer, así como el morbo de los que consumen y disfrutan ver el sufrimiento ajeno.

Vio algunos videos, claro está. La tendencia de aquellos tiempos era matar gatos y perros pequeños pisándolos con tacones de zapatos. Ustedes imaginen los alaridos de los animalitos y las risas de los humanos sin moral y ética. Es repulsivo, más aún porque son cientos de miles los animalitos que fueron asesinados por el capricho de los internautas. Los mataban de diversas formas; los prendían fuego, los tiraban de altos y empinados

acantilados, con martillos y etc. Le nació el deseo de que empezara una guerra nuclear para que los humanos desaparecieran de una vez por todas.

Quedó perturbado y conmovido, obvio. De inmediato dejó de maquinarse la cabeza, la cordura, con aquel mundo virtual que desinhibe y desnuda todo mal habitado en el interior. Fue a jugar con el perro, Ringo. Lo acarició y dio un abrazo de amistad. Fue la primera vez que la imaginación lo asustó: se vio a sí mismo asesinando a Ringo con una raqueta de tenis para después subir el video a internet y divertirse con sus camaradas. De pronto sufrió un delirio de fama cibernética, convirtiéndose de pronto en un verdadero monstruo. Supo que su vida estaba cambiando, solo debía aferrarme a su humanidad latente, aquel ser que solo deseaba la paz en el mundo.

— ¿Qué hiciste toda la tarde? — preguntó la madre de Dante cuando llegó de la reunión familiar —. ¿Limpiaste el piso? ¿Lavaste los platos? ¿Limpiaste algo?

Él estaba sentado en el patio jugando al ajedrez en el teléfono celular. La miró a los ojos y enarcó las cejas. Esa fue la respuesta.

— Nada, nunca hacen nada. Siempre tengo que hacer todo yo — comenzó a reprochar —. ¿Soy su empleada o qué? Tienen que ayudarme con las tareas de la casa.

No dijo nada. Ella estaba en lo cierto. Como la mayoría de madres en el mundo, hacía todo mientras los varones, vaya casualidad, se dedicaban al ocio y a ensuciar todo. Al menos Dante, cada tanto, ayudaba con las tareas del hogar, pero la pereza siempre lo dominaba.

— ¿Cuántas veces te he dicho que limpies la mesa cuando meriendas? — Dante olvidó por completo ese detalle.

— Ahora voy a limpiarla — dijo —. Espera a que termine la partida de ajedrez.

Apresuró los movimientos y perdió con un jaque mate pensado para novatos. No vio las jugadas obvias. Chasqueó con la boca y fue a limpiar la mesa.

— ¿La limpiaste vos? — preguntó al ver todo limpio.

— No — respondió la madre con sarcasmo —, el perro vino y lo hizo todo. ¡Obvio que fui yo! Si te espero a vos las cosas van a estar en la mesa hasta mañana. Y yo tengo cosas que hacer.

Siempre le divirtió ver a otras personas enojándose por pequeñeces y reprochando todo lo que se cruzan al paso. Claro está que la risa les provoca un grado de irritación incandescente y el fastidio lo demuestran con sus improperios verbales.

Ella se exasperó con Dante y lo quiso fuera de su vista. Dante, tentado de la risa, fue hasta el cuarto y, cuando puso un pie, el celular vibró dos veces. Una notificación. Puso la contraseña para desbloquearlo y entró en la plataforma que pronto se volvió imprescindible para la existencia: WhatsApp. Sus compañeros, Aylén y Elías, lo agregaron a un grupo donde solo estaban ellos tres. «Perturbadorlandia», era el nombre del grupo.

Ya no estamos es el siglo XIX, el lenguaje entre los jóvenes se volvió burdo, banal e insípido. Romper los estándares actuales del lenguaje es un acto de rebeldía y, en ojos del proletariado, prepotencia intelectual. Podría hacerme el rebelde, pero hasta yo mismo me odiaría.

Aylén escribió un testamento expresando e indicando que si encontraban algo relevante en la Deep web debían pasarlo o mostrarlo. También indicó con énfasis que el

video de Daisy era la prioridad, ya que no quería quedarse al margen de lo entonces popularizado. Ella es responsable del deterioro mental del resto.

Ella pasó fotos mostrando lo que vio mientras estaba en la Deep web. A comparación de lo que logró encontrar Dante, eran cosas inocentes. Por supuesto que encontró barbaries y no quiso compartirlas, todo para ahorrarse el rechazo y para mostrarlo en el momento oportuno, y ver la reacción de sus amigos. Ella y Dante eran los curiosos, mientras que Elías solo se limitó a escuchar y observar sus vivencias. Nunca se metió en la Deep web y tampoco tenía intención de hacerlo. Tuvo uso de razón, escuchó su intuición negadora. Nunca lo dijo, porque sin duda se hubieran burlado por su cobardía, pero sus ojos brillantes e inmaculados lo expresaban todo.

Dante aprovechó para pasar los “archivos clasificados” que encontró. Tal fue la euforia de sus camaradas que tuvo delirios de grandeza. Lo felicitaron por haber encontrado esos archivos y lo trataban como «hacker informático». Obvio que todo era una exageración, pero ello no quitaba el placer del momento. «Tenés que hackear la computadora del intendente y ver que secretos guarda.», comentó Elías, bromeando. «Voy a hackear la tuya para borrarle toda la pornografía que tenés.», replicó Dante, también bromeando. «Déjale solo la pornografía heterosexual.», dijo Aylén en un audio. «Entonces no van a poder borrar nada.», contestó Elías sin ofenderse.

Dante dejó el teléfono y como aún había sol se fue a la plaza principal, en bicicleta, para ver a quien se encontraba y socializar un poco.

A veces las casualidades dejan a uno pasmado. Dante, al llegar a la plaza, se encontró con Aylén, quien, según comentó, estaba volviendo a su casa. Ella había ido a ver un partido de hockey donde jugaba una amiga suya.

— ¿Vos que andás haciendo? — preguntó.

— Nada en realidad, solo salí a dar una vuelta sin tener nada en mente.

— Todo un aventurero. — dijo ella.

— Si, es que me gusta mucho ver a «Bear Grylls» — para el que no lo conozca, es el famoso sujeto de Discovery Channel que enseñó a cómo sobrevivir en lugares inhóspitos y hostiles. Un héroe sin capa.

— ¿Estás buscando algún bicho para comer?

— Si, y acabo de encontrar a ese bicho — Dante insinuó que ella era el bicho.

Su sonrisa magistral siempre lo conmovió. Le gustaba hacerla sonreír, ya que eso lo hacía sonreír.

— ¿Qué tomamos para pasar el rato? — no tuvo las molestias de invitarlo o preguntarle si quería estar con ella, pues la respuesta siempre fue un sí rotundo.

— Lo que tengas ganas de pagar — contestó Dante.

— Cierto que perteneces a la clase baja, perdón — dijo con seriedad, pero con arrugas de diversión en los ojos —. Esta vez pago yo.

— Si, y también te demuestras que no siempre debes depender de un hombre. Esas costumbres ya quedaron en el pasado. Disfruta del orgullo femenino. Empodérate, querida.

— No encuentro fallas en tu argumento — expresó mirándolo directo a los ojos, perturbándole los sentidos —. Fallas en tu lógica. — corrigió.

Fueron a un mercado que estaba cerca y ella entró a comprar. Dante se quedó afuera, aprovechando el placer visual del ocaso. Ella salió con una Coca-Cola de 2lts y una bolsa de papas Lay's.

— Me olvidé que perteneces a la clase alta — comentó Dante —. Tienes tanto dinero que hasta compras aire envasado. — lo dijo por la bolsa de papas, reconocida por eso, además de contener papas muy sabrosas.

— Soy una privilegiada que disfruta del derroche, querido — expresó con tono pedante.

— Deberías dar donativos económicos para los pobres.

— ¡No! — exclamó —. No importa la cantidad de dinero que les den a los pobres, ellos mismos se van a esforzar para gastarlo todo y volverán a la condición de pobreza. Lo que necesitan es educación.

— Reciben educación, pero la educación que reciben es bastante pobre.

— Muy cierto. Entonces podemos concluir que los pobres son una herramienta esencial para mantener en el poder a gobiernos corruptos, tiranos y nefastos. ¿De acuerdo?

— Lamentablemente estoy de acuerdo.

— ¿Vamos al parque o a la plaza? — preguntó ella, olvidándose de la conversación constructiva que estaba naciendo.

Fue indeciso por unos segundos.

— El parque es más agradable. Menos personas — dijo, haciéndome el antisocial que disfruta de la soledad y los juegos de videos.

— Y es más oscuro — dijo ella, abriendo los ojos con placer —. Quizás tengamos el privilegio de ver como asesinan a alguien.

— ¿Y si nos asesinan a nosotros?

— Nos harían un favor, ¿no?

— Nos harían un favor si nos secuestran y nos sacan de Latinoamérica — contestó Dante.

Hablaban con seriedad, al menos con el tono, como si trataran temas importantes, que en parte solían hacerlo, pero deliraban tanto que las risas no eran necesarias. Obvio que por momentos se desahogaban, pero siempre, casi siempre, lo hacían cuando la risa no suponía una interrupción inminente a una conversación fluida y extravagante. Solo eran encuentros de dos mentes que se entendían a la perfección.

El parque quedaba cerca. Llegaron rápido. Ella lo entretuvo con su discurso de porqué este debía leer los libros de Harry Potter antes de morir. Dante solo escuchaba, le fascinaba hacerlo, y a la vez la interrumpía para molestarla. «Harry Potter es para niños tristes.», le dijo, entre otras cosas. Cuando ella supo que le gustaban las películas, afirmó con todo el énfasis posible que los libros son cien veces mejores, detalle en el que nunca nadie dudaría.

Fueron a una parte oscura y solitaria del parque, en unos asientos de hormigón con una mesa cuadrada que tiene un tablero de ajedrez incrustado. A solo unos pocos metros había una virgen incrustada en un árbol. De día era una estatuilla benevolente, pero de noche la escenografía se tornaba tétrica, con indicios de que alguien solía practicar brujería cerca. No obstante, era su única protección a todo mal viviente.

— ¿Pediste vasos para la bebida? — preguntó Dante cuando se sentaron y ella puso todo en la mesa.

Su respuesta fue fruncir el ceño y una sonrisa de: ¿Me estás hablando en serio?

— Es que si tomamos desde la botella la vamos a babosear y será como si nos estuviéramos dando besos, compartiendo saliva — dijo con la seriedad que transmite diversión y paz.

Aylén se vio perturbada por un tinte rojizo en las mejillas.

— Esa es la idea — dijo, continuando con la media broma.

No supo que decir. Levantó las cejas e intentó ocultar la sonrisa de vergüenza.

— ¿Te pusiste nervioso? — preguntó, siempre intentando ponerlo al límite de sus capacidades.

— No, ¿por qué pensaste eso? — tuvo que escapar, hacerse el difícil —. Solo imaginé que te caía materia fecal de paloma en la cabeza.

— ¿Sí? — el asco se notó en su rostro —. Sos tan malo que a veces me das miedo — dijo con tono sarcástico.

— Soy tan malo que cuando me aburro voy a la plaza a matar pájaros.

— ¿Para después alimentar a tu familia? Debe ser feo ser pobre y tener que comer pájaros.

No pudieron aguantar la risa.

— Si un sensible escuchara nuestras conversaciones se suicidaría — dijo Dante.

— Espero algún día pase.

— ¿Has conocido a alguien que se haya suicidado?

Pensó fugazmente.

— No lo creo. Al menos nadie que yo recuerde.

Su mirada bastó para saber que ella esperaba la respuesta de Dante.

— Si, he conocido a varias personas — inclinó la cabeza para indicarle que quería escuchar la historia —. Una señora que vivía detrás de mi casa se suicidó. Siempre que iba a jugar a la plaza al fútbol nos cruzábamos a su caza para tomar agua. ¿Recuerdas la chica que se suicidó hace unos años y en la escuela hicieron luto por varios días? Bueno, no la conocí en persona, pero hablaba con ella por Facebook. Eran conversaciones tranquilas, interesantes.

— ¿La persuadiste para que se suicidara?

Dante siempre amó su insensibilidad.

— No, pero me hubiera gustado — dijo para adaptarse al sentido del humor de ella.

Dante recordó a la persona que conoció en el mundo virtual. Le fue extraño el hecho de recibir sus mensajes todos los días y de pronto enterarse que se suicidó. ¿Pude ayudarla a que no tomara esa decisión? ¿Cómo es que no me di cuenta? Es imposible no preguntárselo. Corrían rumores de que estaba deprimida porque el novio la dejó. Queda en claro que hay un mar de razones para intentar darle sentido al suicido. No quiso indagar en el asunto, las personas mueren todo el tiempo. El martirio que vivieron los que la conocieron en persona, la mayoría jóvenes e inmaculados de todo mal, debió ser horrible. Lo peor es que se olvidó el nombre de esa persona, no pudo dedicar palabra alguna a su memoria. La familia de esa chica, esa joven, fue maldecida, porque tiempo después el hermano tomó la decisión de cambiar de carril su vehículo para estrellarse con un camión e irse de este extraño mundo. Una familia destruida.

— Igual es una afortunada — dijo ella, notándolo de pronto pensativo.

— ¿Razón?

— Tuvo el valor de hacer lo que la mayoría solo pensamos — su gelidez en la entonación de las palabras logró inquietarlo.

— ¿Pensaste en suicidarte? — esbozó una sonrisa para contrarrestar el arduo interés y preocupación que transmitían sus ojos.

— Lo pienso, pero soy cobarde — contestó, fría como siempre —. Acaso vos, querido Dante, ¿no lo has pensado?

Tardó en responder, no sabía que decir.

— Ya tardaste mucho en responder — dijo ella —. Significa que lo has pensado en algún momento.

Se perdió en los recuerdos, intentando encontrar la vez que pensó en el suicidio.

— Los piensas demasiado, querido Dante.

— Sucede que no recuerdo haberlo pensado, en el suicidio, pero es probable. La muerte nos asusta y tienta a todos, o al menos a los consientes. Supongo que cuando el vivir nos agobia la muerte se torna atractiva.

— Yo si lo he pensado.

— Si, ya lo dejaste en claro.

— Y lo he pensado — dijo como si no hubiera escuchado — porque todo lo que veo, humanamente hablando, me parece insípido, triste y carente de sentido. Una vida monótona. Puedes dedicarte a lo que te gusta, o a lo que te hacen creer que te gusta, pero lo repetitivo siempre estruja toda la pasión y las ganas.

— La única opción que tenemos es ser los empleadores y no los empleados. Tenemos que ganarle al sistema, adueñarnos de él y aprovechar todos sus recursos.

— O la otra opción que tenemos, la que hipnotiza a todo el proletariado — la última palabra la descubrieron cuando leyeron a George Orwell — para llevar una vida menos dolorosa y carente de sentido, es emplear todo nuestro merito para adquirir bienes materiales. Un poquito de satisfacción para una vida vacía. Mundanos y parásitos, eso somos.

— La libertad es menospreciada, infravalorada.

— La libertad es un concepto que fue transformado para controlar mentes y vidas. El asunto es que desde pequeño nos enseñan a trabajar, a ser esclavos, y si pensamos en libertad nos sentiremos unos vagos buenos para nada.

— Nos automatizan y olvidamos quienes somos. Al final vamos a querer satisfacer al sistema.

— No por nada los que se rebelan siempre se convierten en modas pasajeras o bufones de los televidentes, cultos como nadie — comentó ella —. Si a Lenin le hubieran puesto sombrero de bufón, la Unión soviética, quizás, no hubiera nacido.

— Si a Karl Marx le hubiesen creado la fama de que era un oligarca probablemente el mundo sería hermoso. Me olvidé de Engels, lo siento.

— Sería hermoso o peor de lo que fue. El capitalismo de entonces esclavizaba a las clases menos afortunadas y los martirizaba para que ellos acumularan riquezas sin límites. Marx y Engels, el manifiesto en general, fue una reacción natural, humana, a esa represión clasista, y en otros casos racista, sexista o lo que se te ocurra. Pudieron ser otros los nombres de aquella reacción revolucionaria, de aquella rebelión, ellos solo expresaron el pensamiento popular de entonces. No lo idearon, solo transcribieron lo que la multitud reclamaba. Bueno, quizás incrustaron ideas propias, pero siempre siguiendo y defendiendo la postura y las necesidades de sus allegados.

— Al igual que Hitler. Fue solo un humano que se adaptó a los ideales generalizados de entonces. Él no inició el odio hacia los judíos, solo fue convertido en líder por otros sujetos por su talentosa oralidad y capacidad de convencer a las multitudes.

Ella se lo quedó viendo con una mirada intensa y gesto inescrutable. Ambos compartían su sapiencia e ignorancia. Sus conversaciones eran versátiles y disparatadas. Jóvenes aventureros en el arte del conocimiento. Delirantes e ignorantes.

— A veces me pregunto si todas las barbaridades que decimos son ciertas — dijo Dante.

— No lo pienses demasiado, solo disfrútalo.

Comieron papas fritas y bebieron la bebida en silencio, un necesario silencio para acomodar las neuronas, las ideas. Relajar el cerebro. Recuperar las energías perdidas.

De un momento a otro ella se sentó al lado de Dante y apoyo la cabeza en su hombro y la mano en su pierna. Ella estaba enamorada, y era su forma de demostrarlo. Dante, lejos de ponerme nervioso, se esforzó para no mostrar un comportamiento errático. Debía mostrarse apacible. Le sopló el pelo, cayó en la tentación. Ella solo carraspeó con la boca. Son silencios que se disfrutan a más no poder. Si se siente palpitaciones cardiacas en un momento así es porque están en el lugar indicado, disfrutando los pequeños placeres que da la vida. Ella, el parque, el clima, los pájaros cantores, la brisa del viento, todo era perfecto. Eran jóvenes, cada tacto culminaba en un suspiro de placer. Escuchaban su respiración, quizás algo nerviosa. Sentían el aroma del cabello: coco. El cuerpo de Dante crispaba de placer y el de ella estaba relajado. Y si, tuvo una erección. Usaba pantalones de algodón anchos y ropa interior ajustada. Si ella miraba la entrepierna de Dante hubiera notado todo lo que este sentía por ella. Ella era inteligente, sin duda sabía que eso era natural y una buena señal. No con cualquiera se tiene una erección. Ella se humedeció un poco al sentirlo cerca suyo.

Ella movía su cabeza reiteradamente sobre el hombro de él, como si intentara decirle algo. Un tipo de indirecta que para personas como Dante son inentendibles. «¡Tengo frio!», exclamó ella varias veces. «¿Frio? Pero si el día está hermoso.», le dijo Dante. «No importa, tengo frio.», lo dijo con desesperación y se debió a la ignorancia de su enamorado. «Te estarás enfermando, entonces.», tiempo después le hicieron saber que fue su manera de decirle que quería que la abrazara.

Pensó en robarle un beso, y hasta estuvo por hacerlo. El problema fue que lo pensó demasiado, y se sintió humillado cuando Elías apareció e interrumpió el momento. Ella se alejó con estrépito, como si no quisiera ser descubierta.

— Creí que no ibas a venir — le dijo ella, olvidando que lo invitó.

— Estaban muy juntos ustedes dos — Elías los miró con picardía —. ¿Se besaron y ahora son novios? — esa pregunta les erizó la piel por la vergüenza.

Cuando ella lo miró a los ojos supo que era lo que estaba esperando. Es indignante que el hombre deba ser quien bese primero a la mujer, o que esa sea el ritual por excelencia. Hoy en día si se besa a alguien sin permiso puede ser motivo suficiente para denunciarlo como acosador. En las noticias relatan historias que a uno lo vuelven receloso. Violaciones y toda clase de abuso por doquier. El recelo hacia esos temas es controversial. Robar un beso se convirtió en un sacrilegio, en otra forma de abuso sexual. La ignorancia ha distorsionado lo explícito, lo real.

— Estábamos por besarnos, pero apareciste vos — le contestó ella.

Ella observó a Dante con una gran sonrisa en el rostro cuando este se sonrojó, sin duda disfrutó su sufrimiento e incomodidad.

— No me molesta que se besen delante de mí — indicó Elías, invitándolos a que se besaran con libertad.

— No, no queremos que te pongas celoso — dijo Dante, queriendo escapar de la inhibición —. Sabemos que yo te gusto, amigo mío.

Al principio rieron, pero al ver a Elías incomodo y colorado Dante se detuvo.

— No lo dije enserio — acudió a su auxilio.

Ella, Aylén, se reía por lo bajo. La expresión afligida de Elías fue cómica. Elías solo lo veía como un amigo atractivo, porque lo era, y nunca tuvo deseos carnales. Pero seamos sinceros, todo aquel que haya tenido, o tenga, un amigo o amiga que tenga preferencias sexuales con personas del mismo sexo ha pensado en algún momento que quizás le podemos llegar a gustar. Muchas parejas empiezan siendo buenos amigos.

— Si de verdad me gustaras ya nos estaríamos besando — fue la defensa de Elías.

Dante quedó anonadado, al igual que Aylén, por la seguridad con la que lo dijo.

— Puede ser, soy bastante curioso — dijo Dante, guiñándole el ojo.

Elías quiso responder, pero se inhibió.

— Se te está declarando — le dijo Aylén a Elías, interesada —. Aprovecha el momento.

— No doy segundas oportunidades — aclaró Dante, mirándolo con expresión seria, casi como las que tienen los militares en un acto a nombre de la patria.

Elías pareció pensarlo, considerarlo muy bien. Su expresión lo delató.

— No te voy a dar el privilegio de besarme — dijo Elías, sonriendo —. Soy mucho para vos, mi buen amigo.

— ¿A mí me darías un beso? — preguntó Aylén.

— Ya te lo he dado — observó a Dante por uno segundos y se volvió hacia ella —. ¿No se lo has contado? Ahora que es tu novio deberías contarle nuestra historia.

Dante quedó pensativo.

— No te asustes, Dante — aclaró Elías —. Aylén es toda tuya.

— ¿Toda tuya? — se mostró indignada —. ¿Ahora soy un objeto o qué?

— Un objeto sexual — le contestó Elías, de pronto arrepentido.

Aylén pensó en fingir exaltación para empezar una fuerte discusión, pero no pudo llevar a cabo la idea porque comenzó a reírse, tranquilizando a Elías y librándolo de todo mal.

— Ese es mi intimo deseo, que me utilicen como objeto sexual — dijo ella, logrando que Elías y Dante se miraran como lo hacen dos amigos cuando ven una foto de una mujer desnuda, con complicidad de puberto.

— No creo ser capaz de saciar tu lascivia — replicó Dante, serio —. Pero puedo intentarlo.

Ella lo miró enarcando las cejas, como si estuviera interesada.

— Después hablamos del asunto — aclaró —. No hagamos sentir mal a Elías.

— Podríamos invitarlo a que haga un trío con nosotros, ¿no? — idealizó Dante.

Ambos miraron a Elías y esperaron una respuesta.

Lo dejaron sin respuesta. No dijo nada, solo guardó silencio.

— No lo pienses demasiado — dijo ella.

— Igual es mejor que no responda — intervino Dante —. Puede tener sida y nos puede contagiar.

Elías se sonrojó de incomodidad, no porque tuviera sida, sino por el comentario fuera de lugar.

— ¡Ay, niño! — exclamó la dama —. Por algo existen los preservativos.

Si, Dante era virgen. Muy virgen e inocente.

— Un preservativo no cura el sida — comentó como un idiota sin escrúpulos y límites.

— Obvio que no... — empezó a decir ella.

— Mejor hablemos de otra cosa o Elías se va a ir a su casa a llorar.

A su manera el encuentro comenzó a tomar un ambiente aburrido. Los tres hablaron poco, se miraban a la cara y expresaban algún que otro comentario. Un encuentro trivial. Estaban inhibidos, quizás, pero solo era cuestión de tiempo, claro está.

— ¿Demos una vuelta por el parque? — propuso Aylén.

— ¿Tenés ganas de ir a cazar brujas? — inquirió Dante.

— Estoy cansada de estar sentada.

— Si, el aburrimiento se está comiendo mis entrañas — dijo Elías exagerando, teatralizando, las palabras con gestos de sufrimiento.

Se pusieron de pie, tiraron la basura que quedó de la comida chatarra, y salieron a caminar.

El silencio fue tranquilizador. Caminaron por un camino con grandes y altos árboles ubicados de forma uniforme a los lados. La luminosidad de los faros era sucio, naranja y poco brillante. Al llegar al final del camino, Elías les indicó que voltearan.

— Dicen que al parque vienen a jugar al juego de la copa, a la ouija y a hacer brujería — comentó Elías —. La gente habla y no sé si creer lo que dicen. Pero vean los árboles y díganme si ven algo raro.

Siguieron las indicaciones. Al principio solo vieron un camino recto, de tierra, poco iluminado, con grandes árboles plantados en una perfecta línea recta siguiendo el camino y nada más. Creyeron ver a una persona que los observaba de entre los árboles, pero solo fue fruto de la imaginación. Se sugestionaron a la vez.

— ¿Los ven? — preguntó Elías.

Aylén estaba concentrada. Dante se había dado por vencido, solo esperaba que Elías terminara con el misterio y que les indicara que debían ver. Olvidándose del asunto, Dante vio lo que debían ver.

— ¿Símbolos?

Elías asintió.

En cada árbol, a lo largo del camino, había un símbolo extraño marcado con algún objeto punzante. Perforaron la corteza para hacerlos. Eran grandes y limpios, pero desconocieron las formas y sus significados.

— Supuestamente esos símbolos se utilizan para jugar al juego de la copa — especificó Elías.

Para quien no sepa, el juego de la copa se usa para “invocar” y “hablar” con espíritus. Es similar a la ouija. Y lo que Elías dijo, sobre los símbolos tallados en los árboles, tenía sentido. Entre los jóvenes curiosos de entonces la moda era jugar a ese juego. El juego del momento. Nunca nadie murió, pero los relatos que pasaban de boca en boca hacían erizar la piel. Una vez les contaron que el hermano del amigo de un amigo lo jugó y fue poseído por un demonio. Lo llevaron a la iglesia y le extirparon la presencia maligna.

Otros no eran tan exagerados y solo contaban que por la noche sentían que alguien los observaba, o que veían personas sin rostro y que sus cosas se movían solas. Lo normal, lo esperado.

— ¿Tienen ganas de jugar a la copa? — inquirió Aylén.

— ¡No! — Elías y Dante respondieron al mismo tiempo.

— Son unos miedosos — dijo ella, sonriendo.

— Tú, querida amiga, nos das miedo — replicó Dante —. Eres tenebrosa.

— Y sexy, no lo olvides.

— Si, tenebrosa y muy sexy — lo de «muy» estuvo de más. Pero la idea de Dante era demostrar su arduo interés por ella.

Por suerte no dijo nada. Pero lo pensó, quiso ponerlo incomodo, pero su benevolencia lo impidió.

— Mis padres van a salir a cenar con unos amigos, ¿quieren ir a mi casa? — propuso Aylén.

— ¿Y si mejor jugamos a la copa? ¿O investigamos si hay personas jugando? — Elías no quería irse del parque.

— Lo único que vamos a poder encontrar son chicos drogándose o teniendo sexo — especificó Dante, quien deseaba ir a la casa de Aylén.

— ¿Sexo al aire libre? Me interesa — Aylén y sus dulces palabras.

— Algún día tendrás la experiencia — dijo Dante.

— ¿Qué te hace creer que no la tuve? — provocadora como nadie.

— Sos muy mimada.

— Las mimadas somos las peores. Disfrutamos corrompemos.

— No te imagino teniendo sexo al aire libre.

— Y no lo imagines — su mirada calentó su sangre —. Podría darte un paro cardiaco.

— O me darían ganas de violarte — a veces Dante no era capaz de medir la sensibilidad y delicadeza de las palabras.

Elías suspiró por la gravedad de esas últimas palabras mientras esbozaba una sonrisa divertida, y ella solo se encogió de hombros, también con una mueca divertida en sus labios. Para fortuna de Dante todos entraron en un trance de risa estridente para fraguar sus emociones.

Mientras se iban del parque observaron los símbolos de los árboles. Lo único que distinguieron fueron un pentagrama invertido, el famosamente utilizado por bandas de metal que le cantan a satán. Los que no se bañan.

El parque no es solo un parque común y corriente con árboles y pinos. En el terreno hay tres edificios importantes a nivel departamental. Dirección de turismo, Dirección de cultura y un hermoso edificio subterráneo llamado centro de convenciones, que se utiliza para realizar eventos públicos y privados de cualquier índole, pero lo que lo destaca como atracción principal es la sala de cine. Al ultimo edificio las personas normales la nombran como el «cine». La sala donde proyectan la película es espaciosa, cómoda, cuidada, limpia, con una sonoridad bien lograda, buena ventilación y, en una palabra, perfecta.

Cuando pasaron frente al cine Dante vio una pegatina pegada en la puerta de entrada, de vidrio. El dibujo es el de una mariposa azul y rosa. Pero no era una mariposa normal, realista, sino que tenía una forma extraña, como si fueran cuatro corazones unidos. Dos grandes, las alas, y dos pequeños. No se centró demasiado en ello, era solo una inocente pegatina con una mariposa. Fue algo que vio y olvidó al otro segundo. Nada relevante.

Solo una simple mariposa azul y rosa, solo eso. Una mariposa. Nadie debería alarmarse por una mariposa. No significa nada, es solo una mariposa. Una inocente mariposa. Todo el mal expuesto en una pegatina.

— Cocinas muy rico — dijo Dante mientras saboreaba una pizza casera hecha por la anfitriona. Elías la ayudó, ambos tienen la gracia de cocinar, mientras que Dante, bueno, se limitaba solo a prepararse una chocolatada.

— Igual no me quedó tan rico como suele quedarme — dijo cerrando los ojos mientras le daba una mordida a su porción. Solo quiso ser modesta.

— No te hagas la humilde — a Dante no le importó hablar con la boca llena.

— De verdad lo digo. La masa me quedó muy seca y salada.

Lo de la sal y lo seco fueron exageraciones de Aylén. El exquisito sabor y el placer de ingerir un alimento casero hecho con amor llena de alegría a cualquiera.

— Igual está rico — expresó Elías acariciándose la barriga, lanzando, a la vez, un fuerte gemido de degustación.

Y cuando la cena está rica, el silencio siempre se presenta.

— ¡Provecho! — gritó Dante cuando decidió terminar de comer.

Aylén y Elías dieron un respingo de pánico. Ambos se ahogaron con la comida. Mientras Dante reía ellos tosían y bebían agua para terminar de digerir el pedazo de masa con salsa de tomate, queso y paleta. Sus ojos llorosos lo hicieron reír aún más. No murieron, solo se enojaron y se unieron a las carcajadas.

— ¡Te odio! — exclamó ella.

— Casi nos morimos por tu culpa — dijo Elías después de insultarlo.

— Les pasa por glotones — Dante estaba tirado en el suelo. Solo fue una exageración, tampoco es que estaba por desfallecer de la risa.

— ¡Quiero vomitar! — dijo Elías, alarmado.

— ¡Andá al baño! ¡No vayas a vomitar acá porque te mato! — amenazó ella.

— Trágate el vómito — gritó Dante para ser escuchado entre tanto escándalo.

Elías y sus arcadas influenciaron la pérdida de apetito de Aylén.

— O llamen al perro para que se coma el vómito y limpie el piso — Dante siempre fue ingenioso.

— ¡Vos lo vas a limpiar! — ella se mostró muy molesta.

Elías fue al baño, pero no vomitó. Fue una exageración de su parte, y en plena actuación dramática un poco de líquido estomacal le subió hasta la boca y se tragó el vómito. Hubiera sido una pena desperdiciar un alimento tan rico de aquella forma. Si no pasa por todo el proceso de digestión puede considerarse un insulto.

Cuando el ambiente se calmó, los tres se sentaron en sus respectivos lugares, en silencio.

— Sos un idiota, Dante — le dijo ella, apretando sus ojos con los dedos.

— Lo importante es que las risas no faltaron — indicó.

Ella solo enarcó una ceja y levantó el dedo medio de su mano izquierda.

— Creo que tengo pedacitos de pizza en la nariz — dijo Elías innecesariamente.

— Andá al baño y límpiame la nariz, no me interesa saber esas cosas — estaba alterada. Encantadora.

— Es verdad, no seas asqueroso — atacó Dante. Entre hostiles el amor es fuerte y salvaje.

Elías se fue al baño y lo escucharon sonarse la nariz. Se sonaba fuerte, sin duda había algo grande en sus fosas nasales.

— ¿Te gusta cocinar? — preguntó Dante para sacar tema de conversación.

— Vos no me hables — dijo seria como en la foto del documento. Luego sonrió y respondió: —. Si, me encanta. Por eso estoy gordita...

«Gordita y sabrosa.», pensó. Estuvo por decirlo en voz alta, pero le faltó valor.

— Me gusta cocinar cosas dulces. Amo lo dulce. Ayer hice galletas con chispas de chocolate...

— ¿Te quedaron? — interrumpió.

— No. Es que me quedaron sabrosas y las devoramos.

— ¿Te gusta cocinar para tu familia?

— Obvio. Me gusta que me alaguen y alimenten mi ego — una gran respuesta.

— La próxima tienes que invitarme. De paso me transmites tu sapiencia en el arte de la cocina.

— Si, puede ser. De paso ayudo a alguien que pertenece a la clase baja. Nunca alimenté a un pobre — nunca fueron serios, y eso era lo encantador.

— Nunca fui alimentado por una niña rica, mimada y sin preocupaciones.

— Mi única preocupación es tener que pagar caros impuestos para mantener a los de tu clase.

— Si te quedas en este país saquearán tu riqueza. Claro, siempre y cuando no ocupes un cargo en la política o te relaciones con las personas indicadas. Si sabes con quien tratar tu riqueza solo aumentará.

— Es que hay que equilibrar la balanza — dijo Aylén, tranquila —. Los pobres viven a costa de algunos ricos, y otros ricos viven a costa del pobre. No, me retracto. Todos los ricos viven a costa del pobre. Quizás algunos dan limosnas, pero en comparación de lo que ganan es una pequeña inversión. Porque los pobres son mantenidos con el dinero y el esfuerzo de la clase trabajadora, de la clase media. Personas normales.

— Si, tiene sentido. Deberíamos crear nuestro propio diario.

— ¿Cómo lo llamaríamos?

— “Palabra gris”. “República gris”. “Diario gris”.

— Lo de «gris» me gusta — indicó.

— “Comentarista gris” — dijo Elías entrando en escena con un pedazo de papel higiénico en uno de sus orificios nasales.

— ¿Te salió sangre o estas intentado que tu pequeño cerebro no se escape? — preguntó Dante.

— Ambas son correctas — respondió.

— Supongo que limpiaste el baño — dijo Aylén entre la certeza y la duda.

— Obvio. Lo único que no limpié fue el espejo. Lo manché con sangre, hice un pentagrama e hice el ritual de maría sangrienta.

— ¿Te despediste de maría? — preguntó la dama.

— No quiso presentarse. Hoy, al parecer, está indispuesta — contestó Elías.

— Es que los espíritus le tienen miedo a alguien que vive en esta casa — Dante dirigió la mirada hacia Aylén.

— Hablando de eso — dijo ella, adoptando su semblante característico de cuándo va a contar algo interesante —, mi pieza está pegada a la casa de al lado y a veces escucho ruidos extraños.

— Deben ser tus vecinos teniendo relaciones — propuso Dante.

Negó con la cabeza, sonriendo con malicia y misterio.

— No, imposible. Está abandonada. Y si no me creen lo de los ruidos pueden preguntárselo a mis padres. Ellos también han escuchado cosas, al igual que otros vecinos.

— ¿Sugieres que está embrujada? — inquirió Dante.

— No sé si embrujada, solo estoy contando que se escuchan ruidos raros.

— ¿Raros en qué sentido? — preguntó Elías.

La expresión de Aylén denotaba sinceridad.

— Ruidos. Golpes fuertes a las paredes. Pisadas fuertes, como si un gordo estuviera caminando. Chirridos de cosas que se mueven. Una vez escuché que alguien sollozaba. Pero sobre todo ruidos de golpes — todo lo que contaba era verdad, y la asustaba, pero a la vez se sentía excitada —. Mi habitación está pegada a la casa, como dije, y casi siempre escucho que golpean mi pared. Es raro. A veces me asusto. Hasta llego a creer que estoy loca, pero alguien o algo golpea la pared. Mis padres no me creían hasta que entraron a mi habitación y escucharon los golpes. Llamaron a la policía porque creyeron que alguien había entrado a la propiedad. ¡Nadie!, no encontraron a nadie.

Lo contó con intensidad. En historias de terror ella hubiera sido una gran narradora.

— ¿Qué pasó con los que vivían antes en la casa? — preguntó Elías, achinando los ojos.

— Se mudaron cuando una de sus hijas, una niña, murió.

— ¡Uh, re triste! — Elías se conmovió.

— Tienes como vecina a una niña fantasma — dijo Dante, abriendo grande los ojos.

— Y antes de ella murió una anciana que supuestamente era bruja. Los mismos dueños de la casa se quejaban por ruidos extraños y eventos... digamos, inusuales.

Elías y Dante guardaron silencio, estaban interesados en la historia.

— Las luces se prendían y apagaban solas. Las cosas se movían solas. Escuchaban voces. La temperatura del hogar en ocasiones era helada. Todo lo que las películas de fantasma suelen mostrar, y todo esto empezó después de la muerte de la anciana, miembro de la familia, y antes de la muerte de la niña. Cuando se mudaron los vecinos solían llamar a la policía porque creían que alguien se había metido a vivir a la casa, a usurparla. Nunca encontraron a nadie.

— Quizás los antiguos inquilinos contagiaron su histeria al resto. Contaron historias, los asustaron, y ahora los vecinos cada vez que escuchan algo distorsionan lo real por las fantasías tenebrosas y terminan creyendo en fantasmas que deambulan por la noche solo para asustar al prójimo — Dante no lo dijo con seguridad. Una parte de él creía en lo sobrenatural.

— Si, es una posibilidad. Pero deberías quedarte una noche para que sepas de qué hablo. Es el verdadero creer o reventar.

«Quedarme a dormir.», el sueño de Dante hecho realidad.

— ¿Y si vamos a investigar? — prepuso Elías.

— ¿A meternos en la casa? — la sonrisa de Aylén asustó.

— Pensaba mirar desde afuera, pero si, no es una mala idea meterse. Aunque eso sea «ilegal» — puso énfasis en la palabra «ilegal». Fue su manera de decir: «No, es una idea terrible».

— Si vamos tenemos que ir con cámaras y documentar nuestra experiencia. Después lo subimos a YouTube y nos hacemos famosos — a Dante tampoco le agradaba la idea de meterse en una casa abandonada. Algún vecino podría escuchar cosas extrañas,

llamaría a la policía y los tres terminarían en el calabozo siendo torturados por los policías.

— Si, mejor veamos una película — Aylén también se acobardó.

Ella eligió la película.

— Espero que no se nos aparezca un duende — dijo Dante para burlarse de ella, de sus historias.

No dijo nada, ni siquiera lo miró.

— ¿Qué película pusiste? — preguntó para no quedar en ridículo.

— Una de terror, obvio. Actividad Paranormal tres. ¿La vieron?

Hay personas que detestan esa saga de películas, mientras que otras las aman. Dante siempre fue susceptible al terror, más al psicológico. Siempre se dejó absorber y perder los estribos del autocontrol emocional. Transpiraba. Lagrimeaba de tristeza. Reía a carcajadas. Gritaba de espanto. Se conmovía. Se dejaba llevar. Antes había visto los primeros títulos, por ende, sintió placer al saber que iba a ver la tercera, la de las niñas. Los niños hacen que el estrépito del terror quite las ganas de dormir.

— ¡No! Veamos otra, son muy aburridas esas películas. — se quejó Elías.

— ¿La saga o el terror en general? — preguntó ella.

— La saga. Son aburridas — respondió —. NO HAY SANGRE. — lo dijo con cara de esquizofrénico violento.

— Y proponé alguna y la buscamos — dijo ella con el deseo de satisfacer a ambos invitados.

Dante nunca fue delicado y quisquilloso, le gustaba la ventura de lo inesperado.

— Begotten — propuso Elías, cuya expresión se tornó morbosa, divertida, maliciosa y petrificante.

Aylén lo observó con curiosidad y recelo, intentando descubrir si se trataba de una broma. Dante estaba igual que ella, interesado por el título de la película. Lo obvio era percatarse que se trataba de una película fuera de lo peculiar, extraña y desconocida. Asquerosa y perturbadora.

Ella la buscó en la computadora que estaba conectada al tv con un cable HDMI. Puso el título y dio click a una página pirata. Cargó y apareció la miniatura. Elías aguantaba su emoción. Aylén y Dante se miraron con las cejas levantadas, extrañados. La miniatura estaba en blanco y negro, y aparecía una persona con apariencia de criatura diabólica, con la boca sangrienta y un vestido de novia, o algo similar. Esa criatura con apariencia de persona estaba sentada en una silla de abuela, de las que se balancean, y en la entrepierna, en la zona genital, contrastaba una gran mancha de sangre sobre el vestido. Esa imagen les produjo leves escalofríos, no obstante, la intriga logró dominarlos. El terror quedó al margen.

Sin decir nada, ella, después de enfrentarse a las publicidades virtuales, le dio a reproducir y se sentó sin decir nada. Estaba en el medio, evitando que Elías le robara un beso a Dante. Ella se inclinó hacia la izquierda para apoyar la cabeza en algo, en este caso, el hombro de Dante tuvo el placer de servir de apoyo. Quedó duro como un tejo, contrajo los nervios e intentó relajar los nervios y los latidos del corazón. La película empezó. Al ver el arte cinematográfico de aquella película olvidaron todas las preocupaciones. Anonadados. No pudieron comprender nada. Lo más extraño que vieron nunca. La vieron completa. Solo al final llegó a sus mentes la idea de dejar de verla para poner otra. Se aburrieron y asombraron a la vez.

— ¿Les gustó? — preguntó Elías.

— ¿Esto te gusta ver? — Aylén estaba asqueada e igual de aburrida que Dante.

— Tiene una gran historia — contestó Dante, sarcástico.

— Si, y da mucho miedo — ella se unió a él, levantándose para poner la que iban a ver primero, la que deberían haber visto desde un principio. Sin duda se arrepintió de aceptar propuestas de personas extrañas.

A Dante le dolía el hombro. Empezó a idealizar una manera amable de decirle que no se apoyara su cabeza en el hombro. «Ahora me toca a mí apoyarme en tu hombro», cambiar de roles no era una mala idea. Reprodujo la película, subió el volumen y volvió. Se acostó en los muslos de Dante, cerca del órgano reproductor. Este cerró los ojos con aprensión, rezando a cualquier ente oyente que pudiera otorgarle el milagro de contener la incipiente erección. Muchos han pasado por este incomodo momento El temor que tenía era ofenderla. Hasta llegó a creer que ella lo hizo a propósito. Ella no era estúpida, y estaba al tanto de los pormenores masculinos, razón por la que se acostó en sus muslos. Incomodar a las personas es hilarante. Fue su sutil manera de embelesarlo y de hacerse desear. Claro que lo logró. Dante llegó a soñar que tenían sexo en la escuela frente a todos los alumnos, y cuando llegaban al clímax todos comenzaban a aplaudir y a gritar con euforia por el espectáculo de liberación carnal. En otra ocasión fue un poco grotesco con las fantasías, imaginó que estaban en el laboratorio de química y que le tiraba encima todo tipo de químicos nocivos para la salud que la quemaban y destruían todo su cuerpo mientras ambos gemían de placer.

Le empezó a palpar, y no me refiero al corazón. El pantalón de algodón no le fue de mucha ayuda, si no que le dio contraste al evento desafortunado. Las piernas me temblaron. Miraba fijo a la nada, y dentro de su cabeza había una guerra. El placer era el enemigo.

Sus plegarias fueron cumplidas. La película la hizo sobresaltarse y se acomodó en el sillón, atenta a lo que sucedía. Dante se olvidó de la película, no entendió el resto de la trama. Quedó afligido por el pensamiento de que ella notó y sintió la erección. Y como todo adolescente en sus primeros pasos, se preguntó si aquella noche iba a tener su primera experiencia sexual. «No tengo preservativo.», se dijo mientras imaginaba la primera vez, en la habitación de ella, junto a la casa embrujada. «¿Ella tendrá?» Abolió por su inocencia y dedujo que no. «¿Su padre tendrá alguno escondido en el cajón de las medias?» Lo razonable era que sí, al menos que estuvieran intentado traer una nueva vida al mundo. Solo era cuestión de esperar y ver cómo iban a darse las cosas. Cuando llegaron los padres de Aylén todas sus esperanzas desaparecieron.

— ¿Aylén? — gritó alarmada la madre desde la entrada.

Ella puso en pausa la película y fue corriendo a la entrada, también alarmada. Elías y Dante amagaron con seguirla, atentos a posibles eventos desafortunados.

— ¡Hay olor a gas! — gritó de nuevo la madre, cayendo por el precipicio del pánico y el horror.

Lo sintieron. Ambos agudizaron las fosas nasales e interceptaron el inconfundible olor a azufre en el ambiente. Pusieron ojos de platos y huyeron del interior de la casa. «Salgan, salgan ya». La cocina tenía una fuga de gas. Cerraron mal una de las perillas y condenaron nuestras vidas a la suerte. De no ser por la ventilación de una ventana abierta a la mitad, se habrían intoxicado. El regreso de los padres de Aylén les salvó la vida, caso contrario

ahora estarían siendo devorados por larvas en el cementerio del pueblo mientras los familiares dejan flores de plástico y lloran a viva voz recordando lo geniales que fueron.

Fin de la noche de películas.

La madre abrió las puertas, todas las ventanas y dejó que el interior se ventilara por al menos unos largos treinta minutos. Mientras tanto aprovecharon, madre y padre, a darles un discurso sobre conciencia y responsabilidad. «¡Pudieron morir!», exclamaron con vehemencia. Cuando los tres pichones afirmaron que entendieron todo lo que dijeron y prometieron que la próxima vez no serían negligentes con los aparatos que trabajen con gases tóxicos y mortales, los dejaron solos y pudieron reír en paz.

— ¡Con razón me sentía mareado y descompuesto! — dijo Elías, fascinado.

— ¡Si! — fue la exaltación de Aylén —. ¡Yo también! Sentí pulsaciones extrañas en mi cabeza. — fue una indirecta para Dante, y lo miró para ver la cara que ponía.

Fue una forma indirecta de decirle que sintió las palpitaciones de su virilidad.

Se hizo el tonto, el desentendido.

— Yo logré percibir el hedor, pero no fui capaz de distinguirlo — dijo Dante —. Debemos tener en cuenta que el olor de la pizza se nos impregnó...

— Si, si, ya es suficiente por hoy don cerebritito — interrumpió Elías.

No le gustó la interrupción.

— Bueno, creo que ya deben irse. — Aylén los corrió del hogar. Los padres iban a estar insoportables y no quiso que se quedaran a escucharlos renegar.

Buscaron las bicicletas, se despidieron de ella y cuando estaban por irse, Aylén les gritó desde la puerta de entrada que se estaban olvidando los celulares. Volvieron. Entraron a la casa para despedirse de los padres, solo por respeto, y emprendieron la retirada. En el proceso sucedió algo peculiar, extraño, al darle la mano al padre de Aylén Dante vio a su derecha, en un estante, un recipiente cilíndrico para lápices y lapiceras con una insignia pegada en el centro. Si, una mariposa azul y rosa. La misma que vio en el cine. Nada extraño.

— ¿A qué se dedica tu papá? — le preguntó Elías a Aylén cuando los acompañó al frente de la casa, de nuevo —. Creo que lo he visto antes.

— Es doctor — contestó indiferente —. Para ser específica, es pediatra.

— ¿De verdad? Genial, entonces lo he visto alguna vez en el hospital.

Se despidieron de forma definitiva.

El recelo, la duda, la mala impresión, se apoderaron del cuerpo de Dante. Quiso golpearse en la sien para olvidar todo aquello y seguir con una vida libre de fechorías.

— ¡A comer! — gritó la madre de Dante, cuyo grito lo despertó.

Tuvo una noche agitada. Cuando se fueron de la casa de Aylén, Elías y él se encontraron con unos vecinos, amigos de la infancia, y se quedaron con ellos para hablar sandeces, reír y tomar vino en caja. Elías se fue porque le dio sueño, al menos eso fue lo que dijo, pero en realidad, debido a ser un metalero, no le agradaban los villeros. Dante, en cambio, se dejó llevar y perdió la noción del tiempo. No consumió alcohol aquella noche y le fue hilarante ver a sus amigos borrachos, riendo como locos, hablando incoherencias y contando historias vergonzosas que les sucedieron. La luz del alba los mandó a todos a dormir. Llegó a casa y vio a la madre parada en la puerta de la casa. Su expresión era dura e inquebrantable. Lo esperó toda la noche y no tuvo la delicadeza de avisarle con un mensaje sobre su paradero. Sin duda la asustó del modo que solo sienten las madres.

— ¿Te parece que son horas de llegar? — preguntó con desdén.

Dante, lejos de mostrarse intimidado, disfrutó el momento.

— ¿Qué tiene de malo? Es de madrugada. Llegué temprano. — dijo sin poder evitarlo.

— ¡Ah, te causa gracia! — tuvo ganas de abofetearlo para hacerlo entrar en razón — . ¿Dónde estuviste?

— Estuve con los chicos — respondió con un gran bostezo.

Ella se apartó de la puerta y pudo ingresar. «Los chicos» eran un grupo de amigos, la pandilla. No fue necesario entrar en detalles. Todos crecieron juntos. Pasaron de jugar al fútbol por las tardes a consumir estupefacientes por la noche. Crecieron a la par, y cada quien fue por su propio camino. Algunos se perdieron en la droga, otros se volvieron delincuentes, y fueron pocos los que se preocuparon por el futuro. Dante no se juntaba demasiado con ellos, solo cada dos domingos cuando los encontraba en la calle bebiendo vino en caja, fumando marihuana y pasando el rato, o en alguna fiesta solo para jóvenes revoltosos donde siempre terminaban peleando con otro grupo de amigos. No obstante, a pesar de la negligencia social y los pequeños enfrentamientos con las autoridades, nunca perdieron la humildad y el respeto por la familia, cosa que no sucede en los jóvenes con aires de grandeza. Los que iban por mal camino se lanzaron, como medida de desesperación para salvar el resto de sus vidas, a las fuerzas armadas, al ejército argentino. Otros tuvieron el mérito de formar parte de Gendarmería, cuyo título flagela respeto por cada ser viviente. Y no hago referencia al respeto por miedo, sino por admiración. Verlos rectos, con expresión inescrutable, dura, y voz de caballero, es y será un delirio al recordarlos en plena juventud.

Aquel sagrado domingo comieron, como era costumbre de dicho día, asado. Alimento por excelencia en la cultura argentina. Un deleite total. Sin carne no somos argentinos.

El padre de Dante le ofreció un trago de vino con soda y este lo bebió como si de agua se tratara. La madre le dedicó una mirada acusadora, juzgándolo por el acto de malicia. Un sacrilegio a la educación que ella le brindó. No dijo nada, pero en su cabeza había formulado un discurso de vida sobre los malos hábitos.

Cuando terminó de comer y de digerir los trozos de carne atorados en la tráquea, dijo «provecho» y salió de la mesa. Es extraño e indignante cuando las personas abandonan la mesa sin decir «provecho». Una falta de educación terrible.

Un largo día esperaba a ser enfrentado. ¿Qué puedo hacer aparte de jugar a los videos juegos?, fue la interrogante. Lo primero que le vino a mente era ir a tomar mates con algún conocido a la plaza o ir a la cancha de tenis. Ambos requerían el esfuerzo de salir de casa y andar en bicicleta. La pereza es un veneno existencial. Se tiró en la cama y encendió el celular. Los mensajes de las llamadas perdidas de la madre hicieron vibrar al celular con estrépito. Si, solía apagar el celular para evitar el hostigamiento que ella propiciaba. Una maldad, por un lado, pero una ayuda por el otro, ella debía aceptar y asimilar que su pequeño niño ya no era un niño. Con el tiempo comprendió los miedos de la madre y comenzó a mandarle mensajes para que estuviese tranquila, y evitar, sobre todo, esas llamadas eufóricas. Un día, cuando llegó en la madrugada después de una juntada imprevista, al no verla esperándolo en la puerta con su expresión de institutriz ofendida, supo que entendió que la sobreprotección la iba a enfermar, y que ya no podría resguardarlo en la casa para protegerlo de la antagónica vida nocturna.

«Entren en este link y vean que pueden encontrar». Era un mensaje de Aylén adjunto a un link extraño, letras al azar y con terminación «.onion». Estaba obsesionada con el mundo cibernético que permite a activistas no perder el privilegio de la libertad de expresión, evitando la persecución política, a ser censurados y silenciados, y a otros seres a cometer la peor de las fechorías desarrolladas por la especie humana.

Dante lo hizo, buscó la netbook, la encendió e inició el navegador Tor. Escribió el link letra por letra, número por número, y presionó «Enter». La dirección IP fue redireccionada a un pueblo olvidado de Alemania. Da satisfacción esa sensación de eludir el espionaje cibernético que entra como política imprescindible en las multinacionales que se especializan en brindar servicios relacionados con el internet. El teléfono celular resulta ser practico para violar nuestra privacidad. Tienen acceso a todo lo que se hace, a sus vidas en general.

Tardó bastante en cargar, más de lo esperado. Era un directorio de links similar a The Hidden Wiki, pero con mayor catálogo. Empezó la aventura. Ya conocen el proceso, la cuestión constaba en dar click a diestra y siniestra. Algunos rotos, otros funcionales. Páginas de terror, servicios ilegales, ventas de estupefacientes, hackers, foros para internautas, documentos “clasificados”, videos Snuff, canibalismo, matanza de pequeños animalitos, activismo benevolente, secuestros y violaciones, videos donde exponen la represión que sufre el pueblo a manos de líderes tiranos, exposición de casos de corrupción en países del primer mundo, etc. Es mucho para una mente en blanco e inmaculada de todo mal existente. Resulta abrumador y chocante encontrarse con otra realidad que al principio genera recelo e incredulidad, es un duro golpe a sus privilegiadas vidas, donde pueden consumir un vaso de agua cuando quieran y las veces que quieran. Eso ya es alardear.

El objetivo de entonces no era rebelarse contra la tiranía y apoyar causas revolucionarias, solo debía buscar un simple video que fue popularizado mediante los medios de entretenimiento por excelencia. YouTube, Taringa, 4Chan, entre mucho otros. Con certeza se puede expresar que estos jovencitos no fueron los únicos curiosos que se metieron en la Deep Web, o, mejor dicho, la dark net. La trascendencia popular de ese mundo atrajo a millones de personas, la mayoría jóvenes, aumentando así la transferencia de datos, de información y contenido. Así fue como la mayoría de latinoamericanos conocieron la criptomoneda Bitcoin, divisa por excelencia para adquirir bienes y servicios ilegales. En aquel entonces valía solo unos pocos dólares, sin duda debieron comprar

algunas monedas para retirarse y esperar la muerte en paz. En su momento creyeron que tener capital en aquella divisa era ilegal, quizás eso los detuvo aparte de la ignorancia.

Las reacciones de Aylén al entrar en páginas cuyo contenido absorbe y destruye las esperanzas de la bondad humana., eran mostrar una expresión monótona, aburrida, levantando las cejas cada tanto para mostrar su decepción hacia con la humanidad. Era una chica fría, hasta triste, y una persona así guarda todo el rencor a través del feroz silencio. A veces reproducía los videos, cosa que Dante evitaba con creces, y afectaban con estrépito a su cordura, y despertaban en ella el morbo por la maldad. En una ocasión ella le clavó a Dante una lapicera en el brazo. Estaban en la escuela, Dante comenzó a molestarla y su reacción fue clavarle la punta de la lapicera en el antebrazo. Le dolió, claro está. «Eso te pasa por odioso.», dijo sin disculparse. No tuvieron que darle puntadas ni nada parecido, solo bastó una curita para detener la hemorragia. Su intención era que Dante dejara de molestarla, pero de nada sirvió, después de eso Dante se volvió más irritante.

Después de una necesaria siesta, Dante volvió a retomar la tarea de encontrar el maldito video. En el grupo de WhatsApp vio que ella mandó fotos de lo que iba encontrando. Obvio que se abstuvo de mandar contenido explícito, del delicado. Mandó imágenes de personas decapitadas, ahorcadas, y todo tipo de barbaridades que cometen los narcos; por ejemplo, la famosa «corbata colombiana», donde sacan la lengua de la persona por el cuello, por la garganta. No obstante, eso era aceptable.

Años anteriores, mucho antes de que Dante conociera a Aylén y conciliar su gran amistad con Elías, los videos de personas siendo decapitadas fueron muy populares. No todos se atrevían a tener esos videos en sus celulares, solo se limitaban a verlos y horrorizarse con el resto de sus compañeros para luego culminar en risas estridentes y nerviosas. Una vez un conocido de Dante le mostró un video solo para ver su reacción. Vio a un sujeto en el piso siendo degollado por un cuchillo sin filo y oxidado. Vio pocos segundos y tapó sus ojos. El joven que se lo mostró comenzó a reír y lo trató de «puto» y «mujercita». Falacias de la educación de entonces. Si esos videos se viralizaron entre inocentes estudiantes, sin duda videos con otro tipo de contenido rondaban quien sabe en cuántos celulares, almas digitales de las personas, escondidos para ser vistos en momentos de extrema privacidad. El recelo hacia el prójimo es inevitable. El chico con lentes y apariencia de no matar a una mosca, puede ser un completo depravado. Siempre lo he dicho: El callado es el peor de todos. ¿En quién confiar sabiendo que es fácil ocultar el monstruo que se lleva dentro? En este aspecto el anonimato en el ciberespacio es detestable. Es inevitable no contradecirse en todo momento. La discrepancia resulta ser abrumadora.

Después de largas horas de búsqueda, lo encontró. El video del que tanto hablaban estaba en la pantalla de la computadora. Dio un suspiro de alivio y de terror. El corazón bombeó sangre a todo motor. Solo le quedaba un paso más, el más difícil de todos: Descargarlo. No se hace referencia a la dificultad técnica, lentitud de internet o peso del archivo, sino porque en la computadora iba a tener contenido ilegal. Podía terminar preso si alguien lo veía y decidía acusarlo con las autoridades, y peor aún, convertirlo en un marginado social. En su caso, si veía a alguien con videos considerados ilegales por ley, lo denunciaría sin pensármelo dos veces. Ante la sensibilidad del asunto solo hay dos caminos: la repulsión y la inhibición. Repulsión por la violencia y el deseo de arruinar la

vida del perverso, e inhibición por la perplejidad y sensibilidad del asunto, además del terror que estruja los nervios.

Este fue el proceso de cómo llegó al video. Dio Click a cada link que se le cruzó en los directorios de links. Cerrar pestaña, abrir pestaña. El tipo de contenido con el que se encontró ya es fácil de imaginar. Un link en particular, difícil de encontrar, llevaba a un directorio de «magnets». Para el desentendido, es solo un enlace que se conecta con un software especializado en descargar contenido de internet. Claro está que el uso principal es la piratería de juegos, entre otras cosas. Tuvo que descargar el programa necesario para terminar con el objetivo y ver los videos para asesorarse sobre el funcionamiento del mismo. Pan comido. En el directorio de magnets había gran diversidad de contenido. Eran carpetas (ilustradas) con el nombre al lado y abajo estaba el magnet. Leyó todo con inconsciencia. Leer por leer. Cuando sus ojos vieron las letras «NLF», y las alarmas en la conciencia se encendieron. La candela de ese incendio hizo sobresaltar todas sus emociones. NLF: Not Limit Fun (diversión sin límites), era el nombre de la red, la insignia en sí, de los criminales que grabaron el video de Daisy's Destruction, entre muchos otros videos del mismo tipo.

Luego de pensarlo una y otra vez, dio click y el proceso de descarga inició. Se llevó una sorpresa cuando la descripción de la descarga detallaba que la carpeta contenedora albergaba seis videos de no más de cinco minutos. Estuvo por cancelar la descarga, pero ya era tarde para arrepentimientos. «Chicos, ya encontré el video». Entre la euforia y el pánico mandó un mensaje al grupo donde estaba Aylén y Elías. «¿De verdad? No te creo.», escribió Aylén. Tomó una foto a la descarga y la mandó. «Vamos a ir preso.», el mensaje de Elías era una advertencia certera. «Nos vemos mañana en la escuela.», Aylén estaba ansiosa. Ella también lo buscó sin obtener resultados.

Dante debió borrar los videos y no llevarlos a la escuela, lo que supuso un punto de inflexión en sus vidas. Siempre se piensan en las consecuencias de las acciones cuando se las enfrenta. Hora de dormir.

— Voy a buscar la computadora — dijo Dante.

Estaban en la escuela, en hora libre, y se reunió con Aylén y Elías. Comenzaron el encuentro hablando patrañas, irreverencias e irrelevancias. Ella, la querida Aylén, sacó el tema de los videos y no le dejó otra opción más que ir a buscar la netbook. Solía llevarla para jugar con otros compañeros al Counter Strike 1.6, más cuando sabían que iban a tener hora libre.

Llevó la netbook al banco donde se reunieron. Era al frente del aula, expuestos a cualquier curioso que merodeaba por el aula. Fueron imbéciles y negligentes. Encendió la netbook, tardó una eternidad, buscó los archivos, seleccionó uno y le dio a reproducir. Obvio que quitó el sonido, aunque ello no hubiera hecho ninguna diferencia.

Aylén se cruzó de piernas y sus ojos quedaron ensimismados en la pantalla. Elías fue despectivo con su interés, estaba con ellos, pero su silencio y seriedad dejaron en claro que quería escapar. Observaba la pantalla, pero a la vez no le prestaba atención.

Empezó el video.

Era un bebe femenino siendo torturado. No más descripción.

— ¿De verdad es el video real? — preguntó Aylén, decepcionada —. No es el video, nos engañaste. — se puso de pie y se fue.

— ¡Malísimo! — exclamó Elías.

Dante no lo vio con atención, pero lo que vio lo dejó perplejo. Tal vez sus expectativas eran encontrarse con todo un espectáculo cinematográfico, o fue una reacción natural de rechazo por lo perturbado que quedaron. Un poco de ambos. El grupo se separó y Dante se fue con otro compañero que estaba al fondo del curso.

— Gonzalo, ¿quieres ver algo súper turbio? — le dijo con un susurro tenebroso.

— Bueno — respondió con calma.

Puso el mismo video que vio antes y lo vieron con atención. Con Gonzalo se miraron y enarcaron las cejas.

— ¿Estuviste consumiendo mucho internet últimamente? — preguntó.

Dante Asintió.

— El famoso video de Daisy...

Asintió de nuevo.

— Me esperaba mucho más. — comentó Gonzalo, indiferente.

— Son cinco videos, ¿los vemos?

Gonzalo asintió.

Maldita sea la curiosidad. Vieron, por pocos segundos, pornografía infantil. Cerró el video y borró todo. Fue mucho, anonadante. Suspiraron para relajarse. Se miraron y supieron que algo cambió en ellos. Él se puso de pie y se fue a algún lado, y Dante se quedó sentado, procesando las novedades. Como acto de repulsión desinstaló Tor, borró el Word con los links para meterme a la Deep web. Estuvo cerca de arrojar la netbook contra la pared para hacerla añicos, pisarla, golpearla con un tronco de madera, destruirla al fin.

Aylén vio cómo Dante se afligió y se acercó para hacer apoyo moral.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó.

— Nada — contestó sin mirarla.

— ¿Viste un video muy fuerte?

— Demasiado fuerte.
— ¿Tortura?
— Una violación — la miró a los ojos.
Ambos hiperventilaron. Eran muy jóvenes como para tratar un tema tan delicado.
— ¿Puedo verlo? — se sentó a su lado.
— ¡Estás loca! Ni a mi peor enemigo le mostraría un video de ese estilo.
— Quiero sentir lo que sentiste, así compartimos el sufrimiento — susurró cerca de su oído.
— Lo querés ver porque estás loca — remarcó con énfasis —. Igual lo vi con Gonzalo.
— lo buscó con la mirada. Desapareció.
— ¡Uh! — se alarmó —. ¿No te asusta que te acuse con las autoridades competentes?
Lo dejó pensando un largo rato.
— No lo creo. — respondió con la duda aun rondándole por la cabeza.
— Bueno, veamos el video.
— Lo borré — aclaró.
— Fíjate en la papelera de reciclaje.
Ella se fijó por Dante. Y ahí estaban los cinco videos. Aborreció a la papelera de reciclaje.
Negó con la cabeza para que no restaurara los archivos. Lo hizo de todas formas.
— ¿Cuál es el peor?
Lo señaló con el dedo.
— Bien, veamos qué es lo que tanto te atormenta. — dijo haciéndose la valiente.
Se arrepintió a los pocos segundos de su insensata valentía.
— Emmmm... — abrió grande los ojos, atónita y sin palabras —. ¡Horrible! — fue lo único que le salió de la boca.
— Bienvenida al mundo de los traumatizados — dijo con sinceridad.
— ¿De verdad nos mostraste el video de Daisy? — preguntó de pronto, sanada del trauma.
Ella no se rindió.
— Solo sé que se trata del mismo grupo de persona que grabó ese video que tanto te obsesiona. Y creo que sí, vimos el video original.
— ¿Lo vemos de nuevo? — inquirió, esperando con ansias una respuesta para continuar con sus intenciones.
— ¿De verdad quieres verlo de nuevo? — la incomprensión lo dominó —. Es una niña siendo torturada. No hay nada para ver.
— Es que me pareció tan simple. Esperaba más sangre, más acción — dijo arrugando su hermosa nariz.
Dante lanzó una risa nerviosa y de incredulidad.
— Hollywood se te metió en la cabeza — comentó, divertido.
— Yo lo voy a ver de nuevo, lo siento — dijo decidida.
Lo vio. Lo vieron. Después del video de la violación, no fue tan espantoso, tétrico y anonadante. Solo una niña siendo torturada y descuartizada. Si, sus emociones sufrieron un fuerte impacto, cuyo impacto los blindó a niveles irascibles. El que todo lo ha visto, todo soporta. Es una ecuación sin errores.
— ¿Puedo borrarlos? — preguntó cuando el video, incompleto, finalizó.
— Si, ya puedes borrarlos para siempre, querido Dante.

— Me arrepiento de haber visto esta mierda — dijo para desahogarse.

— Entiendo, es algo que uno nunca espera o quiere ver.

— Y a la vez me alegro porque descubrí algo que sucede en la realidad y que la gran mayoría ignora.

— Es que es un crimen bastante sensible, por eso el rechazo de las personas en el tema.

— Igual no debemos ser los únicos que buscamos esta mierda — señaló la computadora —. En internet se hizo tan popular que miles y miles de personas normales como nosotros lo buscaron y se toparon con toda la basura que se alberga en la Deep web.

— Sin duda muchas personas normales como nosotros comenzaron a consumir este tipo de contenido... — hizo una pausa para agregarle drama a sus palabras —. O, quizás, encontraron el incentivo para crearlo.

— El dinero convierte a las personas en monstruos — pensó en las guerras llevadas a cabo por multimillonarios de extrema derecha para llenar aún más sus bolsillos —. O solo saca el monstruo que llevamos dentro.

Aylén le dio un golpe en el brazo y le dio un tirón de oreja, cosa que le dolió.

— Tu monstruo interior es filósofo — dijo.

— ¿Vayamos afuera con los chicos? — propuso Dante.

— ¿A perder tiempo?

— A socializar un poco y tener una conversación normal, algo que con vos es imposible, porque eres muy interesante — fue sutilmente coqueto.

— El que se aburre primero pierde.

— ¿Qué pierde?

— Un chocolate Águila.

El chocolate favorito de ambos.

— El que se aburre es porque es aburrido — recalcó Dante antes de salir del aula.

Ella lo siguió de cerca. Muy de cerca. No pudo evitar despeinar su hermosa y suave cabellera. Le dio un cachetazo, y por alguna extraña razón le pareció excitante. La juventud y las hormonas, nada para explicar.

— ¡Me debes un chocolate! — exclamó Aylén entre risas luego de que Dante le propusiera ir a caminar porque estaba aburrido. Olvidó la apuesta, no la tomó en serio.

— No entiendo a qué te refieres — se hizo el desentendido.

— Y que sea chocolate negro — dijo con vehemencia —. Si me das uno blanco te juro por la Pachamama que voy a cortarte una pierna.

Su exageración en los ultimátum le divertía demasiado.

— Tranquila — dijo —. Tampoco entiendo como a alguien le puede gustar el chocolate blanco.

— El chocolate tiene que ser negro y punto — aclaró ella sin dejar lugar a replicas.

— El que come chocolate blanco seguro es racista.

Se sentaron en un banco y Elías apareció entre los árboles para sumarse a ellos, a los delirios.

— Deberían hablar con Gonzalo — le comentó Dante a Aylén cuando terminó la hora libre mientras regresaban al aula —. No quiero que se suicide o algo por el estilo.

— Cierto, olvidé que también vio el video. ¿Cómo se te ocurre mostrárselo? Es un nene de mamá, mimado y bastante estúpido.

— Igual yo le dije que se trataba del video de Daisy. Él quiso verlo porque también sigue a los youtubers que tanto vemos nosotros. Sentía curiosidad.

— Pobre Gonzalo — sus carcajadas eran de burla —. Le arruinaste la vida.

— También la tuya, además de la mía — aclaró Dante —. Soy un arruinador de vidas. Elías iba delante de ellos. Era un alumno recto y correcto, seguir ordenes era su especialidad.

— No olvidemos la vida de Elías, también se la arruinaste — dijo ella.

— Para nada — corrigió —. No vio el video en verdad, solo fingió hacerlo. Igual el sida es lo único que puede arruinar su vida.

Rieron por el chiste homofóbico y políticamente incorrecto.

— No seas malo — le pegó en el brazo, intentando controlar la risa —. ¿O sea que hizo lo mismo que haces vos cuando ves una película de terror?

— Si, parecido.

Esperaron el próximo recreo para interceptar a Gonzalo y espetar sus preocupaciones. En el aula, durante la clase, no se notó preocupado, afligido o espantado. Cuando cruzaron miradas, Gonzalo le guiñó el ojo y levantó su dedo gordo de la mano a modo de salud y bienestar. Algo natural en él. No obstante, había que cerrar el armario de las dudas.

Salieron al recreo. La clase de geología estuvo entretenida. Salieron eufóricos.

— ¡Gonzalo! — gritó Dante cuando este se alejaba con sus amigos.

Gonzalo era un muchacho alto, bien parecido y con una personalidad agradable. A pesar de la apariencia de niño mimado y benevolente hasta la coronilla, estaba en sus movidas raras. Drogas, para ser específico.

— ¿Qué pasa Dante? — preguntó —. ¿Me vas a mostrar otro de tus videos? — su seriedad le causó gracia.

— Si, pero uno grabado por mi — dijo sin inmutarse.

— Tenés que venderlo en internet. Podes retirarte joven y rico — no era una idea descabellada, al menos desde el lado objetivo.

— Necesito un socio...

— Siempre puedes contar conmigo, don Dante. — se hizo el diplomático.

— No quedaste traumatado, ¿cierto? — fue serio, claro está.

Pensó la respuesta.

— No sé si traumatado... — hizo una breve pausa —. Estoy sorprendido que exista ese tipo de crimen, y que además sea tan popular, más ahora por la publicidad que le dieron, dan, en internet. ¿Dónde están los medios? Nadie escribe sobre esto para alertar a la comunidad, don Dante. ¿Qué piensas al respecto?

Su aire de diplomático fue contagioso y no pudo evitar imitarlo.

— Y pienso que hagan lo que hagan, está mal. Ignorar el asunto te vuelve, a su debida manera, cómplice. Exponerlo también te hace cómplice, porque mientras unos se alarman, otros lo verán como una invitación para conocer dicho “submundo”. Hay crímenes que es mejor que permanezcan entre las sombras, entre una pequeña minoría.

— Si — se quedó pensativo —. Bueno, supongo que tengo mucho en que pensar. — se dio la vuelta para irse, pero antes lo miró a los ojos y dijo: —. Sé precavido, Dante. No caigas en el pozo.

— No te drogues, pequeña mariposa — le dijo sin haberlo planeado, solo salió y ya.

La mirada de Gonzalo fue fría y el semblante de su sonrisa escalofriante.

— Detén el vuelo, pequeña mariposa — replicó con mirada curiosa, esperando escuchar una respuesta particular.

Dante se limitó a hacer un ademán con la cabeza, una leve inclinación, y cada quien partió por su lado. Gonzalo ya había visto el famoso video de Daisy antes de que Dante se lo mostrase. También sintió curiosidad y se dejó consumir por el lado oscuro del internet.

Dante buscó a Aylén para platicarle sobre el curioso cruce de palabras que tuvo con Gonzalo. Estaba afuera, con sus amigos, y se apartaron para tener una conversación privada.

— ¿Y por qué le dijiste «pequeña mariposa»? — preguntó entre risas —. ¿Te gusta Gonzalo?

— Ya sabes como soy, siempre digo cosas sin sentido.

— ¿Entonces de donde viene todo el drama?

— Cuando busqué el video de mierda — no fue necesario dar especificaciones — entré en páginas de pornografía prohibida — levantó las cejas para darle énfasis y sentido a la referencia de «pornografía prohibida» — y vi dibujos de mariposas raras. En su momento supuse que quienes crearon esas páginas las pusieron solo para darles un poco de «color». Ahora creo que el abuso a menores y el dibujo de la mariposa están relacionados.

Aylén quedó atónita, también conectando los puntos. Ella también vio páginas con contenido ilegal cuyo eslogan era una inocente mariposa.

— Si, si, si, ahora que lo pienso tiene sentido. También busqué el video y me encontré con las mismas páginas que te encontraste vos. Estamos malditos. — lo dijo como si se hubiera desahogado.

— ¿Tenés internet en tu celular? — inquirió Dante.

— Creo que sí, ¿tengo que buscar algo raro?

— Busca qué símbolos usan los pedófilos y esa clase de personas ordinarias.

Lo hizo.

— Adivina que apareció.

La mente de Dante estaba en blanco, no fue capaz de ver la obvia respuesta.

— Tonto, las mariposas.

— ¿Azul y rosa? — se acordó de la pegatina que vio en el cine. Colores aleatorios. Casualidades de la vida.

— ¡Si! — exclamó asombrada —. También hay otras figuras, triángulos y cosas raras. — extendió su celular para que pudiera ver tales símbolos.

Se alivió al asegurarse que la mariposa de la pegatina del cine y la de la foto no eran iguales. Solo coincidían los colores. Lo mismo con la pegatina que vio en el lapicero del padre de Aylén, el pediatra.

— ¿Cómo pasamos de Gonzalo a buscar símbolos de pedófilos? — preguntó.

— Supongo que él ya sabía esto de las mariposas y los pedófilos. Ahora que lo pienso mejor creo que quiso hacer un chiste. Debe haber imaginado que yo ya estaba al tanto de todo esto.

— ¿Dices que te trató como pedófilo? Y si, con el video que le mostraste debe haber concluido que sos un enfermo que ama a los menores de edad.

— ¿Menores de edad? Tonta, ambos somos menores de edad.

— Ay, me refería a los niños. — corrigió.

— Me gustan las mariposas — fue un chiste nuevo con una referencia grotesca, lo que le daba una gracia mayor.

Lo miró con los ojos bien abiertos, reconectando las neuronas, y empezó a reír sin querer hacerlo, queriendo negar la gracia.

— Las maripositas que aún no saben volar — agregó ella.

La seriedad de Dante fue absoluta. Fue un chiste pésimo.

— ¡Uh! Sos un amargado, querido Dante — dijo, perdiendo el sentido del humor.

— Es que te pasas de la raya, rubia tonta.

— Tonta será tu madre.

— ¿Qué has dicho, rubia sucia? — agarró una rama del suelo y amagó con golpearla.

Ella hizo lo mismo, cogió una rama del suelo y amagó con golpearlo.

— A las mujeres no se les pega — dijo.

— ¿Sos mujer? Recién me entero.

Lo golpeó duro en el codo. Justo en el nervio de la parálisis.

— ¿Te dolió? — preguntó al verlo quejándose y suspirando de dolor.

— ¡Obvio!

— ¡Genial! Me alegro mucho.

Se insultaron un poco. Volvieron a amigarse y caminaron hasta el aula. Pasaron las horas. Los bostezos dieron el presente en cada uno de los jóvenes estudiantes., hasta que tocó el timbre que da fin a la jornada. La euforia renació en todos los estudiantes.

— ¿Vamos un rato al parque? — preguntó Aylén.

— Dale, le aviso a Elías — respondió Dante como un estúpido.

Lo importante es que las risas no faltaron. Lo que si faltaron fueron los besos entre ella y Dante. Las indirectas, cuando más obvias son, se vuelven incomprensibles.

Gonzalo llegó a su casa después de un día interesante en la escuela. No había nadie, su madre seguía trabajando. Aborrecía a las personas que viven solo para el trabajo, creyendo que eso es el paso definitivo para perder la humanidad y convertirse en una especie de robot listo para servir. Encendió la televisión y puso el canal donde daban “pulseras rojas”, la novela del momento.

Después de tomar algo, justo cuando finalizó el capítulo de la triste serie, salió al patio trasero a fumar un delicioso y relajante cigarrillo. Amaba los cigarrillos, creyéndose, además, verdugo de su propia vida. ¿Es mejor morir por consecuencia de un vicio que se disfruta o morir atropellado por un idiota borracho? La primera opción resulta misericordiosa.

Pensó en Dante, su rarito y nervioso compañero de clase, y su estúpida valentía de llevar videos ilegales a la escuela. No fue capaz de culparlo, solo se dejó llevar por la curiosidad. Tuvo suerte de que nadie arrecho lo vio o sin dudas estaría en serio problemas. Más no podía hacer, solo observar e intentar mantenerse alejado de los tontos. Ya tenía suficientes problemas en la vida, que ni en el sueño lo dejaban en paz. No encontraba forma de cómo actuar al respecto. Estando en soledad, la incertidumbre lo atemorizaba.

Atravesó una fuerte encrucijada, cuyos caminos eran vivir en el mundo de la indiferencia o morir. No le fue fácil escoger, pero se vio tentado por el primer camino.

Fue hasta su computadora, conectó un pendrive con extremo cuidado y copió cada archivo que este contenía en una carpeta oculta, o casi oculta. Lo importante es que todo quedaba lejos de la vista de los curiosos. Mientras los archivos se copiaban, los nervios le carcomían la cordura. El riesgo era grande, pero aceptó las consecuencias. Debía ser fuerte e inteligente, caso contrario, según su mayor temor, condenaría a cada ser querido a la muerte.

Para no pensar demasiado en sus problemas, se entretuvo intentando terminar de programar una red social que empezó varios meses atrás. Lo tenía bastante avanzado, solo necesitaba varios retoques y ya podía sacarlo a la luz.

La semana fue monótona. Jóvenes aprendiendo y aburriéndose. Lo único relevante fue el casi enfrentamiento físico y violento de un conocido de Dante, un camarada, con otro estudiante con aires de grandeza. Estaban en una pequeña puerta que funciona como entrada y salida del establecimiento, la puerta secundaria. El arbusto a un lado del pequeño camino le daba cierto romanticismo al lugar. También, a unos pocos metros de la entrada, había una garita que nunca se terminó de construir, pensada para un portero. Obtener beneficio con las obras públicas es efectivo, además de rentable, claro está. Al frente de los arbustos, a un lado del pequeño camino, se encontraba una casucha vieja, cuyo fin inicial se olvidó en la historia, pero lo usaban como almacén. Las lenguas juveniles comentaban que guardaban minerales, petróleo e instrumentos de laboratorio viejos. No mintieron del todo, guardaban cosas de valor. El temor de todos era que se derrumbara, pero sigue firme como una montaña. Estaban Elías, Juan y, obviamente, Dante, junto a la pequeña entrada, charlando y riendo, cuando, de la nada, un joven prepotente se abalanzó contra ellos y chocó de forma violenta contra Juan. El joven prepotente salió de la escuela como si nada. Juan, sin dudar, comenzó a insultar al joven prepotente y salió detrás de este para increparlo. Juan metió una mano en uno de sus bolsillos para resguardar su teléfono celular y evitar que cayera contra el suelo. «¡Dale, sacá el cuchillo! ¡Sácalo, dale, apuñálame!», fueron los gritos del joven prepotente, quien creyó que Juan estaba sujetando un cuchillo dentro del bolsillo del pantalón. Se insultaron un poco más, se desahogaron hasta desfallecer y cada quien siguió su camino. Mientras tanto Elías y Dante disfrutaron de esa hilarante escena y perdieron el aire de tanto que rieron. Juan se unió a ellos cuando los nervios y la adrenalina se esfumaron.

El sábado llegó. Dante planeó con Aylén juntarse ese día para ir a consumir helado. Para acelerar el tiempo se tiró en la cama con la netbook apoyada al pecho. Primero vio unos capítulos de Drake y Josh por internet, después vio un documental sobre la abolición de la esclavitud en el país de las “libertades” y, de la nada, terminó descargando el navegador Tor, de nuevo, con toda la intención de entrar, de nuevo, en la Deep web. Después de ver el famoso video de Daisy, borró todo lo relacionado con él. Lo tétrico atrae, el descubrir nuevas cosas, por más que sean aberraciones, seduce. Todo sea para pasar el rato. Así comienzan las adicciones.

Evitó las páginas para enfermos mentales y se centró en los foros de internautas cuyo fin era hacer el bien. Estas personas con sed de justicia se divertían asustando a pedófilos por llamadas telefónicas o correos electrónicos. Eso era para los consumidores curiosos. Para los que compartían, facilitaban, ese tipo de contenido, rastreaban la dirección IP con algoritmos cualificados y se la daban a las autoridades que estuvieran cerca del sujeto en cuestión para arrestarlo y torturarlo un poco. Al menos la teoría estaba planteada, luego está la burocracia y negligencia profesional de desestimar los casos, lo que frustraba todo el esfuerzo. Todo esto lo supo cuando se registró en un foro exclusivo para internautas justicieros. Después entró en un blog donde había documentos exclusivos y difíciles de conseguir que enseñaban a cualquier persona a hackear lo que sea. Nunca hay que descargar archivos desconocidos. Dante lo aprendió cuando los virus le saturaron la netbook. Se apagó y no pudo volver a prenderla. Conectó el cargador y nada. Muerta como la esperanza de que haya paz eterna entre Palestina e Israel.

Los nervios de Dante se pusieron de punta. No sabía qué hacer. Sus escasos conocimientos en el tema lo limitaron a mirar la netbook como un objeto desconocido. Lo único que le quedaba era esperar hasta el lunes y llevársela al técnico de la escuela, quién no lo juzgaría por sus andanzas cibernéticas. Debían formatearla desde cero. Entristeció porque supo con certeza que iba a perder casi 30GB de música que descargó de internet. La colección iba desde toda la discografía de Bon Jovi hasta la discografía de Venom. Horas y horas de descargas.

Empezó a reír por los nervios y por lo tonto que fue en caer en la trampa pensada para los idiotas. Los hackers manipulan fácil a los novatos como Dante. ¿Estarán revisando todo lo que tengo? ¿Fue solo un virus, troyano o malware que tiene solución? ¿Tendrán acceso a la webcam y al micrófono? Entró en pánico. Envolvió la netbook en una toalla y la metió en el cajón de la ropa interior para evitar la violación a la privacidad.

Un completo idiota. Reprochó infinidad de veces lo tonto que fue. Lo último que hizo fue descargar un documento que enseñaba a hackear redes wifi. Un engaño básico, de manual. Lo importante fue conocer el lado blanco de la Deep web, de los que se encargan de arremeter contra los delincuentes novatos, los iniciantes. Después están los profesionales, que son imposibles de rastrear. La mayoría toman sus debidas precauciones.

El esfuerzo es en vano. La mayoría de consumidores o traficantes “minoristas” de pornografía ilegal saben que las autoridades solo gastan tiempo y dinero en casar a los «peces gordos», por ende, navegan con libertades absolutas, felices y sin preocupaciones.

Después de una larga rabieta llegó la hora de su gratificante encuentro con Aylén. Perfumado, peinado y con los dientes cepillados, se fue.

— No entiendo como a la gente le puede gustar la menta granizada — comentó Aylén después de comprar helado, mientras iban directo hacia el parque, su lugar favorito.

— ¡Es muy rico! — gritó Dante escandalizado —. ¿Estás queriendo decir que no te gusta?

— No estoy diciendo que no me gusta, pero no es un sabor que me encante. Se me hace bastante insípido.

— ¡Es menta con chocolate! Son sabores que trascienden en las papilas gustativas.

— ¿Siempre pedís los mismos sabores cuando comes helado?

Los sabores elegidos fueron: Dulce de leche, Dulce de leche granizado y menta granizada. Los tres sabores que siempre le hicieron blanquear los ojos de placer.

— Cada tanto varío y pruebo sabores nuevos, pero por lo general pido estos porque me encantan. ¿Vos?

Las conversaciones triviales con Aylén nunca lo aburrieron.

— Soy adicta al chocolate, por eso pedí de chocolate, pero suelo experimentar con nuevos sabores para no hacer de la salida algo rutinario. Siempre lo mismo, aburre. Lo monótono destruye el brillo de nuestra vitalidad.

— Lo monótono es lo que le da vitalidad a nuestra existencia, a nuestra especie.

— Explícate — lo miró extrañada.

— Es solo cuestión de observar a los adultos responsables que nos rodean. Cada día hacen lo mismo, durante años, hasta que decidan jubilarse, que es cuando cambian la monotonía, la rutina. Nuestra existencia se basa en la monotonía. Vamos a la escuela a

diario. Si salimos, siempre vamos a los mismos lugares. En casa hacemos siempre lo mismo, nos distraemos con lo mismo, pasamos el rato con lo de siempre. Nuestros hobbies se convierten en algo monótono. Las cenas familiares son siempre iguales. La perseverancia y el esfuerzo son dependientes de la monotonía. Vivimos en la dimensión de la repetición. Algo cambia, y pronto se vuelve monótono.

— Una vida insípida.

— Nunca dije que lo monótono sea malo. Si no nos dejamos doblegar por el sistema cutre que intenta dominarnos, la monotonía puede resultar cómoda, enriquecedora y placentera. Todo en cuestión de centrar nuestra energía en lograr lo que tanto anhelamos, que es el mejor regalo que nos brinda la vida. Hay que ser valientes, consientes y rebeldes. Caso contrario seremos uno más del basto catalogo profesional donde los estrujan por un poco de dinero, los engañan con que el fin de la vida, el fin del mérito, es la adquisición de bienes materiales. Nos vuelven materialistas, y con eso nos controlan — dijo con voz monótona y apacible.

— ¿Y qué es lo que tanto anhelas, querido Dante? — inquirió con media sonrisa, entre la admiración y la decadencia emocional.

— Libertad, querida Aylén.

— Explícate, querido Dante.

— Quiero vivir en el medio de la nada, solo, lejos de todos, tener mi propio ganado, mi cosecha, mi comida, tener un cuarto repleto de libros para leer y hacer lo que se me antoje cuando se me antoje. Vivir en paz. Respirar y pensar en paz.

— ¿Sí? Tu sueño es bastante materialista — dijo ante las obvias discrepancias y contradicciones.

— ¿Ves lo que digo? — tuvo que arreglarla de alguna manera —. Somos todos materialistas e infravaloramos la libertad.

— Leí que un presidente dijo una vez: El precio de la libertad es su eterna vigilancia.

— ¿Thomas Jefferson?

— El mismo.

— Entonces en china las personas son libres. Los envidio, quiero ir a vivir a china — dijo Dante con sarcasmo.

— Quizás no es tan malo como dicen los medios propagandistas de occidente, nuestro lado del mundo. Tal vez nos engañan y nos hacen creer que el comunismo chino es lo peor del mundo. Somos occidentalistas, o algo así. — “Nacionalistas” fue el punto de partida, el de referencia.

Dante entendió lo que quiso transmitir.

— Oriente contra occidente, la guerra que dará fin a nuestra especie. — dijo.

— Eso espero. Ya estoy harta de que el humano quiera destruir todo solo porque sí, por mero placer. Las razones que dan son solo excusas.

Caminaron en silencio. Dante estuvo atento a su rabieta, la cual disfrutó.

— ¿Ahora de que te estas riendo? — preguntó cuando llegaron al parque.

— De lo histérica que sos. Mucho drama en una persona — contestó.

No dijo nada, solo le dio un golpe en el estómago. Por suerte no vomitó, eso hubiera arruinado la tarde.

Buscaron un lugar lindo para sentarse. Rara vez la gente decidía ir al parque a tomar mates y compartir una buena conversación con seres querido. Ese día solo vieron a un par de familias disfrutando el aire libre, a otro par de parejas juveniles que buscaban

privacidad para esconderse de sus padres y de las venenosas miradas de los jóvenes santurrones que no tienen nada que hacer además de molestar al resto.

— ¿Gonzalo tiene novia? — preguntó Aylén cuando vieron a Gonzalo con una chica hermosa.

— El Gonzalo siempre tiene novias. Es un gran conquistador de corazones.

— Espero algún día me conquiste — dijo Aylén, mirando a Dante directo a los ojos.

— También es mi sueño — agregó Dante, evitando los celos —. Es muy lindo.

Su expresión de anonadada le causó gracia.

— ¿Elías te contagió lo homosexual?

— ¿Tiene eso algo de malo?

— No, solo que es una pena. Sos muy encantador, cualquier mujer querría estar con vos.

Apretó los labios, reteniendo una sonrisa, mientras el rostro de Dante enrojecía. Hay cosas que sobrepasan los límites.

— ¿Sí? — aclaró la garganta —. Entonces conquistaré a la novia de Gonzalo.

— Conquistar suena muy bélico.

— ¿Entonces?

— Enamorar es más romántico.

— ¿Te consideras una persona romántica?

Pensó unos segundos.

— Soy romántica e independiente.

— ¿Vamos a saludar a Gonzalo o qué? — preguntó Dante.

— ¡No! — se escandalizó —. Saludemos de lejos, no es necesario acercarse y molestar.

Cuando pasaron por el área de visión de Gonzalo lo saludaron con gestos y sonrisas de complicidad, intentando ponerlo nervioso. Él los vio, los saludó e hizo un ademán para que se acercaran. Ambos accedieron al llamado.

— ¿Qué hacen? — preguntó Gonzalo, achinando los ojos, intentando borrar las dudas —. ¿Son novios o vienen a drogarse?

Las risas nerviosas nunca faltan.

Ella no respondió, asique Dante se puso las riendas.

— Ambas suposiciones son correctas — contestó tranquilo como un joven de alta alcurnia cuya única preocupación es gastar el dinero de la familia.

— ¿Sí? — quedó sorprendido —. Me alegro entonces, hacen buena pareja. Ambos son igual de raros.

— Nacimos para estar juntos — agregó Dante, notando la incomodidad de Aylén —. ¿Ella es tu novia? — señaló a su hermosa compañera.

Gonzalo esbozó una gran sonrisa repleta de duda. Miró a su compañera como si intentase descubrir qué eran en realidad. Un incipiente amorío formal o solo un pasatiempo.

— Somos amigos — contestó Gonzalo —. Recién nos estamos conociendo.

La chica hermosa, no tan hermosa como Aylén, claro está, miró al suelo, intimidada por las penetrantes miradas de los amigos de Gonzalo. De inmediato supieron que era tímida y, por ende, una atrevida en la intimidad. Las personas calladas siempre son las peores, al menos es lo que dicta la experiencia.

— Usen protección — dijo Dante cuando, con Aylén, se alejaron.

— Siempre tengo el rosario puesto — lejos de la vergüenza, Gonzalo mostró su collar de oro con la cruz adoptada por la iglesia católica.

Aylén iba pegada al brazo derecho de Dante. Cualquier observador hubiera pensado que eran una linda y joven pareja. Su calidez, la suavidad de su piel, la interacción entre sus átomos lo hizo sentir bien, acompañado y con la sensación de tenerlo todo y no necesitar nada. Algo que pocas veces ha sentido.

— ¿Trajiste dinero? — preguntó interrumpiendo un entretenido debate sobre el pueblo, el Fútbol y el poco interés hacia la política general. Hay prioridades. Primero el entretenimiento, después la comida.

— No traje mucho, ¿por qué? — la palabra «protección» rondó por su cabeza.

— Para ir a ver una película al cine. Pero no importa, otro día será.

— ¿Vos trajiste? — en el cine las historias de amor no siempre se encuentran en la gran pantalla, en los asientos la magia puede ser excepcional —. Me prestas y después te lo devuelvo.

— No, no traje mucho tampoco. Lo que tenía lo gasté en las golosinas que tengo en mi mochila de corazones.

Hasta entonces Dante no había notado que llevaba encima una mochila nueva.

— Otro día será.

— Cuando traigan una película de terror al cine, tenemos que venir a verla — dijo ella con vehemencia. Más que propuesta, era un ultimátum.

— Trato hecho — la cita ya estaba asegurada.

Se dirigieron a una fuente de agua que se encuentra sobre el edificio subterráneo, el famoso «cine». Un pequeño camino cortaba la estructura superior, el techo, del túnel que da acceso a la sala de cine. Pasaron y vieron la famosa fuente. Nunca vieron funcionar la fuente de agua. Es ecología o falta de romanticismo. Una fuente de agua que nunca lanzó agua. Nunca fue una fuente de agua, de las que lanzan un chorro al cielo, sino que se trataba de una simple pileta de hormigón pensada para arrojar monedas y pedir deseos. Las altas paredes que se alzaban desde el suelo le daban gran privacidad al lugar, sin olvidarse de la paz y la belleza, donde uno podía ir a fumar marihuana sin la menor preocupación de ser visto, o para ir con una pareja a besarse hasta quedarse sin saliva. La gran mayoría de jóvenes fueron a ese lugar a dar sus primeros besos, entre tantas cosas que prefiero no mencionar.

— ¿Y si mejor vamos a otro lado? — propuso Aylén cuando se sentó en la orilla de la supuesta fuente.

— ¿Por?

— No sé, por acá suele pasar gente — quería intimidad absoluta.

— Eres muy arisca — dijo.

Dante no captó el mensaje oculto de que quería estar a solas con él, lejos del mapa, del todo.

— Yo ya me senté — agregó —. Vas a tener que sentarte conmigo, porque no me pienso mover.

Lo hizo. Estuvieron un par de horas hablando, tocándose las manos, el pelo, dándose golpes suaves y haciendo chistes coquetos. El incipiente amor era obvio, solo uno de los dos debía dar el primer paso, lo que le correspondía hacer a Dante solo por ser hombre. Costumbres de antaño. Pudo hacerlo, pero no estaba preparado, y tampoco encontraba el atrevimiento necesario para hacerlo. Su excusa para soportar aquello era que esperaba el

momento indicado para que el estrépito de las emociones hiciera palpar sus corazones hasta sufrir un ataque cardíaco. Amor y muerte, romance del bueno. Decidió que, durante la pronta cita en el cine, viendo una película de terror, le iba a dar el primer beso. Estaba la posibilidad que la espontaneidad adelantara el beso, y hubiera sido positivo para ambos darse aquel beso. Hubieran expulsado todo el mal entreteniéndose con abrazos, besos, siendo dos tontos enamorados descubriendo mutuamente sus cuerpos inmaculados. Las cosas habrían sido tan distintas... solo queda lamentarse e intentar vivir con la incertidumbre.

La llamaron por teléfono. Atendió rápido. Se alejó de Dante para hablar y, casi al instante, volvió hacia él.

— ¿Todo bien? — inquirió.

— Mi mamá — respondió —. Solicita mi presencia.

— ¿Tienes que irte? — entristeció.

Asintió y esbozó una sonrisa antipática, como si le hubieran arruinado el día.

— ¿Te acompaño a tu casa?

— No, está bien. Me vienen a buscar.

— Te vienen a rescatar de mi persona — fue una broma.

— Seguramente — dijo, seria y amargada —. Tenemos que ir a un cumpleaños familiar. ¡No quiero ir! ¡Me obligan a ir!

— Afortunada — lo miró con desdén —. Vas a comer torta.

Su hermosa sonrisa volvió a mostrar sus dientes perfectos.

— Voy a comer hasta reventar, entonces — dijo recuperando su brillo característico.

— Intenta robar un pedazo para mí, hace bastante que no como torta.

La acompañó hasta el estacionamiento, a orillas de la ruta, donde debía esperar a sus padres. Llegaron rápido. Como dice la canción: «Y se marchó...»

Dante quedó en silencio pensando en ella, un largo rato, disfrutando, además, el canturreo de las aves y el placer que solo la naturaleza puede otorgar.

— ¿Te abandonaron? — Gonzalo sacó a Dante de su ensimismamiento.

— ¿Ah? — reaccionó este poco a poco.

— ¿Se pelearon o algo parecido? — preguntó después de sentarse a su lado.

— ¿Con Aylén?

Gonzalo no dijo nada, se limitó a mirarlo a los ojos. No vio necesario hacer aclaraciones.

— No, solo tuvo que irse a un cumpleaños con los padres — contestó Dante al fin.

— ¿Por qué no la acompañaste al cumpleaños?

Le pareció una pregunta absurda.

— Fue con su familia, a un cumpleaños familiar. Yo iba a ser el raro que nadie conoce.

— ¿Y?

— No era lo correcto.

— Podrías estar con ella en este momento, hablando y comiendo golosinas hasta el cansancio...

— Y aquí estamos, despechados y tontos — interrumpió Dante —. ¿Tu acompañante también tuvo que irse?

Gonzalo asintió y arrugó la nariz, dejando en claro su decepción.

— Los padres la controlan demasiado — adoptó una expresión de preocupación —. Comenzaron a llamarla una y otra vez porque se pasó del horario permitido. Ella les mintió diciéndoles que estaba en la plaza con unas amigas. ¿Podes creer que la fueron a buscar en auto a la plaza? Son súper histéricos. Podre, me da una pena.

— ¿Es hija única?

— Si, por eso los padres son tan sobreprotectores. No tiene sentido, en este pueblo la tranquilidad es envidiable.

— Tiene sentido — replicó Dante, casi divagando.

— ¿Qué cosa?

— Que accediera a salir con un rebelde, pervertido y drogadicto como vos — fue una broma repleta de sinceridad.

— Si — el comentario de Dante le divirtió —. Ahora todo tiene sentido.

— Dicen que las chicas con padres sobreprotectores son las peores. Se rebelan y ya nadie las detiene.

— Espero que se rebele, lo necesita. Te juro que la van a enfermar.

— Vos tenés que ser su salvación. Ayúdala a que tenga voz y voto. Te amaré por siempre.

— ¿Por siempre? — suspiró —. Es mucho tiempo.

— ¿Te gusta?

— ¡Me encanta!

Dante guardó silencio para que él pudiera admirarla en secreto, desearla y añorarla.

— ¿A vos te gusta Aylén? — preguntó Gonzalo de pronto.

Dante dudó en responder, ya que era información confidencial, pero Gonzalo era alguien de confianza, y logró, a su debida manera, respetarlo. Hacía ya varios años que se conocían. Un día, en la escuela, se acercó a Dante y le preguntó si quería jugar al Warcraft 3. Desde entonces han tenido conversaciones casuales. Nunca se encontraron en un contexto diferente de la escuela, hasta ese oportuno encuentro en el parque.

Dante asintió como respuesta, afirmando la duda.

— Si, se te nota. Te tiene embobado — dijo —. Y vos también la tenés embobada. — hizo una pausa, preparando su próxima pregunta — ¿Son novios?

— Aún no.

— ¿Quieres decir que pronto podrían ser novios?

Dante volvió a asentir. La reticencia de hablar con otro sobre sus íntimos sentimientos le resultó abrumador.

— ¡Bien! Espero suceda. Debes apurarte, proponérselo antes de que se aburra o se sienta rechazada.

El silencio de Dante fue suficiente para dejarle en claro que no quería seguir hablando del tema.

— ¿Tienes planes para lo que resta del día? — inquirió Gonzalo con una idea en mente.

— El único plan que tengo es no hacer nada hasta que me de sueño — se puso de pie —. ¿Qué propones?

Terminaron jugando al Call of duty en un ciber con otros chicos que eran amigos de Gonzalo. El lugar era un garaje que fue adaptado para colocar computadoras, la mayoría viejas, cuyo nombre popular era «el pingüinito». Los gritos del interior eran eufóricos, estridentes, chirriantes e insoportables. Unos reían a carcajadas mientras otros discutían con un contrincante o compañero, y los más ansiosos maltrataban el teclado y el mouse. El vicio los consumía, vivían el momento a todo pulmón. El hedor a falta de higiene personal era la fragancia por excelencia. Olor a pata, a sudor, a bolas (genitales), daban un duro golpe de guerra cuando se entraba al lugar, pero uno se acostumbraba rápido.

Jugaron unas cuatro horas. Finalizaron con las piernas adormecidas y el trasero adolorido. Ni mencionar la curvatura de la espina dorsal.

— Es re difícil respirar adentro — comentó Dante apretando sus ojos ardientes y cansados.

— ¡Si! — exclamó Gonzalo —. Terrible calor hace adentro. La única ventilación que tienen es esa ventanilla — apuntó a una ventana junto al portón de lo que antes fue un garaje, cuya dimensión dejaba que desear.

— ¡La hediondez del ambiente te hace dar arcadas! ¿Nadie se baña o qué? — se olió las axilas empapadas y empezó a toser del asco que le provocó.

— Es olor a hombre — comentó uno de los amigos de Gonzalo.

Charlaron casi por una hora sobre la experiencia vivida en el interior. Discutieron sobre matanzas controvertidas y tramposas entre ellos, con replicas repletas de excusas. Sandeces de fanáticos. Los amigos de Gonzalo se fueron y se quedaron solos, sin planes.

— ¿Y ahora qué hacemos? — preguntó Gonzalo a Dante.

— Comer — contestó Dante —. Tengo hambre, el estómago me ruge como un motor V8. — se tiró un pedo largo y hediondo como el interior del ciber.

— ¿Te queda plata? — el pedo le fue indiferente, ya estaba blindado gracias al hedor del interior del ciber.

— Estoy en quiebra.

— Necesito comer o tomar algo dulce.

— ¿Te bajó el azúcar? — preguntó Dante mientras le ofrecía un caramelo.

Gonzalo se lo quitó de las manos.

— Sos mi ángel de la guarda — agradeció.

Saboreó el caramelo y con el tiempo su piel recuperó el tono normal. Dante no había notado su palidez, que, sin duda, de no ser por el caramelo, estaba a solo segundos de un dramático desmayo.

— ¿Quieres que vayamos a mi casa a comer? — propuso Gonzalo.

— ¿Qué cosa?

— No lo sé, supongo que inventaremos algo.

Dante accedió.

Se fueron a su casa. En el camino tuvieron un interesante debate sobre la moral de Robert Oppenheimer, director del proyecto Manhattan (de la creación de las primeras armas nucleares), y una entrevista en blanco y negro donde se lo vio frío, indiferente, como un dios de la muerte ansioso por silenciar voces y detener latidos. Al menos esa fue la perspectiva de Dante. Gonzalo aclaró que vio arrepentimiento, terror, angustia y deshumanización, aturdimiento espiritual y muerte empática. En la entrevista, Oppenheimer cita unas frases de textos hindúes, dándole énfasis a la siguiente línea: “Ahora me he convertido en muerte, el destructor de los mundos”. A sus hombros, y a los de todo el equipo del proyecto, cae el peso de la muerte de más de cien mil humanos inocentes. Cerraron el debate con la conclusión de que el orgullo nacionalista y el final de la segunda guerra mundial fueron excusa suficiente como para tranquilizar la existencia de los científicos que se encargaron de brindarles poderes mayores a la minoría que entran en el catálogo de tiranos. Al final, los tiranos son los que invierten en el desarrollo de nuevas tecnologías para después darle usos bélicos. Los científicos son solo cucarachas que viven con la idea de que todo lo hacen es por el bien de la humanidad. La empatía social resulta ser una debilidad y una facilidad para los oportunistas.

— ¿Sigues curioseando en la Deep web? — preguntó de pronto Gonzalo, fingiendo un vago interés en el tema.

Fue un cambio radical de tema. Dante acomodó las ideas y respondió.

— Sí, hoy me metí.

— ¿Sí?

— Y pasaron cosas...

Gonzalo enarcó las cejas como si hubiera intentado adivinar lo que le había pasado.

Hizo un ademán con la cabeza para que Dante continuase con el drama.

— Creo que me entró un virus en la computadora, porque dejó de prender.

— ¿Te dejó de prender? — Dante asintió ante la incredulidad de Gonzalo —. ¿Cómo pasó eso?

— Nada, solo me metí en un blog que enseña a hackear y eso fue todo.

Gonzalo empezó a reír con fuertes carcajadas.

— ¡Sos un tonto! — exclamó —. ¡Te hackearon!

— No, creo que fue un virus, malware, troyano o como sea que se llame.

— ¿Descargaste un archivo desconocido?

Dante asintió.

— Es la típica broma que le hacen a los novatos. Hay que ser muy tonto para descargar archivos desconocidos. La mayoría tienen virus para espantar a los curiosos. ¿Qué descargaste? — su mirada fue recelosa, como si Dante fuera un pervertido.

Gonzalo no veía a Dante como un pervertido en realidad, ya que él también sintió curiosidad y entró a la Deep web, solo quería incomodarlo.

— Un documento sobre pasos a seguir para hackear redes wifi, o algo parecido. — cuando se hace algo inconscientemente, ese algo se olvida con facilidad.

— Si, entiendo. Conozco grupos de internautas que se dedican a eso. Les divierte destruir computadoras sin siquiera tocarlas.

— ¿Cómo los conoces?

— Son personas que molestan y asustan a los pervertidos y a los futuros pervertidos, o sea, los novatos. Una vez intenté hacerlo, lo de asustar pervertidos, pero la privacidad es absoluta, se requieren muchos conocimientos para rastrear y obtener algo de un usuario anónimo. Tengo entendido que muchos años atrás todo era más fácil, hasta podían acceder al número de teléfono del usuario. Eran otros tiempos.

— ¿Intentaste hacerlo?

— Si, ya tuve mi experiencia en la Deep web. Me metí por curiosidad, al igual que vos, y fue un viaje solo de ida. Supongo que no es necesario mencionar las asquerosidades con las que me encontré — su mirada despectiva, abandonada, lo dijo todo —. Lo peor es que el tráfico ilegal del contenido que tanto se ha popularizado últimamente no solo se encuentra en el “internet oculto” ... Facebook, entre otras redes sociales, resultaron ser plataformas que facilitan el tráfico de este contenido, así como atraer a nuevos consumidores.

Las novedades lo dejaron anonadado.

— ¿Facebook? — se exaltó.

— Si, Facebook.

— Pero..., ¿cómo? Las políticas de censura de esa plataforma no facilitarían, como dices, a que compartan ese tipo de contenido ilegal libremente. Debe haber reprimendas, claro está.

— Los grupos privados — replicó para aclarar —. Los pedófilos se protegen en grupos privados, donde comparten con libertad lo que se les plazca. Videos, links de descargas, lo que sea. — la consternada mirada de Dante le pidió que continuara explicando —. Son millones y millones los usuarios registrados en esa red social, es imposible espiar a cada uno, ni aunque uses la inteligencia artificial. Al ser grupos privados nadie puede reportar el contenido. Y si descubrieran ese tipo de grupos y los eliminaran, los pervertidos harían otro grupo para volver a lo mismo. Es un círculo sin fin.

— Y si eliminaran los perfiles, se crearían otro y volverían a lo mismo. Entiendo, es como intentar detener la lluvia con las manos.

— Lo único que nos queda es aprender a convivir con la falta de esperanza por nuestra especie.

— ¿Desde cuándo tan pesimista? — preguntó Dante, casi indiferente—. Gonzalo el pesimista. — bromeó.

— Supongo que desde el día que decidí descubrir la naturaleza humana. Toda la historia de la humanidad está basada en derramamiento de sangre.

El Gonzalo alegre y despreocupado que Dante conoció desapareció. Pudo ver uno de sus rostros ocultos, una persona similar a él. Su alter ego.

— Siempre creí que eras de esas personas que disfrutan ver la mierda de Tinelli y Mirtha Legrand. Un ser mundano, de los que abundan. — confesó Dante sin inhibiciones.

Gonzalo se horrorizó.

— ¿Qué yo veo esas boludeces? Nunca las he visto gracias a dios. Antes prefiero clavarme tenedores en los ojos. No me gusta ver televisión, es lo peor que existe.

— Yo veo televisión para ver películas o series como El chavo del 8, Los Simpsons, Drake y Josh, Pulseras rojas, Dragon Ball Z...

— Si, entiendo — interrumpió el dictado de nombres de programas populares —. Me refiero a los programas que se encargan de entretener al televidente con dramas basuras y problemas irrelevantes para el bien común. Que un mediático ignorante, estúpido y troglodita tenga más seguidores que un escritor o un profesional que hace mucho por el bien común, ya dice mucho de la sociedad en la que vivimos.

Por un momento Dante sintió que estaba frente a Aylén, teniendo una de sus conversaciones casuales. La única diferencia es que Gonzalo se mantenía tranquilo, indiferente, alternando la mirada entre el suelo, el cielo y su persona.

— Lo que sucede es que la mayoría de las personas no entienden al escritor o a cualquier otro intelectual, quienes sin duda enriquecerían sus vidas, entonces, como consecuencia de ello, se limitan a seguir lo banal, lo simple, lo decadente. Lo que no los hace pensar. Tienen fatiga cerebral, rechazan el conocimiento — dijo Dante adoptando el tono de la soberbia.

— Si, puede ser.

Varios metros después llegaron al destino.

— ¿Tenés casa sola? — preguntó Dante al ver el umbral del interior.

— Si, eso parece — contestó Gonzalo como si le sorprendiera.

Metió la llave en la cerradura, la giró, empujó la puerta y entraron. Lo usual.

— Podrías hacer una fiesta.

— Si, no sería mala idea — dijo Gonzalo.

Dante se quedó pensando en que Gonzalo usa mucho la palabra «Si» cuando habla. Hasta le resultó tedioso, porque es pegajoso.

— ¿De verdad? — su accesibilidad lo tomó desprevenido.

— Voy a invitar a un par de amigos para que tomemos unos vinos y pasemos el rato...

— se lo dijo a él mismo —. ¿Quieres invitar a alguien? Mientras no sean ladrones, puedes invitar a quien quieras.

— No se me viene nadie a la mente. Pero antes de pensar en la fiesta comamos algo, tengo hambre. — dijo Dante.

Gonzalo abrió la heladera y escrutó el interior.

— ¿Nos hacemos unos huevos revueltos?

Dante esperaba que encontrara unas milanesas frías para hacerlas sándwiches, pero tampoco le desagradó la idea.

— Lo que sea, no soy delicado.

— Tengo tuco para hacer fideos — dijo Gonzalo mientras seguía husmeando el interior de la heladera —. ¿Nos hacemos unos fideos con tuco o los huevos revueltos?

— Hagamos ambos.

La expresión de espanto de Gonzalo le dio gracia.

— ¿Estás loco? — gritó —. ¡Vamos a terminar en el baño vomitando y con diarrea! Nos va a caer muy pesado, teniendo en cuenta que vamos a tomar vino hasta el amanecer.

Con vino barato de por medio, todo cae pesado.

Al final no cocinaron nada porque Gonzalo lo llevó a su habitación para mostrarle unas cosas en su computadora. En un principio Dante imaginó que iba a mostrarle juegos con el consiguiente discurso para incentivarlo a que lo comience a jugar, o, era una gran probabilidad, mostrarle videos turbios que descargó de internet, siendo así su venganza.

Dejó en claro su experiencia en círculos del submundo cibernético. Ninguna de las dos opciones fue correcta, en su lugar le mostró una red social que programó con su propio teclado y dedos. Era una red social que llevaba el nombre de la escuela secundaria a la que asistían, «E.S.T.I.M.», exclusiva solo para estudiantes de dicha institución. Fue incrédulo, pero al escrutar cada detalle el ingenio de Gonzalo lo asombró. Era similar a Facebook en sus inicios, básico y sin pretensiones. Sin todos los millones de dólares invertidos.

— ¿Te gusta? — preguntó al ver los palpitantes ojos de asombro de Dante.

— ¿De verdad lo hiciste vos?

Asintió con una media sonrisa.

— ¿Desde cuándo sabes programar? ¡Es... una locura!

— Digamos que en el verano uno no encuentra mucho para hacer. Busqué tutoriales en internet y manos a la obra.

— ¿Es difícil?

— Lleva su tiempo, como todo lo que te propongas a hacer.

— ¿Funciona?

Gonzalo quedó confuso.

— La red social — dijo Dante para aclarar su mente —. Funciona, ¿no?

— Si funciona. Solo debo darle unos retoques para que salga a la luz y los estudiantes de nuestra escuela puedan usarla.

La euforia corrió por las venas de ambos.

— ¡Te harás muy conocido con esto! Con el tiempo podrás expandirte y llegar a todas las escuelas del país... no, corrijo, del mundo. — siempre hay que soñar en grande.

— Ya veremos en donde termina todo esto — apagó la pantalla de la computadora — . Primero tengo que lograr que usen la red en la escuela, sería un golazo.

— ¿Cuándo vas a darla a conocer? — preguntó Dante, ansioso.

— Pronto — contestó dubitativo —. Antes tengo que pulirla un poco. — se levantó de la silla junto a su escritorio e indicó que debían ir a cocinar porque moría de hambre.

Estando en la cocina el inconsciente le dijo a Dante que podría dar solución a un urgente problema que lo tenía contra las cuerdas.

— ¿Qué tanto sabes sobre computadoras? — preguntó Dante.

— Lo suficiente como para poder sobrevivir en el mundo de la tecnología.

— ¿Serías capaz de arreglar mi netbook?

Tuvo un debate interno para decidirse por una respuesta. Hacer eso le iba a consumir tiempo y esfuerzo.

— Si, podría verla, podría intentarlo. — dijo por mera diplomacia, casi sin ganas.

— ¿Seguro?

— Como dice el refrán: “Echando a perder se aprende”.

Fueron buscar la netbook en ese mismo instante, aprovechando el viaje para conseguir alguna que otra bebida: Gaseosa, jugo, vino, cerveza. El agua es pecado en la juntada de amigos, algo para inocentes que aún no rompen el cascarón. Personas como ellos solo debían consumir bebidas asquerosas solo para seguir la línea social. Igual, con el tiempo, uno comienza a disfrutar de ellas.

Llegaron a la casa de Dante y la familia estaba reunida en el quincho comiendo asado, de nuevo. Carnívoros fieles y devotos.

— ¡Llegó el callejero! — gritó la madre al ver a su hijo Dante.

— ¡Provecho! — fue educado, al igual que Gonzalo —. Es un amigo. — lo presentó.

De inmediato lo invitaron a sentarse con ellos y cenar un delicioso costillar de chivo. No se hicieron rogar. Ambos se sentaron y disfrutaron la cena. Adiós a los fideos insípidos que tenían en mente. A Dante le pareció hilarante ver la cara de su madre cuando veía a Gonzalo tomando vino como si fuese agua. Dante nunca fue capaz de tomar enfrente de ella por respeto a su persona, pero ella siempre supo que consumía alcohol con sus amigos, quienes, la mayoría, eran unos borrachos empedernidos. La cena, literalmente, les hizo chuparse los dedos.

Terminaron de comer y salieron de la mesa con un grato y glorificante «provecho». Gonzalo se tomó su tiempo para agradecer a la familia por la invitación. Más que diplomacia fue un discurso

— ¡Dios! ¡Qué buen asado! — la euforia de Gonzalo fue contagiosa —. ¡Hace tiempo que no como un asado tan rico! No, corrijo. ¡Hace tiempo que no como asado! — las personas normales le decimos «asado» a toda la carne roja que se hace en la parrilla.

— Si, estaba buenísimo — eructó Dante cuando se alejaron de la mesa, siguiendo la tradición turca para demostrar que la comida estaba muy rica. Obvio que no lo hizo frente a su madre, eso era motivo suficiente para recibir una cachetada como reprimenda por la falta de educación.

— Me voy a juntar con vos más seguido para que me invites cada vez que hagan asado — le dijo Gonzalo a Dante —. Necesito engordar un poco.

— Un asado no se le niega a nadie.

— Ojalá los gobernantes pensaran lo mismo — replicó Gonzalo.

Pudieron haber tenido un extenso debate sobre el tema, no obstante, a veces es mejor olvidarse de todo y solo existir.

Dante buscó la netbook y la metió en la mochila que usaba para todo, hasta para ir a la escuela. Fue hasta uno de los tantos freezers de la casa, donde guardaban la carne, y vio un vino tinto sin abrir, esperando triste y solo para ser tomado. Debido a la soledad que sufría aquel vino, lo metió a la mochila para después beberlo con Gonzalo. Los jóvenes ven a las bebidas alcohólicas como una eminencia, más cuando son bebidas caras, finas, ricas.

Regresaron a la casa de Gonzalo.

— Meté el vino en la heladera — indicó Gonzalo.

Lo hizo.

— Veamos que tiene la «Cristinet» — es un juego de palabras entre Cristina, la presidente del gobierno que se encargó de darle la primera computadora a cientos de miles de estudiantes argentinos, para que se adapten al ya vigente futuro tecnológico. Cabe lamentar que solo fue solo una buena idea, ya que los educadores, acostumbrados al sistema educativo de antaño, que tampoco cambió, no supieron adaptarse a las novedades, desaprovechando una oportunidad que a largo plazo hubiera sido enriquecedora para la sociedad en general. Educan para un mundo que ya no existe.

Gonzalo presionó el botón de encendido de la netbook una y otra vez, y nada sucedía.

— ¿Qué crees que tiene? — preguntó Dante.

— Sin duda es un virus de arranque bastante jodido. Infectaron el área del sistema de arranque del disco. Es raro que no encienda, por lo general aparecen señales de errores del sistema. Aunque si se tiene en cuenta que la netbook es muy simple, puede que lo

razonable sea que no encienda. La única forma es intentar formatearla e instalarle de nuevo el sistema operativo.

Dante tuvo que resignarse de todos los archivos albergados en el disco. Perder la destellante y extensa colección de música le causó tristeza, más de lo que podría haber imaginado. Invertió mucho tiempo en descargar todo, y más en escucharlo.

— Haz lo que debas hacer.

— A la orden, jefe.

— Y rápido o te despido — Dante debía continuar con el chiste.

— ¡No! Tengo una familia que mantener — gritó Gonzalo con una actuación dramática formidable.

— Si tienes hijos, los puedes vender en el mercado negro — dijo Dante pasando la línea de lo aceptable —. Total, puedes crear muchos más.

Gonzalo procesó la infame broma. Su risa fue de nervios, le dio justo en la vena de la sensibilidad.

— Eso es mucho para mí — dijo compungido.

— Perdón, crecí viendo South Park y Happy three friends.

— Ahora todo tiene sentido.

Fueron a su habitación. Comenzó a hacer los preparativos para formatear la netbook. Estaba muy concentrado y Dante no entendía nada. Como dice el dicho: “Más ayuda el que no estorba”. Le pidió la contraseña de internet y con total confianza se tiró en la cama para pasar el rato con el celular. Recibió un mensaje de voz de Aylén, lo envió unas horas antes, cuando estaban en el ciber. Conectó los auriculares que le prestó Gonzalo y lo escuchó. «¡Hola! Estoy muy aburrida. ¡Odio los cumpleaños! Debería haberte invitado, con vos es imposible aburrirse. Bueno, la próxima prometo hacerlo. — hizo una pausa — . ¿Qué estás haciendo? ¿Puedo llamarte?». Y eso fue todo.

Le respondió por mensaje de texto que podía llamarlo cuando quisiera. Estuvo absorto a la pantalla por varios minutos esperando a que se conectara para poder entablar una delirante conversación. Ella no lo hizo. Concluyó que estaba ocupada y se puso a jugar de forma online al ajedrez. Perdió cinco partidas seguidas, todas por jaque mate, como un buen aprendiz.

Gonzalo le pidió que le alcanzara un pendrive que estaba en su mochila, dentro de la cartuchera de útiles.

— ¿Qué vas a hacer? — inquirió Dante.

Vio la pantalla de la netbook y solo había códigos extraños.

— Es para instalar Windows 7 — respondió sin apartar la mirada de la pantalla —. Primero tengo que bootear el pendrive.

La atención de Dante fue despectiva. No entendía nada y tampoco deseaba lecciones sobre términos informativos.

— ¿Sabes que es Linux? — preguntó Gonzalo.

— Son sistemas operativos de código abierto, creo.

— ¿Lo has usado alguna vez?

— ¿Debería?

— Si, deberías.

Dante accedió a que le instalara un sistema operativo llamado «Ubuntu». Gonzalo mencionó algo sobre una «terminal» y el uso de códigos. Imaginó a su persona transformado en un hacker erudito con afinidad para realizar el bien. «Dejarás de estar

bajo constante vigilancia por parte de las multinacionales de internet.», dijo Gonzalo con espíritu de activista. Con el tiempo descubrió que las multinacionales de internet vigilan a las personas más de lo creíble. Los celulares inteligentes se volvieron una parte imprescindible para existir y sobrevivir. Tienen acceso a información personal, fotos, videos, cuentas de bancos, tarjetas de crédito, contactos, mensajes, llamadas... todo. Literalmente tienen acceso a todo lo que hacen con el celular. Y que no les quepa duda que también pueden escuchar y ver sin que las personas lo sepan. “El precio de la libertad es la perpetua vigilancia”. La frase resulta ser un hecho, aunque el término “libertad” queda abierto a interpretaciones.

— ¿Te vas a tardar mucho? — preguntó Dante.

— Solo un poco. Depende de que tan caprichosa sea la netbook. ¿Estas aburrido o qué?

— Me dio sueño. — bostezó adrede.

— Ve pensando a quien vas a invitar a la juntada — dijo —. Ya le avisé a unos amigos y dijeron que van a invitar a unas amigas. Les dije que traigan bebidas alcohólicas, «escabio». Será una gran noche. — esbozó una sonrisa maliciosa, nada para preocuparse.

— No se me viene nadie a la mente. — fue renuente. No quería invitar a sus amigos porque son personas desinhibidas y algo caóticas. El temor que tenía era invitarlos y que empezaran una trifulca violenta con los amigos de Gonzalo, cuyas amistades también andaban por caminos raros.

— ¿Nadie? — lo observó con detenimiento por unos segundos, y asintió como si hubiera llegado a una conclusión —. ¿Y Aylén?

— Le escribí y no responde, seguro todavía está en el cumpleaños.

— ¿Y Elías?

Olvidó por completo al bueno Elías. Tuvo un grotesco ataque de amnesia.

— Ahora le pregunto.

Le mandó un mensaje de texto y recibió respuesta a los pocos segundos. El aburrimiento desespera. Le prepuso la idea de pasar una noche juntos para seguir llenando el repertorio de anécdotas, y la rechazó. lo dejó atónito, nunca antes había rechazado una invitación. «No puedo, vine a cenar a la casa de unos familiares», respondió. Al parecer todos estaban con sus familiares disfrutando una maravillosa velada. Dante tendría que haberse quedado con su familia, pero en su lugar decidió seguir ajetreándose la existencia.

— No puede — dijo Dante con amargura. Veía venir una noche aburrida rodeado de personas simples y aburridas. Estuvo por irse a casa, pero no podía hacerlo sin la netbook.

— ¿Alguna vez pensaste si Elías está enamorado de vos?

Su pregunta le pareció mal intencionada, fuera de lugar.

— Nunca — trató de tomármelo con humor —. Y si fuera el caso no lo culparía, soy hermoso.

— ¿Has visto secreto en la montaña? — preguntó mirándolo fijo a los ojos.

— ¿Es la de los homosexuales? — Gonzalo asintió a modo de respuesta —. No, aún no la he visto.

— Está muy buena. Además, los actores son hermosos, y es imposible no sentir curiosidad sobre el asunto en cuestión.

— ¿Te gustan los hombres? — Dante supuso que había hecho una declaración sobre su sexualidad.

Frunció el ceño, extrañado, y esbozó una tímida sonrisa. No fue capaz de mantener su mirada con la de Dante, acción que lo dejó pensativo.

— No — respondió dubitativo —. Creo que no, al menos no por ahora.

— Como dijo Justin Bieber una vez: “Nunca digas nunca” — es la traducción de una canción popular de dicho artista llamada «Never say never».

La referencia resultó ser hilarante para Gonzalo debido al tema de conversación que estaban teniendo. En aquellos tiempos, quizás continúe en la actualidad, los adolescentes trataban como «gay» a cualquier chico que escuchara la música de Justin Bieber. «Esa es música para mujeres. El hombre que lo escucha es re marica y tremendo puto.», este tipo de comentarios en aquellos tiempos eran motivo de bromas.

— Listo, ya terminé de instalar el sistema de operativo — dijo haciendo un ademán con la cabeza para que Dante se acerque a él —. Tenés que crearte un usuario.

— ¿No lo podés hacer vos?

— No, es tu usuario y debés crearlo vos. Podría hacerlo, sí, pero se supone que es tu privacidad y solo vos tenés que saber cómo acceder.

— Entiendo — Dante cogió la netbook, se sentó en la cama y la apoyo sobre las piernas.

— Por mientras voy a ir a esperar a los chicos. Ya están viniendo. — Gonzalo salió de la habitación, preparándose para mandar un audio por celular.

Fue sencillo crear el usuario. Solo tardó en crear la contraseña, fácil de recordar y difícil de adivinar. «SegaGenesis». La contraseña fue inspirada en una de las consolas de juegos de video más famosa de la historia.

Sonó el timbre de la casa. Los amigos de Gonzalo llegaron. La euforia de los visitantes fue contagiosa. Dante salió de la habitación y fue a saludar. Lo primero que notó es que todos usaban ropa urbana, estilo skate, de primera marca. Un gran contraste de apariencia respecto a sus amigos, quienes usaban ropa deportiva trucha y gorras gastadas debido al uso.

Los visitantes se sentaron alrededor de la mesa principal. Los amigos de Gonzalo interrogaron un poco a Dante, nada fuera de las preguntas convencionales, hasta que lo hicieron entrar en confianza y empezó a hacer chistes fuera de lugar, su sello característico. Tomaron un par de cervezas que trajeron los amigos de Gonzalo. Deliciosas. El paladar de Dante estaba acostumbrado a las cervezas más accesibles, las que tomaba con sus amigos del «barrio», que con el tiempo le repugnaron y dejó de consumirlas.

Hablaron con fluidez durante horas.

Una joven de cabello negro y pequeños rizos, ojos casi felinos de color avellanas, semblante sereno y modesto, y con sonrisa coqueta, le llamó la atención a Dante. Ella mantuvo silencio, limitándose a solo reír de las payasadas del resto. Dante nunca terminó de encajar en el grupo e imitó la actitud de ella, solo reír cuando era necesario. Sus miradas se encontraban una y otra vez. Eran fugaces, cuando notaban que uno miraba al otro, desviaban la mirada a cualquier rincón de la casa. Dante pudo acercarse a ella para conocerla, pero, sin dudas, en ese momento toda la atención estaba sobre Aylén, motivo suficiente para despreciar a otras personas. Cuando se quiere con sinceridad a alguien el resto deja de importar.

El encuentro, el ambiente, adoptó un aire lóbrego para un inadaptado como Dante. Estaba acostumbrado a la marihuana, a olerla, debido a que sus amistades cada tanto la

consumían, además de parecerle una planta saludable. Muy diferente era la cocaína, «la merca». Nunca había visto la sustancia hasta ese momento tan particular. Uno de ellos, el Dibu, sacó una bolsita y tiró todo el contenido en un plato. Con una tarjeta de crédito empezó a dividir la sustancia en líneas. En total eran nueve los presentes en la cuenta. Dante se exaltó al ver nueve líneas sobre el plato de cerámica blanca. Gonzalo lo observaba y disfrutaba verlo escandalizado.

— ¡No! Yo no quiero — Dante hizo todo lo posible para mostrarse sereno, despreocupado.

Todos lo miraron sorprendidos, extrañados. Nadie rechaza estupefacientes gratis, menos cuando son costosos.

— ¿De verdad? — el que preparó las líneas no le creyó del todo —. ¿Has probado «la merca» alguna vez?

Negó con la cabeza, observando con atención el polvo que tanto daño ha hecho a millones de personas alrededor del mundo. No sintió curiosidad alguna por probar la sustancia.

— Inteligente — comentó el preparador de las líneas.

— Prefiero el alcohol, es más dañino — dijo Dante para salvar el momento.

Todos rieron y le dieron la razón. El tipo distribuyó la «línea» correspondiente a Dante al resto de las otras ocho líneas. Con un billete enrollado, uno por uno esnifó su parte. Fue decepcionante para Dante ver a la hermosa mujer con rizos perfectos y ojos hermosos meter en su cuerpo una droga peligrosa. Las apariencias engañan. Toda emoción incipiente hacia ella desapareció en un instante.

Estar frente a drogadictos no le fue placentero. Sin decir nada se fue a la habitación de Gonzalo. Quería irse cuanto antes. Lo detuvo el querer empatizar con el anfitrión, quien la estaba pasando en grande.

Fue y se tiró, de nuevo, en la cama. Pudo dormirse, pero en casa ajena es todo un delirio, más con drogadictos presentes. Vio que el CPU de la computadora de escritorio estaba encendido. «Bueno, vamos a jugar», dijo con repentino entusiasmo. Encendió la pantalla y acomodó la silla de escritorio.

Las ganas de jugar cedieron. Había que hacer ciertos cambios. Se metió en internet y descargó la foto de un hombre musculoso desnudo para después ponerla de fondo de pantalla. Pequeños actos de malicia. Aumentando los decibeles de bromistas buscó en el navegador las redes sociales más usadas para verificar si Gonzalo era de los que dejaban la cuenta abierta. El plan malévolo era cambiarle el nombre y la foto de perfil, pero no pudo llevarse a cabo, todo estaba cerrado. Escrutó el historial de navegación, lo típico cuando se fisgonea la computadora de un amigo, con la intención de encontrar páginas pornográficas. Nada. El historial estaba vacío. Los precavidos siempre hacían eso hasta que descubrieron la ventana de incógnito.

Debió detenerse e ir a socializar con el resto. Las risas estridentes de los drogadictos clamaban por la presencia de Dante. Como un reverendo idiota rompió las reglas de privacidad y escrutó documentos, carpetas de archivos y todo lo que me iba encontrando. Música de fiesta, películas de terror, series de animé, nada fuera de lo ordinario. En la parte de descargas lo único interesante que encontró fue el instalador del navegador TOR. «¿Lo tendrá instalado?», se preguntó. Para ahorrar tiempo escribió el nombre del navegador en el buscador del sistema operativo, el que todo lo encuentra. La búsqueda tardó solo unos minutos. Estaba instalado. Dio en «abrir ubicación del archivo». Grave

error. Dante había instalado TOR en su netbook, por eso encontró raro la cantidad de archivos que albergaban la carpeta donde fue instalado el navegador.

WinRAR es un software usado para comprimir varios archivos en uno solo. Dentro de una carpeta llamada «PPP», garabatos al azar, había seis archivos WinRAR, también nombradas con garabatos sin sentido. Un arduo recelo le nació en el interior. Advirtió la clase de contenido que podían albergar los archivos WinRAR. Hasta resultó obvio. Dio click en extraer archivos y le pidió una contraseña. Estaba muy familiarizado con WinRAR gracias a toda la música que descargó de internet, por ende, conocía un detalle muy importante sobre el cifrado de archivos. Cuando uno añade algo a WinRAR y no quiere que nadie lo vea no solo debe ponerle contraseña, sino que, a su vez, se debe bloquear el archivo para que no muestre lo que alberga. Gonzalo pasó por alto ese pequeño detalle, permitiéndole ver los cientos de videos y fotos con nombres raros que estaban comprimidos. La mayoría de archivos de video tenían dos letras en mayúscula cuyo significado era evidente y trágico: CP. Children porn (pornografía infantil).

La perplejidad que sintió fue casi mortal. El aire le empezó a faltar, los nervios lo hicieron crispas sin consideración. El miedo le quitó la capacidad de razonar. Gonzalo, un joven agradable, sociable, buen compañero, respetuoso y todo lo que uno ve en alguien que respeta y admira, resultó ser un enfermo impetuoso.

Dante escapó de la casa.

Apagó la pantalla de la computadora, no sin antes cerrar las carpetas donde estuvo fisgoneando. Metió su netbook en la mochila y aprovechó que todos estaban distraídos en otra dimensión para salir de la casa sin ser importunado. No estaba en condiciones de excusar su marcha.

Gonzalo, drogado pero estable, vio como Dante abandonó la casa como si fuera un ladrón arrepentido intentando escapar sin ser visto. Lo notó horrorizado y nervioso. Creyó que había hecho algo malo en la habitación, como romper algo sin querer, y se fue para zafar de la culpa. Para disipar dudas, fue hasta la habitación y buscó algo rompible y valioso. Todo estaba en orden. Cuando vio la pantalla de la computadora le bajó la presión. El arrepentimiento le dio una patada en la boca del estómago por no borrar los archivos WinRAR cuando tuvo la oportunidad, o, mínimo, esforzarse un poco más en ocultarlos lejos de la vista de los curiosos. No pudo evitar vomitar por la nueva carga en la conciencia.

Horror. Dante no supo que pensar, qué hacer con lo que descubrió. ¿Ir a la policía? Si se equivocaba iba a arruinar la vida de Gonzalo, en el pueblo los rumores son peores que el hecho en sí. Como excusa se dijo que no debía caer en el submundo de los prejuicios y mal interpretar la situación. Gonzalo pudo meterse a la «dark net» por mera curiosidad, como lo fue en su caso, y los archivos que tenía escondidos los descargó sin saber con conciencia que albergaban. Buscó y rebuscó una razón para no incriminar a Gonzalo. No deseaba difamar su imagen. Dante le mostró un video ultra caótico y este no hizo ningún escándalo, comportamiento que este debía adoptar antes de dejarse llevar por lo que la conciencia dictaminaba.

«¡Tengo que contárselo a alguien!», necesitaba desahogar las novedades. Solo había una persona a la que recurrir en un momento como ese. Aylén, claro está.

La llamó. Para su buena fortuna atendió rápido. Eran las tres y algo de la madrugada.

— ¿Qué pasó? — fue lo primero que dijo Aylén, extrañada por la llamada a esa hora.

Las llamadas casuales no eran la costumbre del adolescente común. Si alguien llamaba sin previo aviso era solo por una urgencia.

— ¿Estás ocupada? — los nervios lo hicieron hablar entrecortado, como si estuviera ahogado.

— Estoy acostada. ¿Estás bien?

— Si, todo bien — respondió antes de hiperventilar —. ¿Es mucho si te pido que hablemos?

— Ya estamos hablando.

— En persona — aclaró Dante.

Aylén accedió a la petición. Entonces fue hasta la casa de ella. Tardó unos quince minutos en llegar. No encontró la forma adecuada de contarle lo que descubrió. Debía improvisar en el momento.

Frente a la casa de Aylén hay un descampado arbolado, un bosque en miniatura, que funciona como bulevar. El barrio era caracterizado por esos bulevares inspirados en parques y su envidiable tranquilidad. Llegó a destino y la vio a ella sentada en la vereda con el celular en la mano. Su mirada risueña lo enterneció. Aylén, antes de la llamada de Dante, estaba leyendo un libro de Isabel Allende.

— ¡Hasta que llegaste! — gritó cuando Dante se acercó.

Dante tendió la mano y la ayudó a ponerse de pie. Ella lo recibió con un cálido y reconfortante abrazo. Él, acostumbrado a la constante violencia por parte de Aylén, esa muestra de afecto lo dejó perplejo.

— ¿Comiste mucha torta? — preguntó Dante apoyando las manos en su tierna cintura.

— ¡Obvio! — bostezó —. Robé un pedazo para que pruebes. — separaron los cuerpos con incomodidad, el calor los inquietó.

— ¿Si te creo me voy a llevar una desilusión?

— Ya vengo, la voy a buscar — dijo esta, volviendo al interior de la casa, moviendo la cabeza como si estuviera escuchando jazz.

— No, no hace falta — quiso detenerla.

— De paso me pongo una campera o algo, tengo frío.

En ese momento notó el frío. La mente lo tenía ensimismado en asuntos mayores. Abrió la mochila y sacó un buzo bordó. La olió para verificar que no emanara olores extraños. Estaba empapado en perfume y lo hizo toser. Se lo puso, la fragancia de Antonio Banderas embelesa cualquier fosa nasal. Esperó en silencio, mirando al cielo emancipado de la contaminación lumínica con el deseo de ver una estrella fugaz.

— ¿Estás buscando OVNIS? — preguntó Aylén al salir de su casa con un plato grande en la mano y abrigada con una campera roja —. ¿O estás rezando?

— Estoy intentando ver alguna estrella fugaz — respondió dedicándole miradas despectivas.

— ¿Cuántas has visto?

— Solo una.

— ¿Una? El cielo te odia.

— Y me acaba de decir que «el cielo me odia» — fue un piropo espontáneo.

Ella se sonrojó. Apretó los labios, miró al suelo y se acercó sin decir nada.

— ¿Soy una estrella fugaz? — deseó seguir recibiendo afecto.

— Solo de noche, que es cuando brillas — jóvenes, nada más que decir.

Aylén reía cuando Dante comenzó con un discurso informático de que los seres humanos son polvo de estrellas. Le contó en términos elementales sobre las «supernovas» y la consecuente creación de los metales que son parte del organismo humano.

— Puedes compartir la torta conmigo, no me ofende — dijo Dante al verla saboreando bocados de la torta que lo hizo salivar.

— ¡Uh! Si, perdón. Es que hablas tanto que me olvidé — dio un último bocado y le entregó el alimento.

— No seas egoísta o te saldrán ampollas en los pies — hizo una actuación formidable de una persona hambrienta.

— ¿Ampollas en los pies? — intentó encontrarle sentido a una frase sin sentido alguno.

Dante devoró la porción de torta en un santiamén. Estuvo deliciosa, exquisita.

— ¿No tenés otra porción para convidarme? — preguntó saboreando los últimos restos.

— Era el único pedazo — dijo Aylén, triste —. Debiste saborearlo más, disfrutarlo más.

Los problemas de Dante perdieron importancia estando en presencia de ella. Quien transmite paz a su paso debe ser admirado por el resto

— Perdón — fingió tristeza —. Es que en casa no me alimentan.

— ¿Que no te alimentan? — gritó —. Esta panza — dijo tocándole los rollos — no es la de alguien que pasa hambre. Esta panza es la de alguien sobrealimentado.

Ella y sus bromas.

El celular de Dante comenzó a vibrar. Lo estaban llamando.

— ¿Quién es? — inquirió Aylén al notar los nervios resplandecientes de su visitante.

— ¡Gonzalo! — se puso de pie, inquieto y temeroso por lo que podría suceder.

— ¿Y por qué tienes ese estado de pánico? ¿Qué sucede? — también se puso de pie, contagiada por él.

Dante buscó una manera rápida y concisa de contarle la experiencia que tuvo.

— Vengo de su casa — dijo con la voz temblorosa, entrecortando las palabras —. Arregló mi computadora. Estuvimos pasando el rato con sus amigos. Fui a su habitación y vi lo que oculta en su computadora. Tiene videos ilegales. Cuando escapé de la casa me di cuenta que solo apagué la pantalla. Debe haber descubierto que alguien estuvo husmeando sus cosas y por eso ahora me está llamando.

Fue incoherente. Por suerte Aylén entendió lo que estaba intentando decirle.

— ¿Gonzalo es un perverso? — se horrorizó —. Es lo que intentas decir, ¿no?

— Es lo que vi. Juro por quien sea que es lo que vi.

Aylén insultó por lo bajo.

— ¿No pensabas contármelo?

— Si, por eso estoy acá.

— Atiéndelo — intentó tranquilizarlo —. Quizás estás exagerando y hay una explicación lógica para lo que seas que hayas visto.

— No, no creo que exista una explicación razonable para lo que vi...

— Vos le mostraste un video de contenido ilegal en la escuela. ¿Qué tiene de eso de razonable?

La mente le quedó en blanco.

— Estás exagerando — insistió en ese punto —. Atende y escuchemos que tiene para decir. — actuó como una buena madre que intenta guiar a su hijo por un camino libre de maldad.

Atendió y lo puso en altavoz. No dijo nada, no le salió decir nada.

— ¿Dante? — preguntó Gonzalo, bastante afligido, con un nudo en la garganta.

— ¿Sí?

— ¿Por qué te fuiste?

— Tuve que irme.

— Debiste despedirte, creímos que... — se detuvo ante una inminente mentira —. Escucha... — estaba dubitativo —. ¿Estuviste usando mi computadora? — le dolió hacer la pregunta, y lo notó en el tono de voz.

Antes de responder miró a Aylén. Enarcó las cejas, apuntándole que sea sincero para poder resolver el inconveniente y extirpar malas interpretaciones.

— Si — contestó Dante.

— ¿Qué tanto viste?

— Más de lo que me hubiera gustado ver. — no fue necesario entrar en detalles.

Escuchó que Gonzalo le dio unos golpes a algo sólido, además de insultar por lo bajo. Lo agobió un estado de rabia que era necesario desahogar.

— No es lo que crees — dijo, tajante.

Aylén miraba con intensidad a Dante, atenta a todo.

«¿Qué es lo que creo?», se preguntó Dante. «Entiendo, creo que eres un enfermo.»

— Supongo que me merezco una buena explicación — replicó con vehemencia y sin perder la poca amigabilidad que le quedaba.

— ¿Dónde estás? — preguntó algo alterado.

— Tranquilo, no se lo voy a contar a nadie — contestó mientras Aylén esbozaba una sonrisa de complicidad.

— No puedo contarte demasiado — comenzó diciendo con notable temor —, es un asunto bastante jodido. ¿Recuerdas que mencionaste algo sobre internautas que cazan pedófilos? Bueno, yo soy uno de esos cazadores.

— Si, recuerdo algo. También comentaste que no tiene sentido hacerlo por motivos que resultan ser razonables.

Aylén seguía sin apartarle la mirada.

— ¿Me creerías si te confesara que en nuestro tranquilo y amado pueblo hay una organización que crea y consume «ese» tipo de contenido explícito? — Gonzalo no tuvo otra opción más que revelar el porqué de sus actos.

Ambos, Aylén y Dante, quedaron anonadados.

— ¿Y vos como sabes eso? — el recelo es un gran escudo contra la doliente y cruda verdad.

— Aún no puedo confirmarlo, pero es lo que creo. Necesito tiempo.

Todo resultó ser un viaje a la dimensión de lo espectacular, lo inhóspito y las grotescas casualidades. Pasaron de ver videos misteriosos en internet a sospechar de una supuesta organización criminal local dedicada a la pedofilia. La realidad asusta más que la ficción.

— ¿Tiempo para qué? — inquirió Dante.

— Para meterlos preso.

— ¿De dónde sacaste la idea de que en nuestro amado pueblo existe una organización como esa?

— Fue mera casualidad.

— Explícate mejor. Necesito saberlo todo. Ya es tarde para ocultar lo que sea que quieras ocultar. No después de haber visto eso que tienes en la computadora. Entiendo si entraste en la dark net y descargaste unos videos solo por curiosidad, para estar a la moda, pero lo que tienes sugiere que sos un consumidor empedernido. ¡Está mal! — estaba fastidiado —. ¡Muy mal! Por tu bien deberías ir a un psicólogo o algo.

— Lo dice quien llevó videos ilegales a la escuela para mostrárselo a la mitad de sus compañeros... — adoptó una postura defensiva.

El intento de hacer sentir culpable a Dante no sirvió.

— Si, lo hice. Pero no es lo mismo. Yo no oculté nada y tampoco sabía bien lo que hacía. En cambio, vos sos consciente de lo que estás haciendo, además de ocultar cientos de videos prohibidos por la ley.

A Aylén todo le resultó hilarante. Maldita y morbosa mujer.

— Los videos que viste pertenecen a los supuestos pedófilos de nuestro pueblo — confesó Gonzalo con vehemencia, yendo directo al grano.

Las expresiones faciales de Dante desnudaron lo perturbado que quedó. Aylén abrió grande los ojos y por fin su extraña y extravagante diversión finalizó.

— ¿Supuestos?

— Si, supuestos — hizo una pausa. Lo escucharon respirar, buscando las palabras adecuadas.

La reticencia de Gonzalo por confesar sus secretos era razonable, en su lugar cualquiera hubiera tomado la misma postura.

— No respondiste como es que por «mera casualidad» se te ocurrió la idea de que hay toda una organización de pedófilos dando vuelta entre nuestra preciosa comunidad. — Dante no quiso quedarse con la duda.

— Ah, cierto. — las pausas de Gonzalo eran cada vez más extensas —. ¿Te parece si nos juntamos en la tarde? Ahora estoy algo drogado para contarte todo con detalles certeros.

— ¡Maldición! Al menos dime algo.

— Fui maldecido por una tierna e inofensiva mariposa — dijo en retrospectiva, deseando cambiar un hecho en particular.

A Dante le retumbó la cabeza. Al parecer había personas arrogantes y egocéntricas que se creían intocables e inimputables al usar un símbolo que, gracias a la información brindada por el FBI, era el estigma del pedófilo moderno. Los hijos del poder a nada le temen.

Recordó la calcomanía de la mariposa que vio pegada en la puerta del cine y en el lapicero del padre de Aylén, cuya profesión era la de médico pediatra.

— ¿Una mariposa? — se hizo el desentendido.

— Si, y me pasó por revisar algo que no es mío. — lo atacó Gonzalo con sutileza.

— Créeme, conozco muy bien esa sensación.

— Mañana ven a mi casa y hablamos mejor. De paso nos tomamos el vino que trajiste.

Dante guardó silencio. Quedó ensimismado con el estigma de la «mariposa».

— Solo te pido una cosa, y lo hago como amigo — dijo con la voz sensible —. No le cuentes a nadie sobre esto, sería bastante egoísta hacerlo. Y lamento, de verdad lo digo, que ya seas parte de todo este asunto.

— ¿Ser parte de qué?

— Mañana, ven mañana después de la siesta y te exonero de toda duda.

— Allí estaré.

Dante y Aylén hablaron sobre el asunto. Fueron bastante redundantes. Pero la paz y despreocupación ayudaron a calmar las ansias, que ya estaban por despellejarlos, sobre todo a Dante.

— Ahora que lo pienso mejor — dijo Dante cuando ya estaban por terminar la velada bajo la luz de la luna —, lamento haberte metido en lo que sea que estemos metido.

— ¿Perdón? ¿Yo metida en sus asuntos?

— Creí que ibas a involucrarte para continuar con este drama.

— ¿Cómo se te ocurrió eso?

— Sabes demasiado — contestó con aire amenazante.

— Tienes razón, creo que debería ir a la policía y confesar todo — ella siguió la corriente.

— No serviría de nada, apuesto a que la policía protege a los pedófilos.

— El dinero impone la ley y el orden, no me sorprendería.

— Y si Gonzalo tiene razón, sobre la existencia de la misteriosa organización que tiene como estigma una mariposa, da por hecho que quienes forman parte de ese grupo son personas con poder y dinero. Lo trillado, lo de siempre

— ¿Secuestrarán niños? — preguntó Aylén sin inmutarse ante una idea escalofriante.

— Es una triste posibilidad. Sin embargo, por ahora nadie ha denunciado a ningún niño desaparecido. Algo así alarmaría a toda la comunidad — divagaron sin perder el sentido común.

— Podrían controlar los medios de comunicación locales.

— Si, podrían. Pero existen las redes sociales. Si difunden sandeces, el secuestro o desaparición de un niño tendría una trascendencia estrepitosa.

— Entonces podríamos deducir que son un grupo de personas que se juntan a ver contenido ilegal como si de un partido de fútbol se tratara.

Ella empezó a bostezar.

— Espero nunca descubrirlo — dijo Dante, afligido —. Supondría cargar con una mochila muy pesada.

— En caso de que lo descubras, podrían matarte — comentó, tranquila como el agua de una laguna.

Empezó a reír de los nervios. No fue una idea descabellada.

— Si llego a descubrirlo, entonces me harían un favor.

Aylén esbozó una sonrisa hermosa.

— Estás juntándote mucho conmigo — dijo refiriéndose al incipiente cinismo que se adueñaba de la existencia de él —. O yo estoy juntándome mucho con vos.

— ¿Acaso existe alguna diferencia?

Los bostezos de Aylén eran cada vez más prolongados. Dante le estaba robando tiempo de sueño. Vio la hora de marcharse a su cálido hogar e intentar dormir en paz.

— ¿Mañana vas a ir a la casa de Gonzalo? — preguntó cuando estaban por despedirse.

— Seguramente lo haga.

Se dieron un abrazo.

— ¡Cuídate, Dante! — dijo.

El cuerpo de la dama temblaba por el frío de la noche.

— ¿Mañana estás ocupada? — preguntó Dante.

— No sabría decírtelo. Cualquier cosa te aviso.

Continuaron el abrazo en silencio, disfrutando a más no poder. Tuvieron una despedida incomoda, sus labios se acercaron, pero nunca llegaron a tocarse el uno con el otro.

Dante se fue. Volteó una vez y la vio a ella en la puerta de su casa observando la marcha. Se quedó hasta perderlo de vista. Era una persona tierna, de las que son difícil de encontrar.

«Mariposa. Mariposa. Mariposa». Se obsesionó con la palabra y su significado. Necesitaba averiguarlo todo. Maldita sea la obsesión y la curiosidad.

Aylén, yendo hacia la habitación para dormir, vio el lapicero de su padre sobre la mesa de la cocina. «¿Una mariposa?», recordó como Gonzalo y Dante se exaltaron al mencionar esa pequeña e inocente criatura. La calcomanía de la mariposa la dejó pensativa. Buscó en el celular los símbolos que usan los pedófilos para sacarse la duda. La calcomanía era diferente al símbolo que caracteriza a los pedófilos, no obstante, ambas coincidieron con los colores azul y rosa. Fue una pequeña coincidencia, pero nada preocupante. Apoyó la cabeza sobre la almohada y se olvidó de las mariposas.

Adelantaremos el tiempo y olvidaremos por un momento la monotonía que sugiere la existencia. A Dante, el encuentro con Gonzalo lo tenía exhausto, no pudo dormir en toda la noche pensando en todo lo que podría suceder. Llegó a imaginar que encontraría una habitación secreta con niños en cautiverio y que todos le decían “papá” a Gonzalo. Perturbador, claro está. Mientras tanto, Gonzalo atravesaba una lucha en la conciencia. Las cosas iban a ir más allá de lo que había planeado.

El día estaba muy soleado. Era un domingo apacible y apagado. Dante caminando hasta la casa de Gonzalo. Ambos se sentían fatal, sin ser capaces de digerir la comida. «Eso te pasa por andar emborrachándote con tus amigos.», reprochó la madre de Dante en el almuerzo. En casos así, los caramelos son una bendición. Cuando llegó a destino un arduo recelo se apoderó de él. «¿Por qué hago esto?», se preguntó intentando hallar el sentido a las decisiones inmundas que iba tomando. Como dicen: «Si ya estamos en la pista, tenemos que bailar».

Tocó el timbre.

Justo al lado de la puerta, si ser rigurosos, perpendicular a la puerta, estaba la habitación de Gonzalo. Cuando corrió las cortinas para ver quien osaba por interrumpir su domingo de paz absoluta, la mirada de ambos se encontró y transmitieron una intensidad estrepitosa. La adrenalina corrió por sus venas. Gonzalo llegó a la puerta. La perilla de la puerta se movió un poco, tuvo una lucha interna para abrir esa puerta. Lo hizo, no tuvo otra opción, Dante no pensaba irse sin una explicación.

El saludo que se dieron fue pobre, una simple adema de cabeza. La voz y las palabras se inhibieron ante la pesadumbre de tan emotivo encuentro.

Dante pasó y vio el desorden de la casa, vestigios de una juntada excéntrica.

— ¿Se drogaron mucho? — Dante empezó a romper el hielo.

— Un poco — contestó con esfuerzo.

— ¿Y tu familia?

— No te preocupes, tengo tiempo de sobra para poner todo en orden.

Indicó que lo acompañara a su habitación. Dante caminó detrás de él sin perderlo de vista. «¿Estaría dispuesto a golpearme y desfigurarme con una raqueta de tenis?», se preguntó. Gonzalo era un amante, no un luchador, nada por lo que temer.

— ¿Recuerdas a Belén? — preguntó Gonzalo cuando llegaron a la habitación, cuyo ambiente era sofocante, caluroso y sucio. Ropa por todos lados, olor a tabaco y cualquier clase de químico nocivo para la salud.

Negó con la cabeza. Belén le era un nombre ajeno.

— La de rulos. — aclaró.

Claro, la hermosa joven de ojos color avellanas con rulos hermosos y sonrisa angelical que lo hizo dudar sobre su acrecentado enamoramiento hacia Aylén, la misma joven que lo decepcionó cuando la vio esnifar polvo blanco.

— La recuerdo — dijo —. ¿Por?

— Anoche estuvo preguntando mucho por vos.

— ¿Qué preguntaba?

— Nada, solo quería saber quién eras. Creo que le gustaste. Es linda, además de ser exageradamente simpática.

— Te creo. Me miraba mucho. Nos miramos mucho.

Dante se sentó en la silla de escritorio y Gonzalo se tiró en la cama, mostrando una despreocupación escandalosa.

— Es una lástima que sea una drogadicta. Es una pena, un gran desperdicio — agregó Dante.

— Si, sin duda no es de tu tipo. Podrías ser su salvador — entendí de inmediato lo que insinuaba.

— Podría — dijo pensando en un futuro lleno de felicidad junto a la tal Belén.

El silencio los aturdió. Todo indicio de amistad quedó oculto en una oscuridad inescrutable.

— Te la puedo presentar — dijo, intentando cortar la incomodidad del momento.

Todo era mera diplomacia, cuyo propósito es imprescindible antes de tratar asuntos mayores.

— Ya te comprometiste — lo miró fijo a los ojos. No vio nada más que indiferencia. Quizá los efectos de los estupefacientes aun no lo habían abandonado, o, tal vez, ya había perdido la moral, como le paso a Robert Oppenheimer y a cualquiera que haya ayudado a crear una tecnología que derivó en un arma genocida.

Se acomodó y se sentó a una orilla de la cama.

— Mucha chachara innecesaria — empezó diciendo —. Escucha, lamento, de verdad, que hayas visto lo que viste. Y no, no soy un enfermo ni nada por el estilo. Solo intento buscar justicia en todo esto. — la amargura en su expresión fue real y explícita.

— Ve directo al grano. Nada de discursos innecesarios y aburridos.

La reticencia lo tenía de los pelos.

— Escucha, Dante, no es tan sencillo explicarlo. Implica más de lo que crees. Es mucho para cualquier persona.

— Si no me cuentas en detalles todo lo que, al parecer, te ajetrea la existencia, viviré la vida creyendo que sos un perverso inmundo.

Cuando de imagen personal se trata, siempre optaremos por limpiarla.

Se puso de pie y fue hasta el mueble donde guarda la ropa. Buscó algo en uno de los cajones y, cuando lo encontró, volvió a sentarse en la cama.

— Este maldito pendrive — dijo, mostrándole el pequeño objeto que en la actualidad es irasciblemente imprescindible y que cada persona del mundo debe tener en su poder —. Los videos que viste los encontré en este pendrive.

— Vaya coincidencia — dijo Dante con tono cortante, incrédulo — ¿Y cómo terminaron los videos en ese pendrive?

— Me robé el pendrive — contestó con una sonrisa amarga dibujada.

¿Gonzalo era ladrón? Solo un poco.

— En la escuela — agregó, de pronto el ambiente se volvió tétrico, sombrío —. Fui al técnico informático de la escuela con unos amigos y me lo robé.

Fue sincero, pero el recelo de Dante hacia él era fuerte.

Dante mantuvo la boca cerrada.

— La vi en una cajita que estaba en el escritorio donde trabaja el técnico y decidí expropiar el objeto sin ninguna indemnización a cambio, o sea que lo expropié a medias.

— Lo robaste — replicó Dante, terminando con las excusas que romantizan la delincuencia —. ¿Dices que el pendrive donde encontraste los videos es del técnico de la escuela?

— ¿De quién más si no?

«Le creo. No le creo. Le creo. No le creo. No puedo creerle. Es un mentiroso. Si le creo». La encrucijada mental fue hastiante para Dante.

— Alguien que se lo haya olvidado, por ejemplo. Me es imposible imaginar cómo pudo ser tan negligente en dejar un pendrive a la vista teniendo en cuenta el tipo de contenido que albergaba — el técnico informático de la escuela era alguien prudente, responsable y riguroso.

A Gonzalo no le desagradó la idea.

— Y si el pendrive es del técnico, sin duda estaría paranoico y con un comportamiento errático — un detalle importante estaba a la deriva —. ¿Cuándo robaste el pendrive?

Hizo memoria.

— Hace más de un mes, creo. — respondió Gonzalo.

— ¿Has notado un cambio en su personalidad? Porque yo voy casi siempre al técnico y no he notado nada fuera de lugar. — el técnico informático de la escuela era un buen amigo de Dante, casi siempre iba a saludarlo y a conversar con él, por eso la idea de que estuvo tratando con un maniático lo alteró un poco.

— No, la verdad es que ha estado tranquilo — dijo —. ¿Entonces podemos suponer que ese pendrive es de alguien más, alguien que se le olvidó?

El foco de las ideas encendió sobre la cabeza de Dante.

— ¿Dices que lo robaste de una caja? — Gonzalo asintió —. ¿Será la caja que el técnico usa para los objetos perdidos?

Gonzalo se encogió de hombros, dejando en claro su desentendimiento.

— Si ese es el caso, ¿habrá escrutado el contenido del pendrive? — preguntó Dante pensando en las probabilidades.

— Depende de lo curioso que sea el técnico.

El sentimiento anarquista del técnico y su odio irascible hacia las grandes corporaciones eran sus virtudes contagiosas. Siempre intentaba persuadir a los estudiantes que dejaran de usar Windows y optaran por usar Linux. «Es gratis y tendrán privacidad», solía decir.

— Es informático — empezó diciendo Dante —, seguramente conoce muy bien la dark net.

Pensaron un largo rato. La situación los superó.

— Si, puede que el pendrive sea del técnico — dijo Gonzalo, pensando en cómo descubrirlo.

— ¿Nos quedaremos con la duda u optaremos por la acción? — preguntó Dante al verlo ensañarse con sus pensamientos —. Somos jóvenes y estúpidos, motivo suficiente para hacer cosas incoherentes e irrazonables. Además, ya es tarde para hacerse el tonto y vivir los días como si nada sucediera.

— Creo que hay mucho por descubrir.

— Decir lo obvio no nos ayuda.

— Respondiendo a tu pregunta, propongo que enfrentemos al técnico de una vez y nos saquemos todas las dudas.

Le atemorizaba la idea de que el técnico fuese el enfermo anónimo.

— ¿Dónde y cuándo?

— ¿Dónde? En la escuela, es más seguro. ¿Cuándo? Cuanto antes, mejor.

Un cálido pensamiento hizo sonreír a Dante.

— En caso de que no sea él, podríamos reclutarlo para lo que sea que pretendamos hacer. Con sus conocimientos llegaríamos lejos.

Gonzalo tuvo un ataque de júbilo. Abrió los ojos y frunció los labios.

— O podrían matarnos, tenlo muy en cuenta.

— ¿Podrían?

— Insisto en que hay toda una organización detrás de todo este pequeño asunto — la palabra «pequeño» fue muy controversial, más por el énfasis con el que lo dijo.

«Claro, la maldita mariposa.», se dijo Dante a sí mismo.

— Oye, Dante — desconfió de lo que estaba por preguntar —. ¿Les has comentado esto a alguien? A Elías o a Aylén, tal vez.

Negó con la cabeza.

— Recomendando que seas discreto. Y ten mucho cuidado con contarle algo a Aylén, el padre es pediatra...

No fue necesario que aclarara la insinuación.

— ¿Sospechas del padre de Aylén? — Dante supo de inmediato que aún no le contaban todo lo que sabía.

Dudó en responder.

— Poco. La única prueba que tengo es una tonta pegatina de una mariposa azul y rosa pegada en la puerta de su consultorio.

El símbolo de la mariposa cae en la conciencia de todo aquel que ha visto lo peor del internet.

— Bastante explícito, ¿no?

— Puede ser solo una coincidencia.

— Teniendo en cuenta que se especializa en niños, es una coincidencia bastante trágica. Y si, también pensé lo mismo cuando vi una calcomanía de una mariposa en un lapicero que le pertenece. — dijo Dante acariciándose la sien.

Gonzalo se interesó bastante en esas palabras.

— ¿Dónde más viste una mariposa?

Dudó en confesárselo, ya que aún no terminaba de sospechar en él. No podía dejarse engañar y flaquear ante lo real.

— En el cine — respondió Dante con el tono de un susurro.

Esbozó una sonrisa de incredulidad.

— Al parecer hemos caminado por el mismo camino — dijo —. También vi la calcomanía pegaba en la puerta del cine.

— Puede ser otra mala coincidencia. Es solo una mariposa, quizás no significa nada. Teniendo en cuenta que el significado de la mariposa en el submundo ya fue expuesto, es dudoso que los pedófilos lo sigan usando. Sería bastante estúpido hacerlo. Y si te soy sincero, lo de que existe una organización de pedófilos en nuestro pueblo me parece muy ficticio y conspiranoico. — Dante cogió el pendrive y lo alzó como prueba contundente —. Es un pendrive cualquiera y puede pertenecer a cualquiera. Por ejemplo, a un estudiante que entró por curiosidad a la dark net para buscar un video popular entre los internautas.

Gonzalo estaba inquieto, intentando decirle algo sin ser tan chocante. Buscando las palabras indicadas.

— Te mentí con que no sé de quién es el pendrive.

Era obvio que habría mentiras en sus declaraciones. Cualquiera en su posición haría lo mismo.

Dante guardó silencio y prestó atención para escuchar el nombre del dueño del pendrive.

— Es del profesor Florenzi.

Dante quedó anonadado. Martin Florenzi era un profesor conocido en la institución. En el aspecto físico, era un hombre treintañero alto, esbelto, morocho, canoso y alguien arruinado por el tabaco. Sus dientes eran amarillo como el azufre, y su aliento era fuerte y nauseabundo. Era alguien serio, silencioso y tranquilo, al menos era como se mostraba en público. Sin embargo, a pesar de su máscara, era una persona que provocaba incomodidad y hacía dudar sobre el estado de su cordura. Tenía una mirada opaca que no era agradable, la cual era acentuada por unas oscuras ojeras. Era un hombre extraño, de dudosa moral, y por eso Dante creyó ciegamente en Gonzalo.

— ¿Seguro?

— Bastante seguro. El pendrive tenía su nombre. Igual ya está formateado, eliminé las pruebas.

No quiso confesar que vio videos y fotos del profesor Florenzi abusando de una pobre niña, y mucho menos que aún tenía acceso a los archivos.

— No importa, me esforzaré para creerte. El profesor Florenzi siempre le pareció alguien... raro.

Gonzalo tragó saliva. Los secretos luchaban por salir de una vez por todas.

— ¿Quieres saber que encontré además de los archivos WinRAR? — preguntó para después no sentirse mal por revelar un detalle que ajetea la cordura de todo ser pensante.

Dante hizo una mueca como diciendo: «Lo vas a hacer de todas formas».

— Había una carpeta descriptada con varias fotos «familiares» — sus ojos y tono de voz les dieron horror a las palabras. La insinuación fue escabrosa y tétrica.

Dante se preparó para recibir el batacazo.

— La mayoría eran de la hija del profesor — continuó diciendo, casi indiferente por la horrible tragedia. La vitalidad se emancipó de él.

La cordura de Gonzalo quedó hecha añicos. Cargar en soledad con algo como eso lo dejó, sin dudas, deprimido. Por suerte para él ya nunca volvería a estar solo. Dante cayó desde el cielo para salvarlo de un cataclismo sin piedad, o, todo lo contrario, para ayudarlo a desear su perdición.

Dante quedó perplejo. «¿Fotos? Vamos, todos los padres tienen fotos de sus hijos.» Una parte quería escuchar la aclaración si inhibiciones, y la otra, la consciente, mantenerlo en el desentendimiento. La añorada “felicidad” no es para los curiosos.

— ¿Fotos y videos del profesor? — preguntó Dante. Conocía la respuesta, no obstante, quiso asegurarlo.

— Si, fotos y videos muy explícitos. — fue reticente a dar detalles.

— ¿Qué tan explícitos?

Gonzalo pensó varios segundos en como apaciguar la gravedad de los detalles. Intentó ser empático con Dante y a la vez se acobardó ante la cruda verdad.

— Digamos que — empezó diciendo, aún con la duda picándole la lengua — no solo es su amada hija... — Dante hizo un ademán para animarlo a seguir —. Su pequeña hija también es su... amante.

No es necesario dar detalles al respecto.

Gonzalo robó el pendrive del profesor cuando fue con sus amigos a la sala del técnico para ir a molestar y divertirse un rato. Uno de sus amigos lo retó a que robara algo. Vio en una cajita varios pendrives, objeto que es fácil de perder, y varias cadenas y pulseras. Como el técnico era alguien con ojos rápidos, aprovechó que sus amigos lo tenían distraído y estiró la mano con la velocidad de una serpiente que ataca y sacó un pendrive y un dije del ojo de Horus.

Salió victorioso. Uno de los amigos de él insistió que le regalara el pendrive porque el que tenía lo perdió y aclaró que necesitaba uno. Decidió dejárselo, claro está.

Cuando estuvo en la comodidad del hogar, conectó el pendrive en la computadora con la intención de formatearlo. La intriga fue fuerte y no pudo evitar husmear el contenido del pendrive, más cuando descubrió quien era el antiguo dueño. Esperó encontrarse con futuros exámenes a tomar, prácticos resueltos o fotos del profesor para hacerlas memes.

Las acciones tienen fuertes consecuencias.

Idearon como acrecentarle los nervios al profesor Florenzi, además de conspirar para arruinar su nefasta existencia. No podían ir a la policía porque Gonzalo eliminó la evidencia, la supuesta carpeta con fotos familiares. Eso es lo que le dio a entender a Dante. Solo tenían los videos de los archivos WinRAR, y eso era suficiente para auto incriminarlos por portación de contenido ilegal. La justicia es muy caprichosa.

Gonzalo fue quien propuso que el pendrive debía volver con su dueño. Eran jóvenes y estúpidos, pero, a veces, inteligentes. «Hola profesor, ¿Cómo se encuentra? Tengo su pendrive. Me gustó lo que vi. ¿De casualidad no tendrá más contenido para compartir?», es obvio que no hicieron eso. Lo que debían hacer, lo que Gonzalo debía hacer, era devolver el pendrive de donde lo sustrajo. El técnico no debía enterarse de nada. Era ir, dejarlo en la caja y huir. Lo siguiente era seguir los posibles pasos erróneos del profesor Florenzi, quien ama demasiado y ciegamente a su hija. Debían ver y estudiar la reacción del profesor. Este mismo estaba con el credo de que perdió el pendrive en algún rincón de su cálido y amoroso hogar, en el vehículo o en un descampado donde nunca nadie pudiera encontrarlo, manteniéndolo tranquilo, sin temor a fuertes imprevistos. Sin duda recuperar el pendrive, que fue formateado, lo espantaría y le pondría los pelos de punta. Un ataque cardiaco hubiera sido oportuno para todos.

Sin dudas, fue un lunes interesante.

— ¿Estás listo? — le preguntó Dante a Gonzalo en la escuela cuando se encontraron en el primer recreo de la tarde.

Él estaba tranquilo e interesado.

— ¿Has visto al profesor? — preguntó.

— No lo he visto. Igual lo vamos a ver en la última hora. — ese día el profesor Florenzi les daba clases.

— ¿Crees que se orinará en los pantalones?

— Espero que le dé hemorroides — respondió Dante.

La mirada de Gonzalo era la de un niño malicioso. La sonrisa era maliciosa.

— ¿Qué hiciste? — inquirió Dante.

— No te iba a contar, pero da igual — respondió con una emoción extraña —. Le cambié el nombre al pendrive.

Dante hizo una mueca de reprimenda.

— «Vimos todo.» — agregó Gonzalo —. Ese es el nuevo nombre del pendrive.

A ambos les pareció buena idea, no obstante, Dante creía que debían ser más sutiles.

— ¿No te parece muy provocador?

— Debemos hacerle la vida imposible. Y cuando la paranoia lo domine, cometerá errores y encontraremos las pruebas suficientes para que lo encierren de por vida.

Las ideas nunca dejaron de presentarse.

— ¿Y si hacemos una denuncia anónima donde les advertimos que sospechamos que el profesor abusa de su hija? Con una denuncia así, las autoridades irían a verificar y se encontrarían con una niña muy frágil. Investigarán y encontrarán las pruebas suficientes para encerrarlo. Y si no encuentran nada, el susto que le dejará la visita de la policía no lo dejará dormir hasta que decida suicidarse o entregarse a las autoridades.

Gonzalo no quedó convencido.

— Confías demasiado en las autoridades. Pero podríamos intentarlo. Quizás nos escuchen. Y si piden nombre, bueno, inventaremos alguno. De todas formas, primero hagamos lo que planeamos primero.

Para fortuna de ambos, un grupo de jóvenes entró en la sala de informática y se infiltramos con ellos. Saludaron al técnico, quien estaba arreglando las computadoras que le llevaban los estudiantes y profesores. Siempre contaba algún que otro chiste y conversaba como si fuera uno más de ellos. Amigable como pocos. Gonzalo fue rápido y devolvió el pendrive a la cajita azul, cuyo eslogan era; «objetos desaparecidos». Salieron de inmediato. Solo nos quedaba esperar que el objeto perdido volviera a las manos del profesor Florenzi. El juego había comenzado.

En la última hora de la jornada escolar, el profesor Florenzi entró al aula a dictar su aburrida clase sobre molinos y trituradoras que se usan en la industria de la minería. El color amarillo podrido de los dientes le resaltaba más de lo normal, estaba atravesando tiempos complicados. Tenía las ojeras más oscuras, el pelo sucio y grasoso, barba de varios días y las uñas mugrientas.

«¿Habrás recuperado el pendrive?», la duda los carcomía.

Dante, como siempre, estaba sentado junto a Elías. Gonzalo estaba detrás. Se dedicaron miradas de complicidad. Aylén los observaba, como si intentase descubrir en que andaban metidos. Dante no le comentó las novedades y estaba intrigada. La evitaron durante todo el día, sobre todo Dante, que no podía permitir que quedara amarrada con ellos en algo cuya magnitud desconocían.

El profesor tomó asistencia y empezó a dar la clase. Nada fuera de lo normal. La terrible elocuencia y el poco placer por la profesión de siempre. Pasaron los minutos, decenas de minutos, y el profesor seguía de pie realizando su correspondiente trabajo. Dibujó una trituradora de mandíbula y señaló sus partes. Explicó su funcionamiento y describió las características. Nada interesante.

La puerta del aula estaba abierta para mejorar la ventilación de la habitación. Antes de que tocara el timbre del último recreo, el técnico de informática, cuando se estaba yendo a su casa, vio al profesor Florenzi y se acercó al aula.

— ¡Nito! — saludó el profesor Florenzi.

Al técnico, de unos casi treinta años de edad, le decían «Nito» por su gran parecido al músico argentino que formó parte de Sui Generis, «Nito Mestre».

— ¡Señor Florenzi! — saludó Nito con su labia y energía característica.

Gonzalo y Dante se miraron con una emoción estrepitosa. El técnico le estaba por devolver el pendrive.

— Encontré su pendrive — continuó diciendo el técnico mientras sacaba de uno de sus bolsillos del pantalón un pequeño objeto —. Por arte de magia apareció en la caja de «objetos perdidos». — sin dar demasiadas explicaciones le entregó el pendrive al profesor y se marchó.

El profesor congeló sus expresiones. Tuvo escalofríos debido al pánico. La mirada que puso indicó que se perdió en otra realidad. Quedó perdido en el pensamiento de que su era cuestión de tiempo que entrara un policía y lo arrestara. Luego de unos minutos volvió en sí, guardó el pendrive en un bolsillo del pantalón y, para sorpresa de los jóvenes que conocían su secreto, siguió dando la clase con la normalidad de siempre. Era un hombre frío. Era alguien difícil de intimidar para hacerlo flaquear y que cometa errores.

Tocó el timbre del último recreo.

Todos salieron y el profesor Florenzi se quedó dentro del aula, solo. Los alumnos debían formar para arriar la bandera y despedirnos de los directivos, quienes a veces aprovechaban el momento para dar anuncios importantes.

Algunos alumnos volvieron al aula y Dante se sumó a ellos. Fue a buscar dinero para comprar un alfajor. Entró al aula y vio al profesor Florenzi sentado en el escritorio, acariciándose las sienes con fuerza, con la mirada perdida y la netbook encendida. El pendrive estaba insertado en uno de los puertos USB. Dante lo observó sin disimular para escrutar cada uno de sus gestos. Sus miradas se encontraron. Dante la apartó de inmediato, afligido continuó buscando el dinero dentro de la mochila para disimular el interés. Lo encontró y salió sin dirigirle la mirada. El terror lo invadió. Temió que el profesor lo pusiera en la lista de supuestos sospechosos.

El profesor Florenzi no sospechó de ningún estudiante. Conjeturó que uno de sus colegas, otros profesores, vio el contenido del pendrive y ahora lo estaba hostigando con la intención de arruinarle la vida. No pensaba mostrarse débil y darse por vencido. Ante las implicaciones, se propuso buscar y encontrar al comediante cuando antes para silenciarlo. Si caía él, caían otros. Si bien ostentaba cierta inimputabilidad gracias a sus buenos contactos, no quiso arriesgarse a quedar expuesto.

Dante vio a Gonzalo en el patio y le indicó con un ademán que se acercara a él.

— Ya vio el pendrive — contó.

— ¿Seguro?

— Si, entré al aula y lo vi con la netbook encendida y el pendrive conectado.

Lejos de emocionarse, se vio contagiado por los nervios de Dante.

— ¿Y? — pidió más detalles.

— Creo que se estuvo por orinar en los pantalones — dijo —. Lo vi a los ojos y me dio miedo. La intensidad... su... no sé, su oscuridad.

— Está asustado y eso es bueno — comenzó a pensar.

— ¿Y si decide investigar y descubre que fuimos nosotros? — la paranoia empezó a ganarle terreno en la conciencia.

Gonzalo siguió pensando.

— Deberíamos olvidarnos de todo esto — continuó diciendo Dante —. Podríamos terminar muy mal. Su mirada era fría, no dudaría en hacernos daño.

— Nos mataría sin siquiera pestañar.

— Gracias, saber eso me ayuda a calmarme — fue sarcástico —. ¿Y ahora qué sigue? Pensó en la respuesta.

— Esperar.

— ¿Esperar qué?

— Aun no lo sé, pero lo sabremos. — Gonzalo optó por la magia de la casualidad y la espontaneidad.

Aylén surgió de la nada y se acercó a ellos.

— ¿Me van a contar en qué andan metidos? — preguntó con los brazos cruzados y los labios fruncidos. Parecido al gesto de una madre enfadada.

Gonzalo le dirigió una mirada de interrogación que le hizo sentir culpable.

— Por ahora no — respondió —. Aún no sabemos en qué estamos metido.

— Ay, Dante, te conozco como si fuera tu madre — dijo Aylén después de un largo suspiro —. ¡Quiero ayudar!

Gonzalo decidió intervenir. Le encendió la lámpara de las ideas

— ¿Estás segura? — le preguntó —. Créeme que esto es peor que los libros de terror que te gusta leer, y mucho más porque es la realidad. Además, no hay vuelta atrás. Yo, en tu lugar, daría la vuelta y continuaría caminando sin preocupaciones, algo que te recomiendo que hagas — hizo una pausa para dramatizar —. Es verdad que por ahora no sabemos en qué nos hemos metido, pero creo que nos superará.

Ambos pensaron en el padre de Aylén, el pediatra y su inocente lapicero con el logo de una mariposa o la famosa pegatina de la mariposa en el consultorio. ¿Y si su padre resultaba ser un asqueroso pedófilo? Detestaron desde un principio que ella quisiera involucrarse, y detestaron más aún el hecho de que lo permitieron.

— ¿Tiene que ver con la Deep Web? — inquirió ella —. Tranquilos, ya he visto todo lo que nadie debería ver.

«Vimos.», quiso corregir Dante, pero se abstuvo.

— Lo que te mostró Dante es solo la punta del iceberg — dijo Gonzalo.

— Lo digo porque he entrado. Y lamento admitir que tienes razón cuando dices que Dante solo me mostró la “punta del iceberg”. — fue su manera de aclarar que vio barbaries que incitan a que uno quiera arrancarse los ojos.

Hubo silencio.

— Si ambos están juntos, supongo que al final no eres un perverso — continuó diciendo Aylén, dirigiéndose hacia Gonzalo.

Gonzalo enarcó las cejas, sorprendido y perturbado por la tétrica insinuación de su querida amiga. Sin embargo, Gonzalo se mantuvo galante, no se exaltó y se lo tomó con humor.

— Hasta donde yo sé aún no lo soy — dijo con tono de gracia.

— Exacto, siempre hay que dejar lugar a la duda — Aylén empezó a reír —. Pero si llega a pasar, quiero que me des el placer de ser yo quien te denuncie para que te metan preso.

— Trato hecho — declaró Gonzalo.

La situación sensibilizó a Dante y no pudo enfatizar con el sentido de humor de sus queridos amigos.

— ¿Tienes hermanos o primos que sean niños? — preguntó Aylén sin inhibirse. Grotesca como pocas.

— Dicen que con los primos se empieza — respondió Gonzalo.

Fue un chiste tan negro, tétrico y escandaloso, que rieron por nervios y no por lo gracioso.

— ¡Ya, no sean tan inmaduros! — exclamó Dante entre risas.

— ¿Inmaduros nosotros? — Aylén se preparó para atacarlo —. Vos, querido Dante, sos la persona más inmadura que conozco.

— Soy el amor de tu vida, lo sé — dijo para hacerla callar.

Mirándose por unos largos segundos, esperaron que alguno cambiara el tema de conversación o dijera algo al respecto.

— Bueno, me voy con mis amigas — indicó Aylén, rindiéndose ante su intento de sonsacar información, pero de alguna manera sugirieron que ella podría formar parte de la pandilla anti pedófilos —. ¡Anden con cuidado! Espero que no los apuñalen. — radiante como siempre, se alejó de ellos.

La acosaron con la mirada hasta que salió del rango de visión.

— ¿Qué le contaste? — inquirió Gonzalo con una seriedad que nunca mostró.

Como no supo que responder, optó por la verdad.

— Le conté que encontré videos ilegales en tu computadora — tuvo que explayar la respuesta —. Esa noche, mientras ustedes se drogaban, me fui hasta la casa de Aylén porque fue lo primero que se me pasó por la cabeza y, claro está, le conté el porqué de mis notables nervios.

— Si, entiendo — dijo —. No quiero que se involucre en todo esto porque...

— Por su padre — interrumpió Dante.

Asintió.

— Como dijo Aylén, debemos dejar lugar a la duda. Quizás es una persona normal y un buen profesional. — Gonzalo mintió por conveniencia.

— O quizás todo lo contrario. Y lo único que tenemos como prueba es la pegatina de una maldita mariposa. En otras palabras, no tenemos nada aparte de conjeturas debido a nuestro estado de paranoia.

Sonó el timbre para hacerlos entrar a la ultima hora de clases.

— La clase se volverá muy interesante — dijo Gonzalo cuando emprendieron el camino de vuelta.

Esperaron sentados al profesor Florenzi por casi diez minutos. La ausencia prolongada de este los dejó pasmado, siempre era puntual con los horarios. Las cosas del profesor estaban sobre el escritorio, señal de que iba a volver para continuar con la clase. No obstante, los estudiantes se tomaron su ausencia como una prolongación del recreo. Se dispersaron por el aula y el bullicio se presentó. Así es la vida de una comunidad social cuando la voz de autoridad se ausenta.

— ¿A dónde habrá ido? — preguntó Dante a Gonzalo.

— ¿Acaso tengo cara de vidente? — fue sarcástico —. Te aseguro que tendremos hora libre. Sin duda lo hemos espantado.

— ¿Y si vamos a investigar? — sugirió Dante —. Puede que esté hablando con alguien para advertirle sobre lo sucedido — uno se lanza en las conjeturas sin delicadeza o razón —. O, tal vez, decidió suicidarse.

— ¿Y si vuelve cuando nosotros estamos investigando?

— Le decimos que estuvimos en el baño o tratando con algún directivo asuntos estudiantiles. — Dante tenía experiencia en engañar a los profesores cuando sus pasos tomaban direcciones equivocadas.

— Si, olvidé que eres el maestro de las excusas — dijo con una sonrisa dibujada en el rostro —. Vamos, te sigo.

Caminaron sin inhibición hacia la puerta. La cruzaron sin sentir que rompían las reglas establecidas por las personas de autoridad, y dejaron que los pasos lo llevaran a donde quisieran. Sus compañeros empezaron a salir de aula, incentivados por un par de rebeldes sin causa. Algunos se sentaron en el suelo, junto a la puerta de entrada, otros fueron a comprar golosinas y, como objetivo principal, al baño.

Fueron, Gonzalo y Dante, hasta la cocina del establecimiento. Para llegar pasaron frente a los baños y el hedor proveniente del baño masculino casi los voltea al suelo por su pesadez. Orina, olor a cigarrillos, marihuana, excremento, perfumes y lavandina. Una combinación casi mortal. Gonzalo y Dante exageraron el espanto del hedor con arcadas

de asco. Fue divertido porque unas alumnas los vieron y se horrorizaron. Toda posibilidad que pudieron haber tenido para invitarlas a salir se esfumó en un segundo y para siempre.

Hidrataron sus cuerpos a gusto. El agua de canilla es un mundo de sabores extraños que hacen sacudir de placer a las papilas gustativas. A veces el tanque de agua era saborizado por palomas muertas o cualquier otro animal volador. Lo importante es que nunca se perdía el factor sorpresa.

— ¿Vayamos afuera? — dijo Gonzalo, entonando la pregunta como si fuera una indicación sin derecho a réplica —. Tengo ganas de fumar.

— ¿Fumar qué cosa?

— La droga más mortífera del mundo... — hizo un ademán para que Dante adivine cual era esa droga que tanto caos ha provocado, y sigue provocando, en el mundo.

— ¡Tabaco! — fue sencillo.

Para ir al patio exterior tuvieron que pasar frente al aula. El resto de compañeros aun vagaban sin preocupación alguna. El profesor Florenzi no daba señales de vida. Dentro del aula Elías conversaba con Aylén. Ambos reían, sin dudas tenían una conversación delirante, como de costumbre. Al llegar al patio encontraron varios compañeros de clases que tomaban jugo de manzana. Eran jóvenes superficiales, materialistas y pretenciosos. Personas ordinarias. Los evitaron y fueron un rincón rodeado de árboles y pinos, fuera del área de lo permitido, donde, durante los recreos, se juntaban todos los fumadores.

Estaban cerca del lugar cuando olieron el olor característico del tabaco y escucharon una voz conocida. Era el profesor Florenzi hablando con alguien por teléfono mientras fumaba cigarrillos sin considerar su propio estado de salud. Estaba enfadado, nervioso y escandalizado. «¡Tenemos que hacer algo, y rápido!», gritó el profesor cerca del micrófono del teléfono celular. «No, no creo que Nito sea el bromista. Él, sin duda alguna, hubiera ido a la policía sin siquiera dudarlo.»

— ¡Mierda! — exclamó Gonzalo con un susurro.

— Debemos irnos antes de que nos vea — dijo Dante con los nervios de punta.

— Escuchemos un poco más.

Fue lo que hicieron. El profesor Florenzi atravesaba por un remolino de emociones que lo volvieron vulnerable. Oportunidad para que supieran en qué se habían metido.

No escucharon lo suficiente. El profesor balbuceaba y gritaba en intervalos irregulares.

— Si me atrapan a mí, atraparán a todos o a la mayoría, así funciona el efecto dominó. — el profesor tuvo un ataque de rabia —. ¡No! No es una amenaza, es lo que pasará. ¡Debemos hacer algo cuanto antes! Llama a tus contactos y que ellos averigüen quien intenta joderme, o, mejor dicho, jodernos. — hubo una pausa considerable —. Entiendo, fui muy estúpido al perder el pendrive, nunca debería haber pasado. Fue una imprudencia de mi parte. No obstante, le aseguro que no debe haber visto demasiado quien sea el maldito que tuvo mi pendrive. Quizás no vio nada y decidió hacerse el gracioso. Todo estaba encriptado, seguro, bajo llave... Usted no se preocupe, le aseguro que no tienen prueba contra nosotros. De todas formas, deberíamos dejar de contactarnos por un tiempo por si la cosa está más jodida de lo que creemos.

«¿Con quién hablará?», se preguntaron los jóvenes traviesos. Había otra persona involucrada y asociada con el profesor Florenzi. Los pedófilos son como las ratas; si hay una, significa que hay otras escondidas en rincones inhóspitos y a oscuras para no llamar la atención de felinos dispuestos a jugar con ellos para después devorarlos con un gran bocado.

— ¿Un estudiante? — se preguntó el profesor Florenzi ante la sugerencia de su interlocutor —. Lo dudo, pero no lo descarto. El mensaje que dejaron en el pendrive deja en claro que quien lo tuvo vio todo lo que había... si, es verdad, dije que estaba todo encriptado, y no mentí al respecto, pero no es imposible acceder a los archivos.

Gonzalo adoptó un gesto inescrutable, estaba ensimismado en la conversación del profesor. Dante tuvo miedo.

— Esperemos, quizás no es nada, solo un mal entendido. Evitemos la paranoia y veamos como avanzan las cosas. Debemos ser pacientes y prudentes. — dijo el profesor Florenzi, de pronto calmado —. Bien, en un par de días hablaremos. — colgó.

Gonzalo y Dante huyeron del lugar de inmediato con zancadas largas y apresuradas. Fueron sigilosos y no hicieron ruido alguno. Una pared de arbustos y arboles los protegieron del campo de visión del profesor, quien no se percató de los intrusos. Aún estaban a salvo.

Ninguno dijo nada hasta que llegaron al aula, donde se sentaron juntos para conjeturar sobre el oportuno encuentro a ciegas con el profesor Florenzi y la persona sin nombre con voz electrónica, la persona que se encontraba del otro lado del teléfono celular.

— ¿Qué pudiste ver en ese pendrive? — preguntó Dante a Gonzalo.

— ¿Recuerdas que el profesor dijo que todos los archivos estaban encriptados? Es verdad, lo estaban. Pero el profesor metió la pata. También había un archivo de block de notas con la contrasella. Con eso pude ver lo que tanto escondía el profesor. No entiendo como fue tan tonto para hacer eso.

— Supongo que no esperaba perder el pendrive.

— Creo que era un regalo para un buen amigo suyo. En la nota escribió esto: «Espero lo disfrutes tanto como yo».

— Espera ¿Cómo es que tienes la contraseña de los archivos WinRAR que supuestamente sacaste de ese pendrive? — preguntó Dante dudando receloso de las palabras de su querido amigo —. ¿Por qué no eliminaste todo? ¿Por qué conservaste todo?

Gonzalo se tomó el tiempo necesario para pensar en una respuesta con sentido.

— Ya no tengo la contraseña. Cuando descomprimí los archivos solo copié y pegué la contraseña. Lo rápido y fácil. Al ver un poco la mierda que había en ese pendrive pasé todo a la computadora y formateé el pendrive. Fue una reacción espontánea — fue sincero, al menos casi sincero —. El problema es que olvidé pasar la nota con la contraseña.

— Deberías haber eliminado la evidencia — balbuceó —. ¿Hay manera de que recuperes la contraseña? Eres programador, supongo que tienes una idea.

Negó con la cabeza e ignoró la pregunta.

— Jamás me imaginé que ahora estaría cazando pedófilos, caso contrario ahora estaríamos tranquilos. ¿Qué hubieras hecho en mi lugar?

— Eliminar todo y existir como si nada hubiera sucedido.

— Eso mismo pretendía hacer, como he dicho, pero alguien que yo conozco decidió husmear en mi computadora... — fue amable.

— Tal vez el destino así lo quiso — dijo Dante.

— ¿Destino? — arrugó todo el rostro —. De ser otra la ocasión podríamos haber tenido una constructiva discusión sobre lo que es el «destino».

Gonzalo estaba preocupado y asustado.

— ¿Hay algo que quieras contarme? — inquirió Dante percibiendo la reticencia de Gonzalo.

Un gesto en el rostro de Gonzalo evidenció que un detalle importante le carcomía la existencia, y así fue. Dante lo animó para que soltara todo de una vez. Fuera lo que fuese, ya estaban juntos.

— Vi una foto... — las palabras le salían con dificultad —. Vi una foto donde la hija del profesor estaba desnuda y... — miró directo a los ojos de Dante, buscando el valor para sacar todo de una vez —. La hija del profesor estaba en un consultorio médico, lo sé porque conozco como luce un consultorio médico, y estaba desnuda, dándole un beso en la boca al médico que la atendió.

La respuesta era obvia. Dante le indicó con un ademán que continuara con su declaración.

— El padre de Aylén. El médico que salía en la foto era el padre de Aylén. — se le formó un nudo en la garganta.

A Dante el ácido estomacal le ascendió hasta la garganta. Fue una revelación chocante. Se compadeció de Aylén. «¿Acaso ella también sufrió abusos cuando era una niña?», se preguntó desde el silencio de la conciencia. No quiso saber la respuesta, pero era probable. También podría explicar mucho sobre la forma de ser de Aylén; Fría, triste y sin una pizca de optimismo.

— ¿Seguro? — inquirió Dante. Una parte dudaba a favor de Aylén, cuyo infierno le caería encima.

— Tan seguro como que la tierra no es plana. — respondió mirando al cielo como si ya se hubiera rendido en el juego de la vida.

— ¿Y ahora?

— No debemos dejar que Aylén se involucre — dijo con vehemencia.

— Quizás quiere involucrarse por algo... es probable que sepa muchas cosas y por eso quiere ayudarnos.

Fue difícil para ambos cruzar palabras. Era como estar en un velorio e intentar contarle un chiste a una persona que llora al ser querido que partió a una mejor vida. Así de incómodo.

— Si, es probable. — dijo Gonzalo casi resignado —. ¿Crees que ella también fue...

— Ni siquiera lo menciones — atajó Dante. No soportaba la idea de que... bueno, ya saben —. Solo... no, no lo digas. Ya lo dijiste, no debemos involucrarla por nada en el mundo.

De pronto el resto de estudiantes comenzaron a entrar amontonados al aula. Eso significaba una cosa: El profesor estaba de regreso.

La euforia de los estudiantes al salir del establecimiento público siempre fue abrumadora. «¡Libertad! ¡Oh, libertad!». Eso siempre será consecuencia del bajo nivel del sistema educativo, que se encarga en crear un sentimiento de odio por el aprendizaje a cada estudiante.

Siempre salían gritando sandeces entre la joven multitud que se conglomeraban en torno a la gran puerta de salida. Sin embargo, en esa ocasión, Dante y Gonzalo no pudieron dejar de pensar en el arduo silencio del profesor después de volver a clases. No dijo una sola palabra. Entró al aula, se sentó y empezó a corregir los trabajos prácticos que se le iban acumulando, o hizo el intento de hacerlo. No estaba lucido para dar la clase, claro está. Todos aprovecharon la rara actitud del profesor para ponerse al día con los deberes escolares. Dante terminó prácticos que tenía pendiente de varias asignaturas, y todo fue gracias a Elías que le ahorró todo el trabajo de investigación al facilitarle sus prácticos ya corregidos. Hacer aquellos prácticos lo distrajo de sus ajetreados pensamientos. No obstante, de forma inconsciente dirigía la mirada hacia Aylén, y esta respondía con una hermosa y contagiosa sonrisa. Pero cada vez que la veía, pensaba en su padre y la terrible posibilidad de que ella fue una víctima más de las sucias manos de los perversos sexuales. Dante era ateo, pero rogó a dios que no fuera cierto.

En la salida Gonzalo se le acercó desesperado por decirle algo.

— ¿Y ahora qué? — preguntó Dante con desgana. El asunto lo hastió hasta más no poder.

— ¿Haremos el llamado anónimo a la policía para advertirles sobre el pequeño asunto?

— Ahora que lo pienso mejor no tiene mucho sentido. — respondió.

— Al menos debemos intentarlo. Si los policías sos perceptibles, como se supone que deberían ser, el profesor Florenzi no tendría escapatoria. En caso de que la influencia del profesor sea tal que los policías concluyan que todo formó parte de una mala broma, al menos lograremos asustar aún más al profesor.

— También está la posibilidad de que ignoren el aviso y decidan no mover el culo de sus asientos — la incompetencia de las fuerzas de seguridad siempre fue indignante —. ¿Conoces el cuento del pastorcito mentiroso, del que miente diciendo que el lobo está al acecho, pero que cuando el lobo si es una amenaza real nadie le cree? Es lo que creo que vamos a lograr. Llamaremos, probaremos suerte. Puede que vayan y no noten nada raro. Cuando llamemos de nuevo para advertirles, nos ignorarán. Ellos supondrán que se trata de estudiantes aburridos y enojados que quieren mofarse del profesor por dar mucha tarea para la casa, de nuevo.

— Fue idea tuya — repuso Gonzalo, encogiéndose de hombros.

— ¿Esperas que yo decida?

— Fue idea tuya — repitió.

La respuesta fue bastante explícita.

Cuando decidieron, en completo silencio, abandonar el establecimiento, se toparon con el profesor Florenzi. Iba varios metros detrás de ellos hablando por teléfono. Este intentaba apaciguar el tono de voz, pero la irritación era perceptible y no era capaz de detener gritos de rabia que salían desde lo más íntimo de su oscuro corazón palpitante. Iba con paso apresurado, estaba desesperado por llegar a su guarida. Gonzalo y Dante iban despacio, como siempre, y el profesor los adelantó. El hedor característico a tabaco

que este siempre cargaba no les provocó nada. Los miró a los ojos y asintió la cabeza como gesto de saludo de despedida. Imitaron el gesto. «La reunión del jueves debe ser cancelada. No podemos arriesgarnos.», dijo el profesor cuando estuvo delante de ellos. «¿Hablará con el padre de Aylén?». Gonzalo no le quitó la mirada al profesor. Una vez fuera del establecimiento se hicieron los tontos y vieron como el profesor subía a su vehículo y le daba marcha, aun hablando por teléfono.

Obviamente se fueron al parque, la central natural de inteligencia e investigación.

— ¿Qué piensas? — preguntó Gonzalo cuando llegaron al parque.

— ¿Sobre qué?

— ¿Con quién crees que hablaba el profesor?

El hambre no lo dejaba pensar con claridad.

— Con un perverso.

— No puedo dejar de pensar que hablaba con el padre de Aylén. — dijo relamiéndose las heridas.

«¿Cómo me sentiría yo después de ver las fotos que vio Gonzalo?», Dante pronto lo descubriría.

— También tuve ese presentimiento. — dijo Dante dejando en evidencia su preocupación.

— ¿Recuerdas cuando el profesor dijo que «la reunión del jueves debe ser cancelada»?

— Dante asintió —. ¿Qué idea se te viene a la mente?

Dante hizo un gesto de desentendimiento absoluto. Nada le llegaba a la cabeza.

— Con solo pensar que los pedófilos se reúnen ya me da escalofríos — continuó diciendo Gonzalo.

— ¿Se juntarán a hacer orgías con niños? — sin dudas hizo una sugerencia escandalosa y censurable.

Gonzalo frunció el ceño. De no ser por la incipiente sonrisa en su rostro cualquiera hubiera imaginado que estuvo a punto de cerrarle la boca con un golpe a puño cerrado

— La verdad es que no me sorprendería — su expresión fue fría y consternada. Imaginó el supuesto acontecimiento festivo.

Disfrutaron en silencio la naturaleza del parque. El canturreo de los pájaros calma a quien sea. Gonzalo tenía un paquete de galletas y las devoraron en poco tiempo. Fue un momento de resiliencia muy satisfactorio y necesario. Estaban sentados en el pequeño escenario del pequeño anfiteatro.

— Cuidame la bicicleta que voy a ir al baño — dijo Dante con la vejiga a punto de reventar.

— No prometo nada — replicó Gonzalo.

Fue hasta el centro de convenciones, el “cine”. Entró al edificio y fue al baño. Una gran aventura. Cuando salió del centro de convenciones, casi como acto de reflejo, la pegatina de la mariposa le llamó la atención. Una idea fuera de lo razonable le llegó con violencia. «No lo creo, ya sería demasiado.», pensó. Era una idea tan descabellada como lo es la teoría de la tierra hueca.

Vio a Gonzalo haciendo muecas extrañas con el teléfono entre sus manos. Podría significar una cosa, pero en ese momento solo había un motivo.

— ¿Llamaste a la policía? — inquirió Dante fastidiado.

Gonzalo le mandaba audios a su enamorada.

— Aún no. Estoy pensando que decirles.

Dante agradeció la prudencia.

— Creo que deberíamos esperar. — dijo dando un bostezo capaz de absorber mil mosquitos.

— Algo tenemos que hacer.

— Descansar. Eso haremos, descansar.

Sin mediar palabras, emprendieron el camino de regreso hacia sus respectivas casas. Pasaron frente al centro de convenciones, el “cine”, y Dante volvió a clavar los en la pegatina de la mariposa. La idea que tuvo antes le incineró la cordura.

— ¿Has visto la pegatina que está en la puerta del «cine»?

— ¿La de la mariposa?

«¿Cuál otra sino?»

— Esa misma — dijo Dante —. ¿Qué piensas al respecto?

— Es una triste casualidad.

— ¿Seguro?

— Por supuesto que no.

Se detuvieron para conjeturar sobre el significado de una tierna mariposa,

— ¿Siguiere que tiene relación con la pedofilia? — preguntó Gonzalo, intentando, a su vez, responder a su propia pregunta.

— De ser el caso, de que tenga relación con la pedofilia, sería bastante explícito y poco práctico — la mirada de Gonzalo indicó que debía explicar mejor la idea —. Ambos sabemos que el FBI expuso al mundo los símbolos que usan pedófilos para reconocerse entre ellos. Los símbolos salieron en todas las cadenas de noticias, no obstante, no trascendió. Al menos, en mi caso, nunca las vi u oí que lo mencionaran en ninguna parte. De no ser por esto, jamás habría descubierto el significado que puede tener una simple mariposa. Quizás ni los policías de este pueblo saben cuáles son, o eran, los símbolos que utilizan los pedófilos. Al final vivimos en un pueblo tranquilo donde nunca pasa nada. — hizo una breve pausa para acomodar las ideas —. Si los pedófilos de este pueblo usan el símbolo de la mariposa con total libertad, significa que son unos estúpidos que invitan a cualquiera a que los descubran. O, casi con seguridad, se creen impunes. Estoy seguro que en la comunidad que forman el profesor Florenzi y el padre de Aylén, el pediatra, también hay otras personas poderosas e influyentes. — abrió grande los ojos para darle misterio y énfasis a las siguientes palabras —. El jefe de la policía, quizás. O el Intendente. O empresarios con el superpoder de doblegar a la justicia. Comienzo a creer que nos estamos metiendo directo a la jaula de un león hambriento.

— ¿Y te desahogaste?

Asintió dando un fuerte bufido.

— Creo que tienes razón cuando dices que los miembros de esta supuesta comunidad de pervertidos son personas que caminan entre nosotros como almas benevolentes y libre de todo pecado — dijo Gonzalo —, y seguramente tienen cierto “poder”. ¿Son intocables? ¡Para nada! Si sus nombres son expuestos, las personas harán hasta lo imposible para encerrarlos. Puede que tengan tanto poder que se salgan con la suya, pero ya tendrán el nombre manchado. Estas personas y sus familias terminarán siendo marginados sociales, les harán la vida imposible.

No hubo fallas en su lógica.

Dante se aventuró a comentarle la ardua inquietud que tenía sobre la engorrosa pegatina de mariposa en la puerta del “cine”.

— ¿Sabes que pienso sobre esa mariposa? — fue la introducción —. ¿Recuerdas cuando el profesor Florenzi mencionó algo sobre una «reunión del jueves»? — Gonzalo, atento a estas palabras, asintió con aires de confusión —. Es bastante descabellado, pero, al final, todo es ya bastante descabellado. Si, voy directo al grano. — hizo una pausa para dramatizar —. Los jueves cambian la cartelera del cine. O sea, lo jueves el cine cierra. Claro, siempre y cuando no hagan algún evento social. El punto es que los jueves no hay funciones y nadie tiene interés en venir al centro de convenciones. ¿Y si ese mismo día los perversos se reúnen en alguna sala del centro de convenciones a ver películas de interés “general”? O, tal vez, se reúnen en una habitación normal a tomar vino tinto y conversar como personas normales.

La expresión de perplejidad de Gonzalo lo dijo todo. No era una idea descabellada, era una posibilidad.

— ¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! — exclamó sonrosado por el impacto de la sugerencia —. ¿Pero en el cine? ¿Por qué en el cine? ¿Por qué tan expuestos? Podrían reunirse en la finca de algún ricachón, lejos de los curiosos. ¿Pero en el cine? Dios, esto me supera.

— Supera a cualquiera.

— ¿Y ahora qué hacemos? — inquirió.

— Ya te lo dije, descansar — lo último lo dijeron al mismo tiempo.

— Mejor, me siento suturado — dijo Gonzalo sin cambiar la expresión de perplejidad. Solo deseaban poder dormir bien.

Dante, dispuesto a dormirse, vio la netbook sobre un mueble y tuvo la necesidad de encenderla y pasar el rato.

La prendió. El inicio fue diferente, extraño. «Claro, si le instaló otro sistema operativo.», recordó arrepentido por haber accedido a la recomendación de Gonzalo. Lo peor fue que no recordó el nombre de usuario y mucho menos la contraseña. Intentó de forma reiterada y no logró nada. De haber sido tiempos normales, lo primero que hubiera hecho era, sin lugar a dudas, darle golpes a la netbook, para después insultar a Gonzalo por mensajes de texto por haberle cambiado el sistema operativo. Pudo intentar recordar la contraseña y el nombre de usuario, ya que la mente necesita tiempo, pero, como había dicho Gonzalo, estaba «saturado». Tarde o temprano la recordaría, como siempre sucedía, asique se durmió sin complicaciones.

Alrededor de las tres de la madrugada, un mal sueño lo despertó. Soñó con el profesor Florenzi y el padre de Aylén, el pediatra. Ellos, junto a otras personas desconocidas, todas con traje y corbata, estaban en la sala del cine viendo videos ilegales, sin miedo a nada ni nadie. La parte del sueño que tuvo la fuerza de despertarlo fue cuando todas estas personas de traje y corbata entraban a una habitación oscura, lugar que usaban para llevar a cabo orgías con menores de edad. «Dante, ven conmigo. Disfruta de la velada.», le dijo al oído, casi como un susurro, una voz femenina que lo llevaba al interior de la habitación oscura. Los hombres de traje y corbata observaron mientras Dante caminaba hacia el umbral de las fechorías. No eran rostros humanos, más bien parecían espectros de rostros pálidos y dientes amarillos, sin narices y calvos. «Ya estamos cerca. Haz feliz a estos hombres y obtendrás una recompensa.», dijo la voz femenina que lo guiaba hacia la habitación justo antes de entrar en ella. Al voltearse hacia esa voz quedó anonadado y algo traumatizado. Era Aylén. Llevaba un mini vestido erótico color rojo, mucho maquillaje y estaba calva. Ante el impacto de esa imagen, ingresó corriendo a la habitación oscura. No veía nada e iba tropezando con objetos extraños pero duros. Chocó contra una pared y cayó al suelo. Una luz brillante iluminó la habitación de paredes blancas, techo blanco y suelo blanco sin muebles u objetos contundentes. Los objetos con los que tropezó desaparecieron, al menos fue lo que su conciencia quiso creer. Los objetos con los que tropezó eran en realidad infantes que se cruzaban en el camino. No pudo evitar gritar como un animal salvaje que está a punto de morir cuando vio a los espectros vestidos con traje y corbata siendo seducidos por infantes calvos vestidos con ropa erótica. Lo peor fue ver a Aylén, super calva, dándole un beso en la boca al profesor Florenzi mientras su padre, el pediatra, les tomaba fotos para el recuerdo.

Fue una pesadilla que tranquilamente pudo hacerlo orinar encima

Fue a orinar al baño y preparó un café para calentar la garganta. Cuando lo terminó se dio cuenta que cuando uno quiere conciliar el sueño el café no es la bebida recomendada. «¿Niños calvos?», se preguntó. Fue una pesadilla, y nada tiene sentido. Son hechos abstractos con millones de interpretaciones. Cogió el teléfono celular para ver videos en YouTube. Entró en WhatsApp y dio en el chat que tenía con Gonzalo. «En línea». Gonzalo tampoco pudo dormir aquella noche, ni siquiera lo intentó. Prefirió quedarse despierto jugando con la computadora. «¿Tuviste una pesadilla?», le escribió Dante. No recibió respuesta alguna a pesar de que aparecía «en línea». Volvió a la cama y conectó los auriculares al teléfono celular para ver algo o escuchar música. La idea era cansar la

vista hasta bostezar y así dormir de una vez. En pocas horas debía levantarse, en la madrugada, para ir a la escuela.

Recibió un audio de Gonzalo.

— No he tenido ninguna pesadilla — dijo con un notable bostezo —, aún no me he podido dormir. Lo intenté, pero nada. Ahora estoy jugando al WOW (World of Warcraft). No respondió. No supe que responder y lo ignoró.

Escuchó música clásica para calmar las turbias aguas de la imaginación y así poder conciliar el sueño sin tanto sufrimiento y calor corporal. Frédéric Chopin siempre es una buena opción. Mientras sonaba «Nocturne Op. 9 No. 2», los ojos se le iban cerrando lentamente, pero la cabeza se encargó de arruinar los planes. Volvió a una parte de la pesadilla, donde Aylén le daba un beso al profesor Florenzi mientras su propio padre fotografiaba el momento. La irascible inquietud que surgió antes volvió con mayor fuerza. «¿Aylén sufrió abusos cuando era niña?». Vio con buenos ojos arreglar la pregunta. «¿Aylén sufre abusos en la actualidad?». Tuvo que plantear la posibilidad de preguntárselo cara a cara. Con solo pensarlo le daba terror.

«No creo, el pediatra puede ser un verdadero hijo de puta, pero no creo que haya abusado de su propia hija.», conversó con él mismo. «Pero el profesor Florenzi lastima a su propia hija, mismo profesor que al parecer tiene una linda amistad con el padre de Aylén.», mientras más conjeturaba, más miedo le daba todo el asunto. «No, si Aylén sufrió abusos en su infancia ahora el pediatra estaría preso.», le faltó considerar el factor de manipulación psicológica y las graves amenazas para que mantuviera la boca cerrada.

«¿Habrán grabado videos de ella?», sintió fuertes escalofríos.

— ¿Debo confiar en Gonzalo? — preguntó en voz alta.

Dante iba por el camino que Gonzalo marcaba a su paso. Él fue el que encontró las supuestas fotos donde el profesor Florenzi abusa de su propia hija. Este le creyó ciegamente por la terrible reacción del profesor. Luego surgió la barbarie de que el padre de Aylén apareció en las fotos y videos. No había pruebas tangibles, solo estaba el testimonio de Gonzalo, quien no quería mostrarle la evidencia por su bien.

Gonzalo jamás habría eliminado pruebas tan contundentes. Las escondió muy bien, o cas bien, en algún rincón del basto mundo de la informática. Pudo decir la verdad cuando dijo que perdió la contraseña, el acceso a los archivos, pero el impacto fue tan fuerte que lo pensó dos veces y empezó a dudar. Sin embargo, cabía la posibilidad de que aún tuviera bajo su poder la contraseña, y de ser el caso, ¿Qué estaría esperando? Por suerte no tardó demasiado tiempo en averiguarlo.

Sonó el despertador. Se vistió y fue a la escuela sin antes desayunar. Subió a la bicicleta y comenzó el viaje. Casi lo choca una moto porque no Dante paró según la indicación de una señal de tráfico. Los de la moto lo insultaron, pero le dio igual. En un semáforo pasó en rojo, y de nuevo unos vehículos le tocaron bocina. No se preocupen, en un pueblo no hay demasiado tráfico. No obstante, día a día arriesgaba la vida por un poco de adrenalina para llegar despierto a la escuela.

Llegó tarde y vio a Aylén sentada sola. Se sentó con ella sin antes buscar otras opciones. Fue espontaneo. Ella se sorprendió y no pudo evitar sonreír.

— ¿Otra vez tarde? — la profesora de Química ya se había acostumbrada a las tardanzas de Dante, aun así, siempre hacia un comentario al respecto.

— Soy perseverante como pocos — con aquella profe tuvo la confianza de hacer pequeñas bromas cuando se presentaba la oportunidad.

— Lo importante es que llegaste — dijo con una sonrisa afable.

Todos los alumnos del aula estaban nerviosos.

¡La evaluación! Lo había olvidado por completo, la cabeza estaba concentrada en otro mundo.

— ¿Estudiaste? — inquirió Aylén.

— ¿Tengo cara de que estudié?

— Tienes cara de que tuviste una pesadilla que no te dejó dormir.

No se miró al espejo antes de salir, pero no fue necesario adivinar que cargaba con ojeras y ojos rojos. Ah, y con mal aliento. Olvidó cepillarse los dientes, como casi todas las mañanas.

«La pesadilla». Observó a Aylén y su basta cabellera rubia. Ni de cerca se parecía a la Aylén calva que apareció en el sueño.

— ¿Estoy despeinada? — preguntó.

Dante quedó ensimismado en el cabello de ella y la puso incomoda.

— Si, un poco — respondió para mostrarse normal, sin preocupaciones —. Tienes un cabello hermoso, ¿lo sabías?

— Obvio, lo noto cada vez que me miro al espejo.

La hermosa sonrisa e implacable personalidad de ella, extirparon, por un momento, la incipiente conjetura de que pudo sufrir abusos sexuales cuando era una niña.

— ¿Soñaste conmigo? — preguntó con curiosidad.

«¿Acaso lee mi mente?», pensó Dante, escandalizándose.

— Obvio, por eso no pude dormir. Tuve una pesadilla horrenda — galán como pocos.

— ¿Sueños húmedos? — levantó una ceja para darle vehemencia a la picardía.

Dante adoptó la seriedad de un policía cuando pone una multa de tránsito.

— ¿Qué? — preguntó al ver la expresión picara de Aylén —. Soñé que eras calva.

Ella se acarició la cabellera, extrañada e intrigada.

— ¿Pelona?

— Si, pelona como un anciano de sesenta años — aclaró.

— ¿Qué más soñaste?

«Nada, solo había hombres con traje abusando de niños.», no hubiera sido una respuesta inteligente, por más que ella estuviera acostumbrada al terrible sentido de humor de Dante.

— Solo me acuerdo que eras calva y ya. — fue reticente y ella, por suerte, no presionó. Caso contrario pudo sonsacarle información explícita.

La mirada picara de ella le dio entender que supuso que en la pesadilla que tuvo, él hacía cosas de “adultos” con ella. Los famosos sueños húmedos.

— Yo también tuve una pesadilla — dijo con su suave voz —. Vos, querido Dante, estabas en la pesadilla.

Es obvio que desaprobó el examen. Aylén logró desorientarlo por completo.

— ¿Cómo te fue? — preguntó Elías cuando se reunieron en el recreo.

— Estoy considerando volverme terraplanista — respondió Dante, indiferente.

— ¿Tan mal te fue?

No tuvo que responder. En cambio, le preguntó lo mismo.

— Me fue bien. Tengo mis dudas, pero creo que voy a aprobar — respondió con seguridad.

— Deberías pedir una beca para irte a una escuela mejor — comentó Dante.

— ¿Una beca? No tienen dinero ni para comprar un espejo para el baño — dijo con cierto resentimiento.

Era una escuela pública, bastante linda, pero con muchos desperfectos. El baño para personas con pene era un desastre. Años tras años solo empeoraba. Los directivos han de decir: «Si me voy a volver a acostar, ¿por qué debería tender la cama?». En el caso en cuestión: «Si van a seguir rompiendo todo, ¿para qué vamos a arreglar el baño?».

— Deberíamos vender droga por internet — dijo Dante desde el inconsciente.

— En este país la única forma de crecer es siendo delincuente.

— No te ensañes con mi amada Argentina, la mayoría de las naciones funcionan así.

Tuvieron una tonta charla sobre política tiránica, pero no la tomaron en serio. Deliraron sobre las teorías de conspiración sobre el nuevo orden mundial y los illuminatis. Nada relevante.

Dante fue al baño, y al salir se encontró con Gonzalo en el quiosco. Formó con él.

— ¿Te acuerdas el nombre de usuario y contraseña que le puse a lo que me instalaste? — no se explicó bien —. Lo del sistema operativo. — aclaró.

— ¿Y por qué debería acordarme? Eso es cosa tuya.

— No me acuerdo. Sé que seguro puse cosas tontas y fáciles, pero no me acuerdo. Igual quiero que me instales Windows siete. El que usan todos.

Lo miró casi desilusionado.

— ¿Seguro? Aun no has probado Linux.

— Es que no me acuerdo el usuario — repitió.

— ¿Trajiste la netbook?

La fila del quisco se apretujaba cada vez más.

— No la traje. ¿Sabes recuperar o cambiar la contraseña?

Solo asintió. Se apresuró en comprarse un alfajor Guaymallén triple. Salieron del amontonamiento de alumnos frente al quiosco y volvieron a clases.

— Esta tarde traé la netbook y te ayudo a solucionar el problema. — indicó Gonzalo.

Dante estaba algo distraído. Lo escuchó y a la vez no lo escuchó. Como han de recordar, fue a la escuela con pocas horas de sueño encima. Es difícil prestar atención en esas condiciones. De pronto se vio regresando al hogar para dormir media hora, bañarse, comer y volver de nuevo a la escuela. No tenía intenciones de regresar, y tuvo que idear

un plan para quedarse en casa y dormir sin limitaciones. En necesario escuchar lo que quiere el cuerpo.

— ¿No vas a ir a la escuela? — preguntó la madre de Dante al verlo acostado, listo para dormir —. ¿Entras más tarde o no hay clases?

Dante estaba medio dormido.

— Entro tarde — respondió con la boca pegada a la almohada y sin abrir los ojos.

— ¿A qué hora?

— Cuando suene la alarma — estando medio dormido es difícil mentir bien.

— ¿Y a qué hora suena la alarma? — insistió.

Las madres necesitan saberlo todo.

— Cuando se escuche la música de la alarma.

Por suerte dejó de hacer preguntas y pudo disfrutar del silencio de la tarde. Él era buen estudiante, por ende, no había porqué preocuparse.

Durmió como un cachorro. Lo necesitaba, lo merecía.

Despertó casi a las cinco de la tarde. No había nadie en la casa, y él tampoco debía estar. Guardó el guardapolvo gris en la mochila, buscó dinero y se fue. Si vamos a mentir, debemos asegurarnos de hacerlo bien. Obvio que no fue a la escuela, solo un idiota lo haría. Debía hacer tiempo. Pensó en ir al parque, tirarse en el césped y dormir hasta que sonara la campana que avisa el fin de la jornada escolar para sumarse a los alumnos. En cambio, las ruedas de la bicicleta todo terreno lo llevaron al ciber, al “pingüinito”. Con los juegos de videos el tiempo es frágil.

Llegó y encontró a muchos conocidos. La mayoría se olvidó de ir a la escuela. Unos tenían puesto el guardapolvo de su correspondiente institución, y uniformes formales. Otros prefirieron pasar desapercibidos y meter todo en la mochila, como hizo Dante. Pagó para jugar dos horas.

Se unió a la gran batalla que llevaban a cabo en el Call of duty. Gritos, insultos, ataque de nervios, furia, risa y aturdimiento. Terminó agotado. Salió a respirar y a despabilarse. Le quedaban quince minutos, y pensaba pagar una hora más. Volvió y encontró a unos de los niños carroñeros (los que van sin dinero y se dedican a hablar, mirar o aprovechar los últimos minutos de los jugadores que se van antes de tiempo) sentado frente a la computadora que estaba usando. La guerra vuelve violento a la persona, y culpa del juego se vio con la necesidad de darle una bofetada al niño carroñero. El niño, casi adolescente, calló al suelo y se fue sin decir nada. Ya estaban acostumbrado a las golpizas. Sus hogares han de haber sido una odisea. Ante la falta de afecto y la constante violencia en el hogar, muchos de estos jóvenes solían robar dinero para poder, en el mejor de los casos, jugar a sus juegos favoritos y escapar de la realidad que les ha tocado vivir. A su manera los juegos de video salvan vidas, es una alternativa milagrosa a las drogas sintéticas.

Dante pagó una hora más, aún no estaba satisfecho.

Media hora después el ciber se llenó de jóvenes ansiosos por jugar a su juego favorito.

— ¿Dante? — dijo alguien.

Este se dio vuelta y vio a Gonzalo con cara de feliz cumpleaños.

— ¿Qué haces acá? — preguntó entre risas —. ¿Por qué no fuiste a la escuela?

No reaccionó, el cerebro estaba saturado, echando humo.

— ¿Estuviste toda la tarde jugando? — cambio la cara de feliz cumpleaños para adoptar la expresión de alguien anonadado.

— Solo un par de horas — respondió Dante.

— ¿Desde qué hora?

— Ya no me acuerdo.

Gonzalo exageró la risa.

— Desde la cinco de la tarde — respondió al fin para limpiar su nombre.

Gonzalo se alivió.

— Mejor entonces. ¿Por qué no fuiste a la escuela?

Es hastiante cuando se está tranquilo y hacen preguntas sin cesar.

— Preferí dormir una siesta. Anoche no dormí bien e hice lo que el cuerpo pidió.

— Igual no te perdiste de nada — dijo con indiferencia —. Lo único interesante fue que el profesor Florenzi se ausentó a clases, por ende, tuvimos hora libre. Y como vamos a la escuela para aprender, no te preocupes, hoy no hemos aprendido nada, solo cumplimos las horas de presencialidad.

— Fueron para cumplir con el servicio comunitario.

— Parecido, la diferencia es que al menos en el servicio comunitario se hace algo — replicó.

Dante prefirió abandonar mi casi media hora de ciber. Buscó al joven que antes recibió una cachetada de él y le avisó que podía ocupar el resto del tiempo que quedaba. Esa fue su disculpa.

— ¿Te vas? — preguntó Gonzalo cuando lo vio salir del ciber improvisado dentro de un garaje.

«¡Nunca dejarán de preguntar obviedades, dios!», es fácil fastidiarse.

— Siempre y cuando el dueño del lugar no me secuestre — el sarcasmo de los dioses.

Se fue antes de que lo sedujeran para quedarse a jugar un par de horas más. No estaba en sus planes convulsionar por jugar desenfrenadamente a los juegos de videos.

«¿El profesor Florenzi no fue a la escuela?»

Volvió a entrar.

— No tengo idea — respondió Gonzalo cuando le preguntaron el motivo de la ausencia del profesor —. Capaz está tan asustado que le dio diarrea.

El joven al que Dante le regaló el tiempo restante, gritó enojado porque no querían invitarlo a jugar al Call of duty. Nadie desea jugar con un ser irritante.

— Creo que es el momento adecuado para llamar a la policía, ¿no?

Gonzalo no estaba tan seguro.

— No llames a nadie cuando el lobo no está.

— No es para que lo atrapen.

— ¿Entonces?

— Es para asustarlo más de lo que ya está.

Gonzalo abrió grande los ojos y asintió.

— Veamos que sucede — dijo, y a continuación prescindió del servicio por el que pagó y le devolvieron el dinero sin hacer escándalo alguno. Gonzalo era un cliente fiel.

Salieron y se sentaron en uno de los extremos de la calle, donde rara vez pasaba un vehículo. Era un barrio tranquilo.

— ¿Qué les decimos? — preguntó Gonzalo con el celular en la mano.

— No sé, díles que sospechas que el profesor abusa de su hija.

— ¿Y si preguntan cómo es que llegué a esa sospecha?

— Les dices que viste a la hija del profesor y la notaste afligida con notables moretones.

Gonzalo no quedó convencido.

— ¿Crees que es suficiente para que vayan hasta su casa a verificar si es cierto lo que decimos?

— Puedes decirles que la hija del profesor te contó entre lágrimas que su propio padre la lastima. Una verdad a medias. Y si preguntan quién eres, le dices que prefieres mantenerte en el anonimato. En caso de que insistan en que des nombre y apellido, inventas alguno.

Sin mediar más palabras, Gonzalo marcó en el celular el número de emergencias.

— ¡Espera! — lo detuvo Dante —. Pon el numero en privado. Caso contrario quedaremos expuestos.

— Cierto, contacto «desconocido». — le pareció una obviedad que pasó por alto.

Llegó la hora. Gonzalo se mostraba tranquilo y Dante estaba con los pelos de punta.

Puso la llamada en altavoz.

La operadora atendió y dijo sus palabras mágicas. «Hola, emergencias. ¿En qué podemos ayudar?».

— Llamo para denunciar un caso de abuso sexual hacia un infante — dijo Gonzalo con extrema seriedad. En ningún momento le flaqueó la voz.

La oficial que atendió escuchó en silencio. Era un asunto serio, fuera de lo ordinario y lo esperable.

— ¿Quién es el infante que sufre...? — no fue capaz de decirlo. Ella tenía hijos y sobrinos a quienes amaba y no pudo evitar pensar en ellos. La pedofilia sensibiliza y espanta sin condolencias.

— Es la hija del profesor Martin Florenzi — aclaró Gonzalo tomando grandes bocanadas de aire. El agujero se hacía cada vez más grande —. Y Martin Florenzi es el agresor. Abusa de su hija. — evitó cualquier referencia a lo sexual. Se afligió sin poder evitarlo.

Escucharon la respiración rasposa de la persona del otro lado de la comunicación, quien procesaba la información.

— Es una acusación muy seria. ¿Tiene pruebas? — el recelo es parte de nosotros. El único culpable es la naturaleza humana.

— La hija del profesor Florenzi es la prueba.

— ¿Quién es el denunciante?

— Prefiero no decirlo. Quiero quedar al margen de este asunto, pero no tan al margen como para no hacer la denuncia. Hay una niña que está sufriendo y necesita ayuda. Lo único que puedo hacer es avisar a las autoridades, y espero que ustedes hagan su parte. — levantó la voz, sin ser grosero, para darle vehemencia y credibilidad a la denuncia.

Hubo silencio por unos segundos. La incertidumbre fue abismal.

— De acuerdo — dijo —. Enviaré una patrulla a casa del profesor Florenzi para corroborar la denuncia.

«Si no lo hacen son unos incompetentes.», pensó Dante.

Gonzalo alargó la conversación.

— ¿Lo arrestarán? — preguntó.

— Antes debemos tener pruebas.

— ¡Tienen que arrestarlo y registrar su hogar! — se exaltó —. ¿O para hacerlo necesitan que viole a su hija frente a ustedes?

Fueron palabras crudas y sinceras.

— Haremos todo lo posible — aseguró la operadora, para después despedirse según el protocolo.

Gonzalo golpeó el celular contra el suelo.

— ¿Y ahora? — inquirió Dante para descubrir el origen de la rabieta.

— Nada — dijo volviendo en sí —. Necesitan pruebas para hacer algo, y no las tenemos. ¿Qué harán? Van a ir a la casa del profesor, van a pedir ver a su hija, supongo, y harán un par de preguntas. Los policías no verán nada extraño y el profesor descubrirá que fueron por una denuncia anónima y los convencerá que se trató de una mala broma. Como ya hemos previsto.

— Espero que los policías sean intuitivos — el optimismo siempre ayuda.

— Ves muchas películas, Dante — dijo —. Estos policías de educación tienen poca y nada. En esta parte del mundo los que se hacen policías es porque no les quedó otra opción. El camino fácil. Así que no esperes demasiado.

Dante recordó la reacción compungida de la oficial que los atendió. Le faltó profesionalidad.

— ¿Sabes dónde vive el profesor? — preguntó Dante.

— ¿Qué tienes en mente?

— Estoy seguro que sabes la respuesta.

Cayó la noche

Fueron hasta la casa del profesor Florenzi, que para sorpresa de Dante no quedaba muy lejos de la suya. Se posicionaron a varias casas de distancia para no ser vistos, esperando nada en realidad.

— ¿Ya habrán venido? — preguntó Dante refiriéndose a la policía.

Estaban sentados a orillas de una acequia sin agua. Nadie, inclusive el profesor, sospecharía de ellos, en los barrios es normal ver a adolescentes sentados en puentes, sobre acequias, en la misma vereda, charlando y tomando bebidas con alcohol o sin alcohol.

— Esperemos media hora y lo sabremos.

Dante tuvo que cargar a Gonzalo en la bici y pedalear rápido hasta la casa del profesor Florenzi. Lo bueno es que tenía un estado físico envidiable.

— ¡Tengo sed! — gritó Dante de golpe.

— Y pedirle a algún vecino. O buscá una canilla.

Las casas del barrio, en su mayoría, no tenían cerca de seguridad. Cualquiera podía entrar y salir con facilidad. Claro, siempre y cuando lograra engañar a los perros guardianes ansiosos por morder a algún intruso. La mayoría de las casas suelen tener canillas al frente, en la vereda. No fue difícil encontrar una. Dante abrió la válvula, dejó correr el agua y bebió directo del pico. El agua de canilla y su peculiar sabor a goma de manguera es una de las mejores cosas de la vida.

— ¿Estaba rica? — Gonzalo solo consumía agua mineral, por lo que fue su manera de burlarse.

— Tu novia está rica — atacó.

Gonzalo guardó silencio. Estaba expectante a una casa en particular.

La casa del profesor era igual a la de cualquier barrio residencial, y, a diferencia de la mayoría de sus vecinos, el frente estaba protegido por altas rejas de color verde. El barrio era viejo, por ende, la mayoría de las casas eran antiguas, pero estaban bien cuidadas. Casas de una planta, con comedor, cocina, un par de habitación y un patio trasero de grandes dimensiones.

— ¿Cómo sabes que esa es su casa? — Dante dirigió la mirada hacia la casa de la puerta verde.

— Una vez, hace tiempo ya, tuve que venir a dejarle un trabajo práctico — respondió.

— ¿Entraste?

— No. Ni siquiera crucé las rejas.

Las luces del interior de la casa estaban encendidas y no percibieron ningún tipo de movimiento, al menos desde el ángulo en el que estaban. Consideraron moverse para estar de frente a la casa del profesor y ver todo con mayor claridad, pero, concluyeron, era algo muy arriesgado. Si bien la oscuridad los envolvía, no eran invisibles.

Apareció un coche patrulla. Los oficiales los observaron con autoridad, como si sospecharan de ellos, dos jóvenes sentados en una vereda haciendo nada. La mayor parte del trabajo del policía es molestar a los jóvenes, intimidarlos para que se delaten si están haciendo algo ilegal.

— ¿Vienen por nosotros o para visitar al profesor? — preguntó Dante algo nervioso.

No llevaba encima el documento de identidad, y los policías siempre piden el documento de identidad a los jóvenes.

— No pueden hacernos nada, somos menores de edad — dijo Gonzalo con ironía.

Observaron como dos oficiales bajaron de la patrulla y, a paso de tortuga, se acercaron a la casa del profesor.

— ¿Les habrán dicho el porqué de la visita? — preguntó Gonzalo, más que interesado.

— ¿A qué te refieres?

— De si saben que van por una denuncia de abuso infantil.

La oficial que los atendió se olvidó de mencionar ciertos detalles, pero les aclaró que iban debían atender un asunto de violencia doméstica.

— Deberían saberlo. Caso contrario pierdo el poco respeto que me queda por la policía.

Los policías, antes de golpear las manos cuchichearon entre ellos. Debían planear antes de actuar.

Uno de ellos, con uniforme se parecen demasiado el uno con el otro, más cuando tienen el físico similar, estuvo por aplaudir con las manos, pero vio un timbre junto a la puerta de las rejas color verde. Lo tocó.

El profesor Florenzi estaba sentado en el sillón viendo películas porno y masturbándose. Al oír el timbre apagó el televisor, se subió los pantalones y fue a lavarse las manos con alcohol en gel. Asomó la cabeza por una de las ventanas corriendo la cortina.

Los oficiales saludaron con el mismo ademán, levantando la mano derecha e inclinando la cabeza, y al mismo tiempo.

— ¿Saldrá? — inquirió Dante desde la oscuridad. De pronto imaginó que el profesor salía con una escopeta y mataba a los oficiales para después suicidarse frente a su hija y bañarla con su sangre.

Gonzalo estaba en su mundo.

El profesor Florenzi tardó demasiado en salir. Ver a dos oficiales frente a su casa lo desesperó. Caminó en círculos haciendo ejercicios de respiración, movió la mandíbula para poder modular bien y aclaró la garganta para sonar seguro. Creyó que era su fin, y tuvo una vaga idea de prender toda la evidencia que tenía en discos duros, pendrives y en sus computadoras, junto con la casa, él y su hija.

— ¡Oficiales! — exclamó cuando cruzó la puerta de la casa, que estaba a solo unos metros de la puerta de las rejas —. ¿En qué puedo ayudarlos?

Los oficiales saludaron con cordialidad. El profesor abrió la puerta de las rejas y le estrechó la mano a cada uno. Un saludo con muchas reverencias. Logró mostrarse sano.

— ¿Cómo se encuentra usted? — preguntó un oficial fuerte y claro.

— Bastante bien. De no ser por los dolores estomacales podría estar mucho mejor — respondió con labia.

Los policías empatizaron con él.

— ¿Está todo en orden? — preguntó un oficial, adoptando la seriedad que caracteriza a su profesión.

El profesor puso cara de extrañado.

— Si, ¿por qué? — los oficiales se miraron entre ellos y el profesor insistió —. ¿Qué sucede?

— ¿Nos permitiría ver a su hija? — fue una pregunta directa, como corresponde.

La tensión se acrecentaba.

El profesor quedó pasmado, paralizado.

— ¿Disculpe? — reaccionó al fin.

— Su hija — aclaró —, deseamos verla. ¿O hay algún inconveniente?

«¡Dios! ¡No! ¡Me descubrieron!». El profesor entró en pánico.

— ¿Mi hija? — preguntó casi como un susurro, con un nudo en la garganta.

— Si, su hija — los oficiales no se inmutaron. Mantuvieron la seriedad con gran profesionalismo.

— ¿Qué necesitan de ella? — fue reticente, siguiendo lo que su cordura consciente le ordenaba.

— ¿Se encuentra dentro de la casa?

El profesor se volteó como si buscara a alguien dentro con mirada de rallos X.

— Si — respondió con desgana, resignado. Los oficiales iban a insistir, y al oponerse solo lograría quedar como un obvio sospechoso —. Está... ya vengo, la voy a buscar.

Entró a la casa con un movimiento fugaz.

Los oficiales se miraron con el ceño fruncido. Notaron, por intuición, que algo no estaba bien. Pero no podían hacer nada más que esperar. Las visitas de los policías en la noche son intimidantes.

El profesor Florenzi tardó en salir, tanto que uno de los oficiales tocó el timbre de nuevo. El profesor se tomó el tiempo necesario para darle indicaciones a su pequeña hija; lo que debía decir o no decir, como comportarse y actuar, etc. La policía lo tenía en jaque y debía salvarse.

— Disculpen la demora, estaba por dormirse — dijo el profesor cuando salió con su pequeña hija, de no más de seis años, en brazos.

La pequeña criatura se acariciaba los ojos y bostezaba. Abrazada a su padre y apoyando su delicada cabeza en el hombro del mismo, la pequeña niña dedicó una apacible e inocente sonrisa a los oficiales de policía.

Los oficiales escrutaron detenidamente a la niña.

— ¿Podemos hacerle unas cuantas preguntas?

El profesor accedió como cualquier ciudadano de bien.

— Hola, cariño, soy el oficial Sáez — se presentó uno —. ¿Cómo es tu nombre?

Antes de responder, la niña esperó la autorización del padre.

— Abigail — respondió.

— Abigail — el oficial Sáez exageró asombro —. ¡Un nombre hermoso!

La niña se afligió de vergüenza.

— ¿Cómo te encuentras, Abigail?

— Perdón que interrumpa — el profesor fue muy amable y amistoso —, ¿pero de qué se trata todo esto? ¿Qué necesitan de mi hija? — fueron las preguntas que debió hacer desde un principio.

Ver a la pequeña niña en los brazos de su padre fue suficiente para los oficiales. Es una imagen que conmueve el corazón. Tal fue el lavado de cerebro que sufrió Abigail que, a pesar de todo, fue capaz de mantener la inocencia y vitalidad de cualquier infante de buena vida. Uno esperaba encontrarse con una niña ojerosa, triste, sucia, temerosa y desconfiada.

Debieron insistir con seguir haciéndole preguntas a Abigail, pero las personas a veces son tan superficiales que se dejan guiar por las apariencias.

— Hemos recibido una denuncia anónima — dijo el oficial Sáez — donde se declara que, en esta dirección, su hogar, hay violencia doméstica.

El profesor Florenzi, en vez de quedar impactado, empezó a reír.

— ¿Están bromeando? — preguntó entre risas.

En ese instante el cinismo y la maldad de Florenzi quedó expuesto a fuego vivo.

Los oficiales no respondieron. El profesor se serenó y recuperó la compostura.

— Disculpen — dijo —. ¿Cómo puedo ayudar a solucionar este imprevisto? Vean ustedes a mi hija y se darán cuenta que amor no le falta.

«¿Amor?» Sin dudas, todo tipo de amor.

Hubo un silencio prolongado.

— Abigail — dijo el compañero de Sáez para llamar la atención de la niña —. ¿Te encuentras bien? — le costó hacer la pregunta, quizás por temor a la respuesta.

— ¡Si! — la niña respondió rápido, sin afligirse.

La niña siguió al pie de la letra la orden de su padre. «Si te preguntas como te sientes, les respondes que eres feliz.», le dijo en pleno ataque de nervios.

Los oficiales no parecieron convencidos.

— ¿Segura?

La niña, abrazada a su padre, respondió asintiendo la cabeza. El hecho de que no respondiera a viva voz provocó sensaciones extrañas.

— De acuerdo — dijo el oficial Sáez, receloso —. Lamentamos las molestias.

— Solo hacen su trabajo, no es ninguna molestia — el profesor supo tratar bien a los oficiales —. ¿Se puede saber quién ha hecho la denuncia?

— No podemos decírselo, y tampoco sabemos. Fue una llamada anónima.

— ¿Anónima? — tuvo una gran idea —. ¿No han pensado que quizás se trató de una mala broma?

Los oficiales fruncieron el ceño, pidiendo una explicación.

— Soy profesor, y muchos alumnos no me quieren porque solo intento enseñarles algo — aclaró —. Ya me han pinchado una rueda del vehículo y roto varios vidrios de la casa. Son jóvenes y no son conscientes de lo que hacen.

Gonzalo y Dante se miraron con emoción por haber anticipado la estrategia del profesor para deshacerse de los policías.

— ¿Profesor? — los policías se miraron, asintieron a la vez y Sáez dijo: — De acuerdo, profesor. Lamentamos las molestias, pero como usted ha dicho, solo hacemos nuestro trabajo. ¡Que tenga una linda noche!

¿Las sospechas disiparon cuando descubrieron que estaban frente a un profesor?

— ¡Linda noche para ustedes! — se despidió el profesor.

Padre e hija, ambos agitaron sus manos para despedir a los oficiales. Una familia feliz y ejemplar. Fue una imagen falsa y repugnante.

Cuando los oficiales se acercaron al patrullero, antes de subir cruzaron unas palabras que se escuchó con claridad.

— ¿Qué piensas? — preguntó el compañero de Sáez.

— Creo que hay más de lo que imaginamos — respondió con convicción.

— Ese profesor no tiene buena pinta.

Subieron al patrullero y se fueron. El profesor entró a la casa, pero antes miró al cielo como si le agradeciera a su ángel protector.

— ¡Esto se pone cada vez mejor! — exclamó Gonzalo con un fuerte susurro.

— No, se pone cada vez peor — corrigió Dante.
En realidad, un poco de ambos.

El profesor felicitó a su hija por lo bien que estuvo, pero no quedó satisfecho. Notó como el oficial Sáez lo miró, y no fue una mirada de buen augurio. Cuando se finge y actúa, pequeños detalles de la realidad quedan en evidencia. La acostó y le dio un beso en la frente. «¡Que duermas bien, mi niña!».

Cuando atendió vio a dos jóvenes sentados al otro lado de la calle, a unas casas de distancia, pero no lejos de su casa. Siempre veía a jóvenes sentados en las veredas, y le pareció extraño no reconocer a ninguno, además de que si eran los jóvenes de siempre seguro le habrían gritado algo gracioso por la visita de la policía. «¡Vecino! ¿Ahora vende droga? Convideme un poco, no sea rata.», imaginó que le gritaban para mofarse. Fue hasta la ventana con la intención de ver a los dos adolescentes que vio, pero estos ya se habían esfumado.

No le dio importancia y sentó en el sillón. Encendió la televisión e intentó regresar a donde estaba antes de la interrupción. No pudo, la virilidad se le vio afectada por la candente preocupación rondándole en la conciencia.

Una docena de horas después volvieron a la escuela especulando sobre la posibilidad de que arresten al profesor Florenzi. Dante estaba ansioso por que eso pasara, deseando dejar de inmiscuirse en asuntos delicados que solo le hacían la vida más difícil de lo que era.

Ese día tenían clases con el profesor Florenzi, y se iban relajando de a poco hasta que llegase la hora libre. Plantearon lo obvia de que no iba a presentarse a dar clases, hasta parecía ser lo razonable, por eso cuando entró al aula les fue sorpresivo e impactante, casi como escuchar ruidos extraños después de ver una película de terror.

— ¡Buenas tardes! — saludó sin mirar a nadie mientras caminaba a su escritorio.

Los alumnos saludaron. Gonzalo y Dante tenían la misma expresión de anonadados, además de repugnancia sin límites.

Se preparó. Con varios fibrones en mano se puso de pie, fue hasta la pizarra blanca y empezó a dar la clase con la naturalidad de siempre. Fue frío como un invierno en la cordillera de los Andes. Nada le importaba, y ello lo volvía más peligroso aún.

Después de ochentas minutos de enseñar cosas irrelevantes, el timbre del recreo interrumpió la clase. Le cortó la inspiración. El amor por la docencia lo mantenía a flote.

— Ese pedófilo tiene la sangre negra — dijo Gonzalo, indignado y enfadado, cuando fueron al patio y se apartaron del resto para hablar mientras fumaba un cigarrillo —. En su posición, ¿Quién tendría el valor de andar por la vida como si nunca hubiera hecho nada malo?

— Es probable que actúe como siempre, a pesar de los «imprevistos», porque sabe que entró en el radar de los policías. Debe ser normal porque no tiene opción. Está contra la lona a punto de tirar la toalla.

— Si, tal vez sea eso.

— O, tal vez — Dante se aclaró la garganta —, es la sensación de inmunidad lo que lo hace actuar sin preocupaciones.

— ¿Inmunidad?

— Impunidad queda mejor — corrigió.

La participación de personas poderosas e influyentes en el grupo de pedófilos era una incógnita que debían descubrir cuanto antes. O hasta que sientan que la policía ni otra persona quiera inmiscuirse en el asunto, por cobardía o por la orden de alguien con mucho poder.

— ¿Recuerdas el “delirio” que tuviste cuando estábamos en el parque y viste la mariposa en el «cine»? — preguntó Gonzalo frunciendo los labios.

«Los jueves, cuando cambian la cartelera del cine y no hay función, los pedófilos se reúnen a ver películas de dibujitos animados para entretener a sus «niños».», recordó.

— ¿Qué tienes en mente?

— No hagas planes para este jueves — dijo con una sonrisa casi diabólica.

— ¿Iremos a ver una película?

— Procura llevar pochoclos y unas bebidas. La película será larga y con bastante suspenso.

Dante no deseaba ver esa película, pero fue tonto e inmaduro y decidió ignorar la voz razonable que le gritó desde la conciencia que se detuviera. Un adolescente cualquiera.

Tocó el timbre que finaliza el recreo.

— Y aquí vamos de nuevo a lugar más aburrido del mundo — rezongó Gonzalo con un pensamiento masivo.

— No desesperes — dijo Dante —, o el profesor Florenzi te va a tener que dar clases privadas. — fue un juego de palabras que derivaron en un chiste de humor fuerte y para pocos.

Tuvo una reacción cercana a la risa.

Gonzalo estuvo a punto de contraatacar, pero se arrepintió cuando estaba abriendo la boca para escupir las palabras. Debió ser un chiste muy fuerte como para no animarse a decirlo. Fue lo mejor que pudo hacer.

Un día antes del jueves, miércoles, los nervios los aturdió a ambos. Hablaron poco y se apartamos del resto, acentuando el malestar. En completo silencio los pensamientos llegan en grandes caudales con una fuerza brutal. «¿Aylén fue abusada por el profesor Florenzi cuando esta era pequeña?», Dante no era capaz de sacarse la incógnita de la cabeza. Según Gonzalo, el padre de Aylén y el profesor eran personas muy cercanas, tanto que compartían la hija de uno (la hija del profesor). El profesor Florenzi les daba clases, y Aylén no se mostraba incomoda o asustada ante su presencia. Pudieron lavarle el cerebro, como seguro hicieron con cada menor indefenso que encontraron por el camino de las fechorías. Todo eran conjeturas. La verdad es que el padre de Aylén la protegió de sus íntimos y asquerosos deseos. Al final, la familia es intocable. Hay excepciones, claro está. La maldad humana no tiene límites.

Dante tuvo intención de preguntárselo de forma implícita, dentro de una “broma”, pero lo sobrepasó. El sí tenía límites.

Ese día tan hastiante fue interrumpido por un encuentro inesperado y tétrico.

Salieron temprano porque el profesor de Matemáticas fue hospitalizado por sufrir un ataque al corazón. Días después murió por no resolver la ecuación que podía ayudarlo a mantenerse con vida — risas —, y fue lamentable porque era un buen profesor. Las madres o padres de los alumnos debían ir a buscarlo para que puedan irse, otros, incluidos Dante y Gonzalo, salían con libertad porque hicieron que sus progenitores firmaran un acta donde aceptaban que el establecimiento escolar prescindía de toda responsabilidad por el alumno, y no hacía cargo de daños o prejuicios fuera del horario de clases. Un paso para la independencia. Los progenitores que no firmaron el acta lo hicieron para proteger a sus amadas hijas o amados hijos sobreprotegidos.

El profesor Florenzi estaba en la entrada del establecimiento, cerca de la dirección, y saludó con un fuerte apretón de manos al padre de Aylén, el pediatra. Era un hombre gigante, corpulento, con barba de leñador canosa, incipiente calvicie, ojos negros y lentes para la vista que cualquier nerd usa. Ostentaba un aspecto intimidante, lo contrario a amigable y apacible personalidad que lo caracterizaba. Era médico, y sus clientes eran niños, los clientes más difíciles de tratar, por ende, sabía muy bien cómo congeniar con el prójimo.

Gonzalo le dio un golpe en el hombro a Dante cuando vio lo que este ya estaba observando. Sin decir nada, ambos, al mismo tiempo, observaron como dos pedófilos hablaban con normalidad en un lugar público. De noche se quitan las máscaras para ser animales morbosos y antipáticos.

El pediatra puso su gran mano sobre el hombro del profesor Florenzi con la intención de calmarlo brindándole su amistad y protección. «Descuida, todo está bien. Nadie dejará que te pase nada.», le dijo. Cuando terminó la conversación el pediatra le dio un golpe en el pecho y se alejó para ir a buscar a su hermosa y tierna hija.

Aylén, a pesar de que disimulaba, observaba a Gonzalo y a Dante en todo momento. Ella no estaba apartada de la pequeña aventura que llevaban a cabo.

No miraron con buenos ojos al padre de Aylén, mucho menos Gonzalo, y la respuesta que recibieron del pediatra fue una mirada perversa junto a una sonrisa angelical. Hay que hacerles caso a los ojos, ya que muestran la verdadera esencia del alma. Dante lo respetaba, pero de pronto comenzó a temerle. Hubo veces que cenó o almorzó en su

compañía, cada vez que Aylén los invitaba junto con Elías, el tridente del delirio desenfrenado. Dio náuseas percatarse de que siempre estuvo, estuvieron, frente a un repugnante pedófilo. Los criminales son actores, ocultan muy bien quienes son bajo la fachada de ser personas ejemplares con familias ejemplares.

— ¡Nos vemos! — se despidió Aylén cuando se acercó a su amado padre, quien firmó lo correspondiente y se marchó con su querida y única hija.

— ¡En un rato voy a tu casa a tomar mates! — exclamó Dante meneando de forma exagerada la mano, despidiéndose.

— ¡Te espero!

— ¿A qué hora?

— A la hora que quieras.

Se fue.

«¿Lo dijo a modo de broma o no?», Dante quedó entre la espada y el fuego. No se ensañó con la duda y decidió ir a visitarla.

— ¿Vas a ir a su casa? — preguntó Gonzalo, sacándolo del ensimismamiento de todo enamorado.

— Estoy casi seguro que es lo que haré — respondió.

— ¿Te puedo acompañar?

— ¿Vas por el padre de Aylén?

Gonzalo lo pensó mejor.

— No, me retracto. No quiero arruinar tu cita con Aylén.

— Mejor andá al ciber y distraete un poco. O salí a tomar algo con tu novia.

— El ciber es mejor — aclaró con resignación.

Gonzalo tenía problemas en el paraíso. Las preguntas sobre el asunto no fueron bienvenidas.

A Dante lo esperaban unos mates amargos en compañía de una persona muy dulce. La combinación perfecta.

Dante antes de golpear las manos para avisarle a Aylén que llegó la visita, se olió el aliento y tuvo una incipiente arcada. Por suerte siempre llevaba un caramelo en el bolsillo, uno nunca sabe cuándo los necesita.

— ¿Tan rápido? — preguntó Aylén cuando abrió la puerta de la casa y recorrió el corto tramo hasta las rejas de protección.

Ella aún llevaba puesto el guardapolvo. Dante andaba en bicicleta, como siempre, y en ese momento anduvo más rápido de lo normal, pues las ansias lo aceleraron.

— No vives lejos de la escuela — dijo bajándose de la bicicleta.

— Yo recién llego.

No le agitó el trayecto en bicicleta, pero sí transpiró. En el guardapolvo gris, en las axilas, se veía con claridad el acaloramiento.

— ¿Ya pusiste el agua para el mate? — preguntó después de entrar al patio delantero de Aylén y dejar la bicicleta apoyada contra la pared lateral de la casa, lejos de la vista de ladrones oportunistas.

— ¿Trajiste algo para comer?

— Solo traje un poco de hambre y sed — respondió encogiéndose de hombros.

Entraron a la casa. El comedor y la cocina estaban vacíos, libre de personas, los padres de ella estaban en el dormitorio, y el hermano en paradero desconocido.

— Sentate, no seas tímido — dijo Aylén mientras ponía a hervir el agua en la «tetera» o pava.

— Estuve casi toda la tarde sentado, ya me duele el trasero — comentó acercándose a ella —. ¿Te vas a sacar el guardapolvo?

Ella no respondió. El guardapolvo, de tanto que lo usaban, era casi como una segunda piel. Se lo quitó de encima.

No hablaron con libertad porque los padres estaban en la casa, y eso inhibe a cualquier adolescente. Guardaron silencio por un tiempo prolongado, como si se conocieran. Ella preparó el mate y Dante la observó con mucho gusto.

La madre de Aylén entró a la cocina. Lo saludó con gran amabilidad, algo característico en ella, y le dijo a su querida hija:

— Nos vamos. Vamos a llegar un poco tarde.

— ¿A dónde van? — inquirió Aylén.

— A una reunión de médicos — respondió —. Cosas de tu padre. — agregó dejando en evidencia que estaba hastiada de esas reuniones de médicos de la localidad.

Cuando el padre de Aylén, el señor Martinetti, entró a la cocina, Dante sufrió un ataque de nervios estrepitoso. Bajó la mirada con el rostro colorado, las manos le transpiraron, la respiración se le agitó y tuvo una gran batalla entre frío y calor corporal. Le fue imposible no afligirse ante el pánico creciente.

— ¡Hola, señor... — el pediatra tendió la mano para saludarlo, esperando a que este termine la frase — silencioso! — cerró tras el extraño silencio del visitante.

— Se llama Dante — Aylén intervino como un ente divino para sacarlo de un incómodo momento.

— ¡Dante! — el doctor era enérgico y simpático. Nunca recordaba el nombre de los amigos de sus hijos, y siempre debían repetírselo.

La mano siguió extendida, y Dante no tuvo otra opción más que extender la suya y estrecharla.

No dijo nada. Solo asintió y sonrió como lo ameritaba la situación.

— ¿Se encuentra usted bien? — preguntó el pediatra, seguramente al sentir la mano húmeda por la transpiración del joven Dante.

— Tuve un golpe de calor — logró responder sin titubear.

— Sentate o te vas a desmayar — indicó el médico.

Lo hizo porque tuvo el credo que de verdad iba a desfallecer y romperse la cabeza contra el suelo.

— ¡Hija, ofrécele un vaso de agua a tu amiguito!

Aylén siguió la orden de su padre.

Bebió el líquido con desesperación. Quedó como un animal, pero lo importante es que logró calmarle las ansias.

Dejaron de prestarle atención, se centraron en lo suyo y se fueron con una gentil despedida. Cuando se marcharon Dante volvió a la normalidad. Aylén no paso por alto aquel extraño comportamiento, donde dejó en claro que la presencia de su amado padre fue lo que causó estragos en su persona. Ella era intuitiva, y a veces mentirle era una pérdida de tiempo y de dignidad.

— ¿Qué pasó con vos? — inquirió frunciendo el ceño, entre curiosa y molesta —. ¿Por qué te pusiste nervioso cuando viste a mi papá?

— Es intimidante — respondió con la mirada perdida. Le había dado la mano a un pedófilo, cuyas manos seguramente tocaron de forma indebida a quien sabe cuántos infantes.

— ¿Intimidante? — se cruzó de brazo como una madre que regaña a su hijo —. No es la primera vez que lo ves. Has cenado y tomado mates con nosotros y nunca te pusiste nervioso.

Lo dejó sin palabras.

— ¿Me vas a contar qué sucede?

Fue reticente. Quería contárselo, pero la moral no se lo permitió.

— ¡Dante! — levantó la voz —. ¿Qué pasa contigo?

Solo la miró a los ojos. No podía arruinarle la existencia, no era lo correcto.

— ¡Dime algo! Lo que sea, pero habla.

— Estoy muy cansado.

— ¿Cansado de qué?

Apartó los ojos, la mirada de ella era intensa.

— Cansado de... — empezó diciendo apretándose los ojos mientras hacía ruidos raros con la boca —. Perdona, pero no puedo decírtelo. — y así fue como metió la pata en un agujero profundo. Le confesó implícitamente que algo no iba bien con su padre.

— ¿Qué no puedes decirme?

Silencio.

— ¿Tiene que ver con mi padre? ¿Por eso actuaste tan raro?

Debió huir en ese instante, pero tuvo la intención de calmarla, ya que se estaba exaltando.

— ¿Qué hizo mi padre? ¿Qué descubriste? — el silencio respondía a las preguntas.

— Nada — respondió Dante sin convicción intentando parecer despreocupado —. Tu papá no tiene nada que ver. Solo estoy agotado. Sabes que no he dormido bien estos últimos días y...

— Y nada — interrumpió —. Sos horrible para las mentiras. ¿Me dirás por qué actuaste tan raro cuando viste a mi papá?

Negó con la cabeza.

— ¿No? — incipientes lagrimas hicieron brillar sus ojos —. ¡Me dices algo o te vas ya de mi casa!

Quiso abrazarla para calmar el naciente dolor que estaba por dominarla. No le confesó nada, pero ella ya lo sabía todo. Solo necesitaba escuchar que afirmaran las sospechas que ya tenía. El padre era un pediatra aficionado a las fotos de mariposas (la portada de su Facebook era una imagen con muchas mariposas de todo tipo), el estigma de todos los pedófilos del mundo. Ella los observó, a Gonzalo y a Dante, y fue sacando sus propias conclusiones. Estaba al tanto de que todo estaba relacionado con la pedofilia. Notó como tuvieron un arduo y repentino interés por el profesor Florenzi, quien es amigo íntimo de su padre, el pediatra, con quien compartieron la cena más de una vez. Ella sospechaba que algo no estaba bien, pero deseaba estar equivocada. Dante debió aclararle que la incomodidad por la presencia de su padre se debió a simples conjeturas, fotos y videos inexistentes, que no había porqué preocuparse. Tuvo que confesar todo lo que estaba pasando con el profesor Florenzi. En su lugar, decidió abandonar la casa sin decir nada, sin mirarla a los ojos, y dejó que creyera con convicción que su padre era un perverso de la peor calumnia.

Fue un encuentro fugaz.
Adiós, Aylén.

Llamó por celular a Gonzalo. Después del infame encuentro con Aylén, le llegaron al cerebro una gran variedad de interrogantes.

— ¿Dante? — contestó —. ¿Qué pasa?

— ¡Tenemos que hablar!

— ¿Sobre qué?

— Sobre todo — respondió con la seriedad y tonalidad de un militar.

Le indicó que fuera a su casa. Fue lo que hizo.

Llegó, entró a la casa, no había nadie además de él, y fue directo al grano.

— ¡Necesito ver las fotos y videos del profesor Florenzi! — exclamó.

Gonzalo dio un respingo de sorpresa.

— ¿Ah? No las tengo. Te dije que perdí la contraseña — era buen mentiroso.

— Por supuesto que no la perdiste. Seguro te la sabes de memoria. — dijo con rabia.

— Te lo juro.

Gonzalo era alguien prudente y tenía delirio de justiciero sin capa. No ocultó nada por maldad, la moral y benevolencia de su persona no le permitieron dejar que Dante vea un contenido tan explícito y oscuro que podría arruinarle la existencia. Por eso mismo Dante no le contó nada a Aylén o a Elías, caso contrario hubiera sido una acción llena de egoísmo.

— Entiendo que no quieres que nadie vea esas fotos porque no vale la pena y que es algo muy tétrico y asqueroso. Eres buena persona y lo valoro. Pero necesito verlas para estar seguro. ¿Cómo sé que no me has estado mintiendo todo este tiempo? ¿Y si el profesor Florenzi no es pervertido como me hiciste creer?

Se dio por vencido rápido. Una parte de Gonzalo estuvo esperando ese momento desde el principio. Cuando alguien insiste en hacer algo que podría perjudicarlo quita o disminuye el sentimiento de culpabilidad de la persona que tuvo el poder de evitarlo.

— Es cierto, si tengo acceso a esos archivos. Tengo la contraseña — asintió con una incipiente sonrisa de amargura en su bello rostro —. Mejor dicho, la conozco de memoria.

— ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Se encogió de hombros. Se mostró tan despreocupado que Dante sintió envidia.

— Lo importante es que ya lo sabes — dijo —. Y ahora una pregunta muy seria, ¿de verdad quieres ver las fotos y los videos? Como buen amigo, te recomiendo que no lo hagas. Pero si necesitas hacerlo, no te lo voy a impedir.

Dante no respondió y me fue a sentarse frente a la computadora de escritorio. Estaba encendida. Buscó los archivos en donde los encontró la primera vez, y ahí estaban listos para deleitarlo.

— ¿Cuál es la contraseña?

— “A010203040506070809Z” — respondió.

— ¿Seguro?

— En el pendrive había una nota de texto con ese número. Lo probé en los archivos WinRAR y se descomprimieron. — la negligencia del profesor fue hilarante.

— Es tan fácil que es imposible de adivinar — comentó Dante mientras escribía la contraseña.

Los archivos se descomprimieron rápido.

— Si la contraseña estaba en el pendrive, ¿entonces pensaba darle el pendrive a alguien más? — preguntó Dante.

— Eso parece.

— Fue una mala decisión. Debieron usar los medios que nos brinda la tecnología de hoy. — hizo referencia a las redes sociales y al tan inigualable correo electrónico.

Abrió la carpeta de archivos y las miniaturas de las imágenes lograron perturbarle el débil estómago.

— No es necesario que veas nada — insistió Gonzalo al ver la pálida cara de su amigo.

— Te juro que no quiero, pero necesito hacerlo para no quedarme con la duda. Aylén me preguntó que pasaba con su padre y no supe que responder. Necesito estar seguro para decirle todo. Lamentablemente sabe demasiado.

— ¿Qué le contaste?

— ¡Nada! No dije nada. Y ese es el problema.

— ¿Entonces porque sospecha de su propio padre? — inquirió al borde de la decepción.

— Cuando vi al pediatra no pude evitar sentirme incomodo y asustado. Aylén lo notó e hizo preguntas. Ella sabe que estamos metidos en algo que nos sobrepasa.

— ¿Y qué respondiste?

— Me fui de su casa sin decirle nada — en realidad lo echó, pero evitó esa verdad.

Gonzalo, tirado en la cama, resopló como un caballo.

— Creo que ya no hay vuelta atrás — se lamentó —. Si vas a contarle algo a Aylén, evita comentarle el asunto de las fotos y los videos. Y si se te escapa ese detalle, por nada en el mundo le voy a mostrar la porquería que tenemos. De ser necesario voy a borrar todo y nos vamos a quedar sin evidencia.

Dante exhaló y suspiró con profundidad, no encontró la valentía de dar click y abrir cualquier foto o video. Al hacerlo iba a crear un nuevo punto de inflexión.

— Vamos a entregar estas pruebas a la policía, ¿no? — hizo tiempo.

— Cuando sea el momento lo haremos — respondió Gonzalo con voz queda. Estaba tirado en su cama con el antebrazo apoyado sobre los ojos, emprendiendo el camino al sueño.

— ¡A la mierda todo! — dio click en una foto antes de acobardarse. En ocasiones pensar las cosas dos veces en un verdadero tormento.

Vio las fotos. Y con un nudo en la garganta, a punto de desfallecer, apagó la computadora. Gonzalo no mintió. No vio todas las fotos, y mucho menos los videos, no obstante, fue suficiente. El profesor Florenzi aparecía con su amada hija en posiciones eróticas, sin ropa y... felices. Cuando vio la aparición del padre de Aylén dándole un beso en la boca a la pobre criatura, fue cuando decidió abortar la misión. Era lo que necesitaba ver. Ya estaba listo para responder a las interrogantes de Aylén. Lo lamentó demasiado por ella y su afectuosa familia. Era cuestión de tiempo para que, como consecuencia de los actos del padre, la existencia de esa familia quede arruinada y manchada por siempre.

— ¿Satisfecho? — preguntó Gonzalo con cara de «Te lo dije» —¿Viste los videos?

Dante ignoró el intento de humillación.

— ¿Debo verlos?

— ¡No!

— ¿Qué contienen?

Tragó saliva. La mirada de Gonzalo fue opaca, como si estuviera atravesando por una depresión severa y hubiese pensado en más de una ocasión quitarse la vida.

— No son muy diferente a las fotos que viste — respondió con un incipiente tartamudeo, como si buscara las palabras correctas para no herir la sensibilidad de Dante ya herida.

Lo animó a continuar.

— Abusos sexuales — escupió con asco —. Nada más para decir.

No fue necesario que expusiera con detalles. El profesor Florenzi se grabó mientras violaba a su pequeña hija.

La maldad no tiene límites.

— ¿Aylén? — se fue de la casa de Gonzalo y la llamó para darle la respuesta que se merecía.

— ¿Y ahora? — seguía enfadada con él y decepcionada.

Tragó saliva, respiró profundo, observó la belleza de la luna llena y escupió las palabras.

— Es sobre las preguntas que me hiciste y no respondí — comenzó diciendo —. No lo hice porque no estaba del todo seguro...

— Solo responde con un «Si» o «No» — interrumpió. Su voz era la de alguien resignado a la inevitable desgracia.

— Si — dijo apresurado.

El mundo se le vino abajo.

— ¿Estás? — sabía que no había cortado, pero tuvo la obligación de decir algo para sacarla de los téticos y desesperados pensamientos que la estaban golpeando.

— ¡Gracias! — dicho esto, ella cortó.

Dante quedó con el celular en la mano, consternado. «¿Debería llamarla de nuevo para apoyarla moralmente?». Concluyó que lo mejor era dejarla sola para que asimilara todo, y que luego habría tiempo para hacer de psicólogo. «Ven, siéntate en el diván y cuéntame que sientes al saber que tu padre es un pedófilo. Ayudará a que te desahogues y con el tiempo podrás convivir con ello como si nada». Bendito sea el delirio.

Aylén, devastada, quiso enfrentar a su propio padre para abordar la verdad. No fue capaz porque no quería arruinar la hermosa familia que tenían. El padre de ella era alguien muy querido por toda la familia y otros profesionales, no le creerían y temía a las represalias. Recordó a todas sus amigas y amigos de la infancia que dejaron de hablarle por motivos desconocidos, se preguntó si esos repentinos alejamientos se debieron a la insidia de su padre. Y si, muchos de los amigos y amigas de la infancia de ella fueron clientes del padre de Aylén, y fueron severamente ultrajados y amenazados. Nunca hubo denuncias porque los niños eran drogados antes de ser sodomizados. No recordaban nada, pero sabían que algo no iba bien. Como el señor Martinetti era el médico de cabecera de esos niños, cuando asistían con dolencias anales o vaginales, les decía a los padres, para tranquilizarlos, que esas dolencias eran consecuencias de fuertes golpes. Los niños cuando juegan siempre se lastiman de una y otra manera, por eso le creían. En varias ocasiones varios padres fueron preocupados porque sus hijos tenían sangrado anal, y el doctor, tranquilo como siempre, les comentaba que eso era consecuencia de fuertes estreñimientos, irritación intestinal o irritación anal causado por papel higiénico áspero. «Muchas veces los niños no saben limpiarse bien y el papel higiénico irrita la zona. Procure comprar papel higiénico suave. Sangrará por un par de días y se le pasará.», les decía mientras recetaba unos calmantes. Como era un médico pediatra respetado, los padres creían todo lo que les decía. Se mofó de ellos hasta el cansancio.

En una ocasión, en pleno frenesí de abstinencia, intentó drogar a su propia hija, a Aylén. Esta tenía apenas unos diez años de edad. El pediatra, arrepentido, bebió vino tinto hasta desfallecer. La culpa lo carcomió. La familia es intocable. Desde entonces solo tiene visiones donde se ve abusando a su propia hija. Se horroriza en cada una de ellas. «Si la toco me suicido.», llevó a cabo una promesa personal que nunca rompió.

El pediatra se veía atraído por los niños varones. Nunca intentó encontrar las razones y motivos de ese gusto excéntrico. Le gustaban y ya. Con las niñas se abstenía porque le recordaban a su hija. No deseaba caer en la tentación.

Veía las fotos y videos de esos momentos que para él eran felices, y se excitaba más que cuando mantenía relaciones sexuales con su esposa, que cuando lo hacían, debía, como necesidad, imaginar que violaba a un niño para poder satisfacerla. Un verdadero monstruo.

Al principio la marginalidad lo deprimió. Deseaba hablar de sus hazañas con otra persona. Con la llegada del internet las cosas cambiaron. Conoció a internautas que disfrutaban el mismo “tabú” que él. Compartían fotos, videos, comentarios divertidos y pasaba el rato feliz de poder hablar con alguien que lo entendiera.

Eran viejos tiempos y el significado de la mariposa era desconocido para el mundo. Gracias a la mariposa encontró, en el pueblo, a otros con el mismo “tabú” y formaron un club secreto que duró muchos años. En un principio hubo recelo, pues acostumbraban a mantenerse entre las sombras, pero con el tiempo se fueron conociendo mejor y forjaron una linda amistad. No todos ostentaban títulos respetables, algunos eran personas normales con trabajos comunes. No eran muchos, el club apenas llegaba a los nueve miembros. Menos son más. Y cada uno de ellos creaba su propio material. Después estaban los consumidores, pero ellos forman un club aparte.

Cuando el FBI expuso al mundo los símbolos que usaban para reconocerse el uno de los otros, del espanto, dejaron de reunirse por un tiempo. Las repercusiones fueron pocas y las personas del pueblo ignoraron la valiosa información que los medios exponían. No tardaron en volver a reunirse.

Con el auge del internet, el club dejó de ser un grupo de amigos dedicados al ocio y emprendieron un rentable y duradero negocio que no tardó en reventar. Con dinero de por medio, llevaban a cabo las fechorías con mayor placer. Compraron una casa, lejos del pueblo y de difícil acceso, que la usaron como centro de operaciones y set de grabación.

Dejaron de abusar y grabar a niños conocidos, eso debía mantenerse en secreto, y entraron en el negocio del tráfico de personas, que también es rentable y duradero. Contactaron a una red de tráfico nacional que secuestraba niñas, adolescentes y mujeres que vivían en zonas marginales. Niños y adolescentes abandonados eran la presa fácil. Después estaban los padres desesperados, la mayoría eran madres solteras y jóvenes, que aceptaban dinero a cambio de la hija de sus entrañas. Las convencían con que iban a cuidar de sus hijos y darles una vida mejor. Accedían entre lágrimas, arrepintiéndose para siempre. También secuestraban adolescentes, mujeres y varones, que se cruzaban al paso. Cuando el secuestrado entra en la lista de personas desaparecidas y aparece en los diarios y televisión, el precio de esa persona aumenta. Es riesgoso porque la policía puede buscarlos y encontrarlos, pero la policía solo mueve cuando se trata de alguien que proviene de una familia con poder. A las adolescentes, además de violarlas, las redes de tráfico de persona las embarazan para aumentar el catálogo de infantes. Son proyectos a largo plazo con buenos resultados.

El club de amigos no compraba personas, sino que las alquilaba por un tiempo determinado. Las explotaban hasta hastiarse y las devolvían. Al grabar los abusos sexuales usaban máscaras de super héroes: Spiderman, Batman, Flash, Capitán América y etc. En la web los que consumían el contenido que hacían los llamaban «Los cp-man».

Eran unos más del basto montón. La competencia era, es, grande. Es un mercado sobreexplotado. El señor Martinetti se enorgullecía por todo el dinero que entraba en la familia. A sus hijos nunca les faltaría nada y podían darse el lujo de viajar a donde se les ocurriera. No derrochó el dinero en ostentaciones innecesarias que tarde o temprano llamarían la atención. Se mantuvo oculto en la simplicidad y en la imagen de ser un hombre tranquilo y bueno como un evangelista.

Ni perdiendo la cordura hubiera imaginado que su hija y dos adolescentes más descubrieron, además de tener pruebas físicas, lo que él consideraba un gusto excéntrico, un tabú que deseaba se normalizara. Hay organizaciones mundiales que buscan normalizar el amor entre niños y adultos. Un mundo de locos.

Con profesor Florenzi tenían una linda amistad. Al principio repudió que este abusara de su propia hija, llamándolo una persona sin dignidad, pero cambió de opinión cuando el profesor comenzó a compartir a la criatura. La pasaron en grande. Cuando se enteró que el profesor Florenzi recibió la visita de unos oficiales, la preocupación lo afligió. El profesor Florenzi no era alguien prudente, no tanto como él, y temía que todo lo que construyó terminara en la basura por culpa de un idiota que no tiene autocontrol. Debía tratar el tema con lo socios para realizar las acciones pertinentes. Si caía el profesor, caían todos. De eso no quedaban dudas.

Lo que más le preocupaba era el pendrive que se extravió. Le había pedido al profesor que le pasara las fotos y videos que capturaron cuando pasaron una velada con Abigail, la hija del profesor. Florenzi tuvo el gesto de compartir los videos caseros que grabó en la privacidad del hogar. El profesor, de tanto proteger el pendrive que llevaba en el bolsillo del pantalón, se distrajo y cuando quiso darse cuenta lo perdió. Como no quitaba las manos del objeto, fue al técnico para pedir un cargador y con un movimiento rápido y descuidado el pendrive cayó al suelo. A las pocas horas se dio cuenta y empezó a buscarlo en cada lugar donde estuvo. Fue al técnico y no lo encontró. Que apareciera de la nada en la sala del técnico y con un intimidante mensaje, lo dejó consternado y paranoico. El problema no era el hostigamiento, sino que temía a que el material se difundiera y expusieran al pueblo los oscuros secretos del club de amigos. No le confesó al pediatra que en una nota de texto escribió la contraseña de los archivos, temía la reacción que este podría tener. Fue negligente, pero como acostumbra a compartir material en un pendrive, y bastante seguido, no vio problema alguno en escribirlo en un block de notas y acelerar el trámite.

Mientras tanto estaban tranquilos porque un miembro del club pertenece a la policía. Exacto, lo trillado.

Aylén se encerró en el cuarto para no ver a su padre. Desconocía como iba a reaccionar ante él y tampoco tenía intenciones de descubrirlo. Sumida en un profundo mar de depresión, fatiga e insomnio, le hizo creer a los miembros de la casa que estaba enferma. La madre, preocupada, entró a verla. Le tocó la frente y estaba fría. No obstante, el aspecto de Aylén era terrible: ojeras, ojos rojos, palidez escandalosa, rostro decaído, piel fría. El malestar era fácil de percibir. No era capaz de ingerir comida, la vomitaba porque el alimento era fruto de las fechorías de su amado padre. Todo lo que le pertenecía, libros y ropa, fue pagado con dinero proveniente de la inmundicia humana. Hasta le repugnaba la sangre que le corría por las venas. Se odió a ella misma con creces por llevar los genes de un violador de niños.

Desnuda, despojándose de los trapos sucios, se acostó en el suelo de cerámicas que, por cierto, también fueron pagadas con dinero sucio. En un ataque fugaz de ansiedad imaginó el llanto de los niños y niñas al ser violados, rogando que dejaran de hacerles daño. Gritó con fuerzas para apaciguar los alaridos infantiles. Eran casi la seis de la madrugada, toda la familia estaba dormida, y dieron un salto de terror al oír los chillidos de Aylén. El hermano y los padres corrieron para ver que sucedía. Creyeron que alguien le estaba haciendo daño.

La encontraron en el suelo, desnuda y con sangre en los brazos, que fue consecuencia de los fuertes rasguños que se dio. La madre, conmocionada y al borde de las lágrimas, se abalanzó a ella y la sacudió.

— ¡Hija! ¡Dios mío! ¡Hija! — gritó la madre.

El hermano observó en silencio. La situación lo paralizó.

El padre tuvo el instinto de ir a buscar en su basta colección de medicamentos algo para calmarla. Volvió y Aylén gritaba y lloraba más fuerte aún, como si tuviera una araña en el oído. Le pidió a su hijo masculino y a su amada esposa que sujeten a Aylén con fuerza para poder inyectarle un inductor anestésico en la sangre, lo suficiente para dormirla.

Lo hizo en un santiamén. La voz de la experiencia.

Aylén forcejaba con todas sus fuerzas, no quería que la tocaran, y cuando vio a su querido padre creyó que la iban a drogar para después poder violarla. Perdió la batalla y a los pocos minutos soñó con una canción de cuna. Desahogó todo lo que cargaba con el paso de los años. Perdió la cordura y la vitalidad en un abrir y cerrar de ojos. El ser humano es frágil, la mente es frágil.

Como el padre era médico, no hubo necesidad de llevarla a una sala de emergencias o, en el peor de los casos, a un psicólogo. Acostaron a Aylén en la cama, la vistieron y dejaron que durmiera en paz con la magia de la droga que le inyectaron.

La madre no era capaz de asimilar el repentino ataque psicótico que tuvo su querida hija. En ocasiones, Aylén tenía feas pesadillas que la hacían gritar o llorar por las noches. Nunca se preocuparon porque Aylén era una fiel seguidora de las películas de terror y víctima de la imaginación. Varias veces Aylén los despertó porque creía que en la casa de al lado había un fantasma o un demonio que quería llevarla al infierno y torturarla. Era una niña y esos desvaríos eran entendibles. A medida que fue creciendo sufrió varios ataques de sonambulismo. Desistieron en llevarla a un profesional de la mente. Con el

paso del tiempo las aguas se fueron calmando. Aylén dejó de despertarlos por la noche. No obstante, nunca tuvo una noche tranquila. Un hecho en el pasado la perseguía como si fuera su sombra, lista para atormentarla.

Aylén iba a último año del primario. Fue al baño de niñas, sola, durante la clase de educación física para orinar. El profesor de la clase la siguió al baño porque creyó que la niña se había descompuesto. Aylén, después de hacer sus necesidades fue a lavarse las manos, como le enseñaron en el hogar, y vio que el profesor entró al baño. Ninguno dijo nada.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó el profesor, alto y joven.

— Si, muy bien — respondió con la energía que caracteriza a los infantes.

— ¿Segura?

El profesor estaba en todo momento con niños y niñas. Varias veces se vio atraído por alguno y ello le repugnaba. Cuando llegaba a la casa después de una clase, para sacar los malos pensamientos, se masturbaba. Lo único que logró es acrecentar la extraña atracción que tenía por los preadolescentes. Estando en el baño con Aylén, solos y en el baño, no pudo evitar caer en la tentación.

— ¿Te duele la panza? — preguntó el profesor con un nudo en la garganta.

Aylén respondió que no.

A pesar de que la niña negó dolencia alguna, el profesor se acercó y agachó para estar a la altura de ella. Con total amabilidad le tocó la panza, con una caricia maternal, y los latidos del corazón se le aceleraron. Entre el miedo de ser descubierto y la tentación de satisfacer uno de sus íntimos y perversos deseos, la adrenalina le fue placentera, a tal punto que tuvo una erección. Aylén intentó apartarse, confundida, pero el profesor la retuvo y le dijo con voz tierna para poder enfatizar que no había porque asustarse, que solo la estaba ayudando. Aylén no vio ningún problema en ello. El profesor le dio un chicle de menta y ella lo recibió con mucho gusto. No la violó, solo la manoseó con descaro. La pequeña Aylén fue ultrajada, corrompida.

Aylén no dijo nada. A medida que fue creciendo y adentrándose en temas relacionados con el sexo, la experiencia que tuvo en el baño de la primaria le fue pesando cada vez más en la conciencia. Sufrió abuso sexual y lo comprendió años después, demasiado tarde para buscar justicia. Acusar de pedofilia a un querido profesor de gimnasia que murió en un accidente de moto no era ético, al menos era lo que ella pensaba. Apresó la experiencia y nunca buscó ayuda por temor a los prejuicios sociales.

Por eso, al enterarse de que su padre era un violador de niños, perdió el control y tomó la decisión de abandonar la vida.

Cuando Aylén despertó, no había nadie en la casa. La madre estaba en la farmacia comprando fármacos para dormir y el padre fue a trabajar al hospital público. El hermano fue a la escuela a pesar de que los padres le permitieron faltar por el episodio que tuvieron en la madrugada. Amaban a Aylén, pero nunca la tomaron en serio por ser imaginativa y fantasiosa. Era incomprendida por sus pares.

Vio la oportunidad para escapar de la casa. Se puso una bata amarilla que pertenecía a la madre de ella y escapó sin perder ningún valioso segundo.

La madre llegó al hogar y no vio a Aylén en la cama. Salió solo cinco minutos para ir a comprar a la farmacia que estaba a solo varias casas de distancia. Supuso que Aylén estaba en el baño o merodeando por algún rincón de la casa. «¡Aylén!», gritó varias veces

sin recibir respuesta. La buscó en el baño, en el comedor, patio, en todas las habitaciones y no tuvo éxito. El instinto materno la alarmó. Llamó al hospital para hablar con su esposo, quien la atendió de inmediato. Llamaron a familiares, familias amigas y a la escuela. Nada, se esfumó. No llamaron a las autoridades porque imaginaron que iba a volver tarde o temprano, que Aylén salió a tomar aire o fue a ver a alguna amistad que la familia desconocía. Así era Aylén, nunca le contaba nada a sus padres. De haber sido otra la ocasión no le hubieran dado importancia, pero la vieron frágil, histérica y herida, señal de que no era un simple drama juvenil.

Aylén no deseaba estar con nadie. Fue al único lugar donde sabía que no la buscarían y estaría en paz con la tan adorable soledad: la casa abandonada de al lado. El ambiente del interior era sofocante por el polvo y fría por falta de vida. Aylén estaba a gusto, había silencio y era lo que necesitaba. Necesitaba tiempo para pensar. Llevaba el celular encima, pronto la madre descubriría ese detalle y la llamaría sin cesar. Lo único que hizo, y desde el corazón, fue enviarle un mensaje a su querido amigo Dante Zaiat, con quien pensaba tener una linda relación amorosa. «¡Te quiero!», escribió. Anheló recibir una respuesta rápida, pero sucumbió en la oscuridad y apagó el teléfono celular. Lloró durante horas sin encontrar consuelo alguno, sintió que no era digna de vivir y que lo mejor era desaparecer para siempre, lejos de las fechorías que complementan al ser humano.

El jueves le provocó ansiedad al joven Dante Zaiat. Era el día donde creían, Gonzalo y él, que los pedófilos se reunían en el cine aprovechando que no había función. Le parecía una posibilidad absurda, pero no imposible. Ya nada le sorprendía. Estando en la escuela, en la mañana, los nervios le jugaron en contra y tuvo un fuerte dolor de panza. Aguantó las ganas de defecar hasta el recreo de las diez de la mañana, tiempo que aprovechó para ir al centro de convenciones, a solo varios metros de distancia de la escuela (ambos establecimientos están en el área del parque departamental). Corrió el riesgo de ser sancionado, pero eso iba a pasar solo si lo descubrían. El baño de la escuela era horrendo, sucio y la privacidad no estaba presente. En cambio, el baño del centro de convenciones, “el cine”, era limpio, lindo, pacífico y, lo más importante, había papel higiénico.

El alivio que sintió fue estrepitoso, puso los ojos en blanco y dio un fuerte suspiro. La diarrea es una maldición.

«¡Te quiero!». Limpiándose el trasero, leyó el mensaje que le envió Aylén. Más que una grata sorpresa, le pareció extraño. Lejos de la emoción, se preocupó por ella. «¿Habrá enfrentado al padre y le preguntó si es pedófilo? ¿Le habrá confesado que dos de sus amigos vieron fotos y videos explícitos donde él era el actor principal?», las preguntas le llovieron. Estaba arrepentido por haberle contado la verdad a Aylén, hubiera preferido mentirle para protegerla. Ya era tarde, las cosas debían seguir su curso.

Salió del baño y no recordó haber visto a Aylén en la escuela. No prestó atención, y la duda empezó a inquietarlo. Necesitaba hablar con Aylén en persona y por eso no respondió el mensaje o la llamó.

El centro de convenciones solo estaban las personas encargadas de la limpieza y algún que otro encargado vestido de gala. Dante tenía puesto el guardapolvo gris, exponiéndose como el alumno que escapó de la escuela. Afuera, en la entrada, tuvo la desdicha de cruzarse con el profesor Florenzi, quien iba a tratar unos asuntos con el director del establecimiento. Dante paró en seco y quedó duro como una estatua.

El profesor le dedicó una mirada acusadora.

— ¿Zaiat? ¿Qué hace usted acá? — preguntó intrigado.

Dante no respondió, tuvo miedo.

— ¿Eres sordo o qué?

— Vine al baño — respondió Dante con un nudo en la garganta y entrecortando las palabras.

El profesor sonrió. Festejó la valentía que tuvo el estudiante de escapar de la escuela para ir a un baño mejor y cómodo. Nadie podía culparlo, los baños de la escuela eran la perdición.

— Pueden sancionarte si descubren que saliste de la escuela.

Dante asintió, afligido y sin mirar al profesor.

— Ya, no voy a decir nada. Estoy seguro que tuviste una emergencia y no te quedó otra opción. Además, los baños de acá son de cinco estrellas. — intentó calmar a Dante, lo vio aterrorizado y nervioso. Miró la hora en su reloj —. Volvé corriendo a la escuela antes de que termine el recreo. Ah, y sácate el guardapolvo.

Dante no dijo nada y se fue.

El profesor observó la marcha entre risas. Los jóvenes traviesos y asustadizos le hacían recordar sus tiempos de adolescente. Antes de entrar al centro de convenciones empezó a

masticar un chicle de menta para contrarrestar el mal aliento. Gastaba fortunas en cigarrillos y chicles.

— ¡Martin Florenzi! — saludó el director del establecimiento cuando lo vio entrar — . ¿Qué lo trae por acá? ¿Lo de siempre?

El profesor no se vio contagiado por la energía del director.

— Buenos días — dijo —. Exacto, por lo de siempre.

— Genial. Hoy no hay ningún evento, asique el establecimiento es todo suyo.

— ¿El precio de siempre?

— El de siempre. — respondió el director.

— Le hago una pregunta, ¿es posible cerrar el establecimiento al público en general mientras dure la reunión?

— Imposible. Ustedes alquilan sitios exclusivos, privados, donde nadie fuera de la lista puede entrar, y como este es un establecimiento público, no podemos cerrarle las puertas a posibles visitantes. Además, el baño es bastante codiciado, como ya se habrá dado cuenta.

— De acuerdo, no importa. Era solo una pregunta.

— Me llenan de intriga las reuniones secretas que tienen ustedes.

Florenzi esquivó todo intento del director para entablar una conversación.

— Esta vez vamos a pagar en efectivo, con propina y todo — tendió un sobre con dinero dentro —. ¿A los ocho de la noche?

El director aceptó el sobre con mucho gusto y respondió:

— A esa hora los recibiré en la entrada.

El director siempre intentó impresionar al grupo de amigos con títulos y cargos interesantes e importantes. Anhelaba ser invitado y pasar la velada con los que creía sus pares. Nunca se dio cuenta que la excesiva galantería que adoptaba con los visitantes era irritante. La única virtud del director es que nunca se inmiscuyó en asuntos ajenos. En ocasiones tuvo intenciones de infiltrarse y ver que hacían los misteriosos hombres de traje, pero se abstenía solo por principios y profesionalismo. Creía que tarde o temprano iban a invitarlo a una reunión secreta y exclusiva.

— No es necesario.

— Insisto.

— Está bien, no importa — el profesor nunca enfatizó con los chupamedias —. A los ocho de la noche nos vemos. ¡Que tenga un lindo día! — se fue rápido, antes de que el director lo detuviera con la intención de iniciar una conversación sobre un asunto inverosímil.

La reunión que iban a tener no era casual, donde solían beber vino caro y festejar lo bien que iban los negocios, esa noche de jueves era el día donde se reunían con un representante de la red de tráfico de personas más grande del país. Era una velada importante, deseaban a toda costa poder mejorar el catálogo de niños actores. La red con la que trataban traficaba niños “feos”, provenientes de la clase social baja. Así como en las marcas de ropa, veían conveniente pasar a la primera marca. Los niños primera marca son los que provienen de familias de alta alcurnia, refinados y bien educados. Eran costosos porque la red se arriesgaba a quedar expuesto, ya que las autoridades competentes siempre escuchan a los que tienen dinero en los bolsillos. Estos niños y niñas eran muy anhelados, además de que eran edición limitada. Solo se atrevían a secuestrar no más de diez niños por año. Debían ser sutiles. Luego están los infantes diamantes, que

son los que tuvieron una aparición en un programa de televisión popular o son hijos de celebridades. Estos son raros de encontrar, pocos se animan a correr el riesgo. Y, por último, están los infantes de la suerte, aquellos que logran trascender en los medios de comunicación, aumentando así el valor de mercado. Diríase que las noticias de personas secuestradas y desaparecidas son una forma de divulgación y publicidad.

El grupo de amigos, el profesor Florenzi y demás, habían decidido que era hora de hacer una fuerte inversión para mejorar el contenido audiovisual y poder llegar a un público quisquilloso, excéntrico y con mucho dinero.

Hombres de negocio.

Dante llegó a la escuela justo cuando terminó el recreo. Quedó exhausto, corrió sin sacarse el guardapolvo, prefirió no seguir el consejo del profesor Florenzi, y buscó a Gonzalo.

— ¿Por qué tan agitado? — preguntó Gonzalo al ver a Dante transpirado.

— Fui al centro de convenciones, al baño, y vi al profesor Florenzi.

Eso significaba una cosa para ellos.

— Supongo que no estamos tan errado en lo que podría pasar esta noche — dijo Gonzalo, intrigado —. ¿Qué descubriste?

— Nada, solo lo vi, me preguntó por qué yo estaba allá y no en la escuela, y volví corriendo.

— ¿Sí? ¿Y qué le respondiste?

— Que fui al baño. No importa, el asunto es que algo grande va a pasar hoy.

Ambos volvieron al aula. Dante buscó a Aylén, después de recordar el controversial mensaje, para poder conversar con ella. Lo necesitaba.

— ¿Has visto a Aylén? — le preguntó a Gonzalo.

— ¿Aylén? No vino a la escuela.

— ¿No?

— ¿Eres ciego o qué?

Dante llegó tarde y no se fijó en quien había faltado a la escuela. Detalles que importan.

— ¿Qué pasa con ella? — preguntó Gonzalo —. ¿Le contaste todo?

Dante negó con la cabeza. Aylén, desde ese momento, fue su mayor preocupación.

Todo estaba por salirse de control.

Dante llamó, sin éxito, una y otra vez al celular de Aylén, siendo atendido por la contestadora. El hecho de que Aylén faltara a la escuela, en la mañana y en la tarde, lo tenía preocupado.

Gonzalo no habló en toda la tarde, estaba concentrado en asuntos mayores.

La tarde fue fugaz, cuando quisieron darse cuenta ya era la hora de ir a casa. Cuando estaban saliendo, Gonzalo se acercó a Dante, quien estaba quitándole la cadena de seguridad a la bicicleta.

— Mejor déjala acá — le dijo.

Sin replicar, Dante hizo caso.

— Estoy nervioso — confesó Dante.

— Y yo en estado de pánico.

Con fuerte recelo, ambos partieron hacia el parque, cede del centro de convenciones.

— ¿Sabes algo sobre Aylén? — preguntó Gonzalo a mitad de camino.

— No, ¿por qué?

— Hoy no vino a la escuela.

— Seguro debe estar enferma del estómago o algo parecido.

— Si, espero no sea nada grave.

Dante percibió que Gonzalo quería decir algo.

— ¿Qué piensas al respecto? Sobre Aylén,

— No mucho — respondió —. ¿Crees que ha enfrentado al padre? Ella siempre fue, digamos, muy temperamental.

— No tengo idea. La llamo y no me responde. Hoy vi al hermano de ella, en la escuela, y no parecía perturbado. Supongo que por ahora todo está tranquilo y normal en esa casa.

— Es cuestión de tiempo.

— Siempre será la hija de un pedófilo. Debe ser horrible estar en sus zapatos.

— Amigo — dijo Gonzalo, dado un golpe amistoso en la espalda de Dante —. No te martirices tan pronto. Y si, es seguro que esa familia va a pasar por momentos horribles, pero con el tiempo todos se van a olvidar del asunto.

— Es eso o dejar que el padre de ella siga lastimando a infantes.

— El padre de ella y otros pervertidos más.

— Claro, el club de amigos que graban videos disfrazados de súper héroes.

El señor Martinetti, el padre de Aylén, llegó a su casa y vio a su amada esposa llorando, preocupada por el paradero de Aylén, quien no daba señales de vida. El pediatra tranquilizó a su esposa y le dijo que no exagerara, que Aylén tarde o temprano iba a aparecer y que hacer la denuncia de desaparición no era necesario.

— Seguro está con alguno de sus amigos. Ya sabés como es ella, no es la primera vez que lo hace — dijo el pediatra.

— Tengo un mal presentimiento — aun lloraba, colocando la mano sobre el pecho y la agitó siguiendo el ritmo cardiaco —. ¿Acaso olvidaste como estaba hoy en la mañana? — empezó a irritarse —. Se lastimó los brazos... ella no está bien. No es como las otras veces, algo malo le pasa. ¡Tengo miedo! ¡Dios! ¡Dios mío!

— Amor, calmate un poco — la abrazó —. ¿Llamaste a los amigos o amigas de ella, o los padres de sus amistades?

— Llamé a nuestros familiares, a varios amigos de ella y a toda persona que conocí. ¡Nada! Desapareció.

— Aparecerá, no te asustes.

— ¡Dios mío! Tú hija, nuestra hija, está desaparecida desde la mañana y aun así no te interesa.

La verdad es que el pediatra no estaba preocupado, estaba seguro que Aylén iba a volver sana y salva.

— Volverá. Seguro se va a quedar a dormir con alguna amiga y mañana vendrá a almorzar como si nada.

— Si mañana no aparece voy a ir a hacer la denuncia para que la busquen. ¡Nuestra hija no está bien! Algo grave le pasa.

Al pediatra lo distraían otras preocupaciones. Eran las siete de la tarde, y en una hora tenía que estar en el centro de convenciones para reunirse con los socios. Dejó a su esposa sola, quien no dejaba de sonarse la nariz, y se fue a duchar. A su manera le era indiferente la dramática desaparición de Aylén, las veces que se preocupó por ella cuando esta escapaba de la casa, aparecía al otro día como si nada. No era la primera vez, y se dijo que eran dramas normales de los jóvenes de la actualidad, que, según él, viven en una cultura rara y sin sentido. Demasiado no se quejaba porque él era un pedófilo, y no estaba bien visto en la sociedad. El sueño de él y de los pedófilos en general era que la sociedad comenzara a aceptar el amor entre el niño y el adulto. «En el pasado la homosexualidad era ilegal, ahora en la actualidad es algo normal y aceptado. Eso mismo pasará con nosotros, tarde o temprano las personas aceptarán que al amor entre el niño y el adulto es algo normal y benevolente, entonces dejaremos de vagar entre las sombras como si fuéramos unos criminales, cosa que no somos. Amor es amor.», se decían cada vez que alguno sugería que eran unos enfermos mentales, y que debían ser tratados con urgencia. Hay organizaciones mundiales que poco a poco van introduciéndose en las revoluciones, normalizaciones, cooperando con los movimientos de liberación de lesbianas, gays, feministas y otros, apoyando la liberación de personas de todas las edades de los prejuicios sexuales y la opresión.

«Apoyamos los derechos de los jóvenes y los adultos a elegir a las parejas con las que desean compartir y disfrutar de sus cuerpos». «Llamamos a una reforma fundamental de las leyes sobre las relaciones entre jóvenes y adultos. Hoy en día, muchos miles de hombres y niños son introducidos injustamente en el disfuncional sistema de justicia penal. Este sistema condena ciegamente las relaciones amorosas y consensuadas entre jóvenes y mayores».

Lo anterior fue sacado de una página oficial y global que apoya la causa de los pedófilos, pederastas, y todos los sinónimos correspondientes a esa clase de criminales. Los medios de comunicación no se escandalizan con la causa, no exponen lo que pasa bajo las narices de todo el mundo. Quizás son cómplices.

El pediatra, de tanto pensar, se puso el pantalón de vestir al revés. Debía ir de gala para formalizar la reunión. Traje negro, zapatos negros, camisa blanca y corbata verde para no mostrarse aburrido. Esquivó a su afligida esposa, no quería perder tiempo, y se fue.

Gonzalo y Dante estaban a varios metros de la entrada del centro de convenciones, entre las sombras, expectantes a una prometedora reunión de amigos. No se asombraron al ver rostros conocidos llegando al parque y entrando al centro de convenciones. El

intendente departamental, Juan Manuel Oviedo, era uno de los invitados estrellas. Estaba el jefe de policía y varios empresarios que varias veces fueron acusados de lavar dinero. En el grupo había un gran abogado. Todos eran ricachones. Cuando llegó el señor Martinetti, se acercó al centro de convenciones y, antes de entrar, observó a los alrededores para prevenir posibles interrupciones. Estaban al tanto de la posibilidad de que alguien estaba al acecho. Logró ver a dos adolescentes, y pudo reconocer a uno.

Gonzalo y Dante palidecieron cuando el pediatra los saludó con un ademán y se acercó a ellos.

— ¿Dante? — preguntó a medida que se iba acercando.

Ninguno pensó en correr, tenían la mente en blanco.

— ¿Dante? Soy el padre de Aylén.

Los dos adolescentes estaban sentados en un banco de madera, en la oscuridad, a varios metros de distancia, y no entendían como los pudo reconocer.

— ¡Hola! — saludó cuando se aseguró que era Dante —. ¿Qué hacen?

— Hola — saludó Gonzalo. Dante no era capaz de hablar.

— Dante, ¿puedo hacerte una pregunta?

Dante asintió. En ningún momento pestañeó.

— ¿Has estado hoy con Aylén? — preguntó.

Dante reaccionó.

— ¿Qué pasa con ella?

— ¿La has visto o no?

Negó con la cabeza.

— Hoy no la vimos en la escuela — respondió Gonzalo, que estaba un poco más lucido que Dante.

— No me sorprende — comentó el pediatra —. ¿Han hablado con ella por teléfono o algo?

— No. ¿Desapareció o qué? — preguntó Gonzalo, intrigado.

— Solo tuvo un ataque dramático. Lo típico de ella. Bueno, si la ven, díganle que llame a casa, que estamos preocupados por ella. Bueno, eso era todo, ya no los molesto más — después de despedirse, se volvió para hacer un chiste —. Ah, y dejen de fumar, esa porquería les daña la salud.

Gonzalo llevaba encima un notable hedor a cigarrillo.

Fue un encuentro corto e intenso.

— ¿Le habrá pasado algo a Aylén? — Dante se preocupó demasiado.

— Esperemos que no.

— Deberíamos hacer algo.

— ¿Algo como qué?

— No sé, buscarla, quizás.

Gonzalo tampoco tenía un buen presentimiento sobre Aylén, pero debían centrarse en la reunión que se llevaba a cabo dentro del centro de convenciones.

— ¿La has llamado?

— Si, te dije que no me atiende.

— ¿Te ha mandado un mensaje o algo? — Gonzalo no quería introducirse de nuevo en el mismo asunto.

Dante no se sacaba el «¡Te quiero!» que le mandó Aylén.

— En la mañana, pero le respondí y los mensajes no le llegan.

— Bueno, apagó el celular porque quiere estar sola. Ya escuchaste al padre, es muy dramática. Aparecerá. Seguro está en la casa del vecino.

Dante, de golpe, se centró en la puerta de vidrio, la entrada principal del establecimiento multifunción.

— ¿Qué haremos?

— ¿De verdad quieres ir a buscarla?

— No, me refiero a lo que venimos hacer — aclaró —. Y mi pregunta es, ¿Qué es lo que vamos a hacer? Ya vimos quienes son los miembros del grupo, y no creo que logremos nada. Ah, sí, solo lograremos que nos maten.

— Somos dos adolescentes aburridos. No podemos hacer demasiado. Lo único que se me ocurre es intimidarlos de alguna manera y, cuando llegue el momento, le daremos el pendrive con la evidencia al policía que fue a la casa del profesor Florenzi. Parece ser un hombre recto que respeta a la justicia. Él hará el resto y nosotros continuaremos con nuestra insignificante vida como si nada.

— Cierto, ese policía vio algo malo en el profesor. Espero que haga algo y no se deje intimidar por su pervertido jefe.

— Descuida, serán cincuenta policías indignados contra uno con poder. Espero fusilen al jefe.

— Pareces muy seguro de lo que dices — recalcó Dante —. ¿No crees que seria mejor irnos y entregar ese pendrive en vez de estar acá sin saber qué hacer?

Gonzalo, ya hastiado del parloteo de Dante, sacó de la mochila una cámara de fotos.

— Primero quiero sacar una foto donde se vean todos o casi todos. Eso es para que nos crean. En los videos del pendrive solo aparecen el profesor y pediatra. Bueno, aparecen varios, pero llevan mascarás. Las fotos que voy a sacar serán la cereza del postre — dijo con la emoción del aventurero temeroso —. Entiendo, las fotos pueden ser inverosímiles, tomadas de una reunión corriente, pero debido a la evidencia, se verán obligados a investigar al resto.

Dante rechazaba lo que oía, le parecía una fantasía sacada de películas hollywoodenses que cuentan mucho, pero expresan nada.

— Confías demasiado en la justicia de este país, donde el delincuente tiene más derecho que un perejil inocente.

— Confío en la justicia social. Las personas se encargarán de marginar a estos degenerados. Tienen dinero, y puede que no terminen preso, pero te aseguro que quedarán en la marginalidad. Manchados para siempre y a donde sea que vayan. Con las redes sociales ya nadie puede ser una sombra que escapa del pasado.

— ¿Y qué harás? — preguntó Dante, incrédulo —. ¿Entrarás, les dirás que digan “Whisky” y sacarás varias fotos?

— Improvisaré en el momento.

Un auto lujoso, un Mercedes Benz, entró al parque, ignorando el estacionamiento junto a la ruta. Era negro metálico. Hermoso. Se detuvo frente al centro de convenciones y, desde el asiento de acompañante, bajó un hombre de pelo largo, rubio, vestido con un traje bordó, zapatos negros, corbata bordó y camisa negra. Toda prenda combinaba con la otra. Era el negociador. Usaba lentes negros con montura de oro. El director del centro de convenciones se apresuró en abrirle la puerta. El negociador, antes de entrar, ojeó a dos adolescentes femeninas que pasaban cerca. «Si, a estas dos las puedo vender a diez mil dólares, veinte mil si son vírgenes.», pensó. Para él, toda persona joven tenía un precio

de mercado encima. Muchas veces se encargó de seleccionar a adolescentes y niñas que después fueron secuestradas y venidas en el mercado negro. El negociador, como se hacia llamar, iba por la vida sin temor a nada, viviendo con completa libertad. Después de tantos años en el negocio conoció a personas influyentes en el ámbito de los negocios y la policía, lo que lo volvía inmune. En caso de que lo atraparan, muchos nombres quedarían expuestos. Nadie quería llegar a ese punto.

Saludó al director del cine con un ademán despectivo, y entró para reunirse con el club de amigos. Esperaba que lo recibieran con una copa del mejor vino tinto de la localidad, ya que se consideraba un catador experto.

— ¿Y ese tipo? — preguntó Dante.

Gonzalo se encogió de hombros.

— Algún forastero que vino solo por negocios, quizás.

— Ese sujeto me dio miedo.

— Si, también tuve sensaciones raras solo con verlo.

Dante quería irse, pero Gonzalo estaba decidido a sacar las fotos.

— ¿Qué haremos? — preguntó Dante.

— ¿Haremos? — frunció los labios —. Vos no vas a hacer nada. Bueno, vas a vigilar. Yo voy a ir solo, voy a intentar sacar unas fotos y nos iremos de aquí cuanto antes.

Dante tragó saliva. Estaba muy afligido y temeroso, y agradeció a todos los santos que Gonzalo no le pidiera hacer nada estúpido.

— Parece fácil — dijo Dante —. Cuanto antes tomes esas fotos, mejor.

— Espero sea sencillo.

— Si te descubren, ¿qué harás?

Gonzalo no pensó en eso, ya que no estaba en sus planes.

— ¿Qué sugieres?

— Puedes mentir diciendo que buscabas al pediatra — respondió Dante —. Le comentas que hemos recibido un mensaje de Aylén, y que se quede tranquilo.

— ¡Eres un genio! — exclamó —. Creo que yo debería quedarme a vigilar y vos deberías ir a intentar sacar esas fotos. El padre de Aylén te conoce, y te creerá. ¿Te animas?

Era lo que Dante temía.

— Si lo pones así, creo que no tengo opción — dijo —. Se que lo dijiste, pero recuérdame porque son importantes las fotos, quizás me sirvan de inspiración.

— Con el pendrive solo vamos a poder encerrar al profesor Florenzi y al pediatra, que, sin duda alguna, no expondrán a sus amiguitos, quienes son los que tienen el poder de que los absuelvan de todos los cargos. Si tenemos las fotos, vamos a exponer a personas que sin duda serán investigadas.

— Tengo miedo — se sinceró Dante.

— Si no quieres hacerlo, lo hago yo.

— No, está bien. Será mejor que lo haga yo. El pediatra sabe que soy medio raro, asique no sospechará que intento sabotear al club de amigos especiales.

— Haz que me sienta orgulloso, muchacho — bromeó Gonzalo para calmar un poco los nervios.

Dante, antes de pensarlo dos veces, e inspirado por el sentimiento de justicia, empezó a caminar con la cámara de fotos en la mano. Quería terminar con todo aquello cuanto antes.

Dante entró al cine y fue importunado por el director del cine, quien se acercó y lo saludó.

— ¡Buenas noches, joven! ¿En qué puedo ayudarte?

— Descuide, vengo de visita — respondió tranquilo —. ¿Se puede pasar?

— Por supuesto, pase y disfrute de la institución. Lo único malo es que no hay ningún evento y el cine está cerrado — señaló el túnel que lleva a la galería donde están las salas de cine, teatro y demás —. Hay unas obras de arte, hechas por artistas locales, muy lindas. Puedes sacarles fotos con confianza.

Dante llevaba la cámara digital, pequeña, en la mano, lo que le daba un aspecto de turista curioso.

— ¿Y me puedo llevar una obra como recuerdo? — preguntó, bromeando.

— ¡No! — el director se horrorizó, y cuando comprendió que se trató de una broma, dijo: — No puedes llevarte ninguna. Las obras tienen el contacto del artista por si quieres comprar algo. No son caras, pero tampoco accesibles.

Dante agradeció los detalles y se encaminó al túnel.

El camino descendía hasta la galería principal. Todos los niños solían tirarse al suelo, a pesar de la prohibición de los padres, y rodar hasta el final del camino. En ambos extremos del camino, se vislumbraban pinturas, fotografías encuadradas, poemas y esculturas pequeñas de arte abstracto. Había variedad para todos los gustos. Dante, para seguir con el papel de turista, encendió la cámara y empezó a sacar fotos. Dante era un apasionado del arte, siempre se dejó absorber para saborear o intentar comprender el mensaje del artista. Esa vez se vio tentado, pero se abstuvo para poder cumplir el objetivo. Bajó hasta la galería principal, circular, que se reparte en diferentes salas: La sala del cine, la sala roja (parecido al cine, pero con un escenario al frente y una distribución de butacas mayor) y la sala amarilla (la sala más pequeña, hecha especialmente para pequeñas reuniones sociales). La reunión privada se llevaba a cabo en la sala amarilla, claro está. Las puertas estaban cerradas, no obstante, se lograba ver el interior a través de las pequeñas ventanas de las puertas.

Dante se acercó y, en punta de pies, echó un vistazo rápido. Los participantes de la reunión estaban de pie, saludándose unos a otros y contando algún que otro chiste para romper el hielo. La reunión recién empezaba. Ninguno estaba temeroso o nervioso, por ende, no estaban atentos a posibles chismosos. Tampoco les preocupaba que los vieran, solo era un reunión casual e insípida. Le preocupaba ser escuchados, ya que eran reuniones donde hablaban de sus fetiches y sobre negocios delicados, pero cerraban la puerta y se olvidaban de sus miedos. Las primeras veces eran recelosos y buscaban micrófonos en cada rincón de la sala y hacían guardia por si alguien tenía intenciones de entrar en la sala, pero con el tiempo se afianzaron al lugar y entraron en confianza. Se sentían como en casa. Se reunían cada dos jueves.

Al principio se reunían para pasar el rato, hablar sandeces y jugar al truco o ajedrez. Con el tiempo idealizaron un proyecto que pronto llevaron a cabo. Empezaron subiendo a internet fotos de niños del pueblo: algunos abusando de sus hijos o hijas, desconocidos que veían en la calle, otros manipulaban a sus sobrinos pequeños para hacer cosas que prefiero no mencionar, o como el pediatra, que aprovechaba cada oportunidad que tenía para fotografiar a sus clientes desnudos y abusar de ellos. Cada quien aportaba algo. Con

el tiempo lograron tener gran cantidad de espectadores en todo el mundo. El gran paso que dieron fue cuando negociaron con redes de tráfico de personas para poder empezar a hacer contenido con infantes ajenos al lugar donde residían, y así lograr el anonimato absoluto. En una reunión, a modo de broma, uno sugirió que para grabar los videos debían usar máscaras de súper héroes. Al principio rieron, luego se volvió un asunto serio. Se hacían llamar “La liga de la perversión”, pero los consumidores e internautas los apodaron, como ya sabrán, «los cp-man». Les pareció original y adoptaron el apodo. Hacían entre uno y tres videos por semana. Tenían poco más de treinta mil suscriptores, que pagaban por cada video, de más de una hora de duración, alrededor de cien dólares en bitcoins. En ocasiones cobraban más, pero siempre dependía de la calidad del video.

Dante vio que estaban todos despistados y se apresuró en sacar varias fotos. Esperó que las fotos salieran bien y con una nitidez aceptable. No iban a tener otra oportunidad como aquella. Dos, tres fotos, y abandonó el cine. Caminó tan rápido como pudo, reprimiendo las ganas de correr. El director del establecimiento intentó increparlo para preguntale que le sucedía, pero ni siquiera lo miró. Salió y vio a Gonzalo en el banco donde estaban antes, fumando un cigarrillo y disfrutando la noche. A la tempestad se la calma con desinterés.

— ¿Listo? — preguntó cuando Dante, mudo, se acercó a él con la cámara extendida.

— Listo — dijo —. Creo que no me vieron.

— ¿Crees?

— Espero que no me hayan visto.

— ¿Dónde estaban?

— En la sala amarilla.

«Claro, donde más», pensó Gonzalo.

— ¡Vamos a buscar tu bicicleta y vayamos a mi casa! — indicó Gonzalo.

— ¿Qué haremos ahora?

— Lo único que podemos hacer. Vamos a entregar la evidencia. No vamos a seguir jugando a policías y ladrones. Esto es una cosa muy seria.

«Por fin», agradeció Dante. Sentía intriga por averiguar más, pero el miedo era mayor. Quería seguir con su vida ordinaria, sin penas ni glorias. Temía que mataran a algún ser querido por meterse como un estúpido con personas peligrosas, o que lo mataran a él, o a Gonzalo. De alguna manera sentía a la muerte cerca, merodeando en la esquina con el diablo al lado y una botella en la mano.

El profesor Florenzi estaba estacionado frente al parque, temeroso a la reunión por posibles represalias hacia su persona. Ya todos sabían que cometió un error imperdonable. Una noche, en plena crisis de nervios, llamó a su querido amigo Martinetti, el pediatra, y le confesó que en el pendrive que había perdido había un archivo donde aparecían los rostros de ambos y la hija del profesor, con la clave de descomprensión en una nota. Cometió la peor de las estupideces. El pediatra no pudo evitar insultarlo, no podía creer lo negligente que fue el profesor. Quedó expuesto. «¡Te voy a matar!», le gritó en plena crisis de odio. El pediatra puso al tanto a todos los miembros del grupo, como correspondía. Cada uno de ellos lanzó un alarido al cielo, reprochando y maldiciendo los acontecimientos. Todos desearon romper lazos con el profesor, y era lo que iban a hacer, ya que daban por seguro que tarde o temprano iban a apresarlos. La persona o personas que lo perseguían tenían pruebas contundentes y ni el mejor abogado del planeta podría

ayudarlo. Cualquier persona que se asociara al profesor corría el riesgo de ser investigado. El pediatra no era la excepción, ya que también aparecía en las fotos y videos, sin embargo, era una persona razonable, responsable y leal. En caso de que fuera a la cárcel, en un par de años lograrían sacarlo. Tenían dinero, la debilidad de la justicia.

El profesor pensó escapar a otra ciudad y vivir en el anonimato. Sabía muy bien que lo mejor que podía pasarle era ir a la cárcel. Confiaba en que iban a atrapar al hostigador o los hostigadores, pero con la tecnología en su auge, daba por hecho que podría ser expuesto por cualquier persona bajo el anonimato. Ya no eran los tiempos de antaño, donde se buscaba a una persona con información confidencial y lo silenciaban después de destruir las pruebas, dando por hecho que no había copias, y que si las había no tardarían en encontrarlas. El mundo digital, para el criminal, era el mismo cielo e infierno juntos.

Confiaba en la fuerte amistad que tenía con varios miembros del grupo, sobre todo el pediatra, y que, a pesar del inconveniente, iba a ser perdonado y, por consiguiente, todo iba a solucionarse. Eran personas influyentes y poderosas, todo estaba en sus manos.

Entre la duda, golpeó con fuerzas el volante, gritó fuerte y no pudo evitar sollozar. En plena crisis de nervios vio que dos jóvenes conocidos salían corriendo del parque como si estuvieran escapando de la policía. Eran dos de sus alumnos. En un principio tuvo una vaga idea de que ellos podrían ser los que iniciaron todo el drama, pero se olvidó de ello poco después.

Salió del vehículo y, sin perder más tiempo, fue directo a la sala amarilla, a la reunión. Era un día importante. Iban a mejorar el “catalogo” y subir un escalón en el mundo de la creación de contenido de entretenimiento exclusivo. Iban a pasar de tercera marca a segunda marca. Con el tiempo lograrían llegar a primera marca, con infantes bellos y tiernos, pero para eso necesitaban más dinero del que tenían. Poco a poco se construye el castillo.

Llegó a la sala amarilla. Las puertas estaban cerradas. Intentó abrirla, pero habían puesto llave desde el interior. El intendente Juan Manuel, se acercó a la ventanilla para ver quien intentaba ingresar. Le desagradó ver al profesor, y no lo ocultó. Antes de abrir avisó al resto y le indicaron que lo dejara pasar.

Entró. No hubo saludos. Lo ignoraron, estaban concentrado en los negocios.

Estaban sentados alrededor de una mesa redonda. El negociador tiró un sobre de papel que, dentro, contenía fotos de sus modelos especiales. El grupo de amigos discutía sobre cual niña o niño era la mejor opción, teniendo en cuenta la calidad y el precio. Antes se limitaban a alquilar infantes, pero querían dejar de ser tímidos y al fin tener lo propio y por tiempo indefinido.

Los infantes blancos, rubios y de ojos claros eran lo que estaban buscando. En las muestras que brindó el negociador solo se encontraban un par de estos infantes que tanto codiciaban. El precio de mercado, por cada uno, era de cincuenta mil dólares, en efectivo y al contado. Solían negociar con criptomonedas, pero ante la ardua y desenfrenada variación de precio decidieron aceptar dinero físico. El grupo de amigos podía costear a esos dos infantes, además de pagar un seguro a la red de tráfico por si el infante muere por causas naturales o suicidio en un plazo de seis meses. Rara vez pasaba, pero era una manera de evitar problemas por imprevistos desafortunados. Una vez realizado el pago, los modelos comprados llegaban en un plazo de una semana o, a los mucho, dos semanas.

La logística del traslado ya estaba bien estructurada, les pagaban fortunas a las personas correctas: Gendarmes, policías, militares, etc.

Cerraron el trato. Pagaron una mitad en efectivo, y la otra mitad debía ser pagada después de la entrega. Continuaron con la velada, tomaron vino, charlaron y se mostraron videos de pornografía infantil, entre otras excentricidades. El negociador les mostró fotos de infantes que pronto iban a formar parte del catálogo. «Pronto estaremos de cacería.», dijo el negociador entre risas, contagiando al resto. Cerraron la velada con brindis: «Prosperidad para nuestros negocios». El negociador salió y subió al auto que lo trajo, que llegó justo a tiempo.

El grupo de amigos aguardó en la sala amarillo, en silencio.

— Florenzi — dijo el intendente Juan Manuel, rompiendo el silencio —. ¿Alguna novedad sobre los que supuestamente encontraron el pendrive que perdiste?

El profesor negó con la cabeza, sin decir nada.

— ¿Sospechas de alguien?

Volvió a negar.

— ¿Qué tan complicado es la situación?

— Descuida, no es nada grave — respondió el profesor.

El jefe de la policía tuvo que intervenir.

— Me enteré que dos buenos policías te visitaron por una denuncia de violencia domestica— dijo —. Después de la visita estaban decididos de que algo no estaba bien, y que debían averiguar qué era cuanto antes. Tuve que detenerlos y convencerlos de que se trató de una mala broma llevada a cabo por algún estudiante desquiciado. No, en realidad no los convencí — se corrigió —, solo logré engañarlos por un tiempo. Si la persona que los llamó para que te visiten lo vuelven a hacer, lamento decirte que no voy a poder hacer mucho, caso contrario quedará expuesto.

El profesor Florenzi no encontró palabras para expresar su incomodidad y preocupación.

— ¿Qué piensas hacer? — preguntó Juan Manuel al profesor.

— ¿Qué opciones tengo?

— Buscar y encontrar cuanto antes a la persona que disfruta molestarte. Aunque debemos dar por hecho que ha distribuido el contenido de ese pendrive. ¿Los archivos estaban cifrados?

El profesor Florenzi miró a Juan Manuel sin titubear, y asintió.

— Bueno, eso nos da tiempo — comentó Juan Manuel, esperando que el profesor confesara que cometió la estupidez de escribir la contraseña en un block de notas que guardó en el pendrive. El pediatra se encargó de divulgar la información.

— Pido que me perdonen. No volverá a pasar — dijo Florenzi, afligido.

— No te disculpes — replicó el intendente —. Esfuérzate en solucionar todo el asunto. Por ahora te hostigan a vos, pero es cuestión de tiempo para que nos descubran. De hecho, justo por lo último, hemos decidido que debes apartarte. Al menos hasta que todo se calme. Sé que entiendes y no vas a darnos más inconvenientes.

— Creo que lo mejor será que me aparte — dijo el profesor, con lágrimas incipientes en los ojos.

Fue una forma modesta de expulsarlo del grupo.

No había nada más para decir. Cada uno de los miembros le dio un golpe en el hombro al profesor Florenzi, y sin mirarlo a los ojos. Cerraron todo trazo que tenían con él. Fueron formales y respetuosos, se aguantaron las ganas de molerlo a golpes.

— Te recomiendo que te vayas del país — le sugirió el pediatra, quien le tenía un afecto mayor —. Tienes dinero. Hazte una nueva identidad y vete lo más lejos que puedas y jamás regreses. Jamás contactes con nadie. Ah, y debes irte solo.

— ¿Y qué vas a hacer vos? — preguntó el profesor.

— Ya veré. Pero creo que voy a tener que hacer lo mismo. Irme y desaparecer por un tiempo, o para siempre. Ya veremos que sucede.

— ¿Y si al final todo esto resulta ser un malentendido?

— Si nada raro sucede, volveremos en lo que estábamos. Pero, por mientras, debemos tomar precauciones para no quedar expuestos. No te lo tomes personal, así de duro son los negocios.

Se dieron un abrazo amargo. La amistad que tenían se rompió en mil pedazos.

El profesor Florenzi volvía a su casa, transitando por la ruta nacional que atraviesa el pueblo. Iba triste y desorientado, toda su vida dio un vuelco trascendental y sin la posibilidad de remediarse. Supo que harían todo lo posible para sacárselo de encima. Sabía demasiado, y si lo atrapaban, eso era un gran riesgo para el resto. Tenía dos opciones: desaparecer o esperar a que lo mataran. Detestó la idea de dejar sola a su querida hija. Era lo que más amaba en el mundo, y daba la vida por ella. Odió con creces que su secreto fuera expuesto y que todos los conocidos, los seres queridos, sobre todo su madre, empezaran a percibirlo como un perverso psicópata y lo destinaran a la marginalidad. Solo y sin amor. No quería hacer sufrir a nadie, y mucho menos deseaba vivir aquello, que cada vez parecía ser una posibilidad cercana.

Hizo perspectiva sobre su futuro y lo detestó. No pudo evitar llorar, la angustia lo superó. Aceleró el vehículo mientras gritaba para desahogarse. Dio fuertes golpes al volante. Su hija era todo en la vida, y se iba a quedar sin ella, sin vida. «¡Abigail!», aulló el nombre de su único amor y sostén en el mundo terrenal. Por primera vez se sintió culpable por haberla violado, arrebatándole la infancia y el resto de su vida. Se dejó cegar por el deseo y la perversión, sugestionándose el credo de que todo era solo amor y que era lo correcto y razonable que un padre inicie a su amada hija al mundo del sexo. La depresión lo ahogó, no se vio capaz de soportar semejante delirio, así que, en plena crisis de nervios, decidió cambiar de carril y chocar de frente contra otro vehículo.

El impacto fue estrepitoso. Los vehículos quedaron irreconocibles. En el otro vehículo viajaba una madre con sus dos hijos, quienes volvían de un cumpleaños. Los tres murieron, devastando así a toda una familia, a la comunidad en general. El profesor Florenzi, en cambio, sobrevivió al impacto.

El pediatra llegó a su hogar con la cara demacrada debido a la ansiedad. Uno de sus buenos amigos corría peligro y su hija estaba desaparecida. Creía con creces que su hija aparecería tarde o temprano, lo que tanto pudor le causó fue la desorbitada preocupación de su esposa. Deseaba estar tranquilo, acostarse y leer alguna novela de ficción. Debía despejar la mente, aclararla para poder pensar mejor.

Esquivó a su esposa, quien lloriqueaba sentada junto a la mesa de la cocina. Solo la saludó con un beso en la cabeza. Se metió en la ducha, ritual que se vio interrumpido por un llamado telefónico. En un día normal su esposa hubiera atendido por él, pero esa normalidad era ya un vestigio lejano. Sin ganas, salió de la ducha tapándose las partes íntimas con una toalla blanca, el color favorito de los médicos. Buscó el celular y atendió:

— ¿Sí?

La voz del otro lado era la del intendente Juan Manuel. Le contó que el profesor Florenzi tuvo un grave accidente y que se encontraba en estado crítico, pero vivo. Omitió la muerte de la madre y sus dos hijos que viajaban en el otro vehículo. Lo necesitaban lucido.

— Eso es terrible — comentó el pediatra, triste por la tragedia de su buen amigo.

— Es terrible porque sigue vivo.

Hubo silencio.

— Perdón por ser tan chocante — dijo Juan Manuel —, pero Florenzi nos tiene con la soga al cuello y puede ahorcarnos cuando se le venga en ganas.

El pediatra conocía muy bien las intenciones del resto de la agrupación. La posibilidad de que Florenzi se fuera a otro país era arriesgada, ya que este, en un desvariado ataque de ansias y odio, podía chantajearlos y exponerlos cuando se le viniera en ganas. Como el profesor Florenzi era algo inestable, solo tenían una única opción.

— Entiendo — aclaró el pediatra.

— Por eso necesitamos que hagas algo por todos nosotros.

— ¿Es arriesgado?

— Si te descubren lo es — respondió Juan Manuel, logrando ponerlo nervioso. Ante el silencio del pediatra, decidió ir directo al grano: —. Necesitamos que vayas al hospital y lo silencies. ¿Sabes a qué me refiero?

Claro que lo sabía.

— Veré que puedo hacer — dijo el pediatra reteniendo la rabia.

Juan Manuel vio conveniente darle la otra parte de la noticia para inspirarlo.

— Chocó contra un vehículo donde viajaba una madre con sus dos hijos. Los tres están muertos.

El pediatra suspiró. El juego de la moral es confuso.

— Estaba borracho. Sin dudas lo apresarán e interrogarán cuando salga del hospital, y no podemos permitir que eso suceda — Juan Manuel puso en la mesa una verdad convincente.

— Entiendo. Haré todo lo posible — dijo antes de cortar el llamado.

Decidido, se vistió, buscó una jeringa y una capsula con un químico especial, y fue hasta el hospital principal, donde internarían al profesor Florenzi.

El profesor Florenzi fue internado en la sala de urgencias. Los médicos trabajaron arduamente por un par de horas para estabilizar el estado del paciente. Creían que no iba a sobrevivir, pero en los hospitales las sorpresas son constantes. El profesor Florenzi estaba grave y frágil, con el rostro hinchado y un par de costillas rotas, no obstante, respiraba con normalidad y tampoco perdió demasiada sangre. Le conectaron el sensor cardíaco para prevenir posibles ataques al corazón. Estaba sedado y no iba a despertar por varias horas, o días, inclusive. Cuando lo estabilizaron, los médicos siguieron con su trabajo normal. Asignaron a una enfermera para que lo cuidara en todo momento y así alarmar a todo el personal médico por si la salud del profesor sufría estragos con riesgo mortal.

El pediatra Martinetti llegó al hospital principal después de ir a un bar a tomar cerveza para matar el tiempo. Solía trabajar en el hospital cada vez que podía, por ende, todo el personal lo conocía. Dedujo, por sentido común, que su querido amigo Florenzi estaba en la sala de emergencias. Dio por hecho que ya lo habían estabilizado, o, en el peor de los casos, estarían intentando resucitarlo o avisando a la familia sobre el fallecimiento del mismo. Saludó a todo el equipo del personal que se cruzó en el camino. Era respetado, y nadie lo increpó con la intención de inmiscuirse en sus asuntos o evitando que accediera a ciertas salas del hospital. Era un privilegiado. La cerveza lo ayudó a anestesiarse los sentimientos empáticos y morales. Debía matar a un buen amigo por el bien de todos. La decisión estaba tomada, si no lo hacía él, otro lo haría con mucho gusto y de la peor manera.

Vio a la enfermera encargada en vigilar los signos vitales del paciente merodeando por la sala de emergencia, atormentada y aburrida. Día a día se arrepentía de haber estudiado enfermería.

— ¿Doctor Martinetti? — la enfermera lo vio acercarse con paso lento y actitud afligida, con la cabeza baja y ojos tristes.

El pediatra la miró a los ojos, serio, y frunció los labios, intentando sonreír.

— Buenas noches — dijo sin el brillo energético que lo caracterizaba.

La enfermera, joven y bella, no tardó en reconocer el malestar del visitante. Recordó que el profesor Florenzi era un buen amigo del doctor. Varias veces los vio bebiendo cerveza en los bares locales.

— ¿Cómo se encuentra? — preguntó el médico con mirada despectiva.

La enfermera miró al paciente y se relamió los labios buscando una buena respuesta.

— Bien y mal — contestó —. Sigue vivo y está estable, pero puede empeorar en cualquier momento.

— Lo normal. — si bien era pediatra, varias veces participó y ayudó, por falta de personal, a otros doctores en internaciones de riesgo donde el paciente, estando fuera de peligro, murió por complicaciones cardíacas. El juego de la vida y la muerte está lleno de sorpresas —. ¿Puedo echar un vistazo? Sorprendida por la pregunta, ya que era un doctor de renombre, siguió la conversación, accedió y vio razonable dejarlo solo.

— Voy a ir al baño, cuídelo por mi — dijo, escapando por si el doctor empezaba a llorar. No estaba de humor para consolar a nadie.

El pediatra guardó silencio y esperó que la enfermera saliera de la sala. El eco de los pasos era bastante sonoro. Escuchó como se alejó. No iba a correr ningún riesgo de ser importunado, las pisadas eran la alarma de advertencia.

Se acercó a la camilla donde estaba el profesor Florenzi. Le dio pudor verlo con tubos en el cuerpo, además de notables y horribles cortes en el rostro y la cabeza. Antes de caer en el delirio de la sensibilidad sacó la capsula con un líquido especial y codiciado que consiguió gracias a sus buenos contactos en el mercado negro, preparó la jeringa y lo inyectó en el brazo derecho de su buen amigo. Se quedó con la jeringa en la mano, apuntando con la aguja al techo. Ya no había lugar para arrepentimientos, no obstante, el pensamiento de que había otra salida para lidiar con el asunto comenzó a martirizarlo. Envolvió la jeringa en un trapo y lo tiró en un cesto de basura lleno. Dio por hecho que nadie iba a saber de la existencia de la jeringa, el líquido que inyectó en el cuerpo de Florenzi no es detectable. Además, el factor humano acrecentó el éxito del pediatra debido a la incompetencia de los profesionales y las limitaciones por la falta de instrumentos. Los políticos ignoran el sistema de salud.

Con el trabajo hecho, se fue del hospital antes de que la enfermera volviera a la sala de emergencias. Tuvo la intención de despedirse de su buen amigo por respeto a su memoria y todo lo que vivieron juntos, pero no era el lugar ni el momento indicado. Subió a la camioneta, arrancó y volvió al hogar. Cuando llegó y detuvo el vehículo la conciencia empezó a pesarle. El efecto del alcohol desapareció poco a poco. Vomitó dentro del vehículo, en especial el asiento del acompañante. Una vez que las náuseas cedieron, bajó del vehículo, con el rostro pálido, y escupió al suelo quitándose el mal gusto de la boca. Buscó en sus bolsillos un chicle de menta para bendecir el aliento. Debido al estrés y a los nervios, tardó en ver y reconocer un patrullero policial estacionado frente a la casa. Dedujo que su querida esposa llamó para denunciar la desaparición — el drama innecesario — de Aylén. Aun debía lidiar con otros asuntos. Estaba hastiado de todo, solo quería dormir doce horas seguidas.

El oficial Fabricio Saez, un hombre de la tercera edad, con panza de cervecero y bigote canoso, estaba viendo, sentado en un sillón individual, a su club de futbol favorito: Racing Club. Gritaba con frustración porque su equipo jugaba mal. Insultaba como un buen fanático. Ese día olvidó ponerse la camiseta del club, el ritual característico de la velada, entonces, como un buen supersticioso, fue a buscarla y se la puso. Besó el escudo y le rezó a dios, inclinando la cabeza al cielo con los ojos cerrados, para que su equipo ganara el partido. Venían de una racha de cinco partidos sin victorias y el equipo necesitaba ganar para salir del agujero. En una jugaba a favor que casi terminó en gol, el oficial Saez no pudo evitar volcarse un vaso de cerveza en la remera del club. Insultó a todos los ángeles del catolicismo. Le dio igual, al final era un poco de cerveza. Volvió a llenar el vaso y bebió con gusto. Para él, a su edad, la cerveza era como el agua.

En un momento tenso del partido, con todo el plantel de Racing en la defensa, sonó el timbre de la casa. Siempre odió que lo interrumpieran cuando veía futbol, lo consideraba como un acto de sacrilegio al género masculino. No obstante, siendo respetuoso, bajó el volumen del televisor, dibujó su mejor rostro y fue a atender.

No vio a nadie. Maldijo en voz baja dando por hecho que los jóvenes del vecindario estaban jugando a tocar los timbres de la casa para después salir corriendo. Esperó unos segundos en la puerta por si alguien aparecía. Era de noche y nunca se sabe quién aparece de entre las sombras. Cuando giró para entrar a la casa, vio en el suelo un sobre improvisado de papel blanco. Sin pensarlo dos veces lo recogió e ingresó al hogar. Tiró el sobre de papel sobre la mesa de la sala de estar y fue a ver el partido, «Lo leo después.», se dijo. Siempre fue curioso, y de la nada comenzó a pensar en el sobre y el horario peculiar en el que lo recibió. Al principio creyó que era una factura a pagar o algo formal. Recordó lo improvisado que era el sobre, señal clara de que fue hecha por manos inexpertas. De la curiosidad pasó a la intuición de que podía tratarse de un asunto serio. Como era un policía conocido y respetado, era lo más probable.

Olvidó el partido de futbol y fue hasta la ubicación del sobre para abrirlo. Las aristas estaban algo húmedas debido al pegamento que usaron para unir las que aún no secaba del todo. Palpó el contenido y sintió una perturberancia pequeña y rectangular. Abrió el sobre con cuidado y sacó el pendrive, que lo tomó por sorpresa. Ni en mil años hubiera pensado en que era un pendrive. Suspiró y chasqueó con la boca. Dio por hecho que era un asunto serio. A lo sumo, podía ser una broma de algún conocido, pero eso era tan extraño que abandonó la idea después de un par de segundos de haberla planteado. La intuición fue poderosa.

Tenía un DVD con un puerto de USB conectado al televisor. Al final decidió que lo mejor era conectar el pendrive en la computadora del hogar. Lo hizo. El nombre del dispositivo fue muy peculiar: «Evidencia». Aún tenía el sobre en la mano y husmeó nuevamente el interior. Dentro encontró una nota de papel que fue escrita por computadora. La leyó y quedó anonadado y casi sufrió un ataque de nervios.

«Oficial Sáez, primero que nada, lamento que usted deba cargar con un asunto como este. La verdad es que no se lo deseo a nadie, pero creo que usted es la persona indicada para terminar con todo el asunto de una vez por todas. En el pendrive hay evidencia de que el profesor Florenzi abusa sexualmente de su hija. Aclaro que aparece otra persona que usted, sin dudas, logrará reconocer. Debo advertirle que detrás de todo esto, y no

tengo duda de ello, hay toda una organización dedicada a la creación de contenido ilegal (pornografía infantil), cuyo miembro principal es el profesor Florenzi. Tuve el atrevimiento de acceder a una reunión de las personas que sospecho que forman parte de dicha organización para tomar fotos y dejarlos en evidencia. Estoy seguro que conocerá a todas las personas que aparecen en las fotos. En la carpeta que dice “Superheroes”, dentro del pendrive, hay videos donde aparecen hombres disfrazados de personajes de ficción, y creo que son las personas que aparecen en las fotos de la reunión. Lo dejo a su criterio. Lo importante es que comience a investigar. Espero logre terminar con esto y meter a todos esos perversos en la cárcel.»

No fue una nota redundante, tampoco fue explícita en detalles, y no hubo despedidas. Fue una nota con un mensaje de advertencia. El mensaje real está en la evidencia. Sáez recordó la sensación de mala espina que tuvo cuando fue a visitar al profesor Florenzi por una supuesta denuncia de violencia doméstica. Quiso regresar a la casa del profesor, pero el jefe de policía se lo impidió. Tan grande fue la sorpresa de Sáez cuando vio a su superior en las fotos de la reunión donde supuestamente se reunieron los miembros de una organización ilícita, que comenzó a creer que todo era parte de una mala broma o de un mal sueño. Le pareció extraño cuando su superior fue tajante y vehemente al indicar que el profesor Florenzi era un buen ciudadano y que no había razón para molestarlo, pero todo empezó a tener sentido.

Vio cada foto y reconoció a cada uno de los miembros de la supuesta organización, menos al turista de traje que comerciaba infantes por todo el país. Eran personas influyentes y respetadas. Le sorprendió no encontrar al profesor Florenzi en las fotos. No tuvo el atrevimiento de conjeturar al respecto. Eran fotos de personas teniendo un encuentro casual. Siguió escrutando el contenido del pendrive. Solo un par de fotos bastaron para hacerlo saltar de la silla de escritorio. Fue hasta la cocina para vomitar en el fregadero. Vio un par de fotos del profesor Florenzi penetrando a su pequeña hija. La maldad suele ser, en ciertos casos, incoherente. Deseó, en ese momento en particular, volver el tiempo y dedicarse a otra cosa. Fue mucho para su conciencia y cordura. Lamentó con creces la labor de seguir viendo lo que ese maldito pendrive contenía. Se vio obligado a hacerlo para poder meter en la cárcel a los participantes. La moral por ayudar a unos simples infantes fue fuerte, tanto que ignoró el hecho de que si proseguía aceptaba la autodestrucción.

Volvió a la computadora, y con total valentía se lanzó al cataclismo de lo diabólico. Vio las fotos donde aparecía el doctor Martinetti. Sintió asco y odio irracional por los dos perpetradores de infantes. Llegó a un video donde el profesor y el doctor reían mientras la hija del primero bailaba desnuda. Cerró todo, no pudo seguir viendo, y volvió a las fotos de la reunión. Según la carta cada uno de los fotografiados formaban parte de una organización dedicada a la creación de contenido audiovisual ilegal. Compartió, con la mayoría de ellos, almuerzos y cenas. Siempre tuvo bajo sus narices a unos completos perversos. Si bien aún no había visto pruebas de que ello fuera verdad, lo creía con creces. Supo que, de ser el caso, sería difícil empezar una investigación al respecto por la gran influencia que tienen los involucrados en las ramas del poder. Estaba solo, suplicando poder encontrar a algún voluntario que no les tema a posibles represalias, a otro policía de verdad.

Había mucho para procesar. Olvidó el partido de fútbol y apagó el televisor. Estaba anonadado. Increíblemente. Jamás había imaginado toparse con unos pederastas

empoderados. Era consciente de que es una realidad latente y contundente en el mundo, pero que sucediera en un pueblo donde rara vez pasa algo relevante lo dejó contra las cuerdas. No era capaz de imaginar por todo lo que había pasado la persona, o personas, que se tomaron las molestias de recopilar toda la evidencia. Supo que nunca conocería al justiciero anónimo, pero le pidió a dios que, sea quien sea, lo tuviera bajo el poder de la protección.

Sentado en el sillón donde minutos atrás estaba sentado disfrutando de un buen partido, fue traicionado por su mente y tuvo nauseas. «Pobre niña, no puedo creerlo. Dios santo, protege a esa niña, por favor.», repetía en voz baja una y otra vez con voz herida.

Aun le quedaba ver otra carpeta de archivos llamada «Cp-man». No estaba al tanto de la jerga de los pedófilos, pero dedujo, con facilidad, que había niños de por medio.

Pensó en cómo iba a reaccionar cuando se topara con uno de los pedófilos y este le extendiera la mano con una amigable y gentil sonrisa. Imaginó como, en especial a su superior, le metía una bala entre los ojos. Lo deseaba, pero así no es como funciona la justicia de la hipocresía cuya balanza siempre tiende a ceder ante el dinero. Debía mostrarse indiferente ante el mundo, al menos hasta que encontrara como proceder con el caso. Era una tarea casi imposible debido a todo lo que implica, pero no tenía otra opción si quería atrapar a los pedófilos que aparentan ser ciudadanos decentes.

Volvió, con reticencia, a la computadora. Abrió la última carpeta de archivos y empezó a ver lo que contenía. Eran hombres con máscaras de superhéroes abusando de menores de edad. Nada para agregar. Podía ser cualquier lugar y podían ser cualquier persona del nefasto planeta tierra. No había nada para deducir o, siquiera, conjeturar.

No tuvo la gracia que se tiene cuando la mente está clara. Prefirió dejar todo, ir a dormir, aclarar la cabeza y volver al asunto con toda la lucidez posible. Había mucho para pensar, planear y, lo importante, controlar sus impulsos salvajes. Camino a la cama, no pudo sacarse de la cabeza las imágenes que vio. Por suerte su esposa, que en ese momento fue a cuidar a su vieja y decrepita madre, tenía pastillas para dormir. Bendijo a esas pastillas mágicas y a todas las drogas que facilitan el día a día de las personas.

Gonzalo y Dante, después de ir hasta la casa del oficial Sáez para entregar la evidencia, se dieron la mano sin decir nada, como si hubieran cerrado un trazo importante y secreto. Ya habían hecho lo único razonable y real que podían hacer. Sus vidas no iban a correr peligro alguno y dejaron que las autoridades pertinentes se encargaran de todo. Aun así, temían que las autoridades optaran por la indiferencia, como si nada sucediera bajo sus narices, cosa que es común en territorios donde la corrupción está normalizada.

Cuando se separaron, ambos escucharon las sirenas estridentes de la policía y la ambulancia. En días normales hubieran seguido el escándalo para ver que había pasado. Eran curiosos y les gustaba ver problemas de las personas del pueblo. El entretenimiento moderno se basa en reírse de la humillación ajena.

Dante, en particular, agradeció a todos los espíritus santos por haberlo ayudado a despojarse de tremenda responsabilidad. Gonzalo, en cambio, siguió sintiendo que todo era, de alguna manera, responsabilidad suya. El, sin querer hacerlo, encontró el pozo repleto de excremento. Se hizo la promesa, en caso de que las autoridades no moviesen un pelo, que iba a exponer a los responsables de las atrocidades que le tocó ver. Ese fue el fin principal del porque conservó la evidencia en su computadora. Esta vez procuró esconderlos mejor, lejos de los curiosos. Una parte de Gonzalo se sentía culpable por

haber metido a Dante en un peligro contundente, y otra parte estaba agradecida de que Dante hubiera descubierto los archivos venenosos, caso contrario no era capaz de imaginar que hubiera hecho, él solo, al respecto. Intentó no pensar demasiado en ello, ya todo había terminado para él y para Dante, o al menos eso creían.

Dante, antes de llegar a su casa, recordó a su amiga perdida e intentó llamarla de nuevo. Necesitaba escuchar la voz de ella, rindiéndose ante el hecho de que no iba a poder hacerlo con normalidad después de que atraparan al pediatra por cargos de pedofilia. La voz de Aylén en el contestador logró engañarlo. «Si que eres dramática, querida.», se dijo, recordando las palabras del pediatra, de que Aylén era fanática del drama. Aceptó que lo ignorara, ella debía procesar demasiadas novedades. No fue capaz de ponerse en los zapatos de ella, no le fue posible imaginar que hubiera hecho él si su padre fuera un completo perverso. En ocasiones es mejor caer en la indiferencia y centrarse en lo banal para seguir el curso de la sociedad común, cuya preocupación es solo ganar dinero para gastarlo en cosas innecesarias.

El día estaba soleado, y la brisa proveniente desde la cordillera era refrescante, una combinación perfecta. Era un día especial para ir a tomar mates a la plaza o andar en bicicleta en la montaña. Dante nunca imaginó que en un día tan hermoso vería a su querida amiga y amor de su vida dentro de un cajón. La madre de Dante lo despertó, angustiada, y le dijo lo que había ocurrido: «Tu amiga Aylén falleció». No tuvo reacción alguna aparte de sumirse en la incredulidad. Todo le pareció tan irreal que creyó estar en un mal sueño. Cogió el celular y vio los mensajes de muchos de sus amigos que lamentaban la muerte de Aylén. La mayoría subió fotos en las redes sociales recordando la memoria de Aylén, deseándole, además, que descanse en paz por toda la eternidad.

En el velorio, Dante vio a toda la familia de ella llorando a borbotones y gritando con fuertes alaridos de dolor. Lo normal. Vio al pediatra y no le importó que fuera un pedófilo de porquería, hasta llegó a sentir pena por él. La madre de Dante no pudo evitar romper el llanto. Dante la observó y le fue extraño verla en esa situación. Caminó lento hasta el cajón y la vio a ella, pálida y con los ojos cerrados. «La bella durmiente», pensó. Un nudo en la garganta le hizo perder el equilibrio. Su cuerpo tambaleó, pero no llegó a caer al suelo. Miró a los alrededores, vio a todos llorando, mirando al cielo, al suelo, perplejos y conmovidos. La madre de Aylén gritaba mirando al cielo, con un llanto demencial, y le pedía respuestas a dios de porqué se llevó a su amada hija tan pronto.

Cuando vio la oportunidad se acercó al cajón. Quiso hablarle con el vil deseo de recibir una respuesta. Aylén, su amada amiga, estaba en un cajón esperando a ser devorada por gusanos que esperaban ansiosos en el cementerio. Empezó a agitarse. La mandíbula le tembló, pero retuvo el llanto con todas sus fuerzas. «Si que eres dramática.», imaginó que le decía mientras ella reía a carcajadas por el contexto de la situación. «Sin drama la vida no tiene sentido. En este caso, la muerte no tendría sentido.», imaginó que le respondía Aylén.

Tuvo el valor de acariciarle la palma de la mano izquierda. Era suave y muy fría. No aguantó más la imagen tenebrosa de la muerte, de un cuerpo sin espíritu, y se alejó tanto como pudo. Salió del velatorio, mirando hacia el suelo y chocando con quien se atravesaba en el camino. La madre de él lo siguió y tuvo las molestias de disculparse con las personas que fueron golpeadas por su hijo. Cuando salió, buscó a su hijo con la mirada, y no lo encontró. Se esfumó. En vez de preocuparse, prefirió dejarlo en paz, entendiendo que necesitaba estar solo. Era solo un joven que no estaba preparado para un escenario que con el tiempo se torna normal y natural.

Pocos sabían la causa que provocó la muerte de la joven Aylén, la familia prefirió dejarlo en secreto. El rumor que difundieron fue que estaba muy enferma. Nadie hizo más preguntas.

Aylén murió porque se cortó las muñecas. El suicidio perturba a los vivos. Fue encontrada por un policía en la casa abandonada, al lado de la casa familiar. El policía, haciendo su deber, recorrió la cuadra, caminando, mientras su superior hablaba con los padres de la desaparecida. Vio la casa abandonada y recordó la leyenda urbana que el pueblo se encargaba de acrecentar con relatos cada vez más sonoros. La supuesta casa embrujada le llamó demasiado la atención. La oscuridad del interior se vio perturbada por una luz brillante que provenía del interior. Observó con detenimiento para verificar que

no se trataba del reflejo del alumbrado de las calles. Cuando estuvo seguro que no, tuvo el atrevimiento de entrar. Es ilegal hacerlo sin una orden de allanamiento, pues, aun estado deshabitada, era un terreno privado. Le dio igual, pocas veces cumplen con la formalidad de los derechos. Entró al terreno cruzando por una parte rota del alambrado que protege el mismo. Era una casa linda y el terreno bastante amplio. La casa de sus sueños. El oficial, una vez cerca de la casa, se alarmó al escuchar un leve tintineo proveniente del interior. No tuvo dudas de que se trataba de un celular. Podía ser el celular de un drogadicto y sus amigos, o de algún ladrón que usaba esa casa para ocultarse. Había demasiadas opciones. También se le ocurrió que podía tratarse de la joven desaparecida, que vio conveniente esconderse en la casa abandonada, sabiendo que nadie entraría a husmear y que la dejarían tranquila.

Alzó la voz para advertir su presencia y nadie respondió. El celular dejó de sonar, pero la luz aún iluminaba un cuarto del interior. La puerta de la casa estaba entreabierta. La empujó con suavidad y entró. El interior estaba repleto de polvo, causa del abandono. Fue hasta la única puerta que estaba abierta, correspondiente a una habitación pensada para ser dormitorio. Al acercarse percibió un contundente aroma a químicos de limpieza, principalmente de lavandina, sustancia rica en cloro.

Entró al cuarto y pisó una sustancia viscosa. Estaba oscuro pero la luz de la luna iluminaba un poco, no obstante, no podía distinguir que era. Buscó su celular para encender la linterna y dio un salto hacia atrás cuando distinguió la abundante y oscura sangre en el suelo. Iluminó el interior del cuarto, ansioso y asustado, y vio lo peor. Aylén estaba sentada en el suelo, desnuda, apoyada en la pared, con los ojos cerrados, sentada sobre un gran charco de su propia sangre. El oficial reaccionó y se acercó al cuerpo de ella con la esperanza de que siguiera viva. Fue inútil, estaba muerta. Antes de quitarse la vida, Aylén limpió la habitación por completo para tener una muerte limpia y especial.

Compungido por el escenario, salió corriendo de la casa, debido a su mala preparación, como la mayoría de los policías locales, y vomitó hasta vaciar el estómago. Empezó a sollozar. Fue mucho para su serena y limpia conciencia.

Dante encontró refugio en el parque del pueblo, su lugar favorito en el mundo. Estuvo horas en el olvido, recordando todos los momentos que tuvo con Aylén. A pesar de la angustia, no fue capaz de llorar la partida de su amada. Era muy pronto. Antes debía cavilar todo, procesarlo y comprenderlo. Es difícil aceptar que un ser querido dejó la vida por decisión propia. El muerto no sufre, pero los que quedan no vuelven a ser los mismos. Cada quien sufre su propio punto de inflexión.

Detestó el hecho de que la última imagen que tenía de ella, la que iba a perdurar, era la de su cuerpo frío e inerte. De tanto pensar, comenzó a culparse por la muerte de Aylén. Conjeturó la idea de que las cosas podían haber sido diferentes. Por fin lamentó no haber escuchado a Gonzalo cuando puso como regla principal no involucrar a nadie más. Creyó que al contarle todo a Aylén, le estaba haciendo un favor a ella para que se preparase para lo peor. Al fin y al cabo, su padre era un perverso que debía estar cuanto antes en la cárcel. Nadie sabe las consecuencias que tendrán las acciones que se llevan a cabo.

Rendido ante la realidad, cerca de aceptar los hechos, decidió ir hasta el cementerio y darle la despedida formal a su amada.

Caminaba lento y con indiferencia. Veía todo y a la vez no veía nada. Caminaba en modo automático. Tomó el camino que pasa por el velatorio. El tumulto de personas y de autos que se encontraban en el velorio de Aylén ya no estaban presentes. Solo había pocos autos estacionados frente al edificio, que bien podían ser los de cualquier vecino.

Pasó frente al edificio y escuchó llantos provenientes del interior. Sin pensarlo dos veces, apresuró el paso y entró al edificio esperando ver a los familiares de Aylén.

Vio al oficial Sáez, fingiendo tristeza, observando a la familia del profesor Florenzi, quienes lloraban sin pudor la pérdida de tan amado ser. A Dante, la muerte de Florenzi, lo dejó perplejo, además de sentirse satisfecho porque el mundo tuvo la dignidad de despojarse de una persona horrible.

No pudo evitar hacer preguntas, debía saber que sucedió. Vio que el oficial Sáez estaba entusiasmado por la muerte de Florenzi y se acercó a él.

— ¿Que le sucedió? — preguntó Dante.

El oficial Sáez respondió con normalidad.

— Tuvo un accidente de auto.

— Terrible... — comentó Dante con tono neutro.

— Sí, fue terrible. Más porque chocó contra un auto donde venía toda una familia...

Dante esperó el remate.

— Ninguno sobrevivió.

— Eso sí que es terrible.

— Muchas muertes en un mismo día. — dijo el oficial Sáez mientras observaba con mirada penetrante a la hija del difunto profesor. La niña estaba confundida, pues era muy pequeña para entender todo lo que pasaba.

Dante aguardó unos segundos, fingió afligirse, y se fue lo más rápido que pudo.

Sáez, debido al contexto de la trama, planteó la idea de que fue el profesor Florenzi fue asesinado, o que el accidente fue influenciado por terceros. Le pareció buena idea pedir que hicieran una autopsia exhaustiva al cadáver del profesor, para verificar la causa

de la muerte, pero se abstuvo porque hacer eso era perder tiempo, y temía alarmar al resto de los perversos.

Esperó encontrarse con toda la manada de perversos en el velorio, pero nadie se presentó. Sin embargo, la respuesta a la ausencia de estas personas era que estaban acompañando el cajón de la joven que tuvo la valentía de quitarse la vida. Sáez conocía bien la causa de muerte de Aylén, y sintió pena por ella, concluyendo que el motivo principal fue que descubrió el verdadero rostro de su padre, el pediatra degenerado. Entre tantas respuestas que buscaba, le interesó saber si Aylén fue la persona que le entregó el pendrive en la puerta de la casa. Nunca lo sabrá. No obstante, no iba detenerse hasta ver a cada uno entre rejas o, mejor aún, muertos.

Gonzalo no fue al velorio de Aylén, pero sí al cementerio, a presenciar el último adiós. Estaba triste, pero, al igual que Dante, no podía evitar sentirse responsable de la muerte de Aylén. En retrospectiva, se hizo la idea de que pudo evitarlo, de que pudieron evitarlo. Solo debían guardar el secreto y no involucrar a nadie por obvias razones. Por otro lado, creyó que el final de Aylén era inevitable. Tarde o temprano se iba a enterar de que su padre era un verdadero monstruo. La culpa disipó con facilidad, ya que todo lo que hicieron fue para salvar a infantes que eran explotados sexualmente, además de exponer a los responsables. No había lugar para arrepentimientos, pero sí para cuestionamientos. Todo tiene precio, y cada acción sus consecuencias. La moral es extraña, pero no ciega.

Estaba esterado de la repentina muerte del profesor Florenzi, su madre, acostumbrada a escuchar la radio, fue quien se encargó de darle a conocer la noticia. Gonzalo sintió satisfacción, pues era una muerte que ansiaba. Solo quedaban varios más e iba a poder vivir con la conciencia limpia y en paz, o al menos tanto como la mente se lo permitiera.

Con los conocidos que se cruzaba en el camino hacia el nuevo hogar de Aylén, en una fosa común, junto a familiares muertos, solo se limitaba a saludar inclinando la cabeza, reverencia utilizada en eventos formales. Le sorprendió ver a dos personas conversando como si estuvieran en un cumpleaños infantil. Eran parientes que no se veían desde hacía mucho tiempo. La muerte tiene el poder de juntar a todos los seres queridos en la misma mesa para recordar viejos tiempos o vivir nuevos eventos, además de abrir las puertas a la reflexión. Las lapidas dan escalofríos, terror, y la vez nos ayudan a extirpar todas las preocupaciones que cargamos en el día a día y que al final resultan inverosímiles. Nuestro destino final es el cajón, no hay que ensañarse en sandeces que envenenan la fugaz vida que tiene el ser humano.

La sonoridad del ambiente era la sinfonía de sollozos en diferentes tonos. Cuando llegaron al destino final, un doliente y estridente llanto fue dominando a las personas que eran muy cercanas a Aylén. Nada extraordinario.

Gonzalo, al ver al grupo de amigos, conocidos como los Cp-man, reunidos a varios metros de la multitud, todos con traje y lentes, serios, como si fueran un grupo dedicado a la seguridad, pasó de estar afligido a estar alarmado. Las ratas siempre andan en manada. Uno de los hombres de traje negro, el intendente, llevaba una reluciente corbata con mariposas negras, y Gonzalo no era capaz de aceptar tal descaro y frialdad. Eran hombres de terror. Nada les impostaba. Solo fueron al funeral de la hija de uno de sus miembros por mera diplomacia. No estaban para nada afligidos, estaban alegres por librarse de un ser odioso como Florenzi. «Una espina menos en el culo». Después del cementerio pensaban ir a un bar y brindar por la prosperidad del negocio.

Los hombres de traje no se inmutaron cuando se percataron de que un joven los miraba fijo y sin titubear. Gonzalo estaba furioso y asqueado. Hasta se hizo la pregunta de si en algún momento uno de esos hombres con traje tuvo la intención de abusar sexualmente de Aylén, o de si logró hacerlo y mantenerlo en secreto. Para disipar dudas, el grupo tenía rotundamente prohibido tocar a los familiares de sus pares o los propios. Florenzi fue la excepción, todos estaban empoderados, con el credo de ser intocables, e ignoraron el incumplimiento de una regla primordial.

El resto de la ceremonia estuvo repleta de emociones y sensaciones que son propias de cada individuo. Hay que dejar descansar en paz a los muertos.

El oficial Sáez era consciente que debía actuar cuanto antes, aprovechando que todos están distraídos. Sabía que no iba a ser fácil, y que debería romper con decenas de reglas morales y profesionales. Siempre fue un fiel seguir de los protocolos, bien afianzado a la ley, pero por primera vez en su vida vio que todo lo que defendía con creces le jugaba en contra. El poder lo controlan los poderosos, el resto solo se limita a seguir órdenes.

Después del funeral, en la noche, regresó al hogar y se sentó frente a la computadora. Por suerte su amada esposa aún estaba haciendo de niñera. Para poder formular un plan y proceder cuanto antes, debía estar seguro de que las sospechas eran una certeza, caso contrario arruinaría todo y les daría una oportunidad a los delincuentes para salirse con la suya. Abrió la carpeta de archivos que contenía los videos de los hombres vestidos como superhéroes que abusan de niños. Le fue difícil, por lo que, para blindar sus emociones, fue hasta la cocina y bebió dos grandes vasos de cerveza fría. Volvió y empezó a ver los videos con detenimiento, intentando ignorar las violaciones, para dar con alguna pista sobre quienes podrían ser los participantes y del lugar donde operaban. Nada, no vio nada aparte de una habitación cualquiera con un sillón grande, rojo, y una cama de dos plazas con una colcha de Spider-man. Los hombres estaban desnudos, pero llevaban máscaras, y podía ser cualquier rata del mundo. Cuando estaba por rendirse, Sáez notó, sin querer hacerlo, que uno de los hombres tenía un tatuaje muy peculiar en un el pecho. Detuvo el video. Ya había visto antes ese tatuaje, y demasiadas veces, y pertenecía al jefe de la policía, a su jefe, quien aprovechaba cada ocasión para mostrar y recordar a sus conocidos lo orgulloso que estaba de llevar marcado en el cuerpo a su ídolo de toda la vida. Pocas personas llevan en el pecho un tatuaje con el rostro de Juan Domingo Perón.

Con gran dificultad logró procesar que siempre estuvo bajo el mando de un pedófilo, de un criminal. Compartió la mesa demasiadas veces con ese sujeto. Le dio impotencia nunca, siquiera, haber sospechado nada. Las personas son expertas en ocultar el monstruo que llevan dentro.

Aprovechando la inspiración, empezó a verificar si algún video fue grabado en un lugar diferente a la habitación que funciona como escenario principal. No tardó en encontrar lo que buscaba. En un video titulado “Día soleado en carnaval”, varios niños fueron grabados jugando al aire libre a tirarse agua, costumbre característica del carnaval. El oficial Sáez conocía al pueblo como a la palma de su mano, y fue capaz de reconocer el terreno donde grababan las fechorías. Era un terreno grande, a varios kilómetros de distancia de la ciudad, que pertenecía a un empresario importante del pueblo, quien era el principal proveedor de camiones para las empresas mineras y petroleras del pueblo. En el video aparecieron varios camiones, la mayoría viejos, que Sáez ya había visto con anterioridad, puesto que varias veces estuvo en el lugar.

Agradeció a todos los espíritus santos que le otorgaron la clarividencia necesaria para descubrir el pozo principal de la organización. Solo debía chequear con sus propios ojos si sus conjeturas eran ciertas o solo un delirio de la desmoralización. Estaba solo en el juego, y de eso no tenía duda alguna. Estaba contra el mundo y el tiempo. Era un viejo que ya estaba con un pie en el retiro, no le preocupaba el futuro, ya no tenía mucho para perder.

Las pruebas que estaban en su poder eran peligrosas. Como vio todo lo que debía ver, eliminó todo. Iba a hacer valer la justicia a la antigua. De nada sirve cumplir las reglas cuando se quiere cazar a quienes la controlan.

La noche era perfecta para atacar al nido de ratas debido a que todos estaban distraídos y vulnerables. Era una oportunidad única y no iba a desaprovecharla. Bebió otro vaso de cerveza para calmar las ansias. Buscó el arma reglamentaria y un revolver que tenía guardado bajo llave. Estaba dispuesto a todo, incluso a dejar la vida con tal de salvar a infantes que tenían toda una vida por delante. Entristeció por el hecho de que su esposa no estuviera en la casa para darle un posible ultimo beso en caso de que las cosas salieran mal.

El oficial Sáez, conduciendo en su Mercedes Benz antiguo, color gris plata, fue hasta la casa del jefe de policía, su superior. En el camino pensó que era lo primero que iba a decir. «Se que eres un pedófilo, vi los videos que vendes por internet». Ninguna palabra o frase lo convenció. Estando estacionado frente a la casa del jefe, observó con detenimiento cada posible movimiento en el terreno. Las luces del interior de la casa estaban encendidas y con las cortinas corridas. No vio sombras. El jefe era un hombre casado y con hijos pequeños, lo que complicaba demasiado el plan de Sáez. Decidió aventurarse y dejar de perder tiempo, algo que veía como una gran limitación.

Fue hasta el frente de la propiedad, una casa como cualquier otra en un barrio tranquilo, y tocó el timbre. Vio que alguien asomó la cabeza por un gran ventanal y levantó la mano para saludar. Era su viejo amigo, el jefe, quien se vio obligado a atender al visitante inesperado.

Sáez, a medida que el jefe caminaba hacia él, controló los nervios tanto como pudo, conteniendo, además, la espontaneidad de los impulsos.

— Vaya sorpresa! — dijo el jefe cuando se encontraron —. ¿Qué te trae hasta mi casa? ¿Es por trabajo o porque quieres compartir una cerveza con un viejo amigo? — era simpático como pocos.

— Por trabajo, pero lo de la cerveza no es una mala idea — respondió Sáez con toda la parsimonia que pudo, tanto que quedó fuera del comportamiento normal, dejando en evidencia que algo no estaba bien en su conciencia.

El jefe, acostumbrado a las visitas espontaneas de sus amigos cuando atravesaban por asuntos complicados, vio correcto hacer pasar a Sáez e invitarle una cerveza, suponiendo que el objeto de la visita era la de tener una conversación para desahogar las penas y los problemas que atrapan al ser humano en el día a día.

Lo hizo pasar.

— Tu visita es oportuna — dijo el jefe cuando entraron a la lujosa casa, con cuadros caros y muebles de la mejor calidad en el mercado —, toda mi familia, esposa e hijos, fueron a cenar a la casa de la bruja de mi suegra, yo no me sentía bien y por eso no fui...

El jefe fue interrumpido por una bala que le dio en el corazón. Murió rápido y con dignidad. Sáez no soportó escuchar la asquerosa voz de un maldito perverso, y cuando supo que no había nadie más en la casa, cogió, sin pensarlo dos veces, el arma y le dio un disparo a quemarropa. No estaba dispuesto a extender lo inevitable por un poco de drama innecesario. Estaba decidido a matarlo, y sabía que mientras más hubiesen hablado, más difícil le habría sido accionar el gatillo. No tuvo el coraje de ver como el jefe de la policía

daba los últimos suspiros. Se fue sin lamentos o arrepentimientos. Un monstruo menos en el mundo, y eso era lo único que le importaba.

Fue el comienzo del fin.

El oficial Sáez fue con decisión y determinación al lugar donde sospechaba, con cierta seguridad, que se llevaban a cabo las fechorías del grupo de amigos. Ya no había vuelta atrás y debía actuar cuanto antes. Al llegar a la finca, un terreno de cientos de hectáreas a varios kilómetros del pueblo, que tenía una casa, modesta, a varias decenas de metros de la entrada principal, estacionó a una distancia considerada para no llamar la atención. En zonas así, con calles de tierra, los autos son ruidosos y las luces un caos. Apagó el motor y las luces, bajó del vehículo y caminó con normalidad para acercarse más al terreno. Era una sombra. Antes de proceder debía estudiar las posibilidades. No vio luz alguna en el terreno, todo era oscuridad, y tampoco había vehículos de posibles visitantes. La luz de la luna era intensa, por ende, le fue sencillo caminar entre la oscuridad y pasar desapercibido ante posibles ojos indebidos. Para llegar a la casa tuvo que atravesar una plantación de papas. Le pareció romántico y magistral el silencio abismal de la noche. Estando cerca de la casa, sacó el arma y avanzó con mayor cautela. Dio por hecho que, si lo veían le iban a disparar. Los campesinos siempre están armados.

Las ventanas de la casa estaban cubiertas por las cortinas, razón por la que no pudo ver el interior. Rodeó la casa para encontrar puntos vulnerables. Era una casa normal, cosa que lo hizo sentir como un tonto paranoico. Pensó que estaba demente y que estaba viviendo una irrealdad. El lugar, a pesar de los grandes y viejos camiones que estaban dispersos a lo largo y ancho del basto terreno, era agradable y lindo. El cielo estrellado, lejos de la contaminación lumínica del pueblo, hacia ensimismar a cualquier ser humano que busca respuestas a preguntas que no se le pueden hacer a nadie, preguntas del corazón. Vio una roca grande y se sentó sobre ella. Cerró los ojos para poder pensar. Asesinó al jefe de la policía y tarde o temprano ello haría que las personas de poder entren en pánico. Debía tener pruebas cuanto antes, descubrir algo contundente para dar el paso final, llamar a sus compañeros y a los medios de comunicación antes de que los corruptos tomaran el control de la situación.

Ansioso, empezó a caminar, escrutado los alrededores. Le sorprendió no ver a ningún perro guardián, algo característicos en zonas rurales, y más en un lugar que tiene maquinarias que valen mucho dinero.

Entró en estado de alarma cuando una camioneta ingresó lentamente por el camino de la entrada al terreno privado. No pudo escucharlo antes debido al ensimismamiento con sus pensamientos. Por suerte era fácil buscar un buen escondite en el lugar. De entre todos los camiones disponibles, prefirió irse hasta la zona de los árboles altos con troncos gigantes, para, además, tener un buen campo de visión, cosa que en los camiones no iba a tener, aparte de correr mayor riesgo a quedar expuesto. Esperó en silencio que apareciera el visitante inesperado que tanto necesitaba para descubrir los misterios del lugar.

El pediatra fue a la finca porque no podía estar en su casa, la pena lo carcomía. El pensamiento de que su hija y toda su familia fueron consecuencia de sus actos, que un ente divino está conspirando para que los seres queridos paguen por sus pecados. Necesitaba consuelo, y uno que ni el alcohol le podía otorgar. Necesitaba el placer de los niños, sus niños. Antes, siguiendo el protocolo, avisó al resto que iba a estar un rato con

los niños, ninguno se opuso, para que no se alarmaran. El lugar estaba bien protegido con sensores de movimiento en cada rincón y varias alarmas silenciosas. Los perros fueron reemplazados por la tecnología. Debido a que el pediatra avisó que iba a ir al lugar, todos ignoraron las alertas que recibieron. De esa manera el oficial Sáez pasó desapercibido. Fue inteligente al seguir la intuición de actuar mientras todos estaban relajados y despreocupados.

El pediatra, el buen Martinetti, bajó de la camioneta y fue caminando lento, sollozando mientras tomaba vino tinto directo del pico de la botella, hasta la casa. Estaba roto, su pequeña dejó el mundo y no era capaz de aceptarlo. El luto es una ofensa para el amor que no tiene resignación. Entró y encendió las luces. Estando a solas tuvo la necesidad de llorar hasta quedar sin aliento. Los gritos que daba eran alaridos de una bestia salvaje que agoniza sin pudor. El oficial Sáez creyó que el pediatra estaba en problemas y tuvo la espontanea reacción de ir a verificar que todo estuviera bien, no obstante, esperó para asegurarse. De todas formas, erradicando toda culpa, deseaba ver muerto al pediatra y a toda la pandilla de ratas.

Los gritos cesaron y tomaron el característico tono del llanto. Las dudas inundaron a Sáez, no sabía que acción tomar, y ante la falta de determinación decidió seguir esperando. Estaba ansioso, inquieto y con ganas de tomar cerveza para calmarse un poco. No estaba acostumbrado a matar personas y mucho menos a cazar pedófilos. Sin dudas la cerveza iba a ser reemplazada por una bebida más fuerte para poder matar las penas, o al menos aturdir las antes de dormir, horario donde la mente se vuelve contra nosotros y nos golpea donde más nos duele.

El pediatra, desmoronado y arrodillado en el suelo, calló resignado en la certeza de que su fin ya estaba al acecho. Era, tal vez, la última vez que iba a estar con los niños que tanto amaba y se dijo que lo iba a aprovechar al máximo. Invirtió más tiempo estando con los niños, las víctimas, que con sus propios hijos. El placer lo era todo para él. A una niña en particular, Paula, la quería tanto que pensó en adoptarla. Paula era una niña que siempre vivió en las redes de tráfico de personas, puesto que la madre era una joven adolescente que era explotada sexualmente. Los camaradas de la organización le aconsejaron que no se encariñara con ningún niño, pero no pudo evitarlo, la inocencia de los infantes lo enamoraban. El grupo de ratas lo apodaron como “la madre”.

Esa noche, en la estancia había solo cuatro niños, tres mujeres y un varón, cuyo rango de edad variaba entre los ocho y doce años de edad. Los cuatro fueron raptados en zonas de bajos recursos, al borde de la marginalidad. Los secuestradores se excusaban con el credo de que los rescataban de un futuro repleto de desgracias y que, además, le daban una oportunidad de tener una vida sin sufrimiento. Sandeces de personas que no tienen perdón de nadie, claro está. El pediatra no aguantaba las ganas de satisfacer sus necesidades con los niños para despejar la mente y olvidarse de todos los tomentos que le comenzaron a ajetrear la existencia. La regla inquebrantable que tenía el grupo de amigos era siempre usar mascarar cuando estuvieran en presencia de los niños, evitando así quedar expuestos. Eran personas importantes y la imagen pública era lo que más le importaba, además del dinero. El pediatra rompió varias veces las reglas, odiaba usar mascarar porque pensaba que eso lo hacía ver como un monstruo con poca humanidad. En la cabeza tenía un limbo destartado sin curación.

Los niños estaban resguardados, como si fueran objetos, en una habitación de la casa, amplia y sin ventanas. La habitación era iluminada por un tragaluz colocado en el techo.

La puerta era de metal y debía usarse tres diferentes llaves para tres cerraduras diferentes. No dejaron nada a la suerte.

Las luces del interior de la habitación que funcionaba como albergue de los niños explotados sexualmente se encendían desde el exterior. Las encendió y de inmediato escuchó a los niños gritar de emoción, alegres de recibir una visita y de poder tener un poco de luz bendita. La oscuridad los atonta. El interior de la habitación era agradable, bien amueblada, con una amplia variedad de juguetes y toda clase de entretenimiento, pues debían mantener contentos a los niños para poder producir buenos videos.

Los niños se abalanzaron sobre el pediatra, eufóricos por ver a su super héroe favorito, y le dieron abrazos y besos amistosos. El pediatra no fue capaz de contener las emociones encontradas en ese momento, partiendo de la ternura a la culpa, y comenzó a llorar. Los niños intentaron consolarlo, pero este no podía verlos a los ojos. Cuando uno de los niños intentó bajarle, por mera costumbre, el pantalón, cosa que el pediatra no pudo soportar y le dio un duro golpe para alejarlo. El niño no se inmutó, puesto que estaba acostumbrado a los golpes que le daban los dueños de su existencia. De pronto, como un acto fugaz, Martinetti aceptó que era un monstruo sin salvación y que su hermosa hija murió a causa de la justicia divina, haciéndole pagar a ella todos los pecados que cometió desde la juventud. Era un mal hombre y deseaba ser castigado para, implícitamente, morir con la conciencia tranquila. Los malos hombres se engañan con facilidad y tienen el talento de caer en el convencimiento de que no son malos, agregando, además, un sentido afable a sus injurias contra la sociedad y el mismo ser humano.

Los niños, al verlo vulnerable y sin esperanzas, entristecieron por él y, cuando el pediatra lanzó el llanto, se vieron contagiados y se unieron a la armonía de la tristeza.

El oficial Sáez, esperando en silencio y con los nervios de punta, fue capaz de distinguir el llanto característico de los niños, agudo, sin inhibición y sincero, proveniente del interior de la casa. Todo era verdad. La organización era real. Horrorizado, Sáez, decidido, sacó el arma de la funda y caminó como un buen nihilista hasta el lugar del llanto armonizado por diferentes tonalidades.

Sáez no fue capaz de comprender lo que vio una vez asomado en la puerta principal de la casa, la cual estaba abierta. Los niños estaban abrazando al pediatra, quien estaba de rodillas en el suelo, llorando sin consuelo. Las caricias de los niños eran tiernas e inocentes, pero en el contexto de la pedofilia, fue una escena repugnante. Sáez, para no asustar a los niños, escondió el arma detrás de la espalda sin quitar el dedo del gatillo por si el pediatra reaccionaba de forma violenta. Los niños vieron a Sáez y corrieron asustados hacia la habitación donde los tenían encerrados. Sáez era una persona desconocida para los niños, y estos debían temer a las caras desconocidas. El pediatra, consternado por la repentina huida de los infantes, levantó la cabeza y vio al oficial Sáez apuntándole el arma directo al centro de los ojos. No tuvo miedo, solo vio una salida esperanzadora, como si dios hubiera enviado al oficial Sáez para salvarlo de todos los males y exonerarse de toda culpa.

— Gracias, dios mío, ¡dios bendito! — exclamó el pediatra mirando al cielo y abriendo los brazos como si quisiera absorber los rayos ultravioletas provenientes del sol —. Gracias mi salvador, me rindo ante ti para ser castigado por todos mis pecados...

Sáez, en un principio, creyó que el pediatra le suplicaba por un poco de piedad, pero no tardó en reconocer las fuertes señales del delirio. Guardó silencio y continuó apuntando el arma directo entre los ojos del pediatra.

— Lo siento! De verdad que lo siento — gritó el pediatra dirigiéndose a Sáez, llorando sin consuelo y rogando por el perdón —. Estoy mal de la cabeza, lo siento. Siempre estuve mal de la cabeza y nunca quise reconocerlo. Dios, pido que me perdonen. Estoy enfermo, necesito ayuda, necesito tu ayuda... perdóname, no sabía lo que hacía y ahora mi hija pago por mis pecados... — se detuvo para sucumbir en un llanto lacerante, hiriente a la vista.

El oficial Sáez siguió confundido en si el pediatra le hablaba a él o a dios.

— ¡Confesaré todo! — gritó de pronto el pediatra —. Ayudaré en lo que pueda y diré todo lo que sé. Esto tiene que acabar, todo esto debe llegar a su fin. Los niños, los pobres niños no tienen la culpa de nada... los amo, juro que los amo y que jamás les haría daño alguno. Pero lo he hecho, siempre los he lastimado, Soy un monstruo, y ahora mi hija está muerta por mi culpa...

Sáez, antes que pena, sintió lastima. No obstante, una puerta con una gran luz del otro lado se abrió en ese momento. Deseaba matar al pediatra y terminar lo que empezó. La confesión es el santo grial de la justicia. Supo que la confesión del pediatra iba a lograr mucho más de lo que lo harían un par de balas en los sesos.

— ¿Porque lo hacen? — preguntó el oficial Sáez, bajando el arma.

El pediatra no encontró respuestas.

— Por que hacen lo que hacen? — insistió.

No obtuvo respuesta, el pediatra se acostó en el suelo, horrorizado por la respuesta que le vino a la mente: “Porque amamos a los niños”. La mentira con la que erradicaban todo sentimiento de culpabilidad.

— ¿Vas a cooperar con la justicia y expondrás a los involucrados, a tus amigos?

— ¡No son mis amigos! — replicó el pediatra —. Mi único amigo era el profesor Florenzi y me obligaron a matarlo. — siguió lloriqueando como un preso recién violado.

Sáez obtuvo una fuerte confesión, dejando en claro que el pediatra estaba dispuesto a todo. Fue un momento donde el deber profesional y el sentimiento personal tuvieron un fuerte conflicto debido a que el pediatra, en caso de ser un fuerte testigo, pasaba a ser su protegido. Le desagradó la idea de proteger a un pedófilo, pero era la única salida para acabar con la plaga de ratas.

Colocó las esposas en las muñecas del pediatra para evitar conflictos físicos y llamó a las autoridades, a los refuerzos. «Necesito ambulancias para trasladar a niños que eran explotados sexualmente. Tengo a un cómplice que está dispuesto a confesar. Esperaré a las unidades para proceder según el protocolo.», dijo después de indicar la dirección para la movilización de las autoridades. «Según el protocolo», pensó en las últimas palabras que dijo y la verdad es que ninguno de sus compañeros conocía el protocolo en casos de explotación infantil.

Por suerte para Sáez el final fue corto y con poca violencia.

Fue a buscar a los niños al cuarto donde los tenían enjaulados y la angustia lo superó, derivando todo en lágrimas. El cuarto estaba limpio y ordenado, los cuidaban bien, pero la presencia de juguetes sexuales y lencería poco ortodoxa le sublimó la cordura con imágenes perturbadores. Los niños estaban en un rincón, abrazados entre ellos, asustados de quien los rescató. Sáez les habló y les dijo que todo iba a estar bien, que no debían tener miedo, pero lo ignoraron. Cuando intentó acercarse a los infantes, estos protestaron con gritos y sollozos de terror.

Comprendió que debía dejarlos tranquilos y esperar a sus compañeros para proceder según el protocolo, improvisar uno, como había indicado antes.

Un final feliz. Un final que da pie a un nuevo inicio.

La pedofilia es un crimen delicado y pocas personas soportan escuchar o hablar sobre ello. Es una realidad, y en todo el mundo, en rincones donde nadie sospecharía, existen organizaciones y/o personas que disfrutan violar a infantes, grabar las violaciones y subir todo a internet. El anonimato cibernético les permite permanecer y actuar entre las sombras sin miedo alguno a las represalias. Son, a su debida manera, intocables y lo tienen en claro.

El problema que voy a intentar exponer es como las redes sociales son utilizadas para el tráfico de contenido pornográfico ilegal y el fuerte crecimiento de personas que consumen dicho contenido.

Pasaron varias semanas desde que se descubrió la existencia de una pandilla de pederastas. Las personas del pueblo estaban conmocionadas. Todas las madres decentes perdieron la confianza y encerraron a sus hijos, infantes, en sus casas para nunca quitarles los ojos de encima.

Lo que tanto pudor causó a la comunidad es que las personas que formaban parte de la “pandilla” eran conocidos, respetados y queridos. En un principio, cuando trascendieron los nombres de los involucrados, la incredulidad fue fuerte y desataron la fuerte discusión de que las acusaciones eran falsas, que solo buscaban manchar nombres solo para obtener beneficios políticos. Las típicas batallas entre partidos políticos. La realidad es difícil de tapar. Las personas que defendieron a los pederastas se hundieron en un lago de vergüenza.

El pediatra Martinetti confesó todos sus crímenes y expuso a todos sus camaradas esperando que le redujeran la condena, algo que no sucedió. Uno por uno fue apresado y, a la vez, marginado de la sociedad. Omitamos el proceso judicial. El dinero, motor principal de la justicia, no pudo salvarlos, quedaron demasiado expuestos y las pruebas eran contundentes. A lo sumo iban a lograr reducir la condena un par de años u obtener privilegios en la cárcel.

Los presos tienen una cosa en común, y es el odio hacia los pedófilos, y estos no duran demasiado en la cárcel. O les hacen la vida imposible, los violan cuando les venga en gana, o, en el mejor de los casos, los asesinan en la primera oportunidad que tienen. Mientras los pedófilos son asesinados y violados, los vecinos de la comunidad se desquitaron quemando las casas de los involucrados, ignorando al resto de la familia de cada uno, todos inocentes, y así poder, diríase, decantar toda la desesperación encontrada y poder erradicar todo indicio de vida de los pervertidos. El fuego no solo quema objetos materiales. El alma necesita ver llamas, la misma destrucción, para poder florecer nuevamente.

Las familias de los pervertidos fueron marginadas por la comunidad, como si fueran cómplices que deben ser castigados. El rechazo fue enfermizo. No podían salir de los hogares, o lo que quedaba de ellos, porque eran insultados, escupidos o maldecidos. Al final, la familia de los pervertidos eran el vivo recuerdo de todo lo sucedido, y el pueblo necesitaba olvidar todo para conversar la conciencia y empatía social. Estaban marcados de por vida como los seres queridos de un monstruo. Claro está que las familias de los culpables entraron en depresión y en una inminente desesperación.

Los inocentes siempre son los que más sufren.

El municipio y la estación de policía tardaron en recuperar la armonía. Los empleados públicos no fueron capaces de asimilar que tuvieron como superiores a dos pedófilos que eran considerados como personas ejemplares y benevolentes. Nunca fueron capaces de ver al monstruo que llevaban dentro, y era algo que los sacaba de quicio. Cuando el oficial Sáez fue elegido como jefe de la policía las cosas comenzaron a regresar a la normalidad. Había toda una comunidad a la cual debían proteger. El intendente del municipio fue reemplazado por el siguiente miembro con mayor poder del partido político ganador de las elecciones.

No hubo mención alguna sobre el profesor Florenzi y su amada hija Abigail, a quien violaba sin descaro. El nuevo jefe de la policía ordenó a los oficiales que se encargaron

de recopilar la evidencia a mantener el secreto, caso contrario iban a ser despedidos. Encontraron casi doscientos discos duros repletos de pornografía ilegal en la casa donde grababan los videos. Los pederastas fueron cautelosos y ninguno tenía contenido ilegal en sus respectivos hogares. Claro, el profesor Florenzi es la excepción, ya que tenía una contundente colección de contenido ilegal en los dispositivos digitales. Tuvo la dicha de morir antes del escándalo.

Los niños encontrados en la casa de las fechorías no pudieron ser identificados por ninguna entidad competente, Al principio fueron el principal centro de atención, aludiendo que podían ser hijos de algunos vecinos de la comunidad. La realidad es que eran fantasmas del sistema. Tampoco estaban en la lista nacional de personas desaparecidas. Toda búsqueda fue inútil, esos infantes eran hijos de víctimas de la red de tráfico de personas, por ende, eran solo productos sin etiquetas. Mucho no se pudo hacer al respecto aparte de otorgarles una identidad y mandarlos a hogares para niños, esperando, casi sin esperanza, que fueran adoptados por alguna familia de bien. Lo razonable era que iban a volver a caer bajo las redes de los traficantes de personas.

Y de la forma en que sana una herida, las cicatrices de lo ocurrido comenzaron a desaparecer. Todo, al final, deriva en anécdotas que las personas se encargan de moldear a gusto y maldad. Las leyendas urbanas entretuvieron a los jóvenes morbosos y aburridos. Lo que nunca se perdió fue el recelo hacia el prójimo, poniendo siempre la posibilidad de que podrían ser posibles pederastas con sonrisa angelical.

La dura realidad es que todo el caos estaba presente bajo las narices de todos, aumentando en demasía. Acá es donde entra el mundo cibernético, que, por mera y triste causalidad, es un buen catalizador de lo enfermizo.

Dante Zaiat, aun incrédulo por todo lo sucedido semanas atrás, estaba en la cancha de tenis viendo jugar a dos de sus amigos, esperando a que uno pierda para enfrentar al ganador. El sol brillaba con fuerza, hacía calor y estaban transpirando como bestias. Dante observaba con atención bajo la sombra, hidratando el cuerpo cada minuto, riendo cada vez que sus compañeros de juego hacían o decían alguna payasada. Para Dante el tenis era una forma de distracción y resiliencia. Cada vez que el estado anímico le hacía una mala pasada, jugaba al tenis. En ocasiones asistía a la cancha, en soledad, solo para practicar el saque, que le resultó ser un buen método de desahogo.

Estaba devastado por la muerte de su amada, Aylén. Cuando se enteró la causa de la muerte, el suicidio, la culpa comenzó a carcomerlo cada vez más. Debía cargar con ese peso en la conciencia hasta el final de sus días, y no se veía capaz de soportar tal augurio por tanto tiempo. Todos los domingos, en la mañana, visitaba la tumba de su amada. El ritual consistía en pararse frente a la tumba, cruzarse de brazos e imaginar toda una vida juntos, donde tenían hijos y vivían una buena vida.

Comenzó a tomar distancia de todos sus amigos, limitándose a verlos cada tanto solo para cumplir con la labor social. El dolor del alma debe enfrentarse solo y en silencio.

Si bien estaba agradecido de seguir vivo y de que atraparan a los pedófilos, en ocasiones deseaba jamás haber descubierto al club de los pedófilos, acto que derivó en una tragedia sin precedentes.

Después de jugar al tenis, ya con la mente despejada, llegó a casa y lo primero que hizo fue darse una ducha.

Aylén fue una gran fan de Harry Potter, por ello Dante comenzó a leer la saga de libros para, de alguna manera extraña, sentirse cerca de ella. Constantemente imaginaba diálogos con ella, conversaciones raras, divertidas, reconfortantes y enriquecedoras. Varias veces al día escuchaba los audios de ellas que quedaron guardados en la casilla de mensajes de las redes sociales para recordar el hermoso tono de voz que tenía. La obsesión lo estaba matando.

Jamás hubiera adivinado que, al coger el celular y ver los grupos de WhatsApp, iba a encontrarse con una foto del cadáver desnudo de su amada Aylén. No podía creer lo que sus ojos veían. Los grupos de WhatsApp donde la foto fue divulgada eran grupos destinados a todo tipo de humor, en especial el humor negro. Siempre compartían rarezas y solían burlarse de alguna persona de la comunidad. Dante nunca participó, limitándose solo a reír por la ocurrencia de los miembros del grupo.

Dante, furioso, contactó con la persona que compartió la foto del cadáver de Aylén y descubrir como la consiguió. La respuesta que recibió fue que alguien la subió en otro grupo y que solo la compartió por mero morbo. Dante insistió y el usuario morboso, intentando quedar al margen de toda responsabilidad, confesó que la persona que subió la foto era un trabajador de la sala de velatorio, quien solía subir fotos de personas muertas con regularidad. Era un grupo terrorífico. Dante pidió al internauta morboso que lo metiera en dicho grupo y, sorprendentemente, no tuvo que rogar o insistir, lo metió al grupo como si nada le importara.

El grupo dedicado al terror tenía unos cincuenta miembros, eran pocos. Al ver la lista de miembros tuvo la sorpresa de encontrarse a una persona que tenía agendada. Dante

tuvo el descaro de mandarle la foto del cadáver de Aylén a Gonzalo, miembro del grupo de terror, con la intención de que este le brindara una explicación al respecto.

Gonzalo no se mosqueó al ver el inesperado mensaje de Dante. Cuando descubrió el grupo tuvo la intención de contarle a Dante lo que estaba sucediendo, pero prefirió hacer las cosas diferentes y actuar solo, evitando así una nueva y tétrica aventura. No obstante, las cartas ya se tiraron y solo quedaba jugar.

El dialogo textual que tuvieron fue corto.

— Ya vi esa foto — escribió Gonzalo.

— ¿Sabes quien es el loco que usa a los muertos como modelo y después comparte las fotos?

— Tengo entendido que es una persona que trabaja en el velatorio.

— ¿Lo conoces?

— No, pero tengo el contacto y la foto de perfil.

— ¿Dónde viste la foto? — preguntó Dante. Ya conocía la respuesta, pero fue mera formalidad.

— En el grupo donde ambos estamos — respondió. Si bien el dialogo era plano, Gonzalo no sufrió estragos en realidad, estaba tranquilo.

Dante estaba ansioso y algo nervioso, sabiendo de antemano que todo se iba a descontrolar de nuevo.

— ¿Dónde la viste vos? A la foto, claro — preguntó Gonzalo.

— En un grupo de humor. Debe ser la foto más popular del momento.

— Es obvio que la sacó alguien que trabaja en el velatorio. Cuando la foto llegue a las manos correctas van a descubrir al responsable y probablemente lo metan preso.

— Me contaron que no es la primera vez que difunde fotos de los muertos que entran al velatorio donde trabaja. Debe tener una obsesión enfermiza.

— No lo culpes, ver seguido a personas muertas debe ser traumatizante — fue el comentario final de Gonzalo.

Dante no respondió, dando por finalizado, por el momento, la conversación. Lo tranquilizó el hecho de que no debía hacer nada al respecto, teniendo la certeza de que tarde o temprano el fotógrafo de personas muertas iba a sufrir las consecuencias. Nadie olvida con facilidad una foto del cadáver de un ser querido, y Dante tuvo que enfrentar esa verdad.

A los pocos días del atroz descubrimiento de la foto del cadáver de Aylén, los internautas del pueblo difundieron nuevas fotos, y en esta ocasión el cuerpo estaba desnudo. El morbo puede llegar a ser enfermizo. Dante, anonadado y desmoralizado por la novedad, no pudo evitar llevar el asunto a las autoridades competentes. Fue a la estación de policía y le mostró a un oficial de turno lo que estaba pasando en internet. El oficial no reaccionó, le fue indiferente. Ya había visto las fotos con anterioridad, al igual que sus colegas. Un justiciero anónimo contactaba por correo electrónico al nuevo jefe de policías, el oficial Sáez, y le brindaba las novedades. Cuando Dante fue a hacer la denuncia, la persona que sacaba fotos a los muertos fue despedido del trabajo y expuesto en las redes sociales. No fue encarcelado, por que en teoría no cometió ningún crimen. Al final la comunidad iba a encargarse de marginarlo del mundo, algo peor que ir a la cárcel. El responsable solo era un joven perturbado con toda una vida por delante, el error que tuvo fue dejarse llevar hasta el punto de alcanzar una obsesión insana con la muerte, en específico, con los muertos. El psicoanalista que debió tratarlo sin duda tuvo que

esforzarse demasiado para lograr algo significativo. No obstante, de un vicio u obsesión nadie se escapa, siempre se vuelve a caer en el mismo pozo. El placer es el punto débil de la mayoría de las especies.

Dante estaba desanimado y debía ir a la escuela. No quería ir solo, como ya acostumbraba, y le mandó un mensaje a su buen amigo Elías para que lo pasara a buscar, como en los viejos tiempos. La respuesta fue afirmativa. Dante observó con atención el frente de la casa, esperando a que Elías llegara. Se sentía raro, nervioso y tenía un incipiente dolor de estómago. Para no sufrir las consecuencias del sistema digestivo, fue al baño para disipar todas las dudas. Solo expulsó gases. Estando en el baño y con tiempo a favor, como hace la mayoría de los jóvenes en la actualidad, sacó el teléfono celular y acomodó el cuerpo para poder masturbarse sentado en el inodoro. Empezó a tocar sus partes íntimas mientras observaba varias fotos desde su teléfono. Con los genitales ardiendo, se detuvo de golpe y la culpa le dio un duro golpe, puesto que las fotos que veía para el ritual de la masturbación eran las fotos del cadáver desnudo de Aylén, su amor perdido.

Se puso de pie, subió sus pantalones y se colocó frente al espejo del botiquín para ver a su yo interno e intentar comprender que le estaba sucediendo. Estaba acalorado y el agua ayudó a refrescarlo. Mientras secaba su rostro con una toalla olorosa a humedad, Elías golpeó las manos. Era hora de irse. Dante salió apresurado.

— ¿Por qué estas sonrojado? — preguntó Elías cuando estuvieron frente a frente —. ¿Estabas masturbándote y te interrumpí?

— Estaba pensando en tu mamá — respondió Dante.

Rieron, pero no estaban del todo cómodos. Estuvieron distanciados por un buen tiempo, y durante ese tiempo pasaron cosas que influenciaron en sus personas. Ambos perdieron a una buena amiga y cada uno lo superaba a su manera. Eran jóvenes y no estaban preparados para enfrentar la naturaleza de la vida; la muerte como objetivo final.

Todo parecía ir por el camino de siempre, con las tontas preocupaciones de siempre y el poco valor que el ser humano le da a la vida de siempre. En pocas palabras, volviendo a ser parte del sistema.

Gonzalo no se quedó con los brazos cruzados, viviendo con indiferencia. Si bien estuvo lejos de todo drama, cuando descubrió la divulgación de las fotos del cadáver de Aylén, supo de inmediato que algo grande pasaba en las redes sociales. No le fue difícil encontrar grupos secretos donde los miembros compartían pornografía ilegal. Dichos grupos podían encontrarse en invitaciones de chats en cualquier página de internet dedicada al rubro. Varios grupos se hacían pasar como grupos de “memes”, de cualquier tipo de humor convencional, clases de materias escolares (por ejemplo, tarea de matemática), títulos relacionados con la religión, etc. La variedad es inmensa.

Gonzalo no podía creer la demencial cifra de los consumidores de dicho contenido. Los grupos podían ser reportados por las autoridades de la plataforma utilizada para que estos fuesen cerrados, no obstante, todo esfuerzo era en vano, ya que en un abrir y cerrar ojos creaban un nuevo grupo y continuaban compartiendo sus fechorías con total libertad. Gonzalo pudo unirse a varios grupos “anti-pedofilos”, donde compartían links de grupos para reportarlos y cerrarlos. Era una batalla sin fin. Lograban eliminar uno y aparecían dos más. Pero Gonzalo no era capaz de convivir con ello como si nada sucediera,

necesitaba hacer algo al respecto, aunque de nada valiera. Existen plataformas con mayor privacidad de usuario, donde tienen la libertad de hacer lo que quieran sin ser “espiados”, y dichas plataformas son aprovechadas para darle un uso inmoral e ilegal. En esta ocasión no hay mucho para realizar, solo aceptar que nada se puede hacer.

La testarudez siempre hunde al individuo. Gonzalo ocupó la mayor parte de su tiempo en ajetrear la existencia de quienes usan el internet para fines macabros. Era consciente que estaba metido en una guerra que no podía ganar, pero creía hacer lo correcto, todo por tener días apacibles sin que la conciencia lo corrompiese. La rutina le pesó pronto, y aceptó al fin que todo su esfuerzo de nada valía.

Prefirió vivir la vida monótona que le toca a cualquier individuo ordinario. Se distraía con juegos y el vicio hacia con las drogas fue en aumento. Para su fortuna, como si alguien hubiera escuchado sus plegarias para salir del aburrimiento, una persona hizo una publicación en un grupo de Facebook, donde estaban la mayoría de las personas del pueblo, exponiendo un supuesto grupo donde los involucrados compartían fotos explícitas de infantes en general y, para mayor repudio, de infantes pertenecientes al mismo pueblo. Para sorpresa de Gonzalo, pocas personas se vieron interesadas en el asunto.

Los grupos en los que Gonzalo había estado habían llegado a las personas en la localidad donde vivía, y ello lo cambió todo. La persona que expuso al famoso grupo era un conocido de él. Sin titubear, Gonzalo mandó un mensaje a dicho individuo pidiendo más información sobre el curioso asunto. No fue necesario dar explicaciones al respecto, puesto que el individuo que tuvo el valor de exponer un grupo, digamos, criminal, debidamente tuvo la atención de varios curiosos, quienes no titubearon a hacer preguntas.

El individuo, llamémoslo Juan, que expuso dicho grupo, comentó que buscando en Facebook grupos donde vendieran drogas ilegales, encontró un grupo privado pequeño, cerca de cien miembros, llamado “la casa de la risa”. Creyendo que se trataba de un grupo donde vendían drogas, solicitó entrar y al poco tiempo fue aceptado. Una vez dentro del grupo buscó publicaciones donde ofrecieran drogas, en específico Marihuana, pero solo vio grupos de otras plataformas, en especial WhatsApp y Telegram. Entró en uno, el único funcionando, y lo que vio lo dejó anonadado. En pocas palabras, los miembros del grupo compartían fotos de infantes. Iban desde contenido sacado de internet hasta contenido que los mismos miembros creaban. Entre los modelos había niños del pueblo, hijos de vecinos y conocidos. Lo primero que hizo fue abandonar todos los grupos. Mantuvo el secreto por varios días, odiando el hecho de no haber tomado datos de los participantes y hacer la denuncia correspondiente. Ya lucido, intentó volver a ingresar en el grupo que encontró en Facebook, pero ya no existía, al menos no con el nombre ya conocido.

Gonzalo elogió el valor que tuvo Juan al animarse a exponer lo que había visto. Una persona sensata entiende que las personas olvidan fácil este tipo de problemas. Se dejan llevar por la corriente del río e ignoran lo que sucede en las orillas. La otra cuestión es que las autoridades pertinentes nada podían hacer, solo tenían el vago testimonio de una persona. Pero Gonzalo le creyó, y no solo eso, sino que tampoco le sorprendió. Sabía que los problemas volverían a su vida, pero no le importó, se sentía un justiciero sin capa, y eso no tiene valor. Esperó que esta vez los únicos perjudicados fuesen los malos. Los milagros son caprichosos, claro está.

Desde su teléfono celular, Gonzalo buscó hasta el cansancio el famoso grupo donde se reunían los perversos locales. Las ratas siempre andan en manada. No vio nada raro. Estuvo días buscando, esperando que aceptaran su solicitud a los grupos de interés, pero nada. El grupo dejó de existir. Era consciente de que podían haber cambiado el nombre, pero era imposible de averiguar sin un punto de partida, punto que no tardó en encontrar.

Vio conveniente partir desde los perfiles de personas locales con antecedentes penales, ya sea violación o un crimen de índole sexual, o por rumores de la misma comunidad. No había una lista con nombres de dichas personas, y si la hubiera no tenía acceso a ella, pero si conocía el nombre de una persona que estuvo en la cárcel por violar a otro hombre de su misma edad: “El chileno Contreras”. Este personaje andaba con normalidad por las calles del pueblo, sobre una moto todoterreno o caminando, como si nunca hubiera hecho nada malo. Los vecinos temían que sus hijos fueran víctimas del ex presidiario, por ende, los niños aprendieron a temerle. Siempre que aparecía en escena, los niños se escondían o volvían a sus casas, bajo la protección de sus correspondientes padres.

El chileno Contreras era homosexual, tenía a su pareja y vivían juntos, pero un fuego en el interior de su alma ardía con intensidad, obligándolo a volver a probar el deseo de la violación. Estando en la cárcel fue violado en varias ocasiones por varios grupos de presos y fue tratado como una escoria repugnante, como a la mayoría de los violadores. No tuvo muchos amigos en los años que tuvo dentro de la cárcel, salvo un acercamiento con otro presidiario que era maltratado y abusado con constancia. El ser víctimas de otros criminales fue lo que los unió. Raúl “Pato” Rodríguez Jr. fue sentenciado a cadena perpetua por abusar de forma sexual a varios niños. Era un pedófilo, y los presos se encargan de arruinar la existencia a las personas que llevan consigo dicho título. El chileno y Pato llegaron a compartir celda por varios años. Pato le confesó al chileno que abusaba a niños porque el placer que sentía era abismal y tan excitante que no era capaz de describirlo con palabras. El chileno pudo comprenderlo, puesto que la violación le daba sensaciones únicas. Hablaron tanto sobre sus caprichos y apetitos sexuales, sobre todo Pato, que terminaron manteniendo relaciones entre ellos para satisfacer una pizca de la necesidad que ambos tenían.

Pato no tuvo un buen y largo futuro, ya que fue asesinado por otros presos. Es el destino de cualquier pedófilo. El chileno sufrió la muerte de su compañero, pero lo peor es que sufrió fuertes cambios en el aspecto psicológico. Pato le habló tanto sobre las emociones encontradas al abusar de un menor de edad, que comenzó a desearlo, viéndose tentado por las tan flamantes sensaciones que le fueron descritas. Una vez que salió de la cárcel por buen comportamiento, cumplió al pie de la letra cada obligación legal, no obstante, solía salir a pasar en su moto y merodear lugares repletos de niños jugando, viéndose cada vez más tentado a experimentar todo lo que su buen amigo Pato le contó. Sabía que hacerlo era una forma de suicidio, y aun disfrutaba la vida.

El chileno optó por satisfacer sus necesidades a través de contenidos audiovisuales. No le agradaban las redes sociales, era alguien de la vieja escuela, pero cuando le llegó un vago rumor de que había un grupo virtual que compartía contenido ilegal, averiguó sobre ello y descubrió como podía formar parte del mismo. Solo debía seguir a las

mariposas. En un principio, antes de que las redes sociales llegaran y todo el tráfico era físico, los pedófilos seguían a las mariposas en forma de símbolos. Los traficantes de contenido ilegal tenían quioscos distribuidos en puntos estratégicos, ocultos del ojo ajeno y curioso, que eran señalados por una mariposa. Podían ser una pegatina pegada en una ventana o puerta, un peluche en forma de mariposa colocado en un rosal, etc. La imaginación del traficante siempre sorprende. Nadie sospechaba nada, ya que los consumidores eran pocos y demasiados sigilosos. En aquel entonces era la única forma de ver contenido con facilidad. Si bien existía el internet y el tráfico de dicho contenido era bastante grande, en ciertas ciudades el servicio de internet era pésimo y las computadoras inaccesibles, económicamente hablando, e inexistentes conocimientos informáticos. Los únicos que usaban computadora eran los traficantes, claro está, que en su mayoría eran hombres solteros, solitarios y con un gran perfil bajo.

Cuando se divulgó el significado oculto de las mariposas y otros símbolos ligados a los pedófilos, todo, de golpe, pareció venirse abajo, viendo de cerca el final de una red de crimen que estuvo oculto durante años. La reacción natural fue modificar los símbolos, pero en lugares donde el olvido y la indiferencia gobiernan, los símbolos siguieron siendo los mismos. A nadie le importó, los medios no armaron un escándalo al respecto, prefirieron decantar toda la atención en noticias faranduleras.

Con la llegada de las redes sociales vieron una oportunidad única. Ya era poco viable y demasiado riesgoso seguir con la venta de Dvd's, por lo que los traficantes se adaptaron al nuevo mundo, aprovechando, además, el anonimato que brinda el mundo virtual. Eso los hacía sentir seguros, los riesgos eran pocos, y las ganancias podían crecer si se lograba llegar a un público más amplio.

En este caso, los traficantes del pueblo, que eran pocos, idearon innovar el negocio con ventas de contenido digital. Primero armaron un grupo privado, cuya cantidad de miembros fue creciendo a medida que se divulgaron las novedades. La gran mayoría se conocía entre ellos, eran como un grupo de amigos que se juntan a jugar al fútbol todos los fines de semana. Los traficantes creyeron encontrar huevos de oro, pero lo cierto es que las ganancias disminuyeron. El catálogo que ofrecían eran archivos comprimidos descargables que contenían cierta cantidad de videos y/o fotos, y los compradores pagaban por la contraseña para descomprimir los mismos. Como las personas son amigables y aman compartir con el prójimo, siempre que uno pagaba y ya tenía la contraseña, se las facilitaba a sus compinches para que estos disfrutaran del contenido sin pedir nada a cambio.

Avanzado el tiempo, los grupos de amigos tomaron rumbo propio y armaron grupos privados donde compartían contenido que iban encontrando o comprando. Solo les interesaba ampliar la variedad para mayor satisfacción. Acumular y ver contenido audiovisual hasta que sangren los ojos, esa era la filosofía. Solo recurrían al traficante cuando el contenido se volvía repetitivo y viejo. El traficante siempre tiene las novedades.

No tardaron en descubrir grupos globales, donde personas de cualquier parte de la tierra compartía el contenido que tenía en su poder, aumentando así el tráfico gratuito y la gran variedad. Los traficantes perdieron ante el anarquismo de los consumidores. En la actualidad solo se paga por servicios de streaming, al igual que Netflix u otras plataformas, que ofrecen porno infantil exclusivo, con actores y actrices propios. Si, es nauseabundo y terrible.

Lo que supuso la gran diferencia, a favor de los pervertidos, fueron las plataformas que permitían al usuario permanecer en el anonimato, con mayor privacidad y libertad de acción. “El usuario es libre de hacer lo que quiera, a nosotros no nos importa.”, sería un buen lema para representar a estas plataformas o redes sociales.

He aquí la gran mentira que tiene perplejos a toda la sociedad en general. El anonimato, la privacidad en sí, no existe. Las grandes empresas recopilan información de cada usuario que usa sus servicios y tienen acceso total a estas. Si, por ejemplo, organizaciones gubernamentales solicitan información sobre cierta persona, sin duda obtendrán todo. Hay empresas que defienden la privacidad de sus usuarios, pero al final siempre terminan cediendo ante la presión y amenaza de las entidades competentes. Se debe ser un gran experto en tecnología para ganarle a la completa vigilancia. ¿Es bueno o malo? Depende de las circunstancias. Se puede usar para perseguir a un justiciero que puso contra las cuerdas a una persona poderosa, para atrapar a un terrorista o para obtener ganancias vendiendo información a la entidad o empresa que lo solicite. Al fin y al cabo, toda la vida del individuo es dependiente de pequeños aparatos que recopilan información de todo lo que hacen, valga la redundancia.

Todo lo anterior mencionado está generalizado, hay demasiado para tratar al respecto.

El hecho de que las comunidades de pederastas crecieran, sirvió para advertir lo que sucedía bajo las narices de todos. Eran ratas sigilosas y no tan listas. Se confiaron y empezaron a caer una por una en la ratonera. Gracias a toda la exposición de contenido, las entidades competentes pudieron arrestar a creadores de contenido y grandes traficantes. Exacto, solo atrapan a los menos inteligentes. Otros sobreviven y viven la vida en completa armonía.

Lo que es seguro, es que la divulgación de cierto contenido en plataformas de entretenimiento populares influyó con fuerza en dos cosas: advertir sobre una gran problemática y a que crezca la cantidad de consumidores.

Gonzalo no pudo encontrar nada significantes husmeando los perfiles de posibles sospechosos. Estaba al tanto de que no eran tan estúpidos, y que luego de que atraparan a miembros de una red de pedofilia no iban a ser tan confiados. Lo obvio es que utilizan perfiles falsos y, en caso de plataformas que necesitan, para su debido uso, un número telefónico falso. Uno para las fechorías y el otro para el día a día. Y con esas defensas de identidad es casi imposible identificar al individuo.

¿Qué hacer cuando no se sabe que hacer al respecto? Gonzalo solo entendía que debía insistir hasta dar con algo, por más pequeño e insignificante que sea, pero algo al fin. Estaba encapsulado en una burbuja de estrés e ignorancia. La conciencia le gritaba con fuerzas que debía seguir sin parar, no quedarse con la sensación de que un niño o niña sufre por su desinterés. Debía interesarse, y lo estaba, en el bienestar de alguien que podía necesitarlo. No era policía, pero se sentía uno. Se hizo la promesa de que, si llegaba a algo, lo primero que haría sería acudir a la policía y seguir en el anonimato como un justiciero de capa blanca.

Hizo lo único que podía hacer, y eso era dar click a enlaces, entrar en todo grupo que iba encontrando e intentar pescar algo. Un arduo trabajo para un simple adolescente.

El nuevo jefe de la policía, Sáez, mandó a analizar el teléfono celular y la computadora personal del joven de la funeraria que tomó y divulgó fotos del cadáver de Aylén y de otros tantos muertos. El chico estaba perturbado, y fue obligado a asistir al psicólogo, psiquiatra y psicoanalista para determinar si es una amenaza para la sociedad. Era el nuevo pervertido del pueblo, era famoso. Muchos de la comunidad querían lincharlo por ofender a los muertos, entre ellos familiares, amigos y etc.

Sáez tuvo la fuerte corazonada de que el joven perturbado ocultaba más de lo que se creía. Mucho se habló de supuestos grupos donde la política principal era compartir contenido ilegal. Sáez era un troglodita en el mundo de la tecnología, y muy pocos en la estación tenían algún que otro conocimiento en informática. Estaban contra las cuerdas, navegando sin remos en aguas estancadas, yendo a ningún lado en particular, dependiendo solo de la voluntad del viendo.

Tardaron varios días en acceder a los archivos digitales del joven perturbado, y todo fue gracias a la contratación de un programador que trabajaba como FreeLancer, quien ganó cinco sueldos mínimos legales en tan solo un par de días. Un trabajo de ensueño. Sáez apartó al hacker de la silla de su escritorio y empezó a escrutar la notebook del artista con tendencias necrofílicas. No vio nada fuera de lo normal, resaltando solo un poco de porno heterosexual. Con el celular fue diferente. El mismo albergaba demasiada variedad de pornografía ilegal, gore y todo tipo de barbaries. Sáez comenzó a odiar su trabajo, de nuevo. Deseó poder destruir el celular y seguir con su vida, tomar cerveza y ver partidos de futbol. Pero mierda, del trabajo nadie escapa.

Sin mediar palabras con los presentes, el hacker y un par de policías de confianza, vio algunos videos para confirmar las sospechas y no verse importunado por imágenes en miniatura. Con las sospechas ya confirmadas, encargó a uno de los oficiales que viera un video en particular. Este lo vio, al principio fue reticente pero como ya se ha dejado en claro, del trabajo nadie escapa.

— ¿Dime que piensas sobre ese video? — preguntó Sáez, observando con extrema seriedad cada gesto del oficial.

— Es un video asqueroso, no tengo otra cosa para decir — respondió el oficial, ya arrepentido de no haber elegido otro trabajo.

— No pido que observas la violación — aclaró Sáez —. Observa el escenario y al hombre que viola a esa pobre niña.

El hacker estaba expectante a las perturbadoras palabras del jefe de policías. Cuando aceptó el trabajo, supo que detrás había algo oscuro, pero la realidad superó sus expectativas.

El oficial siguió viendo el video, agradeciendo de paso a los espíritus santos por lo innecesario del audio del video, y vio lo que el jefe quería que este viese. Fue obvio y no había lugar a dudas. Ya habían visto videos similares, para no decir el mismo.

— Son los videos que confiscamos... — dijo el oficial —. El de los superhéroes. Los malditos superhéroes.

— Exacto. Los videos de nuestros viejos amigos — Sáez no pudo evitar sonreír. La vida no quería dejarlo en paz.

— ¿Qué sugieres? — preguntó el oficial, devolviendo el teléfono celular a su superior.

Sáez clavó la vista en el hacker, quien era todo oídos, y este, cuando entendió el mensaje, salió de la oficina para que los hombres con placa pudieran hablar sobre asuntos serios que le eran ajenos.

— Tengo dos hipótesis — empezó diciendo Sáez, rascándose la nariz, el codo y la barriga —. La primera es que estos videos vienen siendo distribuidos desde hace tiempo, y por eso es que un joven, dueño de estos artefactos, tiene estos videos. Y segundo, sacado de manual, es que uno de los nuestros tuvo acceso a la evidencia confiscada, robó uno de los tantos discos duros que tenemos y empezó a distribuir el contenido. — se detuvo para recuperar el aliento y aclarar ideas —. Lo primero es razonable, hasta sensato, y lo segundo un poco conspiranoico y sugiere que entre los nuestros hay corruptos.

— Ambas hipótesis son terribles, jefe — dijo el oficial parlanchín, mientras el otro solo observaba, de pie y con el ceño fruncido.

— Deberíamos hablar con el joven perturbado, quizás sepa algo al respecto, sobre la procedencia de los videos — pensó unos segundos y recalculó una nueva sentencia —. Ahora podemos procesarlo por tenencia de contenido ilegal, estoy seguro que estará dispuesto a ayudar.

Los oficiales salieron de la oficina después de que Sáez se los ordenara. El viejo necesitaba silencio para pensar. «¿Qué diablos pasa con estas personas? ¿Acaso el porno normal ya les aburre?» Incógnitas sin respuestas. Debía armar una lista con preguntas, estando así preparado para interrogar al joven perturbado. Le agradaba el apodo que le colocó, era perfecto y descriptivo.

«¿Me ayudarás de nuevo, justiciero misterioso?», pensó, mirando al cielo en busca de un nuevo milagro.

El joven perturbado, ex empleado de la funeraria, cuyo nombre era Santiago Zas, estaba en la casa de su abuela muerta. Cuando la abuela murió, él ya vivía con ella. Santiago tuvo días difíciles viviendo con sus padres, por lo que buscó refugio en un nuevo hogar. Santiago, creyendo que sus días iban a mejorar, tuvo una experiencia desafortunada. Una mañana, como cualquier otra, se levantó para ir al baño, y encontró a su abuela, con la piel arrugada y rollos de obesidad, tirada en el suelo de la sala de estar, desnuda y con los ojos abiertos. Estaba muerta, bien muerta, por causa de un paro cardíaco. Cuando la vio, se plantó en el suelo como un árbol viejo, y observó la escena, quedando atónito y perturbado. Intentó acercarse para verificar el estado de la abuela, quizás, creyó, solo sufrió un desmayo. Ante una frágil esperanza de vida, la desnudes de la abuela evitó que este se acercase al cuerpo. Pronto, el pobre Santiago rompió en lágrimas y llamó a su hermana para avisarle lo ocurrido.

Santiago esperó por casi media hora, y en ningún momento quitó los ojos del cadáver de la abuela muerta. Cuando la hermana ingresó al hogar, abriendo la puerta con violencia, Santiago logró volver en sí. La hermana se tiró sobre el cadáver, con la esperanza de que la abuelita siguiera respirando. Cuando las esperanzas disiparon por culpa de la dura realidad, todo el lamento derivó en un llanto estridente, doloroso. Santiago se unió al coro. La hermana de Santiago buscó una colcha para tapar a la abuela muerta, no quería verse tentada por su lado lésbico.

Después de la tragedia, Santiago comenzó a trabajar en la funeraria, en la sala donde velan a los muertos, y con lentitud su comportamiento sufrió cambios drásticos y preocupantes. Sumido en la depresión, terminó cayendo en grupos de redes sociales de

índole nacional, donde se acostumbraba a compartir contenidos poco ortodoxos. Debido a que su trauma tenía como protagonista principal a un muerto, se vio interesado por contenidos denominados “gore”. Estaba obsesionado con la muerte y los muertos. En dichos grupos también se compartía pornografía infantil, pero nunca le interesó, y siempre denunció las cuentas de los que tenían las agallas de compartirlo.

Trabajando en una funeraria, cayó en la tentación de fotografiar a los modelos físicos que iban ingresando. Quiso participar en la creación de contenido. Para alardear, comenzó a compartir su “arte” con otros usuarios, y de esta forma las fotografías fueron divulgadas a un público exclusivo. Santiago se convirtió en una celebridad, título que lo incentivó aún más en el mundo de las perversidades.

Conocía a Aylén por medio de amigos en común. Como Santiago era amigo del médico forense, el único en el pueblo, este solía visitarlo siempre que podía para ayudarlo y de paso aprender el oficio. Un día en particular lo visitó y vio en una mesa el cadáver desnudo de la tan conocida Aylén. «Justo tuve que venir hoy», se lamentó. La lastima se apoderó de él. Ante el impacto de lo que sus ojos vieron, tuvo, por un momento, la extraña sensación de que el espíritu de su abuela muerta merodeaba por alrededores, como si los muertos desnudos tuvieran una conexión especial.

La moral lo tuvo contra las cuerdas, y la ética contra el suelo. No quería hacerlo, pero, solo por creer estar comprometido con una extraña comunidad, no evitó, aprovechando las distracciones del médico forense, tomar fotografías al cadáver. Sin bien pudo obtener las fotografías tomadas por el médico forense, aludió que en ellas habría sangre. El cuerpo de Aylén era lindo, suficiente para alterar a infinidad de personas morbosas.

Su perturbada mente le hizo creer que difundir las fotografías era correcto, divertido y que serían bien aceptadas por todo el mundo, entre ellos compañeros de trabajo, amigos y etc. «Todos y todas querrán ver estas fotos.» El entusiasmo era tal que proyectó convertirse en una persona popular.

Jamás imaginó, siendo una obviedad absoluta, que la policía lo tendría bajo la mira por sus fechorías indecorosas. En su mente todo estaba bien, normal, no era capaz de concebir la gravedad del asunto. A pesar del importunado escenario, donde casi toda una comunidad deseaba con creces lincharlo, estaba tranquilo, relajado y disfrutando cada minuto.

«A los que tienen que encarcelar es a los pedófilos. No a mí. A las ratas, a esas ratas inmundas.»

Sáez pidió que llevaran al joven perturbado a su oficina, ignorando por completo la formalidad de interrogarlo en un cuarto específico para ello. La idea era que el joven se sintiera en confianza, derivando en una fuerte disposición a brindar información relevante.

Dos oficiales llevaron al joven a la oficina, esposado, y esperaron como dos perros amaestrados las nuevas indicaciones del jefe.

— Quítenle las esposas y esperen afuera — indicó Sáez.

Los oficiales cumplieron la orden sin rezongar.

Santiago, sentado junto al escritorio de Sáez, observó con atención como Sáez caminaba de un lado a otro, con ambas manos enlazadas en la espalda, cabeza gacha y pensativo.

El silencio incomodó a Santiago. Ninguno se atrevió a romper el silencio. Cuando Sáez salió de su ensimismamiento, se paró detrás de Santiago y esperó a que este reaccionara de alguna forma. Nada sucedió, ni siquiera volteó para verlo, entonces dedujo que el joven estaba tranquilo, y los criminales nunca están tranquilos.

— ¿Debo explicar el motivo que te trae hasta acá? — preguntó Sáez, dirigiéndose a su cómoda silla de oficina.

Santiago asintió.

— Seré directo — dijo Sáez ante el silencio del joven —, no quiero que perdamos el tiempo. De acuerdo, ¿Cómo obtuviste las fotografías de los cadáveres?

— ¿Es necesario que responda? Tengo entendido que están al tanto de la situación.

— Es para entablar una buena comunicación. Mera formalidad, nada más.

— Trabajo... — rebobinó para corregir —. Trabajé en una funeraria. — no vio motivos para extender la respuesta, viendo una gran obviedad en la misma.

— Y...

— Sea directo, pues. Me hace preguntas cuyas respuestas ya sabe. A la mierda lo de la comunicación.

Sáez se sorprendió por lo pronto que el joven sufrió un ataque de colera. Solo bastó una pregunta. «¿Será que te avergüenzas de tu crimen?», pensó.

— Pido disculpas por hacerte perder el tiempo — ya estaba harto de siempre repetir la misma frase —. Como he dicho, seré directo. Hemos escrutado tus aparatos tecnológicos, los que fueron confiscados, y descubrimos la existencia de contenido ilegal, siendo directo, de pornografía infantil, entre otras aberraciones...

Santiago dio un respingo de sorpresa. Olvidó borrar ese tipo de contenido delicado.

— No soy pedófilo — se defendió ante la insinuación del hombre con placa.

— ¿Acaso he dicho que lo fueses?

— Puedo explicarlo — dijo Santiago, asustado por las consecuencias que podrían derivar de todo lo que estaba ocurriendo.

— ¿Explicar qué?

— Lo de... — le dio pudor mencionarlo —. No consumo pornografía infantil, me da asco. Yo no veo eso, no estoy enfermo.

«¿Fotografiar muertos no es de enfermos?», quiso preguntar Sáez, pero no quiso interrumpir la explicación.

— Supongo que quiere saber como llegó ese contenido a mis aparatos tecnológicos, ¿cierto?

Sáez asintió, sonriendo y levantando las cejas, interesado por completo en las palabras del joven.

— A ver, como lo explico... emmm... Ya, es algo sencillo. Bueno, existen grupos en las redes sociales donde se comparte todo tipo de contenido. Cuando digo todo, es que en verdad es todo. Lo que a usted se le ocurra. Barbaries de todo tipo. Volviendo al tema, el asunto es que estas redes sociales, si no se hacen los ajustes correctos, descargan de forma automática todo lo que otros usuarios comparten y se albergan en el dispositivo que se esté usando. ¿Me explico?

— Déjame procesar lo que has contado — Sáez no entendía nada de tecnología —. Bien, dices que los videos que tienes fueron descargados por una aplicación sin tu consentimiento, ¿no?

— Veo que no me expliqué bien. ¿Usa usted WhatsApp o Telegram?

— Servicios de mensajería, sí.

— En estas plataformas las personas hacen grupos o canales de todo tipo. Lo que intento decir es que, si usted no quita la descarga automática, todo lo que se suba en estos grupos o plataformas, videos e imágenes, se descargan de forma automática en el dispositivo que se usa.

Sáez entendió a la perfección. Era simple. De hecho, le parecía tedioso que su celular se llenase de la basura que mandan familiares y amigos.

— Si, si, comprendo muy bien lo que dices — una novedad surgió —. ¿Cómo es eso de los grupos donde comparten, como has dicho, de todo?

— Son grupos como cualquier otro.

— ¿Son grupos locales, con miembros de este pueblo?

— Por lo general son internacionales, ya que son los mejores. Pues la variedad de contenido es amplia — se detuvo para pensar y ordenar las palabras —. En los grupos, como usted ha dicho, locales, son grupos de jóvenes que no saben lo que hacen. O sea, no quiero decir que sean pervertidos, solo se dejan llevar por la curiosidad y terminan viendo barbaridades. Esto es consecuencia de que en internet se ha popularizado un video en específico, sobre... emmm... la tortura de una niña. Si, una puta locura. Pero nada grave, nada tan ilegal.

— Si, supongo que aún no terminas...

— No, aun no termino.

A Sáez le irritó la tendencia de Santiago a esperar la pregunta para proceder con la respuesta.

— Y... — animó Sáez.

— Una vez logré entrar en un grupo demasiado exclusivo — fue vehemente en las últimas palabras —. No recuerdo bien como fue que lo encontré y formé parte, pero si recuerdo que en poco tiempo me expulsaron.

Otra vez Santiago se detuvo. Lo hacia a propósito, el fin era que Sáez prestase completa atención.

— ¿Y en este grupo que se hacía?

— Hacen — corrigió Santiago —. Comparten pornografía... infantil, entre otras cosas.

— De acuerdo, cuéntame más sobre ese grupo.

— Cuando dije que en poco tiempo me expulsaron del grupo, me refiero a unas pocas horas. Fue muy rápido. La cuestión es que pude ver que hacían. Recuerdo haber visto cosas que me hubiese gustado no ver. Uno no vuelve a ser el mismo después de tanta mierda junta. Mierda es poco decir. — cerró los ojos y recordó la estremecedora experiencia.

— Estoy algo perdido — confesó Sáez —. ¿Dices que ese grupo “exclusivo” es un grupo con personas locales?

Santiago sonrió al creer que Sáez estaba despistado porque no estaba prestando atención, como sospechó desde un principio.

— Exacto. Un grupo local. Y recuerdo algo que de seguro le interesará.

— Soy todo oídos.

— Pude ver la foto de un perfil, un usuario, que, mientras estuve en el grupo, compartió una bestialidad de contenido, y esto en cantidad y barbaridad.

«Vamos, niño, deja de hacerte el misterioso y escupe todo de una maldita vez. ¿Eres estúpido acaso? Enfermo de mierda.», Sáez ya estaba hastiado de tanto drama.

— Recuerdo muy bien a este señor porque ya lo conocía de antes. Lo vi un par de veces en la municipalidad. No sé si trabajará allí, aunque creo que sí. El nombre de este señor es... por cierto es un hombre mayor, casi anciano. — tenía el nombre en la punta de la lengua. La memoria a veces es lenta —. Lo siento, no lo recuerdo.

— Piensa.

Santiago pensó, pero ningún nombre llegó.

— Mi celular — dijo Santiago, iluminado de pronto —. Tengo una captura en el celular.

— ¿Captura?

— Si, una captura de pantalla.

«¡Dios, que irritante eres!»

— ¿Sobre qué? — Sáez supo que la cosa iba en serio.

— Pues una captura de pantalla con la foto y número telefónico del señor. Cuando vi todo lo que compartió, ya sabrá usted las barbaridades, me he metido al perfil y el muy idiota lo tenía en público. Estoy seguro que ese anciano no tiene idea de nada a lo que tecnología respecta. Le dio todo igual, seguro es de esos sujetos nihilistas que andan por la vida sin preocupación alguna.

El jefe Sáez, para su sorpresa, creyó cada palabra. Y como siempre fue fiel a la intuición, aceptó seguir el juego.

— Busca esa captura — ordenó Sáez, tendiendo el celular al joven, quien llevaba encima una notable abstinencia a la tecnología —. No te mandes ninguna macana y mucho menos elimines nada. Busca esa captura rápido. Tienes un minuto.

Santiago, ahogado en una extraña felicidad, empezó a tantear el celular, buscando hacer tiempo, hasta que se encontró con la gélida mirada de Sáez.

— Ya la encuentro, espere unos segundos — buscó entre una infinidad de imágenes —. Listo, ya la encontré.

— Ustedes los jóvenes pasan tanto tiempo con esas cosas que me da tristeza — comentó Sáez, como el viejo que era, y agarro el celular para ver al famoso empleado municipal que en sus tiempos libres se dedica al crimen cibernético.

«¡Esto es imposible!», Sáez quedó anonadado. Conocía al sujeto de la foto, era alguien con una gran familia, amable, atento y querido. «¿Cómo es posible que hayas caído tan bajo?»

Ante el impacto, Sáez llamó a los oficiales que esperaban afuera de la oficina y ordenó que se llevaran al joven directo al calabozo. El joven no protestó, estaba consciente de su situación.

Ya estaba harto de pensar, por lo que prefirió improvisar sus siguientes movimientos. El plan era simple, y como estaban en horario laboral, solo debía visitar a un viejo amigo en la municipalidad. Como era el jefe, no debía preocuparse de las infinitas formalidades que tantos problemas traen al mundo. «Las ratas nunca dejan de aparecer.»

Los medios locales se encargaron de informar y perturbar, nuevamente, a toda la comunidad.

«Hombre de 56 años, ex empleado de la municipalidad, fue encarcelado por tenencia de pornografía infantil.»

El jefe Sáez visitó el lugar de trabajo del hombre de 56 años, un viejo conocido, y al no encontrarlo, pidió permiso a otros dependientes para ingresar a la oficina de interés. Nadie le negó el acceso, pues era una persona de autoridad. Una vez que Sáez ingresó, fue directo a la computadora. «¿Acaso eres tan estúpido como para usar la computadora del trabajo para realizar tus fechorías?», le fue difícil encontrar la respuesta. Encendió la computadora y en la pantalla apareció un único usuario. Ingresó sin siquiera colocar una contraseña, detalle que le hizo dudar sobre sus sospechas. De todos modos, escrutó las carpetas y archivos. «Bastante limpio... no, debe haberlo ocultado muy bien.», pensó. Estando

«Acceso rápido.» En el navegador de archivos vio la entrada mencionada y accedió de inmediato. «Archivos recientes.» Encontró lo que tanto buscaba. «¿Y así de fácil es como caes, imbécil?» De nada valió ocultar el contenido, pues el hombre de 56 años se confió tanto que olvidó que existe un historial de los archivos a los que se accede. Si tan solo hubiese puesto una contraseña de acceso al usuario, quizás pudo extender su vida de pervertido.

Mientras Sáez descubría su secreto, el hombre de 56 años estaba en su hogar, acostado en la cama, con el celular en la mano viendo lo que tanto le gusta, fantaseando, además, que fornicaba con sus nietas. Jamás se atrevió a ponerles una mano encima, pero las ganas siempre estaban cerca de derrotarlo. Un hombre enfermo con una pizca de humanidad. No tardaron en arrestarlo. El hombre no preguntó la razón del arresto, pues le fue una obviedad. Con cabeza gacha y palabra muda, aceptó las consecuencias.

— ¿Cómo es que caíste tan bajo? No comprendo como un hombre de familia, amable, respetuoso y educado termina en tu posición — preguntó Sáez en su reencuentro con el viejo conocido.

No recibió respuesta. Sáez entendió que el silencio era debido a un fuerte sentimiento de vergüenza.

— Solo quiero saber una cosa, y no me iré hasta que respondas — dijo Sáez con la mandíbula inquieta, a punto de perder el control —. ¿Abusaste de alguna de tus nietas? — lanzó la pregunta sin inhibiciones.

El hombre de 56 años se exaltó y escandalizó por la horripilante pregunta, hasta la tomó como una ofensa a su persona.

— ¡Jamás en mi vida haría algo semejante! ¡Jamás! Estoy loco, pero soy honrado — respondió a los gritos.

— ¿Seguro?

— ¡Nunca haría algo así! — exclamó ya lamentándose en la persona que se convirtió y pudo convertir —. ¡Nunca, nunca! Le doy las gracias por haberme atrapado, de veras, gracias. No sabe usted del lio que me ha sacado. De veras, un gran lio. Ya ni yo se quien soy. Gracias jefe.

Sáez no hizo más preguntas. Detuvo al monstruo justo a tiempo. No obstante, otra familia fue destruida.

— Te creo, maldito enfermo — antes de retirarse vio conveniente desahogarse con un par de palabras para no llevar el peso en la conciencia. El odio puede llegar a pesar tanto que la mente pierde la claridad.

«Una rata menos, ¿Cuántas quedan ahora?»

Tal fue la sorpresa de quienes conocían al hombre de 56 años, que hasta salieron a defenderlo diciendo que todo se trataba de un error. La incredulidad los cegó. Les fue casi imposible creer que un hombre honrado y amable fuese un perverso. Los vecinos lo apodaron como «el pedófilo de la cuadra», dañando así aun más a la ya golpeada familia. Unos inventaron que abusó a sus nietas y golpeaba a su esposa para que cerrase la boca, puras patrañas. No obstante, estas invenciones fueron creídas por la mayoría de la comunidad y conocidos. Lo mejor que le podía pasar al hombre de 56 años era pasar el resto de su vida en la cárcel, donde estaría a salvo.

A las pocas semanas la gran mayoría olvidó la noticia, ya estaban aburrido de hablar siempre de lo mismo.

Gonzalo y Dante, dos jóvenes del montón, no se sorprendieron por la noticia del hombre de 56 años. Ambos eran conscientes que cualquier persona con conciencia podía ser un perverso, sin importar la belleza de la sonrisa, el brillo del cabello, el color de piel o estatus social. El ser humano fue hecho para perversiones, y las perversiones son catalogadas por perversos. Sea como sea, se es perverso hasta cuando se mira el cuerpo de otra persona.

Nuevas noticias no tardaron en aparecer. Un día como cualquier otro, sin penas ni gloria, Dante recibe un mensaje de texto de Gonzalo, con quien ya casi había partido todo contacto, en donde había un link que redireccionaba a una plataforma digital de noticias locales. «Encontró videos de pedofilia en su computadora e hizo la denuncia», espetaba el titular. Un joven recibió una computadora del gobierno y encontró el contenido demencial, luego habló con los directivos del colegio y allí hicieron la denuncia. Mucho no se pudo hacer. Las autoridades entendieron que el problema era tan grande que no podían controlarlo.

Al poco tiempo de lo anterior ocurrió un hecho que supuso un punto de inflexión en la problemática de la distribución y consumo de pornografía infantil. Un joven universitario grabó y distribuyó videos donde se lo veía abusando al sobrino de su compañero de cuarto. Una amiga de ambos, mientras estudiaban, le pidió una Tablet al pedófilo para buscar información, y, tentada por la curiosidad, escrutó los archivos y vio a su buen amigo abusando a un pobre e inocente niño. Esta, para evitar una obvia y violenta pelea entre el agresor y el tío del agredido, escribió por mensaje de texto al pedófilo diciéndole que descubrió lo que había hecho, y este, sin negarlo, respondió que no fue su culpa, que en ese momento estaba bajo los efectos de la droga. A la chica no le importó, lo quería fuera de su vista, y le ordenó que se retirara del lugar porque lo iba a denunciar. Luego de esto, con el pedófilo lejos, la chica avisó al tío de la víctima y todo derivó en el pronto arresto del pedófilo, quien nunca negó la acusación. Un video dice más que mil palabras. Lo que pronto descubrieron, es que el pedófilo distribuyó el video en varios grupos de redes sociales. De pronto, los ávidos espectadores optaron por ser creadores de contenido propio, estrellas del submundo.

¿Cómo actuar al respecto? Lo único que queda para hacer es aceptar la vigilancia total, olvidarse del concepto de libertad.

Sáez llegó exhausto a su casa después de una jornada laboral para el olvido. «¿Cuánto infantes han de estar sufriendo en este momento?», se preguntó antes de beber un vaso de vodka puro. La cerveza ya no era suficiente para alejarlo de sus tormentos. Lo cierto es que son millones los infantes que sufren las consecuencias de actos de otros. El poder ayudarlos y salvarlos era lo único que lo mantenía de pie, aunque apoyado contra las cuerdas, pero en pie al fin. Solo debe seguir hasta que lo obliguen a jubilarse, después es otra historia.

Las personas en general, ya consientes de la problemática que ha trascendido como una moda pasajera, prefirieron caer en la indiferencia, en omitir lo negativo y abrazarse en la fantasía de vivir en un mundo perfecto. No todos están hechos para enfrentar la dura realidad, quizás hasta sea lo mejor. Olvidar puede ser de sabios.

Gonzalo nunca dejó de insistir en su ardua tarea de encontrar el nido de ratas, de pedófilos anónimos. Jamás logró cumplir con el objetivo, pues los involucrados anónimos prefirieron tomarse un descanso debido a que muchos de los suyos fueron cayendo ante la ley. Un movimiento sensato. Ante el credo de haber perdido el tiempo, Gonzalo, ya desmoralizado, encendió un cigarrillo de marihuana en su habitación, algo que nunca antes hizo, y lo fumó sin temor a ser descubierto por su madre. Lo único que le importaba era relajarse, estar bien e intentar volver a su antigua vida, pero siendo ya otra persona.

La tristeza de Dante aumentaba con el paso de los días. Extrañaba tanto a Aylén que solía llorar por las noches o en cualquier hora del día, pero siempre estando solo. Ello derivó a una fuerte obsesión con las fotos del cadáver de ella, quien iba a ser su amante. Viendo el lado positivo, olvidó los episodios de los pervertidos, y ya no le importaban las nuevas noticias relacionadas al tema. Su corazón estaba roto y perdió interés en todo. Dejó de juntarse con Elías y la mayoría de sus amistades, ya no visitaba a sus familiares e iba por la vida como un alma en pena.

Dante era consciente de que necesitaba salir de su insomnio, y un día de nubes negras y lluvia, visitó el antiguo hogar de Aylén. Primero se detuvo frente a la supuesta casa embrujada, donde la encontraron sin vida, y no pudo evitar soltar una risa al imaginarse a ella diciendo: «Ahora sí que debe estar embrujada». Pronto se echó a llorar para terminar de desahogar la tristeza encontrada. No tuvo el valor de ingresar a la casa embrujada. Luego se detuvo frente al antiguo hogar de quien estuvo por ser su novia. Estaba quemada, abandonada, inhabitable, destrozada y firme al suelo.

Agradeció tener el valor de haber visitado la casa, ya que a su extraña forma se vio identificado con la casa quemada. Destrozado, sin vitalidad y con nada por lo que seguir, lo único que queda es mantenerse firme y seguir existiendo.

Fin.